

calibrite

colorchecker classic

19.222

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

TESIS DOCTORAL

JOAQUIN MURAT

::Y LOS ÚLTIMOS TIEMPOS::

DE SU REINADO EN NÁPOLES

POR

IGNACIO BAUER

ABOGADO



R 394



1090936

MADRID
Imprenta LA EDITORA
SAN BERNARDO, 19
Teléfono 3.432
1912

mm

BAUER

JOAQUIN
MURAT

9877

BIBLIOTECA
PROVINCIAL Y DEL INSTITUTO
DE GUADALAJARA.

Estante

F
1

Tabla

Número de la tabla

25

9877

*Est. 9
*Lab. 6
*Nam. 1965



334

19.222

UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

TESIS DOCTORAL

JOAQUIN MURAT

:: Y LOS ÚLTIMOS TIEMPOS ::

DE SU REINADO EN NÁPOLES

POR

IGNACIO BAUER

ABOGADO



Ry 394



1090936

MADRID
Imprenta LA EDITORA
SAN BERNARDO, 19
Teléfono 3.432
1912

**Impossibile est quin cadat ille
quem recentis et vetera odia
premunt.**

CORNELIO TÁCITO

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES:



Se ha dicho repetidas veces que lo más difícil de componer en un discurso es el exordio; en un libro el prólogo; y en un capítulo el primer párrafo. La verdad de estas afirmaciones la conozco por lo que me sucede en estos momentos. Si las primeras palabras de este trabajo que presento, son para indicar mi falta de condiciones para él, pudiera creerse que obedecía á la costumbre que tiene todo orador de aparentar modestia, que muchas veces suele ser falsa. Si, por el contrario, me presentara ante los que han de juzgar mi trabajo sin implorar vuestra benevolencia para un joven que todavía no abandonó las aulas universitarias, me consideraríais, y con razón, como petulante y pretencioso. Tomo un término medio, y os confesaré que he procurado hacer una labor lo menos indigna de ser tenida en cuenta por personas encanecidas en el estudio, pero desconfiando de haberlo conseguido.

Una consideración me anima á presentarme ante vosotros, y es la siguiente: Dijo el sabio benedictino Feijóo que el crítico más severo y desconsiderado era el que no tenía ni habilidad para componer una carta. De donde deduzco, que personas que

han compuesto varios y buenos libros serán bondadosos en su crítica para los jóvenes que empezamos, aunque con trabajo, la labor de comunicar nuestros pensamientos por medio de la palabra escrita.

Mucho tiempo estuve dudando cuál sería el tema de la investigación histórica que presentara. Mi primer pensamiento fué algo relacionado con el Descubrimiento de América y su influencia en la historia de nuestra amada España; pero me encontré con que la Memoria que sobre este asunto premió la Academia de la Historia al Sr. Arias Miranda, los trabajos del jesuita P. Cappa, las monografías de la revista *El Centenario*, y los discursos que sobre diversas materias se pronunciaron en el Ateneo de Madrid en 1892 habían, en gran parte, agotado la materia. El duque de Osuna había ya considerado á Fernando el Católico como diplomático; y pensar en que yo pudiera hacer algo acerca de la gran Isabel la Católica, después del *elogio* que de la gran reina hiciera D. Diego Clemencín y del discurso de apertura de esta Universidad que hiciera vuestro malogrado compañero D. Fernando Segundo Brieva y Salvatierra, era olvidar aquel precepto de Horacio en su *Arte Poética*: Oh, vosotros los que escribís, tomad un asunto proporcionado á vuestras fuerzas.

La guerra de 30 años fijó luego mi atención, pero me acordé de la obra de Cuadrado y desistí. Lo mismo me sucedió con diferentes asuntos, los unos por estar ya magistralmente expuestos por catedráticos de esta docta casa, y otros por ser materia ardua para un principiante como yo. Al cabo me decidí por el asunto que os presento, y en su elección influyeron dos motivos: el de ser de Historia contemporánea, á la cual mostré siempre afición (1), y el haber sido expuesto este asunto por una persona con la que me unen vínculos de parentesco.

(1) El Emperador Guillermo II aconseja á los profesores de sus hijos que empiecen siempre el estudio de la Historia por los acontecimientos modernos.

Se ha dicho que quien mucho sabe, mucho comprende; que el que comprende mucho, perdona mucho. Esto es lo que me hace presentarme con alguna confianza. Y dichos estos preliminares, entremos ya en la materia que es objeto de mi disertación histórica.



Capítulo primero.

Biografía.

Joaquín Murat, mariscal de Francia, Rey de Nápoles, nació en La Bastide Fortaniere, departamento de Lot, el día 25 de Marzo de 1767.

Los más antiguos documentos parroquiales de la población en que nació son del siglo xvi, y ya en ellos se encuentra un M. Guillaume Murat, procurador. Después de éste la filiación de la familia se sigue sin interrupción hasta Pedro, nacido en 1721, que casó en 1746 con Juana Loubieres. De este matrimonio nació nuestro biografiado.

Pedro tuvo 12 hijos. De los tres que sobrevivieron, el mayor nació en 1748 y murió en 1792. Fué el padre de Adriano, muerto en Trafalgar (1805) en la marina del Estado, y de Antonieta, á la cual Murat, siendo gran duque de Berg, casó en 1808 con el príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen.

El segundo hijo recibió de Napoleón el título de Conde.

El tercero fué Joaquín, nacido cuando su madre tenía cuarenta y cinco años.

La familia Murat era considerada en toda la comarca, y poseía el privilegio de poder ser enterrada en la iglesia. Se había dado el caso de que Francisco Murat, capellán de la abadía de Marcihac, fuera sepultado en ella á principios del siglo xviii.

Los padres de Murat gozaban de ciertas comodidades. Su padre cultivaba la tierra, y juntaba á lo que ésta le producía las ganancias de una modesta posada ó parador. Fué algunas veces individuo del Ayuntamiento, y cuando se casó, le sirvió de testigo el Sr. Durand de Soyris.

El gran historiador y poeta Lamartine hace de Joaquín en sus primeros años la siguiente semblanza: «Siendo pastor, fortificado por los hábitos y costumbres rurales y por los trabajos agrícolas de la familia, sirviendo como sus hermanos en los campos ó en el parador de su padre, apasionado por los caballos que á la manera de los andaluces y los árabes cuidan los campesinos de estas comarcas, domándolos con destreza..... iba adquiriendo los gustos y costumbres del caballero. Su familia le daba en la próxima villa de Cahors la instrucción necesaria para el sacerdocio, ó para las profesiones accesibles entonces á gente de su condición..... Su estatura era elevada, su busto esbelto, su cuello erguido, sus brazos ágiles, sus piernas bien dispuestas para abrazar el caballo, sus pies bien arqueados para trepar por las montañas. Su fisonomía abierta y alegre, sus ojos azules, su nariz aguileña, sus labios graciosos; el sonrosado semblante, los cabellos castaños, largos y sedosos, naturalmente ondulados, le hacían simpático y le ganaban el corazón del que le contemplaba. Algo de heroico había escrito la naturaleza en el exterior de este joven y le profetizaba algún porvenir. Su madre y sus hermanos así lo creían. Su buen corazón servicial y tierno para con todos, le hacían amar de sus camaradas y apartaba de él toda envidia.

Aunque la madre de Murat era de condición humilde, su figura estaba llena de inteligencia y de vivacidad. Su hijo la conservó hasta la muerte el respeto más afectuoso, como lo prueban algunas cartas y el retrato que siempre conservó el Rey de Nápoles en una de las habitaciones de su palacio en esta ciudad.

Deseosa de tener un sacerdote en su familia, quiso que su último hijo, objeto de su prédilección, fuese clérigo. El niño comenzó su educación en la escuela de la aldea; cuando tuvo diez años obtuvo una beca en el colegio de San Miguel, en Cahors, de donde, cuando terminó sus estudios, fué enviado á Tolosa al seminario de los Lazaristas. Un historiador de Murat dice que ha leído una nota en que los profesores decían *qu'il s'y comporta tres bien*.

El futuro cuñado de Napoleón no había nacido para la vida del santuario. El ruido de las armas le había de revelar bien pronto su verdadera vocación. Dudó antes de inclinarse y ceder á la fascinación que ejercía sobre él, y le disgustaba entristecer á sus padres. Un día

que un regimiento de caballería pasó por Tolosa é hizo allí evoluciones, fué la obsesión más fuerte y se alistó. Llevaba poco tiempo en el ejército, cuando unos amigos, entristecidos por su determinación, procuraban obtener su libertad. Nó sirvió de nada, Murat se alistó de nuevo, y esta vez definitivamente.

Sabido es de todos que las gentes meridionales tienen el carácter fogoso. Murat cometió un acto de insubordinación, y tuvo que tomar tristemente el camino de su pueblo natal, en donde no fué acogido como el hijo pródigo. Para sustraerse á los reproches de sus padres y no serles gravoso buscó en las cercanías una ocupación mientras venían tiempos mejores, y la encontró en casa de un comerciante de Saint Céré.

Se comprende perfectamente que con sus aspiraciones y carácter no realizara allí su ideal.

Antes de pasar adelante en la narración de los hechos de Murat, nos parece oportuno poner á continuación las cartas que dirigió á sus padres y hermanos en diferentes ocasiones y con distintos motivos, en las que se manifiesta como hijo respetuoso y cariñosísimo hermano, aún después de haber llegado á las más elevadas posiciones de su vida.

Capítulo II

Cartas de Murat.

5 de Julio de 1791.

Mi queridísimo hermano: Encontrándome muy ocupado, en este momento en que los espíritus todos fermentan, aprovecho el pequeño y corto descanso que me dejan mis ocupaciones para charlar con usted, el mejor de todos los hermanos. Le sigo queriendo, y crea que mis sentimientos hacia usted no cambiarán nunca. Diga á mi padre, á mi madre y en fin á todos, que estén tranquilos sobre mi suerte. Trabajo por mi ascenso y lo lograré. Me van á nombrar furriel.

Acabo de llegar de Montmedy á tres leguas de Varennes, donde fué detenido el Rey..... Montmedy debía recibir al Rey y nuestro regimiento debía aguardarle.

He visto la habitación que se le tenía preparada (1).

Si Joaquín tiene confianza en el porvenir, el presente no le enriquece.

«.....Diga á mi hermano Andrés que me prometió al marcharse un luis, y creo que un hombre honrado, un hombre, en fin, no tiene más

(1) Se lee pág. 3 del *Annuaire des Chasseurs á pied*. (Servicio de los oficiales de cualquier grado.)

«Joaquín Murat, nacido en La Bastide, en Quercy, el 25 de Marzo de 1767..... escolar, cazador el 23 de Febrero de 1787, brigadier el 15 de Junio de 1791.....»

Y en el estado nominativo de las tropas sobre las cuales el marqués de Bouille contaba para favorecer la evasión de Luis XVI á Montmedy, y que debían reunirse los días 21, 22 y 23 de Junio, figuran dos escuadrones, de Champagne, en Montmedy.

Un escuadrón cazadores de Flandre en Etain».

¿No es pues extraño que el futuro cuñado del Emperador por poco salvaba la monarquía agonizante?» (Nota publicada por el periódico *L'Eclair*, 25 de Febrero 1896).

que una palabra..... «Dadme noticias de la encantadora Mion. Se lo ruego, no lo olvide.....»

Mion era una joyen de la Bastide que había hecho en su corazón una impresión muy honda: pertenecía á una familia de una condición algo más elevada que la suya. Se proponía pedir su mano el día en que, ascendido, pudiese abrigar la esperanza de verse aceptado.

Murat había adoptado las ideas nuevas con un calor que el deseo de llegar, alentado por las primeras sonrisas de la fortuna, bastaba naturalmente á explicar. En 1792 su horizonte empezó á ensancharse. Habla de sus esperanzas á su hermano Pedro, que ya padecía de la enfermedad que debía llevarle á la tumba.

«Mi suerte parece cambiada en sentido favorable..... Soy teniente, y si el coronel asciende á general, que no cabe duda, seré su ayudante y capitán. Dada mi edad y mis talentos, puedo ir algo más lejos. ¡Quiera Dios que no sean frustradas mis esperanzas! No me olvide cerca de mis conciudadanos. Dígalos que es su interés lo que defiende, que es nuestra causa común la que sirvo, que les deseo á todos dicha posible, que anhelo bien sinceramente llegue el instante en que, habiendo contribuído á elevar al sumum la felicidad de todos, podré volver á vivir entre ellos, á gozar con ellos los frutos de nuestra feliz revolución y á olvidar con sus abrazos las penas y los peligros de la guerra..... Deseo que su mal no dure, mi querido hermano. Recuerdos á mi madre, á todos mis hermanos y hermanas y á vuestros hijitos. Todos nuestros diputados me han hecho la mejor acogida y poniéndose incondicionalmente á mis órdenes. El Sr. Albouy, de Cahors, me ha dicho que si no se hubiera dudado de mi edad en el departamento, hubiera tenido votos para ser diputado. Me he valido de mis pocos conocimientos» (1).

Después de la muerte de Pedro, manifestó su hondo dolor á su padre, á su hermano Andrés, en un estilo del cual la influencia de Jean-Jacques Rousseau durante el siglo último pasado es evidente.

«Mi querido padre: No puedo interpretar su silencio, condenarlo y aun menos dispensarlo. Ascienden ya por lo menos á cinco ó seis las cartas que le envié, y sigo sin contestación. ¡Ah! mi pobre padre,

(1) 19 de Noviembre de 1792.

venga á calmar mi dolor, pero ¿qué digo? quizás vuelvo á abrir una llaga todavía no cicatrizada. Sea lo que sea compadecería menos á mi hermano, si hubiese perdido la vida en el servicio de la patria; y usted mismo se habría considerado dispensado de llorarle. En cuanto á mí, si alguna vez tiene noticia de mi muerte, guárdese de llorar, padre mío. El sacrificio más bello que yo pueda hacer de mi vida, es sin duda el morir con mis hermanos por la defensa de la República, usted tenía tres hijos (1) á quienes quería y de quienes era amado. La muerte se ha llevado al mayor, la patria le priva del otro, pero usted tiene aún otro que le presta todos los socorros que necesita. ¡Que sea su baluarte! Si la guerra no me cuenta entre sus víctimas, volveré cubierto de laureles, con la estimación de mis conciudadanos que es la más hermosa recompensa que puedo esperar. Si mi patria agradecida concede recompensas á sus defensores, no tema usted la miseria, padre mío. Iré á dedicarle y á mi querida madre, mis momentos más felices y dejando mis armas á ejemplo de aquellos bizarros romanos, volveré á tomar cerca de mi joven hermano, lecciones de agricultura y á trabajar, para sustentarle durante su vejez, en las penosas tareas del arado.

Procure escribirme á Arras. Soy oficial del 12.^o regimiento de cazadores á caballo. Me costaron cien luises caballo y equipo. Mi caballo vale 60 luises. Recuerdos á mis hermanos. Besos á mi madre, con todo mi corazón. Saldré de París dentro de ocho días yéndome á Arras. Desde allí partiré para Holanda. Tan pronto como se haga la paz, iré á verle.....» (2).

Luego á Andrés.

«El 25 de Febrero,

año II de la República (1793).

Recibo tu carta hoy 25 de Febrero; acabo de recorrer toda Bélgica. Mi padre debe de haber recibido una fechada de París. No tengo de ella ninguna noticia. Supe con un dolor igual al tuyo la muerte de

(1) En el Mediodía, la palabra «enfants» designa especialmente los varones.

(2) 15 de Febrero de 1793.

nuestro hermano. Mis sentimientos de dolor no pueden ser expresados. No habrá sino mi agradecimiento por sus beneficios que podrá ponerme en estado de soportarlos con menos pena. Procura consolar á mi padre y á mi madre. Diles que no teman nada. Cuando esté de regreso procuraré hacer más dulce su vejez. Dí á mi cuñada que encontrará siempre en mí un hermano, un amigo que echa tanto más de menos á su hermano cuanto que debe todo lo que es á la educación que le hizo dar.»

Vuelve sobre la idea que se ha tenido de hacerle nombrar diputado y parece acostumbrarse á ella.

«..... Me han dicho en París que se había querido nombrarme diputado de la Convención. Amigo mío, no tengo muchos talentos, pero con mis buenos propósitos y mi valor hubiera realizado más cosas que muchos de los que ahí están.....»

Tan verdad es que en ninguna época, en la vida pública, se tiene muy buena opinión de los que se desearía reemplazar.....

«Se acaba de decretar una quinta de 300.000 hombres»; añade «Nuestro departamento debe dar diez batallones; así es que será precisa mucha gente. Aconsejo á nuestros jóvenes vayan á verme á Arras, y así, por lo menos, irán á caballo..... Siempre batimos al enemigo; estaba el día 15 en Valenciennes con el general Dampierre, con quien cené. Se ha vuelto á tomar el campo de Famars y se ha visto pasar por Saint-Amand diez carros de muertos, y la inundación ha hecho perecer, por lo menos, á cuatrocientos. Tournay está libre, y creo que el ejército enemigo se dirige hacia Maubeuge; pero el nuestro le seguirá y le derrotará sin duda.....»

Todo eso, no borra la cara de Mion. Escribí á Mion. Entre nosotros ¿cuáles son sus intenciones? Las ignoro. Dile que conteste en seguida, pues pienso marcharme á París dentro de diez días para Holanda. Dime si ella frecuenta jóvenes..... Mis señas son: Ciudadano Murat, ayudante del general d'Urre, comandante á Hesdin en Artois (1).

(1) M. Frederic Masson, en las páginas de *Les debuts d'un rot*, dedicadas á Murat y de las cuales ya nos hemos valido, cuenta que á consecuencia de un disgusto entre este último y un tal Landrieux, que había formado en la frontera un cuerpo franco á caballo, los dos adversarios se combatían á golpes de denuncias, tanto que Murat, bajo el impulso de su jactancia meridional, y no sabiendo que inventar para hacerse aceptar, imagina que su apellido por el solo cambio de una letra, puede ser el de uno de los dioses del Pantheon

La protección del general d'Urre le ha valido el grado de capitán, que el general de Dampierre le confirma á título provisional. Un favor tan grande exalta su patriotismo: «Veo con alegría la abnegación que os anima. Es universal. Nuestros ejércitos han abandonado al infame Dumouriez desde el momento que le han considerado traidor.

Alabo tu civismo y el de nuestros valientes y jóvenes conciudadanos, pero que continúen siendo pacíficos labradores. Nuestros campos necesitan sus brazos, ¡qué dichosos sois de vivir en vuestra comarca!, está tranquila. No está expuesta á todos los horrores de la guerra. No ve los rayos destructores de nuestros semejantes y vuestro suelo no es regado con la sangre de los hombres extraviados ó engañados, que tal vez son dignos de mejor suerte. Aquí, pueblos enteros han sido arrasados; allá, un labrador ha visto su choza derribada, su hija violada, sus hijos arrancados de los brazos de su tierna compañera.

»Describe á mi madre mi afecto que ella conoce, á mi padre mi amistad y mi fraternidad á mis hermanas; á todos mis conciudadanos mi abnegación en pro de la defensa de nuestros derechos comunes. Diles que me regocija el pensar en ir á partir con ellos los frutos de nuestra victoria. Guárdate bien de marcharte y abandonar á nuestros padres. Te necesitan muchísimo. Si los otros quieren irse, que pidan ingresar en el 12.º regimiento de cazadores á caballo. Está en Hesdin, en Artois, departamento del Paso de Calais. Debo darle parte de mi ascenso..... Recibí del general Dampierre á causa del relato que se le hizo de mi actividad y valor, un nombramiento de capitán en el 12.º regimiento de cazadores á caballo.

»Tengo dos caballos que me costaron cien luises y doce libras. Me ha sido preciso un tercero que debe llegarme hoy. Es un estorbo. Recuerdos á nuestros padres.....»

La ingrata Mion ha guardado silencio. El corazón de su preten-

republicano. Esto decide en efecto de la victoria. Después de este alarde de audacia un examen depuratorio se celebra en Flers, el 6 frimaire año II. Landrieux es expulsado del regimiento, y luego encarcelado. Pero Murat ó Marat no es por eso nombrado jefe del regimiento, etc. «No es la primera vez que este cambio es imputado á Murat. Lo que no podemos afirmar, es que todas las cartas escritas por él en este momento preciso, á sus parientes ó á sus amigos, que han pasado entre nuestras manos ninguna lleva traza de cualquier alteración de su firma habitual. Las señas que da al fin de la carta que se acaba de leer, carta contemporánea de los incidentes referidos por M. Masson, confirma lo que adelantamos.»

diente sufre menos tal vez que su amor propio: «Mion no me ha contestado, pero se acomodará. ¡Qué me importa!» (1).

Algunos ataques dirigidos contra Murat, la envidia que despertó su rápido ascenso, y de la cual mostróse muy apenado, no impiden que sea nombrado jefe de escuadrón al cabo de algunos meses. Manda á principios del año 1794 los escuadrones de campaña del 21.^o regimiento de cazadores á caballo. El tono de una carta á sus padres del 10 lluvioso año II (30 de Enero de 1794), indica la disposición de su espíritu entonces. «Yo no sé cuál es la causa de su silencio. No puedo aguantar más; la situación en que me encuentro es desgarradora para mí. Alejado de ustedes desde hace dos años, perseguido por los intrigantes y los ambiciosos, recibiendo consuelo sólo de mi propia conciencia que me deja dormir tranquilo, he sabido, para colmo de desolación, la muerte de un hermano á quien quería como á mí mismo. No puedo enviarles más que pequeños socorros, dada su situación..... He experimentado pérdidas considerables. He tenido que equiparme. He perdido tres caballos desde el comienzo de la guerra; tengo ahora cuatro. Pero eso no impedirá que les entregue algún socorro. Me comprometo á darles cien libras al mes, durante el tiempo que esté en plaza. No espero más que mi sueldo para mandarles entregar doscientas libras por dos meses. Ustedes me han dado todo lo que han podido, pero no teman jamás la miseria. En cuanto á mi hermano y á mis hermanas, que trabajen. En cuanto á mí, mi deber es batirme; lo hago.

»Hace tres días que nos hemos batido como demonios. Acaban de mandarnos relevar de los puestos avanzados de Pont á Marque, que defendemos hace siete meses. Estamos en Lille, donde se nos quiere equipar: estamos desnudos. Espero órdenes para irme con el regimiento á Dunkerque.

»Se cree en las oficinas de la guerra que soy noble; ustedes me enviarán al recibir la presente, mi extracto de acta de bautismo, si no, se me podría destituir (2). He rehusado hace tres meses, y rehuso

(1) A Andrés, 23 de Abril de 1793.

(2) No sabemos sobre qué fundamento estribaba el rumor de que Murat se inquietaba, después de la proposición varias veces renovada en la Convención en 1793 y 1794, de destituir á todos los oficiales, sin distinción.

En el principio del Imperio, M. de Murat-Sistrières, de una casa antigua de Auvergne,

todos los días la plaza de ayudante-general. Es un paso que no daré nunca. No tengo más ambición que la de ver mi país libre y la República triunfante..... Adiós, padre mío; adiós, madre mía. Si ustedes me pierden, es á la República á quien habrán sacrificado su hijo.....»

De Dunkerque, el 30 pluviose del mismo año (18 de Febrero de 1794) completa así la carta que se acaba de leer:

Murat á su querido padre y á su querida madre.

«Saludos y mil abrazos.

Les he escrito últimamente; les pedía un extracto de la partida de bautismo; si ustedes no me lo han enviado todavía, no pierdan ni un momento. Quieren que yo sea noble, y estoy rabiando..... Déjeme noticias tuyas y de toda la familia. Cuando haya paz, si estoy aún con vida, iré yo mismo á pedirlos. He adquirido el compromiso de enviarles cien libras al mes mientras esté en plaza. Les envío las correspondientes á Pluviose, recibirán lo mismo todos los meses..... Esperamos partir pronto; debemos dirigirnos sobre Ostende y entrar en Holanda, Díganme lo que hace Mion.

Estoy enfadado contra mi hermano Andrés. No me escribe..... Yo no les abandonaré. Si pierdo mi situación, soy joven, iré á trabajar la tierra y á ayudarles á mantenerse. Ah, madre mía; no se aflija usted, pronto la volveré á ver. Soy de mi patria antes que ser de ustedes. Adiós, madre mía; adiós, padre mío; adiós todos. Les abrazo. El cañón dispara.

Murat.

P. S. Se preparan para hacer aquí un embarco. Tal vez el regimiento que mando pudiese también, después de la invasión de Inglaterra, ser transportado ahí.

Brescia, 18 de Septiembre de 1797.

«No puedo imaginarme, mi querido Andrés, cuál puede ser el motivo de tu silencio. No recibo noticias tuyas. Tú, el único, no me es-

le sometió (cartas del 4 y del 9 nivose año XIII) títulos y papeles genealógicos, «afortunado» dice él «si pudiesen probar la identidad de su familia». Murat, dando las gracias á su correspondiente, no creyó deber aconsejar esas diligencias.

cribe. Voy á tener el dolor de verme olvidado de mis más próximos parientes mientras que todo el mundo, hasta los más grandes, anhelan mi amistad y mi apoyo.

No encontrarás jamás motivo para excusarte; eres á lo menos culpable del mayor descuido si no lo eres por el corazón. ¡Qué seis meses han pasado! Tu hermano ha corrido los mayores peligros, ha sido herido, los papeles públicos le han dedicado elogios, y tú, solo, permaneces tranquilo é insensible á mi gloria como á las circunstancias que pudieron robarme á mis padres. Permíteme decirte que tengo motivo para enfadarme de tu conducta, pero te perdono todo si sigues queriendo á tu hermano y eres digno de él.

Espero que la paz que vamos á tener me llevará á mi patria y entre vosotros. Me tarda mucho en abrazaros á ti y á tu mujer. Llego de Roma y parto para una nueva expedición. Adiós; espero tener pronto tu contestación. Te abraza,

*Tu buen hermano.**

Con la paz de Campo Formio Joaquín vuelve á Francia. Pero ya el vencedor de Italia soñaba con el Oriente: la expedición de Egipto nacía en su cerebro. Murat fué colocado, mientras tanto, bajo las órdenes de Berthier, el nuevo comandante en Jefe del ejército de Italia, á quien remitía esta carta de introducción, tan halagadora para el destinatario como para el quien se refería.

París, el 5 Pruviose año VI

(24 de Enero de 1798).

El general Murat va á Italia. El deseo de volver á Roma, el de estar bajo sus órdenes, y los pocos generales que le quedan le harán ser acogido con agrado. Creo hacer bien repitiéndole que, como no hay nadie por quien tenga más afecto y á su reputación, me hará el placer de acoger á mi antiguo ayuda de campo, pero no mimarle. Le saludo.

Bonaparte.

En fin, Bonaparte consigue su propósito, la expedición de Egipto esta votada. Murat, llamado de Italia, se embarca con él. Veinte días después de haber la expedición dejado Tolón, la armada aparece delante de Malta; Bonaparte manda á Murat exigir del «Gran Maestro» la entrada del puerto y el abastecimiento de los buques franceses. Los caballeros tan arrogantes, antes, ya no saben defender la independencia de su isla, y Murat, el 27 Prairial, dirige á su padre este billete, tan lacónico como un parte de victoria:

«Malta es nuestra. El pabellón tricolor flota en las murallas de dicha ciudad. Debemos de partir dentro de dos ó tres días. No sé para dónde; creo para Egipto. Mi salud no es muy floreciente. El correo va á partir, sólo tengo tiempo para abrazarle; deseo que mi querida madre esté segura de toda mi ternura y del deseo que tengo de verla, así como á toda mi familia. Adiós, mil recuerdos á todos. El mar no me hizo padecer.

Su hijo muy afectuoso.»

Y ahora es el Oriente «donde se hacen los grandes nombres», es Egipto, es el sitio de Alejandría con su cortejo inevitable de peligros y fatigas, después del cual Murat se apresura á tranquilizar á su padre.

«Existo aún, mi querido padre. Mi salud es muy buena. Estoy afligido de no recibir noticias tuyas, es el solo tormento que sufro. No puedo dar ningún detalle, porque no estoy seguro que guste á los señores ingleses dejar pasar mi carta.....

Dé un beso á mi tierna madre; dígame que no deseo nada tanto, como verla, besarla y olvidar en sus brazos todo lo que soporto de fatigas.

Adiós, un abrazo á todos mis hermanos y hermanas, y créame para la vida un buen hijo,

J. Murat.

Nos dicen ahora que El Gran Turco nos ha declarado la guerra. No lo creo. Sin embargo, estamos preparados para cualquier incidente.

Alejandro 16 Brumaire año VII
Alejandro, 10 Thermidor año VII
(28 Julio de 1799).

Usted sabrá sin duda, mi querido padre, por la memoria remitida por el general en Jefe Bonaparte al Directorio ejecutivo, nuestros brillantes éxitos sobre el ejército otomano; usted sabrá al mismo tiempo que he sido herido en la sangrienta batalla de Abukir; que esta segunda noticia no envenene la alegría que le habrá producido la primera, estoy absolutamente fuera de peligro. Si en Europa alguna hermosa pudiese, después de un año de ausencia, haber conservado aún un corazón sensible para mí, la índole de mi herida debe de someter á terrible prueba su constancia. No vaya á alarmarse, no haga juicios prematuros, conservo aún todos mis miembros; usted sabrá que un turco, y los turcos no son habitualmente muy galantes, me ha hecho el obsequio de atravesarme las mandíbulas de un tiro de pistola. Es verdaderamente un golpe único y sumamente feliz, pues la bala entró por un lado, cerca de la oreja, y salió directamente cerca de la otra, sin estropear la mandíbula, rozar la lengua ó romper un diente. Me aseguran que no estoy desfigurado. Así, pues, diga usted á esas hermosas, si existen, que Murat, por no ser ya guapo, no dejará por ello de ser menos valiente en amor. Me hacen esperar que dentro de quince días estaré perfectamente en estado de reanudar campaña.

Les mando entregar un ejemplar de la orden del día del ejército del 9; usted verá que soy recompensado con sobra de todo lo que he sufrido. No le daré ningún detalle de esta operación; no le hablaré siquiera de nuestra posición en Egipto; me contento con hacer votos por mi pronto regreso á la patria. ¡Quiera Dios que ese momento no sea aplazado! ¡Que pueda abrazarles pronto á todos y dar á sus muchos años parte de los beneficios con que usted me ha colmado!

No escribiré más; mi cirujano me obliga á terminar mi carta. Dé por mí, mil besos á mi tierna madre, dígame que ella será, lo mismo que usted, el sujeto constante de mis solicitudes.

El jefe de brigada Bessières de Praissac (1), aquí presente cerca de mi cama, me encarga ruego á usted se sirva dar noticias suyas á su familia.

Le abrazo bien tiernamente y seré para la vida su hijo,

J. Murat.

El regreso á Francia fué triunfal. Todo palidecía delante de la aureola del hombre extraordinario que llenaba el mundo con el ruido de sus grandes hazañas y á quien Francia pedía más aún. El 18 Brumario estaba cerca. Murat, de quien Napoleón debía hacer un rey, contribuyó poderosamente aquel día, á hacer un emperador. Recibido por furiosos clamores, asaltado en la sala donde deliberaban los «Quinientos», Bonaparte había parecido un instante dudar de sí mismo.

Murat reanimó su energía, le protegió con su cuerpo, le ayudó á rehacerse firme y no le dejó más que cuando el voto de los antiguos hubiese llevado al héroe á quien adoraba, á la cumbre del gobierno.

«Desde aquel día, esos dos hombres de guerra mezclaron sus vidas para multiplicar sus fuerzas» (2).

Murat quería á una de las hermanas de su general, María Anunciación Carolina, que la duquesa de Abrantes, no siempre cariñosa con ella, nos pinta de los más seductores colores. «Su cutis parecía un raso blanco glacé en rosa; sus pies, sus manos y sus brazos podían servir de modelo. Sus dientes eran encantadores, como los de todos los Bonapartes.» ¿Qué es de extraño que ella hubiese inflamado al inflamable Murat? No se atrevía él más que á medias á dirigirle sus miradas. El amor hizo por él más de lo que hubiese podido hacer la ambición; tuvo el corazón de Carolina por cómplice. Carolina le fué concedida.

¿Y Mion? Mion ya estaba lejos. ¿No se había acomodado por otra parte? Se casó en el pueblo y conoció una dicha tranquila. Deseemos que ni ella ni él tuvieron que sentir el haberse devuelto mutuamente su libertad. En cuanto á Joaquín había hecho de seguro buen uso de la suya. Imaginarse la extrañeza de su familia, cuando llegó á Andrés la siguiente carta:

(1) Praissac, ayuntamiento del cantón de Puy l'Eveque, departamento del Lot, en la cual nació el mariscal Bessières y donde se alza hoy su estatua.

(2) Lamartine, *Histoire de la Restauration*.

Paris, 29 nivose año VIII

(19 de Enero de 1800).

«Me apresuro á comunicarte, mi querido hermano, que salgo para una finca del Cónsul Bonaparte, y que debo mañana casarme con su hermana. El contrato ha sido redactado y firmado anoche (1). Dilo á mis hermanas. Haré lo posible por ir á veros dentro de poco tiempo. Sobre todo dí bien á mi madre que muero de ganas de verla y abrazarla tiernamente. Dile que mi mujer está deseando verla y darle el dulce nombre de madre.

Mi querida Carolinita, quedó en escribirla. Procura que le conteste de una manera amable y cortés..... Adiós. Mañana seré el más dichoso de los hombres; mañana poseeré la más amada de las mujeres. Escríbeme. Abrazo á mi madre con todo mi corazón, á tu mujer y á tus hijos, así como á mis hermanos. Muchos recuerdos á todos nuestros amigos, á todos mis queridos conciudadanos. Será muy feliz para mí el día en que les abrace á todos.»

La luna de miel fué interrumpida por el ascenso de Murat al otorgarle el mando de la caballería del ejército de reserva, preparada para reforzar el ejército del Rhin y de Italia.

Se marchó tan repentinamente de París, que «no pudo ir á ver á los suyos». «Órdenes terminantes y movimientos próximos se lo impidieron»; su cariño no se alejó por ello del hogar.

«Compra la casa B....., manda á Andrés desde Dijón, el 1.º floreal, año VIII (21 de Abril de 1800) y arregla bien la nueva habitación. Te aseguro que no volveré á París sin ir á verte y arrojarle á los brazos de mi tierna madre.

Consuélala en su vejez. Sé para ella, á la vez yo y sus demás hijos.

(1) Carolina Bonaparte recibió de dote 40.000 francos. Murat reunía 12.000. Piezas comprobantes, el preámbulo del contrato núm. II.

Recibirá mi retrato y el de mi mujer. Adiós, te abrazo, así como á tu mujer. Dejé á mi mujer en París.» (1).

Bonaparte, para sorprender á los austriacos por el otro lado de los Alpes, realizó aquel prodigioso paso que es el prólogo de Marengo. Ahí también es á la caballería á quien debemos la victoria, y los cónsules de la República, queriendo dar una prueba especial de la satisfacción del pueblo francés al general Murat, comandante de la caballería, en la batalla de Marengo, el cual se portó con tanto valor como inteligencia (2), le concedieron un sable de honor.

A la terminación de esa campaña de treinta y cinco días, tan resplandeciente como un cuento de hadas, Bonaparte volvió á Francia. El primer pensamiento de Murat que le siguió, fué, como siempre, para su anciana madre, cuyos años se amontonaban y de quien tantos obstáculos le habían siempre alejado:

«Me apresuro á anunciarle, adorable madre mía, mi regreso á París. Hace mucho tiempo que no he recibido noticias suyas; pero mi buena Carolina que las había tenido, no dejó de comunicármelas. Tiene usted buena salud, me sigue queriendo, quiere á mi mujer, soy el más feliz del mundo; ¡pero cuánto más lo seré, cuando tenga la dicha de abrazarla!

Adiós, quiéreme; dentro de poco estaré cerca de usted. Mi mujer la besa también muy tiernamente.

El más cariñoso de todos los hijos,

J. Murat (3).

(1) La llegada de Murat al campo de Dijón, dijo el mariscal Victor en sus Memorias, «trajo la alegría al cuartel general y en todo el ejército.... Resplandeciente de alegría, de fuerza y de valor aliado al héroe de Francia, querido de sus compañeros de armas, no veía el porvenir más que combates, gloria, felicidad, y esta perspectiva animaba aún la viveza natural de su espíritu y la franca alegría de su humor. Fué, pues, acogido con una satisfacción natural. Berthier se hizo amable. La presencia de Murat parecía por otra parte anunciar que Bonaparte no tardaría en parecer.»

Memoires du marechal Victor, publicadas por su hijo el duque de Bellune.

(2) Detenido el 4 mesidor año VIII.

(3) Con razón dijo Lamartine que el libro más difícil de hacer es una buena traducción, pues supone un profundo conocimiento de dos lenguas: de la traducida, y de aquella á la que se lleva la versión.

El que traduzca ha de ser fiel.

(Fr. Luis de León).

Paris, 12 Thermidor año VIII

(31 de Julio 1800).

«El corazón filial de Joaquín no ha agotado la serie de sus pruebas. Creía tocar el «momento afortunado» que lo llevara cerca de los suyos, cuando le dan el mando del campo de granaderos. No sabe cómo expresar á su madre su dolor y sus pesares. La paz sola, y la paz no está lejos, pondría fin á mi ausencia..... Entonces juro que no habrá poder bastante para impedirme verla, besarla y no dejarla. Si usted necesita algo, escribame mi bonísima madre y en seguida le enviaré lo que deseé..... Mi buena Carolina que la quiere mucho, le da un beso. Pronto me hará el más dichoso de los padres como lo soy de los maridos. Adiós, mi querida madre, consuélase y dentro de dos meses, quizás antes, estaré á su lado. La abrazo como la quiero, con todo mi corazón y soy el más atento de todos los hijos,

J. Murat.»

Pocos meses después Carolina, compartiendo íntimamente los sentimientos de su marido, anunciabá ella misma á su suegra, en este billete lleno de afecto, el nacimiento del primogénito.

Paris, 1.º Pluiose año IX

(21 de Enero de 1801).

«Mi querida madre: La doy la noticia de mi feliz alumbramiento; e dado al mundo un hermoso niño. No dudo del placer que le causará esta noticia, sea por mí y por el querido Murat á quien se parece.

Le ruego, mi querida y buena mamá, crea en el sentimiento de la amistad más tierna que le profesa su afectuosa y cariñosa hija,

Murat, nacida Bonaparte.

Tengo personalmente buenas noticias de mi marido, que me habla siempre de usted en sus cartas» (1).

Florenca, 26 Floreal año IX

(16 de Mayo de 1801).

«Hace mucho tiempo que yo no la he escrito, mi querida madre, pero esté usted bien segura, de que no es por olvido; siempre ha estado usted presente en mi corazón.

¿Y cómo podría yo olvidar á quien debo la vida, la que me ha criado durante los primeros días de mi infancia, la que me ha facilitado la dicha dándome la sensibilidad?

El Santo Padre acaba de enviarme dos rosarios benditos por su propia mano. ¡Qué dicha experimento al darle esta prueba de atención de parte del Jefe de la Iglesia! ¡Qué alegría no sentirá usted al recibirla!

Soy el más dichoso de los hombres; tengo á mi lado á mi Carolina y á mi hermoso Aquiles. Mi felicidad sería completa si usted estuviera cerca de mí; si yo pudiera consolarla en su vejez; ¡cuánto envidia la suerte de mi hermano! ¡Está cerca de usted; la ve, la quiere; debe de etars bien contento!

Adiós, mi querida madre; espero ir á Bareges, entonces tendré el placer de abrazarla. La beso con toda mi alma.

La envío el retrato del Papa (2).

J. Murat.

(1) En el *post-scriptum* de una carta oficial á Murat del 23 nivose año IX (13 de Enero de 1801), Bonaparte con su precisión matemática en todas las cosas, había añadido de su puño: «Carolina dará á luz dentro de dos días.»

El suceso se atrasó en una semana; Aquiles, el primogénito de Murat, no nació hasta el 21 de Enero. Hecho ciudadano de los Estados Unidos después de haberse establecido cuando mayor en América, Aquiles se casó con Catalina Willis, biznieta de Washington, y murió sin posteridad en 1847. Cuando la lucha de Bélgica por su independencia quiso incorporarse al ejército belga. Las obras que publicó: *Esquisse morale et politique des Etats-Unis de l'Amérique du Nord*, por Aquiles Murat, ciudadano de los Estados Unidos, coronel honorario del Ejército belga, antes príncipe real de las Dos Sicilias, y varias otras sobre la constitución americana, prueban el vigor de su espíritu y extensión de su erudición.

(2) Miniatura entregada á Murat por Pio VII en persona.

El diplomático Levatcheff no quiso abandonar Italia sin saludar á Murat al paso; le alcanzó en Bolonia y le acompañó hasta Florencia. La capital de la Toscana se vistió de fiesta para celebrar la presencia de sus ilustres huéspedes. Arcos de triunfo, trofeos de banderas, iluminaciones, nada se olvidó.

Una noche que el general francés y el diplomático ruso habían aparecido juntos en el mismo palco del teatro, Murat, durante un entreacto, mandó traer una bandera rusa, la inclinó sobre la bandera francesa, y exclamó con voz vibrante: «¡Que las dos naciones más grandes de Europa queden siempre unidas para la paz del mundo y la felicidad general!» Levatcheff se había levantado y le había apretado las manos en medio de una tempestad de aplausos (1).

En aquella época se estrecharon entre el general en jefe, las tropas francesas y los jóvenes príncipes de Borbón, las buenas relaciones, de las cuales la Reina de Etruria y el teniente de Napoleón en España no habrán perdido la memoria, cuando después de la muerte prematura de Luis de Parma se encontraron de nuevo en Madrid en 1808.

Recibió Murat mientras tanto, una invitación que parecía deseaban mucho aceptase y que procedía de la corte de Nápoles.

«Puesto que usted no ha estado en Nápoles, le escribía Bonaparte, no vería inconveniente en que vaya usted allí después de haberlo arreglado todo en Toscana. Son relaciones locales que no se arrepiente uno establecer (2).

El rey Fernando no ignoraba en qué estado de espíritu el mando de jefe de nuestro ejército de observación había cumplido su misión en Italia, en qué cordura estaban inspiradas las instrucciones que había dado alrededor suyo, y particularmente al general Soult, mandado á Puglia y Calabria para ocupar las plazas del mar Adriático.

«Mantenga, mi querido general, había prescrito Murat á su subordinado, la más severa disciplina; reprima usted á todos los partidos. Que sus tropas queden apartadas de cualquier movimiento revolucionario. Estamos hoy sinceramente reconciliados con el Rey de Nápoles... proyecto de proteger el gobierno napolitano me ha sido terminante-

(1) Leonardo Gallois, *Histoire de Joachim Murat*.

(2) Correspondance de Napoleón I.—París, 8 thermidor año IX (27 de Julio de 1801).

mente formulado por el primer cónsul, si usted dudara de poder mantener el orden, yo mismo me trasladaría á Puglia.....» (1).

Cuando se leen los documentos oficiales que tratan de esos asuntos con Nápoles, queda uno verdaderamente maravillado de los numerosos testimonios que ahí se encuentran de la acertada y cuerda dirección que el joven teniente de Napoleón sabe dar á sus operaciones.

No le había bastado restablecer la buena inteligencia con la corte de las Dos Sicilias, había trabajado aún para extinguir los odios locales, á actuar el papel bienhechor de la influencia francesa, á tranquilizar á los proscritos napolitanos. «Volved á vuestra patria», aconsejaba él á estos últimos en una proclama fechada en Florencia el 19 de Marzo de 1801. «No temed las persecuciones injustas. El gobierno francés no ha olvidado que habéis puesto en él vuestra confianza, y en sus tratados se ha ocupado de vuestros intereses con solicitud; sus estipulaciones garantizan á la vez vuestras propiedades y vuestras personas. ¡Napolitanos y romanos: id, pues, en paz!»

Su lenguaje á sus soldados tenía el mismo carácter de habilidad y elevación: «Vais á entrar pacíficamente en el territorio que ibais á invadir; vais á ocupar ciudades napolitanas. Son la concordia, la confianza, la amistad, que abren las puertas. Esas ciudades las protegeréis de la influencia y de los esfuerzos del gabinete de Saint-James..... Honrad un gobierno hecho amigo del gobierno francés. Respetad la religión, las costumbres, hasta los prejuicios del pueblo entre el cual vais á vivir. Pensad siempre que es digno de vosotros servir de ejemplo al mundo, pero que no sois los encargados de ser sus reformadores.....»

Murat fué recibido en la frontera del reino y luego en Nápoles con los mayores honores.

Un palacio fué puesto por la Corte á su disposición. El Rey le ofreció el Cordón de sus órdenes, que se abstuvo de aceptar por no tener la autorización del primer cónsul. ¡Singular capricho del destino! No preveían esos dos hombres, entonces unidos por demostraciones tan corteses, uno que ocuparía el trono delante del cual se inclinaba, el otro que entregaría algunos años después su sucesor efímero á un pelotón de ejecución.

(1) Murat al general Soult.—Florencia, 28 germinal y 4 floreal año IX (13 de Abril y 24 de Abril de 1801)

La República cisalpina decidió que un sable magnífico sería ofrecido á su gobernador. Murat rehusó acrecentar las dificultades del Tesoro y declinó en la carta siguiente, testimonio tan valioso de la gratitud pública:

«Acaba de recibir, ciudadanos, gobernantes, vuestro decreto de 5 de este mes, indicando que me será ofrecido un sable como agradecimiento de los servicios que ya he podido prestar á vuestra república. Soy infinitamente halagado por semejante testimonio de vuestros sentimientos hacia mí, y me apresuro á expresarlos con qué sensibilidad lo recibo; pero al mismo tiempo conozco demasiado bien la situación crítica de vuestras haciendas para permitir que hagáis por mí el menor gasto. Yo os invito, de consiguiente, á reservar para necesidades más apremiantes los fondos destinados á la compra del sable que os habéis propuesto presentarme. Por más agradable que me hubiera sido el llevar ese testimonio de la gratitud del pueblo cisalpino, creo que el deber me impone el sacrificio, en un momento en que mi ejército, no habiendo sido pagado y quedando sus pertrechos sin pagar, debo de reclamar vuestros primeros esfuerzos para este sagrado objeto.

Tengo el honor de saludaros,

J. Murat.»

Bonaparte había decidido que la República cisalpina y la República cispadana se fundieran en Estado único y formaran la República italiana. Era la hora de las repúblicas. La frente del Emperador no había todavía «del primer cónsul roto la estrecha careta».

Los diputados italianos reunidos en Lyon para fijar las bases de su Constitución, atribuyeron al jefe de la República francesa la presidencia de la República italiana y la vicepresidencia al conde Melzi (1). A Murat le fué devuelto el cuidado de instituir el gobierno definitivo. Una carta de Mosburgo, más bien de Agar, á Carolina Murat, nos hará presenciar la ceremonia de inauguración. Nos excusamos casi de reproducir esos detalles, son la moneda menuda de la historia y como nos enseñan un Murat menos conocido que el Murat guerrero, no los hemos desdeñado.

(1) El conde Melzi, antiguo chamberlán de María Teresa, gran canciller y guarda-sellos del reino de Italia en 1805, creado duque de Lodi por Napoleón en 1807.

«Permítame poner delante de sus ojos, señora, tanto como esté en mi poder, un espectáculo que le hubiese dado el más dulce de todos los goces si hubiese sido testigo de ello, el de ver la gloria, la estimación, el afecto que rodean aquí al general Murat. Sé cuánto es usted dichosa de sus éxitos y de su felicidad.

Es hoy que él ha instalado el gobierno de la República italiana. Se ha dirigido primero á caballo á la plaza del Palacio, para pasar revista á las tropas. Su estado mayor le rodeaba, y una muchedumbre inmensa, esparcida en el trayecto, ponía de manifiesto en todas partes el cariño que supo inspirar. Después de la revista, que fué muy brillante, los miembros del nuevo gobierno, los del antiguo, todas las autoridades constituidas se reunieron en la sala que usted conoce, cuyas tribunas y el vasto recinto estaban ya ocupadas por varios millares de personas admitidas con billetes de entradas y, de consiguiente, escogidas en las clases más honorables. Había, tanto en mujeres como en hombres, todo lo más distinguido de Milán. El golpe de vista era magnífico y muy imponente..... El general pronunció de memoria, un discurso que había preparado sin escribirlo, y que fué saludado de aplausos.....»

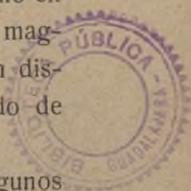
De este discurso, que nos ha sido conservado, daremos algunos extractos:

«..... Alrededor suyo, Etruria, Luca, Helvecia, Liguria, más lejos la República batava, han recibido su gobierno ó le constituyen bajo los auspicios del mismo genio que, después de haber ahogado la guerra con victorias, supo dar á Francia con toda rapidez, el buen orden, la concordia, las artes y la gloria del carácter nacional.....»

«Desde hoy la República italiana toma rango entre las potencias. La amistad de Francia, la adhesión de Europa la garantizan la paz exterior..... Una feliz armonía entre los intereses de los pueblos que la componen las lecciones de la experiencia, las virtudes de sus magistrados, únense para asegurarle los beneficios de una administración paternal.....

Y Melzi le contestó:

«Compañero del gran héroe, Vos á quien se confía el cuidado importante y delicado de hacer suceder á las relaciones que establecen la conquista, las de la fraternidad entre dos naciones hechas para ser



amigas, Vos habéis sido escogido aún para honrar con su presencia esta gran jornada. Bonaparte no podía darnos una prueba mayor de su interés para nosotros sino designando á Vos para representarle en esta circunstancia. Recibid la expresión del agradecimiento público, por lo que habéis hecho y por lo que os habéis comprometido á realizar. Secundando nuestros esfuerzos para asegurar los destinos de la República italiana, acordados que Vos consolidáis al mismo tiempo el más hermoso monumento de la gloria de su fundador á quien estáis unido por tantos títulos.»

«.....Todos los ojos como todos los corazones», sigue la carta, «se dirigían hacia el general Murat, que estaba vivamente conmovido. En el momento en que se ha acercado el vicepresidente para cumplimentarle particularmente, los aplausos empezaron de nuevo. Le han acompañado cuando ha salido de la sala. Había verdadero entusiasmo á favor del general Murat; lo había también á favor del vicepresidente Melzi que goza aquí de la confianza y de la estimación general; sobre todo lo había á favor de Bonaparte que parece el alma universal y que ve aquí en todo lo que se estima y en todo lo que se ama.....» (1).

Murat fué autorizado para llevar á Francia á su joven mujer, que no sin trabajo había podido tener cerca de él, pues á Bonaparte le gustaba poco desde luego este acercamiento: «No estoy conforme con todas las observaciones que usted me hace. Un soldado debe de quedar fiel á su mujer, pero desear volver á verla sólo cuando él juzga que ya no hay nada que hacer» (2). Es verdad que se ablandaba cuando nacían hermosos niños y que saludada así la venida al mundo del segundo hijo que Carolina había dado al mundo en Milán: «Supe con alegría el alumbramiento de la señora de Murat. Bien ha hecho en tener un niño hermoso» (3).

(1) Milán el 25 Pluviose año X (14 de Febrero de 1802). Papeles de la condesa de Lipona.

(2) El primer cónsul al general Murat 29 Pluviose año IX (18 de Febrero de 1801). Correspondance de Napoleón I.

(3) Luciano, nacido en Milán el 16 de Mayo de 1803, muerto en Paris en 1878. Enviado en 1858 al regreso de su destierro á la Constituyente por el departamento del Lot fué elegido para la Asamblea legislativa á la vez por los electores del Lot y por los del Sena. De 1849 á 1851 representó á Francia en Turín en calidad de ministro plenipotenciario y perteneció hasta 1870 al Senado del segundo Imperio. El príncipe Murat fué el padre de los príncipes Joaquín, Aquiles y Luis Murat, de la baronesa de Chassiron, casada en segundas nupcias con J. Garden Esquière y de la duquesa de Mouchy.

Nada impedía al voluntario del 92 de ir á rehacerse en el hogar familiar, cerca de los seres queridos que había dejado. Ya no encontraría á su padre, muerto en 1799; pero su anciana madre, el afecto más grande de su vida, después de su mujer y de sus hijos, esperaba siempre al hijo de su ternura, en quien se aferraba en creer, aunque no se diese quizás exactamente cuenta de las alturas que había logrado. Tenía cerca de los ochenta años. La tradición se ha conservado en La Bastide, de los incidentes que señalaron su reunión: él la levantó en sus brazos, la cubrió de besos, la hizo sentar en sus rodillas, inquieto de saber si conocía bien á su Joaquín, si le perdonaba las lágrimas que la había hecho verter al principio de su vida. Se mostró lleno de afecto para su hermano y sus hermanas, que había rodeado de la misma solitud y que desde hacía mucho tiempo disfrutaban de sus generosidades.

Un arco de triunfo se alzó para recibirle á la entrada del pueblo. Allá volvió á ver los testigos, los compañeros de su juventud que habían acudido á su encuentro, interpelándoles amistosamente en la lengua pintoresca de la tierra, informándose de la suerte de cada uno, yendo á los que temían acercarse, evocando los recuerdos que podían llamarles á él (1).

El primer cónsul le había facilitado la ocasión de prolongar su estancia cerca de los suyos nombrándole presidente del colegio electoral llamado á elegir en Septiembre de 1803 á los candidatos del departamento del Lot en el Senado y en Cuerpo legislativo. Era una manera de designarle á la elección de los electores y abrirle el acceso á la segunda de estas asambleas. La idea de quedarse en su tierra y hacerla beneficiar de su crédito influyó evidentemente más que la ambición en su programa de legislador. Esto se adivinaba en este extracto

(1) Parece cierto que Murat y Bessières durante el año de 1800 se habrían dado cita en Cahors y que hubiesen sido acogidos, dice el *Journal de Commerce*, de politique et de littérature del 12 vendemiaire año IX (14 de Octubre de 1800) «con demostraciones de alegría y honores, de los cuales, después de Bonaparte, ningún individuo había dado otro ejemplo desde la Revolución»; pero su estancia debió ser bastante corta. Vemos también en el libro de los decretos de la administración municipal del cantón de Montfaucon que Murat estaba esperando en La Bastide á principios del año 1800, y que esta administración, «penetrada de las hazañas belicosas de ese vencedor de Italia y del fuerte de Abukir», había proyectado el brillante programa que había preparado (ver las piezas comprobantes, el decreto del 11) nívoise año VIII (1.º de Enero de 1800).

de su arenga á los miembros del colegio electoral convocado en Cahors:

«En el momento en que yo debería sin duda dedicar todos mis pensamientos á la misión honrosa que el gobierno me ha confiado, en el momento en que yo debería olvidarme á mí mismo para no hablarles más que de la importancia y de la majestad de los cargos que ustedes tienen que desempeñar, me es imposible no dar libre curso á las vivas y dulces emociones que experimento cuando me encuentro después de doce años de ausencia en mi país natal, en el seno de una villa donde mi juventud recibió su primera educación, entre compatriotas, cuya estimación y cuyo afecto fueron siempre para mí el objeto de mi ambición particular. En todo el curso de mi carrera no he dejado de volver los ojos hacia aquellos lugares donde había dejado á mi familia y á los compañeros de mi infancia. Yo contaré los días en que vivimos juntos, entre los más felices de toda mi vida, si, despertando en los de ustedes, que ya me son conocidos, sentimientos que siempre les he conservado, puedo yo inspirarles aún á los que encuentro por vez primera, si, en una palabra, me es permitido decir cuando sea preciso marcharme: he encontrado á antiguos amigos y he conquistado á nuevos.....» (1).

En semejante terreno, la lucha no podía ser mortífera. Murat obtuvo casi la unanimidad de los sufragios. Había sido necesario tomar uno de los dos candidatos al Senado y al Cuerpo legislativo fuera del colegio electoral; al lado de Murat designado para el Cuerpo legislativo, los electores designaban para el Senado el cardenal Fesch. Si después de esto, el departamento del Lot no se encontraba bastante poderosamente representado, es que se mostraba muy difícil.

Un banquete, seguido de un baile, fué ofrecido por el elegido á sus compatriotas. Se tendrá una idea de los sentimientos de la asistencia por esta estrofa de una poesía puesta en música para la circunstancia y cantada en su presencia:

¡Oh, tú que el engrandecimiento
Hizo el Dios de esta estancia,
Ve todos los corazones armonizando
Dirigirte un himno de amor,

(1) Relato de las operaciones del colegio electoral. Cahors, 18 Brumario año XII.

Ve cómo aquí la alegría brilla!
Eres tú quien nos hace triunfantes
Pareces un jefe de familia
Rodeado de sus hijos (1).

El advenimiento del Imperio encontró á Murat gobernador de París, y es á este título que su nombre fué mezclado con injusticia á la catástrofe del duque d'Enghien.

«Murat no prestó ni su alma ni su mano á esta tragedia. Su plaza de gobernador de París y sus lazos de parentesco con Napoleón dejaron creer, sin embargo, en otros tiempos, que había contribuído á verter esta sangre. Fué una calumnia de la ignorancia» (2).

Murat, como lo confirma Thiers, era comandante de París y de la división cuando le llegó el decreto de los consejos llevando al duque d'Enghien delante de una comisión militar, y estremeciése de dolor:

«Era bravo, alguna vez irreflexivo, pero perfectamente bueno». Dice con dolor á uno de sus amigos enseñando el faldón de su uniforme, que el primer cónsul quería salpicar de una mancha de sangre. Corrió á Saint Cloud á expresar á su temible cuñado los sentimientos que le animaban. Este dirigió duras palabras á Murat, le reprochó su debilidad, que calificó en términos despreciativos y acabó por decir con altivez que él cubriría lo que llamaba su cobardía firmando él mismo de su mano consular las órdenes que había que dar en el día» (3).

Dichas órdenes, traídas á Murat de París por Savary, eran terminantes y firmadas del propio puño del primer cónsul. En realidad, Murat quedó extraño á su cumplimiento. Hasta la última hora, él había esperado un indulto ó una conmutación de pena, pues se puede creer que Bonaparte se hubiese dejado enternecer si hubiese sabido que el joven príncipe deseaba verle y si las cosas no habían sido preparadas en Vincennes con una fatal precipitación. El general Brunet-Denon, antiguo ayudante de Murat, ha relatado que fué él quien informó al gobernador de París de la ejecución de la sentencia, que le había en-

(1) Coplas para el general Murat cantadas en el Hotel de la prefectura del Lot 17 brumaire año XII. En Cahors, casa Gremier y C.^{as}, impresores.

(2) Lamartine, *Histoire de la Restauration*, t. XXI.

(3) Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, t. IV, p. 601.

contrado por la misma mañana descansando cerca de su mujer y que, al oír su relación, las lágrimas de Joaquín y de Carolina se habían mezclado á las suyas.

Si se pudiera dudar del valor de esos testimonios, quedaría uno convencido por la protesta suprema del malogrado rey de Nápoles en el momento en que iba á sufrir en Pizzo, análogo suplicio: «La tragedia del duque d'Enghien, que el rey Fernando quiere vengar sobre mí, fué extraña. Pongo como testigo á Dios, delante del cual voy á comparecer» (1).

Murat hubiese querido tanto que la aurora del régimen imperial se señalase por la clemencia que, ayudado de su mujer y de Josefina, abogó elocuentemente en pro de la causa de Cadoudal, del príncipe Armando Polignac, del marqués de Riviere, después que fueron condenados como instigadores de la tentativa imputada al hijo de Condé. El marqués de Riviere, de quien consiguió la gracia, debía en 1815 demostrarme menos generoso hacia él.

«Jorge Cadoudal es culpable», se había atrevido escribir Murat á Napoleón. «Pero en las guerras civiles no hay crímenes, judicialmente hablando; sólo las circunstancias determinan en el último resultado cuáles son los culpables. Los crímenes que se cometen en los tiempos de crisis son todos políticos y no del dominio de las leyes. Usted mismo es una prueba de lo que adelanto.....

Jorge, es sin duda, muy culpable; pero defendía una causa que creía justa..... Si usted indulta á los señores de Polignac y de Riviere, ¿por

(1) Se podrá leer en las piezas justificativas (núm. V) una nota del conde de Mosburgo conteniendo detalles más circunstanciados sobre el papel desempeñado en este asunto por el gobernador de París. Destinada sin duda á figurar en las Memorias que el fiel servidor de Murat se proponía escribir, está acompañada de una carta que Mosburgo dirigía en 1838 al periódico *La France* á propósito de las acusaciones de nuevo publicadas contra su antiguo amo.

Casi en el mismo momento, *Le Courrier Français* publicaba bajo la firma de Cayetano Murat, ex-diputado por el Lot, sobrino de Joaquín, una protesta vehemente contra las alegaciones que atribuían á Murat la muerte del duque d'Enghien. Se nos perdonará el citar la conclusión: «Conozco demasiado los límites que me imponen en su periódico para entablar una discusión sobre esta parte de la vida del rey de Nápoles ó sobre cualquier otra relativa á su historia. Mi objeto es rogar á la opinión pública suspenda su juicio sobre una de las glorias de Francia que no podrá repudiar, hasta la publicación de documentos auténticos cuyo atraso será justificado. Pido dicho plazo en el nombre de una familia injustamente proscrita que no posee más patrimonio que una gloria entregada sin defensa á los ataques de las pasiones políticas, lo pido en el nombre de la desgracia. *Cayetano Murat*. La Bastide, 16 de Agosto de 1838.»

qué no concede lo propio á Jorge? Jorge es un hombre de honor y de un carácter elevado, si usted quiere perdonarle le tomaré como ayudante y responderé de él con mi cabeza.»

Todos esos favores de la suerte no le embriagaban, y vemos en una carta á su madre, del 5 germinal, año XIII (26 de Marzo de 1805), las reflexiones que ellos le inspiraban:

«Usted habrá sabido, mi querida madre, mi nueva dignidad y mis nuevos títulos. No crea usted que la grandeza que brota de ello pueda envanecerme ni hacerme olvidar los lugares queridos de mi infancia. Si tales favores tienen para mí algún precio, es que me pondrán en mejores condiciones para auxiliar á los desventurados.»

Y este es el verdadero fondo de su pensamiento. Su generosidad extiéndose sobre todos, es inagotable. Toma todas las formas para prestar beneficio á los que le tienen lazo de afecto. Cada uno de sus deudos ha recibido un pequeño capital, «en proporción con sus necesidades». Así «todos sus parientes estarán bien»; habrá hecho para ellos «lo que dictaba su corazón y sus desgracias». Ha dotado á sus hermanas una tras otra y mandado á París á sus sobrinos y sobrinas para que reciban educación y sean criados como sus propios hijos, los muchachos en colegios, las hijas, Antoñita y Clotilde en la casa de madame Campan, la gran educadora en aquella época.

Rey de Nápoles, su pensamiento no se apartará de «los lugares queridos de su infancia». Enriquecerá á la iglesia de su pueblo con los adornos y los objetos que componen aún lo más limpio de su tesoro. Su propósito es que «el buen cura Albareil tenga los socorros que exigen su edad y sus achaques», le pasa «una pensión de 1.200 francos que le será pagada en su casa». Andrés tendrá que hacerle remitir «la nota de lo que podrían costar las reparaciones de que la iglesia y el presbiterio parecen necesitar»; quiere abonar su importe, «encantado de dar al sacerdote y á los habitantes de La Bastide una prueba más del gran interés que por ellos tiene».

Andrés es siempre el intermediario de sus liberalidades. Sabe que no conseguirá que abandone Quercy y le ha hecho edificar cerca de su humilde cuna una morada más digna del rango que el mismo ocupa en el mundo, y le apremia el «terminar cuanto antes el castillo de La Bastide y las plantaciones del parque que le rodearán».

El Emperador tenía pensado condecorar á ese hermano de Murat, cuyo modesto cargo de alcalde de La Bastide no indicaba para semejante distinción. Las recomendaciones de Joaquín en el parte que le da de ella, no disminuyen, ni al uno ni al otro: «Su Majestad el Emperador y Rey le ha nombrado miembro de la Legión de Honor, y le remite, mi querido hermano, la condecoración. Cuanto menos usted la ha merecido tanto más debe usted hacer para corresponder por su conducta á esta prueba insigne de su bondad. Piense que este beneficio le impone la obligación de ser honorable en todos sus actos. Piense que el Emperador de los franceses, el Rey de Prusia y tantos otros personajes ilustres ostentan la estrella que usted va á llevar. Piense que ella ha sido instituída como premio á los servicios prestados; piense que cuanto más este distintivo le honra, tanto más llama la atención pública tan severa y pronta para juzgar. Pero yo conozco á mi hermano y los sentimientos que anhela y estoy seguro de que jamás me hará arrepentir de haber solicitado por él las bondades del Emperador. Adiós, le abrazo tiernamente» (1).

Más tarde será el gran Cordón de su orden real de las Dos Sicilias que su hermano deberá conservar «como un testimonio de los sentimientos de Joaquín para su familia».

Pero donde Joaquín se revela mejor, á nuestro parecer, donde su corazón se deja penetrar mejor es en una carta que escribe de Viena durante la campaña de 1805: cuando entró como vencedor en la capital de Austria. Se hubieran asombrado mucho los príncipes y los generales testigos de sus proezas, si se les hubiese dicho que en esta hora vertiginosa la magnitud de los acontecimientos no le absorbían por entero, y que la mano que manejaba un sable sembrando por doquier el espanto sabía trazar al día siguiente líneas de una sensibilidad exquisita. «De mi cuartel general en Viena (2), 19 frimaire año XIV (10 de Diciembre de 1805)».

«Mi querido hermano: como la edad en extremo avanzada á que ha llegado nuestra incomparable madre debe de hacernos pensar en que puede sernos arrebatada de un momento á otro, voy á prescribirte de-

(1) Carta á Andrés Murat 5 floreal año XIII (25 de Abril de 1805).

(2) A su hermano Andrés.

beres sagrados que nosotros debemos cumplir cuando lleguen sus últimos momentos.

Hermano mío, quiero conservar sus preciosos restos, quiero tenerlos cerca de mí. Así es que cuando ella haya cerrado los ojos á la luz, cuando tú, más venturoso que yo, hayas recogido sus últimos suspiros, manda embalsamar su cuerpo, que le sean rendidos los honores fúnebres y después depositado en una tumba de piedra que yo te encargo mandar ejecutar. Podré retirarlo cuando lo juzgue oportuno para ponerle en el sitio que le destino durante una de mis campañas. Es con las lágrimas en los ojos que te indico mi voluntad. Eres demasiado buen hijo y demasiado buen hermano para no cumplir lo que te pido, por penosa que sea para tu corazón tal misión.

Adiós, hermano mío; te abrazo así como á tu mujer,

Murat (1).

Esta sensibilidad de Murat era, en efecto, uno de los aspectos más característicos de su naturaleza. De ello se podrían citar mil ejemplos; Napoleón la conocía muy bien. Un día en que el Emperador charlaba sobre Fisiología y Psicología, después de un examen del organismo humano, resumía así sus impresiones sobre el contraste que presenta á menudo el carácter de los hombres célebres:

«Pero ¿para qué buscar tan lejos lo que tenemos á la vista? ¿Quién no conoce el ardiente valor de Murat, y quién no creería que tal guerrero tiene un alma de bronce, un carácter indómito? Pues bien; ningún ser es más fácil en la vida privada, y hasta alguna vez más débil. Si en los campos recibe una carta de mujer, llora como un niño. Pero que retumben los cañonazos, de repente yergue su cabeza, se arroja,

(1) La madre de Murat falleció en 1806. El deseo de su hijo fué atendido, su cuerpo depositado en un pudridero perteneciente á la iglesia parroquial de La Bastide, duerme el último sueño. Sobre la piedra funeral que le cubre, Murat hizo gravar la inscripción siguiente:

La Piedad Filial
á la Señora Murat
1806

Falleció el 11 de Marzo, á los 85 años
Non la conobbe il mondo mentre l'ebbe:
Conobbil' io ch'a pianger qui rimasi.

Petrarca (Soneto LXVII).

se precipita á la batalla, y en un campo de batalla este Aquiles tiene veinte codos» (1).

Una reciente y muy interesante publicación viene á confirmar esta exactísima apreciación, mostrándonos «la ternura apasionada» de Murat «para sus hijos», un amor singular en semejante hombre á los goces del hogar» (2).

(1) La reflexión ha sido hecha al conde Molé y repetida por él á Mosburgo, que la ha consignado inmediatamente en una nota particular.

(2) *Un Murat inconnu*, por el barón O. de Watteville.—Merced á la amabilidad del señor Biagi, inspector general de Instrucción pública en Italia, M. de Watteville publicó varias cartas de Murat á su hija mayor. Laetitia, mía amata, adorata Laetitia, entregadas por él á la municipalidad de Bolonia. Laetitia se había casado con el marqués Pepoli, de una de las antiguas familias de la ciudad, donde ella pasó su vida. Se juzgará de la precocidad de su inteligencia por esta carta de Carofina, mujer de Joaquin, á su marido. Laetitia tenía entonces cinco años:

«Toda mi pequeña sociedad, que se limita á tres ó cuatro personas, me ha hecho versos para celebrar mi santo y me apresuro á mandártelos. No quiero hacerte reproches, pero sin duda has olvidado el 25 de Marzo, pues en ninguna de tus cartas lo nombras. Los niños han venido con ramilletes á recitarme versos. Aquiles dijo tan bien y con tanta firmeza estas palabras: «Queriendo romper estas cadenas, anhelo volar al camino del honor.....» que no pude contener mis lágrimas y mucho sentí que su padre no fuese espectador de aquella escenita. Los de los demás han sido encantadores, hasta Laetitia que me presentó un ramillete. La pregunté: «¿Quién es la fea de mamá? Contestó: Soy yo. Y ¿quién es la fea de papá? Es mamá.» No hemos podido menos de reírnos de esa travesura. Felizmente para mí no pensarás como tu hija.

Adiós; eres injusto, ya ves que te escribo lo más á menudo posible y te quejas siempre de no recibir mis cartas.

Otra vez adiós. A pesar de tus injusticias te beso bien tiernamente.—*Carolina*.—Paris, 26 de Marzo de 1807.

Laetitia fué madre del marqués Pepoli, que se casó con la princesa Federica de Hohenzollern-Sigmaringen, su prima. Murat tuvo una segunda hija, Luisa, casada con el conde Rasponi, de Rávena, y de quien había anunciado así el nacimiento á su madre: «Mi Carolina acaba de darme una hermosa niña. Se parece á usted mucho..... ¡Que tenga sus cualidades amables y sus virtudes!..... 26 de Marzo de 1805.» Uno de los hijos de Luisa, el conde Aquiles Rasponi, murió siendo senador del reino de Italia.

Capítulo III

Continuación de la biografía de Murat.

Reanudando el hilo de nuestra interrumpida narración, continuaremos la pequeña biografía de Murat que precede á nuestra disertación.

Algún tiempo después formó parte de la guardia constitucional de Luis XVI, y al verificarse la supresión de dicho Cuerpo en 1792, fué segundo teniente en el regimiento de Cazadores á caballo núm. 12 (1). Tan exaltado revolucionario era en aquellos tiempos que durante algunos meses cambió una letra de su apellido llamándose Marat y des-

(1) Puntos que debiera abarcar la introducción:

Elevación de Murat desde modesta esfera.

No se verificó cambio en su carácter por su elevación.

Su valor en las batallas.

Sus buenas cualidades para sus vasallos.

Ha sido calumniado.

Motivos de las calumnias.

Causas de la intimidad entre Napoleón y Murat.

La envidia y la intriga los desunen.

Rasgos generosos y caballerescos de Murat.

Como todos los hombres tuvo sus faltas. No debemos disimularlas. Este es un motivo para procurar apartar de su memoria las calumnias con que se ha querido ennegrecer su memoria.

Los que más le adularon fueron los que más le ultrajaron después de muerto.

El conde de Mosbourg pone la inscripción que deseaba se colocara en el sepulcro del fusilado en Pizzo.

Nunca se recomendará lo bastante á los que empiezan la carrera de escritores que corrijan mucho sus composiciones, limando el estilo y el lenguaje. Horacio recomendaba en su *Arte Poética* que se hiciera esto varias veces antes de publicar las obras. Alejandro Manzoni tuvo muchos años guardada su inmortal novela *Los novios*, antes de imprimirla, y la corregía con mucha frecuencia. Así salió ella, pues, como todos saben, es la joya más hermosa de la literatura italiana del siglo XIX. De nuestro gran clásico el P. Pedro de Rivadeneira, secretario y discípulo muy amado de San Ignacio de Loyola, se cuenta que solía decir: «¡Qué descansada me queda la mano cuando corrijo algo!»

Lo que se aconseja también por los preceptistas es que se evite el *hiato* y *cacofonías*. Así no se dirá: Iba á Alcalá, error remoto, nave velera, hombre brioso, la fama infame, antes morir que consentir tiranos, y otras frases por el estilo, que deslucen y afean una composición literaria, quita belleza á la lengua castellana, de la que dijo el Emperador Carlos V que era *lengua propia para hablar con Dios*.

pués del 9 thermidor (1) estando de guarnición en un punto de los Pirineos Occidentales, fué declarado terrorista. Era entonces jefe de brigada y volvió á París tomando parté el 13 de vendimiaire año IV, con otros republicanos, en la defensa de la Convención. En 1796 era ayudante de campo de Napoleón en la campaña de Italia, distinguiéndose en Dego, Ceva y Mondoví, y ya general de brigada llevó á París las banderas tomadas al enemigo. Murat volvió á Italia, luchando heroicamente (2) en Mantua, Roveredo, siendo herido en San Jorge.

En el 98 hizo prodigios en Egipto y en la toma de Alejandría ganando, el 23 de Julio de dicho año, en las batallas de las Pirámides, el grado de general de división (3). Fué el primero en asaltar San Juan de Acre y en Aboukir se apoderó, después de luchar cuerpo á cuerpo, de Mustafá-Pachá. Mandó grabar sobre sus armas el lema «el honor y las damas».

Cuando volvió á París, ya había olvidado los ideales republicanos y se convirtió en dócil instrumento de aquél que con las espuelas de sus botas había hecho trizas el mapa de Europa.

Violando la representación nacional, el 18 brumario dispersó y disolvió el Consejo de los Quinientos (4). Como premio, el primer cónsul le nombró jefe de su guardia, y en 20 de Enero de 1800 le concedió la mano de su hermana Carolina (5). En el mismo año, mandando

(1) Véase Apéndice núm. 1.

(2) Béguin dice que al empezar una batalla se vestía con su uniforme más brillante y colocaba en su penacho una joya con brillantes. No tenía el genio militar de Lannes, Kleber, Desaix y Hoche; pero era más intrépido.

(3) Véase una interesantísima anédocta, Apéndice 2.

(4) Estando Napoleón en Egipto pronunció aquellas palabras: «Los charlatanes pierden á Francia.» Para evitarlo dió el golpe de Estado del 18 de brumario.

Más adelante había de decir el político y poeta Lamartine otras frases no menos famosas y exactas: «La Francia está sedienta de silencio.» En algunas otras naciones se pudieran decir también estas mismas palabras.

(5) Carolina Bonaparte, tercera hermana de Napoleón, nació en Ajaccio en 1782. Su hermano, que la estimaba mucho, la casó con Joaquín Murat en 1800. Fué gran duquesa de Berg y de Cleves; y cuando fué reina de Nápoles se mostró digna de este puesto por sus talentos y tacto en los negocios. Radiante de gracia y hermosura ejerció un gran ascendiente sobre su marido, supliendo las cualidades que faltaban á este valiente soldado para el ejercicio del reinar, y lo demostró cuando fué Regente. Realizó en Nápoles muchos progresos, fundó establecimientos útiles, protegió las ciencias y las artes, llevó á los altos puestos á hombres eminentes, é hizo que se desarrollara mucho la instrucción pública. Cuando asistió á la boda de su hermano con Maria Luisa consideró como un ultraje el haberla obligado á llevar el manto de la Emperatriz, y volvió á su reino indisputada con la corte de París. En 1813 empezó á volver la espalda á Napoleón. Esta ingratitud hizo que su madre le recriminara con las siguientes palabras: «Habéis traicionado á vuestro hermano y bienhechor; antes de llegar á una felonía semejante, vuestro marido debía haber pa-

oda la caballería de Bonaparte en Italia, entró el 2 de Junio en Milán y contribuyó poderosamente á la victoria de Marengo. En 1801 expulsó á los napolitanos de los Estados Pontificios, gobernó la República cisalpina y se apoderó de la isla de Elba. En el Cuerpo Legislativo representó á la provincia en que había nacido; en 1803 era gobernador de París; en 1804 mariscal del Imperio; en 1805, Príncipe y Almirante de Francia y después de Austerlitz el Emperador le concedió la soberanía, en 20 de Febrero de 1806, del Gran Ducado de Cleves y de Berg.

Murat gobernó su pequeño reino con gran acierto, administró con sabiduría; pero como las instrucciones que su cuñado le enviaba eran tiránicas, ofreció al Emperador la abdicación de su Ducado.

Pero á pesar de los esfuerzos que Murat hacía para gobernar independiente de Bonaparte no lo logró, y en la coalición de 1806 de nuevo toma el mando de la caballería en «La grande armée». Cargó sobre los prusianos en Jena (1), hizo capitular á Hohenlohe en Prenzlau y derrotó á Blücher en Lubeck, y entró en Varsovia el 28 de Noviembre. Brilla con intenso fulgor en 1807 en Eylau y Friedland (2) y asistió á la entrevista que tuvo lugar en el Niemen el 21 de Junio entre los Emperadores Alejandro y Napoleón.

sado por encima de vuestro cadáver.» Cuando perdió la corona de Nápoles fué llevada casi prisionera á Trieste. Se le permitió establecerse en un castillo de Viena, en donde supo por un diario el fusilamiento de su marido. Obtuvo el poder volver á Trieste en donde vivió con el título de condesa de Lipona, anagrama de Napoli. Allí educó á sus hijos con algunos apuros, pues no tenía fortuna, y casó secretamente con el general Macdonald, antiguo ministro de su marido. En 1830 fué á Roma para cuidar á su madre. En 1838 obtuvo del Parlamento francés una renta vitalicia de 100.000 francos, de la cual disfrutó poco tiempo, pues al año siguiente moría en Florencia, víctima de un cáncer en el estómago.

Habiendo nacido esta mujer con grandes cualidades de espíritu y de cuerpo, no tuvo más defecto que el de un ansia extraordinaria de dominación. Por eso la calificó Talleyrand con las siguientes palabras: «Es una cabeza de Cromwell sobre el cuerpo de una linda mujer.»

La reina Carolina tuvo de su matrimonio con Joaquín Murat cuatro hijos.

(1) Dícese que la monarquía prusiana fué destruida por Napoleón I en una batalla, la de Jena, y así es la verdad; pero estúdiense aquellos acontecimientos y se convencerá el que lo haga de que el ejército prusiano, aunque derrotado por completo en Jena, sacó del campo de batalla elementos más que suficientes para rehacerse. ¿Por qué no lo hizo? Pues porque Napoleón, inmediatamente después de la victoria, lanzó contra el ejército derrotado la caballería de Murat. Esta caballería, aprovechando el efecto moral de la batalla y la dispersión material que la derrota había producido en la hueste prusiana, fué la que tomó las plazas, la que aprisionó los destacamentos, la que destruyó, en suma, al ejército vencido, ó sea que concluyó la guerra por el aniquilamiento.

(2) A la batalla de Friedland, les soldats de Friant rangés devant Semenowska, re-

Cuando pensaba volver á sus Estados, fué encargado en 1808 (1) del mando superior del ejército que penetró en Madrid el 25 de Marzo, y bajo su mando ocurrieron, sin culpa suya, los sangrientos acontecimientos del 2 de Mayo (2). Como Carlos IV le había investido de la autoridad real, ya se creía rey de España; pero Napoleón, por edicto de 6 de Junio de 1808, concedió el trono español á su hermano José (3), entonces rey de Nápoles.

poussent les premières charges, mais assaillis par une grele de balles et de mitraille, ils se troublent: un de leurs chefs se rebute et commande la retraite. Dans cet instant critique Murat court á lui, et le saisissant au collet, il lui crie: «Que faites-vous?» Le colonel, montrant la terre couverte de la moitié des siens, lui répond: «Vous voyez bien qu'on ne peut plus tenir ici.»—«Eh! j'y reste bien, moi!» s'ecrie le roi Murat. Ces mots arrêtèrent cet officier. Il regarde fixement le monarque, et repond froidement: «C'est juste, soldats, face en tête! allons nous faire tuer!» (Comte de Segur, *Histoire de Napoleon et de la grande armée*).

(1) En el año 1808, con motivo del centenario de la guerra de la Independencia, se escribieron algunos artículos (véase Apéndice núm. 6) referentes á ella. En uno se dice lo siguiente: «Murat había nacido con un monarca dentro.... Murat, fastuoso y olimpico, paseaba por la corte su belleza y elegancia. Aquella cabellera que caía en tirabuzones, aquellos ojos fieros y expresivos y toda la elegancia exótica de aquel hombre que en las batallas daba la carga al frente de sus escuadrones, sin más armas en la mano que un látigo de montar... Hombre de gran valer, mirado sin apasionamientos ni parcialidades, aparece con un ropaje de leyenda. Su cabeza perfil de camafeo y de friso podía pasar por la de Aquiles, y aquel hombre que deshacía tronos y fué luego muerto por haberse sentado en uno, hubiera podido merecer versos de gloria en un poema heleno.»

De D. Antonio Alcalá Galiano es lo que sigue: «El príncipe Murat no acertaba á granjearse la buena voluntad de los españoles.

Su traje raro y fantástico, por el cual se distinguía entre sus paisanos y compañeros; su persona un tanto gallarda y agraciada; el lujo de que sabía estar rodeado, con ayudantes galanes por su figura y por sus ricos adornos, y la ostentación que manifestaba en sus frecuentes revistas, todo ello parecía, ó cosa de teatro, ó jactancia acompañada de insulto.»

Es muy sabido que D. Antonio Alcalá Galiano escribió la obra *Recuerdos de un anciano*, que se ha publicado en la Biblioteca clásica, y sus *Memorias*, publicadas en dos tomos por el hijo de aquel eminente orador.

(2) La llamada crueldad de Murat descansa en una leyenda. En lo más recio del combate trató de evitar la efusión de sangre y no emplear más fuerza que la necesaria. Él pidió á los individuos de la Junta que le ayudasen con toda su influencia, y envió á sus oficiales á llenar una misión de paz cerca del pueblo enfurecido. Murat había prohibido que á los que se habían amotinado contra él se les ejecutara, pero el general Grouchy los hizo conducir al Prado y fueron fusilados unos treinta. Las disposiciones rigurosas que tomó han sido consideradas por algún historiador como caso de legítima defensa. La Historia debe juzgar á los hombres por el conjunto de sus actos, con el carácter que les es propio, y no según clamores interesados. No se distinguió el gran duque de Berg por un rigor exagerado, si se tiene en cuenta las quejas que respecto á este punto le dirigía algunas veces Napoleón. Quizá evitó á Madrid nuevas catástrofes.

(3) Los afrancesados liberales y progresivos.

Dice D. Carlos Cambrónero en *El Rey intruso*, «el primer afrancesado fué el deseado, el Rey más injustamente popular que ha tenido nación alguna, el execrable Fernando VII, ya que abdicó sus derechos y felicitó á Napoleón repetidas veces por sus triunfos sobre los españoles. Afrancesados fueron una gran parte de la España ilustrada y liberal de principios del siglo XIX. Muchos con buen acuerdo aceptaron los hechos consumados y prefirieron la dinastía francesa de Bonaparte á la dinastía también francesa de Borbón.»

Capítulo IV

Murat, Rey de Nápoles.

En París demostró su descontento Murat, y entonces el Emperador le concede el trono vacante de Nápoles el día 15 de Julio de 1808. Fué proclamado con el nombre de Joachim Napoleón el 1.º de Agosto, y en cuanto llegó á su nuevo reino arrebató la isla de Capri de los ingleses, defendida por Hudson Lawe, futuro carcelero de Napoleón; reorganizó la administración, el ejército y la marina; hizo cesar los arres-

Vieron en José I la inmensa superioridad que la Historia le reconoce sobre Fernando VII. Eran estos liberales: Goya, el gran pintor; Leandro Fernández de Moratín, el exquisito prosista y autor de las dos joyas, *El sí de las niñas* y *El café*; el poeta Meléndez Valdés; D. Tomás García Suelto, escritor y médico; D. Martín Fernández Navarrete, marino y erudito; D. Domingo Badía, audaz viajero que residió mucho en Marruecos; D. Juan Antonio Llorente, cura heterodoxo; D. José Antonio Conde, arabista y escritor; D. Francisco Verdejo, geógrafo; D. Cristóbal Credera, escritor; D. Manuel García de la Preda, crítico; Arnao, Melón, Silvela D. Manuel María Cambrónero, ilustre ex-ministro del Rey intruso; D. José Gómez Hermosilla, filólogo, políglota y crítico, y en fin, lo más brillante de lo que hoy se llama intelectualidad.

Entre los enemigos de los franceses se distinguen los hombres eminentes: Quintana, Gallego, Campmany, Muñoz Torrero, Argüelles, Villanueva, Barbero....

Desgraciadamente, aún si no hubiera habido la guerra de la Independencia, España no hubiera tenido la tranquila suerte de Suecia con su Bernadotte. El reinado de José I no hubiera sido pacífico, pues los ingleses hubieran ocupado nuestras colonias aunque quizá esto habría sido inmenso beneficio para la Patria y nos habrían bloqueado é invadido por Portugal.

Debieron los liberales matar á Fernando VII, en vez de declararle loco, y su cabeza hubiera aborradado á España, por lo menos, las guerras de sucesión; las luchas civiles simplificadas se hubieran ventilado entre Carlos V, ocupando el trono y la revolución.

Entre gente ignara se suele motejar á los afrancesados de traidores y de malos españoles; la Historia verídica é imparcial desbarata por completo aquellos juicios inexactos. Como si en ello hubiera desdoro, á D. Francisco Silvela se le echó en cara el ser descendiente de un afrancesado, el amigo de Goya y Moratín.

Fué, á mi juicio, José I el mejor Rey que tuvimos el pasado siglo; no fué un genio, pero en época normal hubiera sido excelente Rey constitucional y civilista.

En plena guerra hizo mucho, tanto, que la restauración de sus leyes constituyen el ideal de los partidos más avanzados. Ningún gobierno monárquico por democrático que fuese

tos ó detenciones arbitrarias; fomentó las ciencias y las artes, logrando bastante popularidad. Cuando subió al trono tenía una fortuna personal de 12 millones y los gastó en el fausto y en el lujo (1). Su mujer Carolina ejerció gran influencia en su ánimo y él trató una vez más de emanciparse de la fatigosa y pesada tutela de Napoleón. Demostró á éste un profundo disgusto cuando fué rechazado por los ingleses al intentar tomar á Sicilia en 1809 por no haber sido ayudado por las tropas francesas, pero Napoleón tratóle con gran altivez y frialdad. Desde entonces empieza el alejamiento, cada vez mayor, del Emperador de los franceses y el Rey de Nápoles. Éste trató de que evacuara á Nápoles el ejército francés y mandó que para seguir ocupando cargos y empleos en su reino, era preciso naturalizarse en él. Napoleón anuló este decreto por otro firmado en las Tullerías en 1811 en la que declara: «Que formando el reino de Nápoles parte del Imperio grande, los ciudadanos franceses tienen los mismos derechos y son de derecho también ciudadanos de las Dos Sicilias.»

Enfurecióse tanto Murat, que cayó enfermo y no celebró el nacimiento del Rey de Roma, y aparatosamente se jactó de no llevar más las insignias de la Legión de Honor.

Debido á la guerra con Rusia, se apaciguaron los ánimos y otra vez al frente de la caballería, Murat se distingue en Ostrono, Smolensk, y en 7 de Septiembre de 1812 contribuyó á la victoria de la Moskowa, pero fué sorprendido por Kutusow en Winkowa. En 5 de

se atrevería á conceder eficacia á sus tres famosos decretos de 18 de Marzo, 8 de Mayo y de 18 de Agosto de 1809, cuya apología hizo el arcediano de Antequera D. Francisco Javier Asenjo. Sus reformas en beneficio de Madrid fueron muchísimas y merece citarse el decreto de 18 de Febrero de 1809 ensanchando el Botánico.

«Decreto de 18 de Febrero de 1809:

Toda la Huerta que fué del Convento de Padres Jerónimos y la corta posesión del terreno cercado que media entre ella y el Observatorio Astronómico, perteneciente á nuestro Real sitio del Retiro, quedan agregadas al Jardín Botánico, con el cual confinan.»

Suprimió la Inquisición, las órdenes Monásticas, el derecho de asilo, el servicio militar como pena, la pena de baqueta en lo militar, y la horca en lo civil. En el Español colocó los bustos de Calderón y Lope; en el teatro de la Cruz, á Moreto y á Guillén de Castro. Reformó completamente la Administración local. Creó la Intendencia general de Policía, el Teatro Nacional, Bolsa, la plaza de Oriente, la plaza de Santa Ana, los cementerios del Norte y Sur y fomentó eficazmente la Instrucción pública.

En fin, Bonaparte ensanchó lo que ¡oh sarcasmo! mermó el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y el Ministerio de Fomento de las Ciencias, Agricultura é Industria y se ha achicado el Retiro y talado el olivar de Atocha y los Jardines y con fútiles pretextos se intentan nuevas talas por patriotas de los que llaman *Pepe Botellas* á José I.

(1) Véase el Apéndice núm. 3. El «Tesoro de Murat.»

Diciembre fué confiado por el Emperador para el mando del Gran Ejército en su macabra retirada; pero descorazonado y rendido entregó al príncipe Eugenio el mando el 16 de Enero de 1813 en Posen, y abandonando á las hasta entonces invencibles huestes francesas vuelve á Nápoles, tratando de asegurar su trono por medio de negociaciones emprendidas con Inglaterra y Austria. Sin embargo, de nuevo lucha á favor de Napoleón en Dresde, en Wachau y en Leipzig, volviendo nuevamente á Italia con el objeto de reclutar gente; pero viendo el desastre de la campaña emprendida decide, influido por su mujer y por Fouché, duque de Otranto, abandonar al coloso al verle tambalearse en su fortuna. Por los tratados del 8 y del 11 de Enero de 1814, prometió un ejército de 30.000 hombres en favor de Austria é Inglaterra á cambio de la promesa de aumentar su territorio, y á la cabeza de su ejército llega á Ancona y se apodera de Boloña, publicando el 30 de Enero de 1814 el siguiente edicto: «El Emperador no quiere más que la guerra. Traicionaría á los intereses de mi antigua Patria, los de mis Estados y los vuestros si no separo inmediatamente mis ejércitos de los suyos para unirme con las potencias aliadas que tienen el magnánimo propósito de restablecer la dignidad en los tronos y la independencia en las naciones.»

Bonaparte en sus Memorias de Santa Elena (1) dice: «Es imposible concebir más bajeza que la proclamación de Murat, separándose del virrey de Italia. Háse dicho que llega un momento de escoger entre dos banderas: la del crimen y la de la virtud. Era la mía á la que llamaba la del crimen. Y ese era Murat, mi obra, el marido de mi hermana, aquel que me debe todo, que no hubiera sido nada sin mí, que no es conocido si no es por mí, él es el que escribió eso. Es difícil separarse de la desdicha con más brutalidad y de correr con más impudor detrás de una nueva fortuna.»

Cuando el 2 de Abril fué destronado Napoleón, le sucedió Luis XVIII (2), encontrando en éste un enemigo declarado, además del rey de Sicilia Fernando IV, hijo de Carlos III de España y María Amalia de Sajonia, entonces trató de asegurar su corona en el Congreso de Viena.

(1) Véase en el Apéndice núm. 4, algunas muestras de Napoleón como escritor.

(2) Véase en el Apéndice núm. 5 la carta de Murat á Luis XVIII.

Empieza aquí nuestra tesis doctoral: después de la Convención de Schiarino Rizzino, que se celebró el 16 de Abril de 1814 y la de Mantua el 23 del mismo mes, y que tuvo por consecuencia que abandonando Boloña el 29, Murat entra de nuevo en Nápoles al mediodía del día 2 de Mayo, recibiendo una entusiasta aclamación, si bien es verdad que muchos de los que le aclamaron eran los mismos *lazzaroni* pagados por la policía que habían alborotado pocos días antes á la ciudad, gritando al llegar una gran cantidad de naranjas de Palermo, en el puerto de Nápoles y hasta en las cercanías del palacio real, el subversivo «E viva lu Nasone nostro» y hasta fueron obligados algunos oficiales de uniforme á gritar: «¡Viva nuestro rey Fernando IV!»

Trataremos de exponer el estado político en que se encontraba el pequeño reino de Murat. El horizonte se presentaba obscuro y era necesario tacto, paciencia, habilidad y franqueza para disipar la negra nube que se avecinaba, la situación era muy difícil y el Soberano no había nunca sido más que un brillante general de caballería y un admirable entrenador de hombres. Su carácter brioso no le hacía estudiar un plan diplomático, y siempre parecía creer que una negociación duraría el mismo tiempo que el en que una carga de caballería destrozaba un regimiento. No había sido preparado para resolver los escollos y peligros que le rodeaban, y en el penúltimo año de su reinado tenía otro enemigo formidable en Inglaterra, ó por lo menos en su representante en Sicilia, Lord William Bentinck, que abiertamente demostraba su odio al Rey, que consideraba como un usurpador, y al mismo tiempo defendía la causa de Fernando IV. Comprendiendo el peligro de la enemistad de Bentinck, Murat trató de ayudar á Austria y afirmó que sería para él una alegría el poder dar al Emperador Francisco pruebas de su reconocimiento y de su amistad, puesto que sólo Austria era su apoyo y que sin ella no hubiera podido conservar su reino y que en todas ocasiones podría contar con él. Efectivamente, Murat, que había soñado con ser el dueño y rey de la Italia libre, unida bajo su cetro, firmó con José Rospigliosi, Príncipe del Sacro Imperio, el marqués de Gallo y el conde de Mier, su renuncia sobre el tan deseado Gran Ducado de Toscana, encargando á su caballero mayor, el duque de Rocca Romana, en 25 de Abril, entregar la posesión en manos de S. A. I. y R. Monseñor el Gran Duque de

Wurzburg, y Murat escribió desde Bolonia el 25, á los toscanos, anunciándoles el regreso del Gran Duque. Todo esto demuestra los sentimientos sinceros del Rey para captarse las simpatías de los Hapsburgos, pero el general en jefe de los austriacos Conde de Bellegarde, le trató con muy poca consideración no notificándole directamente la Convención de Schiarino Rizzino, y hasta llegó á decir en carta escrita desde Verona en 28 de Abril de 1814, que «la conducta del Rey presenta, en general y en conjunto, una marcha turbulenta y revolucionaria. Traiciona la escuela de donde salió». Bellegarde ignoraba que el conde de Mier le iba á notificar que Joaquín Murat le ofrecía el gran cordón de la Orden de las Dos Sicilias, si bien es verdad que caballerosamente el Mariscal rechazó la distinción; Murat, generosamente, olvidando el daño que Bentinck le hacía, como recuerdo de su conquista de Génova le envió una espada con brillantes. Desde Julio del 14 la fortuna volvió sus espaldas á Murat. Colocado su reino entre el de Sicilia, en que reinaba Fernando IV, y el del Papa Pio VII, se veía rodeado de enemigos, sólo pudiendo contar con el conde de Mier y con el cardenal Gonsalvi; también Napoleón, en carta inédita del 12 de Marzo de 1814 al príncipe Eugenio Soissows, decía que había hecho volver al Papa á Italia *para «embrazar á Murat»*. Es justo reconocer que Murat hizo todo lo posible por reconciliarse con Pio VII, mandando á su gentilhombre, el marqués de Montrone con una carta escrita el 4 de Abril, en la que le devolvía las provincias de Roma y Trasimena, pero el Papa no contestó siquiera, creyendo que atentaba á su dignidad el hacerlo, sorprendiendo mucho esta actitud hasta al mismo general conde de Bellegarde, siendo, naturalmente, más tirantes las relaciones entre Nápoles y la Santa Sede, además de que Lord William Bentinck y el general ruso Balachoff dificultaban toda negociación diplomática.

Otro gran peligro amenazaba á Murat no previsto por él: nos referimos al art. 3.^o del tratado de Fontainebleau que dió la isla de Elba á Napoleón (1) «para formar durante su vida un principado indepen-

(1) Un monsieur qui connaissait la rancune que portait Mme. de Staël á Napoleon I, croyant flatter la haine de l'auteur de Corinne, lui disait que Bonaparte n'avait jamais eu ni talent ni courage. «Monsieur lui repondit severement Mme. de Staël, vous aurez beaucoup de peine pour me persuader que l'Europe s'est prosternée pendant quinze ans aux pieds d'un imbécile et d'un poltron.»

diente sobre el cual tendría plena posesión y soberanía con una renta anual de dos millones con cargo al gran libro de la Francia, además de dos millones y medio para los miembros de su familia». Austria duda de la lealtad de Murat, y el Emperador Francisco, en carta escrita al príncipe de Metternich en 12 de Abril, dice: «Lo más importante es alejar á Napoleón de la Francia, y plugiera á Dios, muy lejos. No apruebo el haber sido escogida la isla de Elba como residencia de Napoleón. Se ha tomado de la Toscana y se dispone en favor de extranjeros de lo que conviene á mi familia. Es un hecho que en lo porvenir no se puede admitir. Además, Napoleón queda [demasiado cerca de Francia y de Europa.] Inglaterra sospecha también de la proximidad peligrosa entre el Emperador en Elba y Nápoles. Murat entretanto no logra que Rusia reconozca su existencia política y sólo tiene un armisticio con la Gran Bretaña.

Pasemos á tratar de la situación interior del reino de Nápoles, de las opiniones de los habitantes, las reformas y obras de Murat.

El reino de Nápoles era el más refractario de todos los de Italia para recibir la influencia francesa, así es que Murat sólo logró aplicar parcialmente las reformas interiores necesarias para la reorganización total del país; pero transformó algo con arreglo á los principios franceses, introdujo una organización judicial nueva y fundó la base para una ley de instrucción pública, abrió escuelas, fomentó la agricultura, industria y comercio, creó establecimientos benéficos y hospitales, aumentó la Armada y el Ejército, y la actividad mercantil debido á las carreteras que hizo construir. Su ministro de Hacienda en 28 de Febrero de 1809, el conde de Mosbourg, reformó el sistema tributario de tal manera, que á pesar de los enormes gastos en el Ejército y en la dotación á la Orden de las Dos Sicilias consistente en 120.000 ducados, ó sea 516.000 francos, cuando Murat descendió del trono no dejó deudas al Estado y había logrado extinguir muchas.

Fué Murat el que hizo la hermosa carretera de Mergellina á Posilippo, el campo de Marzo, la casa de locos en Aversa, el observatorio astronómico; extinguió 57 millones de la deuda nacional y creó un ejército regular de 60.000 hombres, 20.000 de guardia nacional, las escuelas de Estado Mayor y de Artillería y persiguió ferozmente á los bandidos que infestaban el país, hasta el punto de que un padre fué,

condenado á muerte por dar un pedazo de pan á su hijo declarado bandido, y una mujer de Nicastró, que había recibido un recién nacido de una mujer de un bandolero, también sufrió la pena capital. El feroz general Manhés logró exterminar casi totalmente los bandidos, y después se moderó la policía, siendo otra importante reforma la supresión del feudalismo y se repartieron tierras entre los pobres. Pero á pesar de estas mejoras el reino no gozaba sino de una paz superficial, pues latía ya un malestar que cada día aumentaba, y con la caída de Napoleón se consideraba como una anomalía que Murat siguiese en el trono, y se proponía Inglaterra restablecer en él á los Borbones; pero el Emperador Alejandro de Rusia dijo, que tratándose de pueblos no se podía devolver el centro á un rey verdugo, y Austria tenía interés en conservar á Murat, enemigo de los Borbones, de nuevo dueños de Francia.

Pero el clero y los *carbonari* empezaron á ponerse de parte de los Borbones, y la provincia de Teramo se subleva, y aunque fué sofocada la rebelión, era triste presagio de inminente peligro. Murat, por ley de 4 de Abril, disuelve los Ventes, conminando con pena de muerte á sus miembros y envía primero al general Florestan Pepe y después el cruel y duro general Montigny, que ahogan el movimiento en los Abruzzos, apoderándose el último en 1.º de Mayo de Citta, San Angelo y de Penne. En los meses de Mayo y Junio fueron cazados los *carbonari*, y por fin el 13 Julio, el Tribunal de Teramo condena á muerte á los jefes de la rebelión, al canónigo Marulli, al Dr. La Noce y al capitán Michaelis, cuyas cabezas fueron expuestas en las ciudades en donde habían vivido.

Habiendo prometido Murat, y no pudiendo hacer la supresión de la quinta, *El Monitor de las Dos Sicilias* publicó una ley en la que se suprimía desde el 1.º de Julio algunos impuestos de timbre y de Aduanas marítimas; autorizó la exportación de granos y de aceites y facilitó el comercio rebajando la tarifa de importación de algunas mercancías.

Cuarenta y ocho horas después, en capilla pública celebrada por la mañana, se cantó un solemne *Tedeum*, y por la tarde adoró el Rey Joaquín y su familia las reliquias de San Genaro, patrón de Nápoles, que se conservan en la Catedral. Entre las dos funciones religiosas

había recibido el Rey al Consejo de Estado y al Tribunal Supremo y pronunció un discurso, siendo fragmento de él la siguiente parte:

«La independencia de nuestro país está asegurada y me propongo consolidar más todavía su prosperidad, dándola una Constitución que será á la vez salvaguardia para el trono y para los ciudadanos. Los hombres más sabios y eminentes del reino formarán las bases de dicha ley. Haré todos los sacrificios y todos los esfuerzos posibles para asegurar la independencia de los napolitanos, independencia que me está garantizada por la paz de Europa y *por mis relaciones con los Soberanos, con los cuales estoy aliado.*»

En dicho día, 24 de Mayo, *El Monitor* publicó el decreto suprimiendo las quintas y restableció el alistamiento. A los Cuerpos que habían tomado parte en la última campaña se concedió el privilegio de grabar sobre los estandartes y banderas el lema: «Honor y fidelidad sin tacha».

Sabido es que el pueblo napolitano era, y es todavía, muy aficionado á las grandes fiestas, á la pompa y á las ceremonias vistosas, y Murat de por sí, magnífico y espléndido, multiplicó las fiestas y espectáculos militares con el propósito de halagar á la multitud. Para festejar el regreso á la corte del conde de Mier y del general Balachoff, y como había además en Nápoles muchas personalidades extranjeras, el Rey dió varios bailes, sobresaliendo el grande de 25 de Mayo, en el cual, según carta del 27 del mismo mes, escrita en Nápoles, conservada en el archivo del Estado de Milán, asistieron lady Oxford y sus hijas, el general Balachoff y su estado mayor, el conde de Mier y el ministro de Baviera. El 28 del mismo mes se celebró una gran revista militar en Chiaja, seguida por un banquete del Consejo Municipal al que asistió toda la guarnición. El 4 de Junio, para celebrar el aniversario de Jorge III, el duque de Gallo dió otro banquete de gala en honor de los marinos ingleses, y Lord Oxford, contestando al brindis de Gallo, bebió en honor de los Reyes de Nápoles y á la indisolubilidad de los lazos que unían ambas naciones.

Aparentemente era, pues, inmejorable la situación política de Nápoles (1), pero bien pronto empiezan las dificultades y protestas de las

(1) Véase en el Apéndice núm. 5 la carta de Murat á Luis XVIII de 21 de Mayo de 1814.

potencias, mereciendo especial mención la del Papa Pío VII que atacó la libertad de cultos y de la prensa contra los artículos del Código de Napoleón, opuestos á las leyes de la Iglesia, como el divorcio, contra las leyes orgánicas y contra la creación de un ministerio de Cultos, afirmando que un laico no podía inmiscuirse en los asuntos del culto católico y sobre el Concordato. Poco después vuelve triunfalmente el Papa á San Pedro y de allí á Monte Cavallo en la carroza de Carlos IV, siendo muy curioso observar que uno de los generales que contribuyó á su destierro, el general Pignatelli Cerchiara, mandaba las tropas napolitanas que formaban la escolta de honor del Papa, formando éste su Ministerio, que se componía del cardenal Consalvi, secretario de Estado, desempeñando interinamente este cargo el cardenal Pacca; el cardenal Cataffi (Breves), Litta (Propaganda), di Pietro (Penitenciaría), y Mattei (Dataría). Algunas personas se refugiaron en Nápoles temerosas de persecuciones.

Un nuevo personaje apareció en escena: Luciano Bonaparte. Recibido por el Papa en Roma á 27 de Mayo solicitó de éste el título de Príncipe Romano, manifestó su completa separación de Murat y sus deseos de vivir como agricultor en Suiza; pero habiendo sido cariñosamente acogido por el Pontífice, resolvió establecerse perpetuamente en Roma y hacer venir á su familia. Aconsejó al Rey de Nápoles que renunciase toda adquisición del Estado Romano por ser muy peligroso el hacerlo. Según frase del cardenal Consalvi, se siguió con respecto á Nápoles una *política inerta*, y por eso mismo no se pusieron reparos al nombramiento hecho por Murat de Zuccari para el cargo de cónsul general en Roma, y ni siquiera protestó la Santa Sede cuando Zuccari, considerando que lícitamente había sido admitido, propuso en 31 de Mayo al duque de Gallo que se nombraran cónsules de Nápoles en Civita-Vecchia, en Roma, en Fiumicino, en Porto d'Anzo y en Terracina.

Pero todavía fueron menos amistosos los sentimientos de Sicilia con relación á Nápoles, rechazando la corte de Palermo toda negociación con su vecino del Faro.

Representó entonces á Nápoles en París el príncipe Cariati y el duque de Campochiaro, y en Londres, Vincenzo Ancilloti.

Sabido es que Austria consideraba á Italia como un protectorado suyo, y miraba con muy malos ojos las aspiraciones de la Italia Sep-

tentrional y las primeras manifestaciones de los italianos en favor de Napoleón I. Por eso Francisco I manifestó á los italianos «que haría todo lo que pudiera hacer por ellos. Pero no me gusta prometer mucho porque hago un deber cumplir mi palabra». ¿No son significativas estas frases? ¿Y estas otras? «Reino de Italia, no.» Genoveses, milaneses, lombardos y piamonteses se quejaban amargamente de su poca independencia, y vemos que en carta escrita desde Turín en 24 de Mayo de 1814 el rey del Piamonte, Víctor Emmanuel I, decía á Lord William Bentick «que Italia se encontraría más sumisa y más humilde que había sido hasta entonces».

En Viena se temía mucho los efectos que podrían ocurrir por la cesión de la isla de Elba á Napoleón, y vemos que Metternich decía en 15 de Mayo á Bellegarde: «Llamo la especial atención de Vuestra Excelencia á la presencia del Emperador Napoleón en la isla de Elba. Necesario es considerarla *como un volcán dispuesto á verter su lava sobre los países vecinos*. Es absolutamente necesario que desde este momento se establezca una vigilancia muy severa sobre las comunicaciones de la costa con la isla, y ruego á Vuestra Excelencia dé órdenes muy precisas sobre este asunto en Toscana.» Pero á pesar de los temores que tenían las potencias del César caído, no creyeron que el peligro fuese tan grande é inminente. Profunda había sido la huella en los diez años de vida del reino napoleónico de Italia y allende los Alpes habían cuajado los principios de la Revolución francesa la organización del novísimo régimen introducido por la administración de los Bonaparte y principalmente en el Norte de los Apeninos se había lanzado gritos de ¡Viva la Independencia italiana! Un soplo de vida había pasado por la aletargada Italia, y los italianos suspiraban ya por la hora de reivindicar su autonomía y de recobrar su libertad. El régimen francés había demostrado á los distintos pueblos de la Península que todos eran hijos de una sola nación. El luchar miles de franceses, conquistando laureles y gloria bajo la bandera italiana, había consolidado los dos pueblos hermanos y había hecho revivir en sus corazones el sentimiento nacional. No se comprendía en Viena la verdad contenida en la carta de Fouché á Napoleón (Nápoles, 3 Enero 14), «los italianos, conforme á sus ideas de independencia, aborrecen igualmente las dominaciones francesa y austriaca».

En la conjuración de Turín en 19 de Mayo germina ya esta idea, aunque puerilmente, y se pensaba ya en la tendencia favorable á Napoleón. El historiador César Baldo considera que la dominación francesa fué la más útil, más completa, más grande y la más gloriosa. Como decíamos antes, un grupo de 14 conspiradores: dos corsos, dos genoveses, cuatro piamonteses, dos italianos del antiguo reino de Italia, cuatro romanos y napolitanos se reunieron en Turín. Tres de ellos son conocidos: uno es Luis Corvetto, genovés, consejero del Imperio con Napoleón y ministro de Hacienda con Luis XVIII, muerto en 1822; el segundo fué Melchor Delfico, consejero del Estado de Nápoles, muerto en 1835; y el tercero fué Pellegrino Rossi. Todos decidieron establecer una monarquía constitucional hereditaria enviando un emisario á Elba para ofrecer á Napoleón, en nombre de la Patria, la corona del Imperio romano y le pedían su nombre y su espada. «Que el César sea grande, le dijeron, pero que Italia sea libre. Italia tiene necesidad de Vos, señor, y os contestará á su llamamiento. Es necesaria una gran palanca. Vuestro brazo sólo puede levantarla. Habéis enseñado al mundo sorprendido lo que puede vuestra espada. Enseñaréis, señor, lo que puede vuestro genio como legislador y como Rey ciudadano; señor, dad un paso, lanzad un grito: todo estará levantado. *Decid como Dios á la luz: Que Italia se haga, é Italia se hará.*»

Estos catorce conspiradores fundaron las bases fundamentales de la futura Constitución del naciente Imperio romano, constando de 63 artículos, con tendencias federalistas, pues las Cámaras residieron por tres años en Roma, Nápoles y Milán sucesivamente (Artículo 47); la residencia habitual del Emperador sería Roma (Art. 52); se crearán en las ciudades mayores de la Península cuatro virreinos, dándose uno al príncipe Eugenio. No se habla en esta ley del Papa ni de los Reyes de Cerdeña y Nápoles por considerar este último como ya napoleónico. Contaban con 12 millones. Se trataría de hacer estallar una guerra entre Luis XVIII y Murat, conflicto pensado por Talleyrand (1) Perigord, Príncipe Soberano de Benevento, pocos meses después. El

(1) Le visage de Talleyrand était tellement impassible, qu'on ne saurait jamais y rien lire: aussi Lannes et Murat disaient ils plaisamment de lui, que si, en vous parlant, son derrière venait à recevoir un coup de pied, sa figure ne vous en dirait rien.

On a prétendu que pendant son séjour à l'île d'Elbe, Napoléon aurait dit: «Si j'avais fait pendre deux hommes, Talleyrand et Fouché, je serais encore sur le trône.»

Emperador, según el conde Libri Bagnano, no rechazaba las proposiciones de los italianos y envió un mandatario á Italia, pero ya casi todo lo que hacía era sabido por el general Francisco Spannochí, gobernador de Liorna, que en 25 de Mayo pedía al Presidente del Buen Gobierno de Florencia, créditos especiales para vigilar á Napoleón, pues dice: «Tenemos un vecino peligroso y creo que el Gobierno puede y debe vigilar estrechamente para saber todo lo que hace, dice y piensa.»

Veamos ahora las consecuencias que para Murat tuvo el Tratado de París, firmado en 30 de Mayo por los representantes de siete potencias, pues nuestro país se adhirió más tarde, en 20 de Julio.

Se acordó que «en el plazo de dos meses, todas las potencias signatarias, envueltas en la guerra actual, enviaran plenipotenciarios á Viena para tratar en el Congreso general de las medidas que deben completar las disposiciones del Tratado».

Se pensaba restituir al Rey de Cerdeña sus estados, disminuídos por una parte por la Saboya, otorgada á Francia, pero por otra parte había aumentado anexionando á Génova.

El Tratado de París no alude á Italia, y por eso no era peor la situación de Génova.

Luis XVIII había aceptado el art. 1.º, que decía: «Habrà paz y amistad perpetuas entre el Rey de Francia, el Emperador de Austria y sus aliados», y el mismo Rey dijo el 4 de Junio en el palacio Borbón, en la sesión regia del otorgamiento de la Carta Constitucional: «He hecho la paz con Rusia, Austria, Inglaterra y Prusia, paz en la que se comprende sus aliados, es decir, *todos los Principes de la Cristiandad.*» Aparentemente Murat no estaba excluído ni tenía razón para temerlo, sobre todo habiendo dicho Luis XVIII que «siendo uníversal la guerra, la reconciliación también lo era», siendo pronunciada esta s palabras en presencia del duque de Orleans, yerno de Fernando IV.

A pesar de que los ministros de Francia y España habían manifestado al cardenal Consalvi que el interés general era de «hacer saltar en el aire á Murat y á su corona», no lo creía éste así cuando les dijo: «No creo poder meterme en nada sin una orden expresa del Santo Padre..... Me parece que S. S. hará bien de no separarse de la conducta política pacífica é indiferente que ha seguido hasta ahora. Si

bien es verdad que el Santo Padre tiene el derecho de reclamar lo que es suyo; sería muy peligroso si siguiera un cambio que podía proporcionarle graves disgustos, en el caso de que Joaquín conservara su trono.»

Consalvi dijo á Castlereagh que el Papa «contaba con la nación inglesa para recuperar todos sus Estados».

Es curioso ver la carta que el Rey de Nápoles recibió por conducto del capitán de un barco napolitano que hizo escala en Elba. En esta carta autógrafa de Napoleón, éste suplica á la Reina que envíe un cocinero, un tapicero, muebles y libros.

Entretanto, Fernando IV, en 5 Julio, desde la Favorita, decía á su pueblo siciliano *que ejercería la autoridad real en todos los poderes y prerrogativas que la vigente Constitución otorgaba á la Corona*, y Bentinck dejó á Sicilia el 16 de Julio, el país en donde por espacio de más de dos años había ejercido una verdadera dictadura y en donde había tratado de hacer arraigar las ideas liberales y constitucionales. La abierta hostilidad de Sicilia respecto á la Gran Bretaña era favorable á Murat, y éste al mismo tiempo que daba suntuosas fiestas daba pruebas de su simpatía para con los ingleses, y en 6 de Julio los Reyes de Nápoles asistieron á la recepción organizada en su honor por el capitán Tower en su buque el *Curaçao* y dieron en Capo di Monte una gran fiesta colmando de regalos á los marinos ingleses. Por la resolución de Murat de sólo llevar el título de Rey de Nápoles, renunciaba á toda pretensión sobre Sicilia y tácitamente reconocía su completa independencia.

El Rey, por decreto del 14 de Julio, concedió el puerto francés á la ciudad de Ancona, privilegio que había gozado hasta Febrero de 1797.

El 22 de Julio autorizó la libre exportación de cereales y estableció en Capo di Chino un campo de maniobras para 20.000 hombres.

Vemos, pues, que al mismo tiempo se ocupaba del régimen militar y del interior.

A pesar de haber sido denegada la petición que de muebles hacía Napoleón es indudable que el Emperador sostenía correspondencia con Francia, Italia y Nápoles, por lo tanto la isla de Elba era la preocupación constante de las potencias y de la policía austriaca, toscana y pontificia. Es curioso observar que en los despachos de los adversarios de Napoleón le llaman sencillamente «questo signore».

Alarmáronse las naciones cuando el general inglés Montresor volvió entusiasmado de Elba y del recibimiento que le hizo el Emperador, y también cuando el brick de guerra de Napoleón ancló en Civita-Vecchia.

Talleyrand nombró como cónsul de Francia en Liorna un enemigo acérrimo de Napoleón, el caballero Mariotti, antes oficial en sus ejércitos de la República é Imperio, y á quien el Emperador le había nombrado oficial de la Legión de Honor.

A medida que se aproximaba el Congreso de Viena, las potencias vigilaban estrechamente á Elba, Roma, Nápoles, Palermo, el Piamonte, á fin de conocer el estado de cosas en que se encontraba la Península.

Los agentes de Viena descubrieron el vasto proyecto de Murat del reino unido de Italia, y Metternich se preocupaba de la revista militar que el 27 de Julio se celebró en Nocera, por el 2.º regimiento de cazadores y de la celebrada el 3 de Agosto en Nola por el 3.º

Bellegarde pidió á Mier que explicase al Gobierno napolitano la presencia en Ancona de ocho regimientos de infantería y cuatro de caballería.

Sabido es que Talleyrand tenía el principado de Benevento, y como estaba ocupado por los napolitanos envió Talleyrand á Mr. Dumere para tratar con el Gobierno de Nápoles de la venta de Benevento en cinco millones de francos. Pero al mismo tiempo el ministro de Luis XVIII trataba de negociar sobre el mismo asunto con Fernando IV.

Murat el 15 de Agosto escribió á Gallo, diciendo: «No se recibe el pabellón napolitano en las puertas de Sicilia. Tengo deseos de no recibir en los puertos del reino á los barcos con enseña siciliana.» Pero los consejos de Gallo hicieron que el 26 de Agosto dijese: «Redactadme el decreto declarando abierto mis puertos á los buques de todos los países. Quiero imprimirlo inmediatamente.» Nada, según nuestra opinión, demuestra mejor, en tan pocas líneas, el carácter de Murat. Los años, las pruebas, las responsabilidades que pesaban sobre su cabeza coronada, eran ligeros para él. Era, y lo fué hasta en su última hora, el hombre de repentinos impetus, de resoluciones mal pensadas y extremas. Lo mismo en el campo de batalla que en la política no conocía más que la carga y muchas veces los golpes de la espada.

A partir del 1.º de Septiembre reservó los empleos públicos, sin excepción alguna, para los napolitanos y los extranjeros naturalizados, concediendo las cantidades necesarias para volver á su país á los que no se conformaban con estas medidas.

Como se acusaba á Murat de comunicaciones con Napoleón, Murat encargó á su ministro de la Policía general, duque de Laurenzana, y el 3 de Septiembre apareció en *El Monitor* el siguiente decreto: «Ha causado gran sorpresa al Gobierno, que por cartas de Liorna y de Civita-Vecchia se sepa, que individuos llamándose oficiales al servicio de S. M. el Rey de Nápoles y llevando la orden de las Dos Sicilias, se presentan en los puertos, pretendiendo estar encargados por la Corte de Nápoles de una misión para la isla de Elba. A pesar de que nadie de buena fe pueda creer invención tan burda y que nadie pueda dudar del objeto de tal estratagema, el que firma cree necesario declarar que estos intrigantes no pertenecen al reino de Nápoles, que le son desconocidos y que nunca han sido encargados de ninguna misión para la isla de Elba.

«Como consecuencia de esta declaración, se ha dado orden á todas las autoridades locales de prender toda persona que pretenda llevar semejante misión».

Gallo encargó á Quagliarielli, cónsul general de Nápoles en Liorna, de hacer saber al general Spannocchi que había individuos disfrazados con el uniforme napolitano y le pedía su detención. Entretanto el general Moliterno hacía circular por Nápoles una carta en que decía que él era noble por nacimiento, general que había dado pruebas de su valor y no era un bandido como Joaquín, pero consentiría tratar á Murat como general por llevar el uniforme y solamente por esta razón le desafiaba en campo cerrado. Indignados por semejante insulto al Rey, los generales de guarnición en Ancona elevaron un documento al jefe de Estado, firmado por el general en jefe, Carrascosa, por el teniente general De Ambrosio que mandaba la 2.ª división, por el jefe de Estado Mayor Galdemar y por los mariscales de campo Aquino, Pepe, Carafa, Crivelli y Medini, en el que juraban una vez más fidelidad, obediencia é inalterable devoción y llamando á Moliterno, bandido aventurero, oprobio de las naciones y «nuevo Erostrato», y pocos días después las tropas de Nápoles hicieron lo mismo. Nuevamente

cundió la alarma al conocerse la opinión de José Vetí, que de vuelta de Elba afirmaba [en Florencia, el 18 de Agosto, que Napoleón escribía mucho y que soñaba con la corona de Italia.

El inspector de policía de Florencia, Fabriani, descubrió una sociedad de diez individuos, todos masones, que conspiraban en la tienda de un tal Leopoldo Farmi.

El príncipe Metternich manifestó al diplomático toscano príncipe Neri Corsini que haría todo lo posible para que Elba fuera devuelta á Toscana. Pocos días después era Wellington quien aconsejaba á lord Liverpool diciendo que Luis XVIII y su Gobierno deseaban mandar á Napoleón á otra parte. El 16 de Agosto el cardenal Pacca pedía al cardenal Consalvi que vigilase á Elba diciendo que allí residía el enemigo mortal de la Santa Sede, que de allí manaban las ideas subversivas irreligiosas, librepensadoras, el mal del siglo, y poco después, el 20 de Septiembre, decía: «Sería una obra santa ejecutar el pensamiento del príncipe de Metternich, concediendo otra residencia á Napoleón. Hasta que no se le haya alejado estaremos siempre con espanto y temor.....»

Consalvi, más templado y más perspicaz que los otros hombres de Estado de aquella época, no creía que los preparativos de Napoleón fueran para desembarcar en Italia. Fundaba su pensamiento en el carácter del Emperador «que no podía perdonar la traición é ingratitud de su cuñado», pero no por eso ignoraba que en Italia había *un plan nacional* y sólo daba una importancia secundaria al hecho de figurar los grandes nombres de Napoleón y de Murat, como se puede ver su carta al cardenal Pacca, del 17 de Agosto de 1814, y que se conserva en los archivos del Vaticano. Decía el ilustre secretario de Estado que sólo con la proclamación de Murat, estableciendo un reino independiente de Italia estallaría una nueva guerra que no se circunscribiría á Italia, sino que se extendería mucho más lejos de sus fronteras.

Pío VII, en 15 de Agosto, restableció las órdenes religiosas al mismo tiempo que prohibía y condenaba á los *carbonari* y masones. La primera medida fué recibida con júbilo por María Carolina de las Dos Sicilias, que en carta escrita desde Hetzendorf el 22 de Agosto, é interceptada por la policía austriaca, decía al marqués de Saint-Clair: «El Nuncio, que vino á verme, me comunicó la noticia de que el Papa

debía publicar el 7 de Agosto la Bula en que restablecía á los jesuítas, lo que me causa un gran placer y creo un gran bien, pero amistosamente os ruego de no manifestar ni placer ni aprobación cuando hable de ello, teniendo ellos como enemigos el gran mal del siglo, la masonería, cuya ramificación es grande y que ha hecho en todos los lugares y que hará aún mucho mal.....» Como dice *Cf. Rinieri* en el *II Congresso di Vienna é la Santa Sede XIX*. 433: «El lenguaje de María Carolina es todavía más interesante al saber que dicha soberana había pertenecido á la masonería y que si no es seguro que fué ella la creadora de los *carbonari*, desde luego fueron protegidos por ella

Consalvi, aunque en el fondo estaba conforme con el edicto del Papa, lo consideraba inoportuno y peligroso por pertenecer muchos soberanos á la masonería. Por carta del 27 de Diciembre de 1814, el Nuncio en Viena, monseñor Severoni, decía al cardenal Pacca que la lista de soberanos masones era la siguiente:

El Emperador de Rusia (fué recibido en Berlín).

El gran duque Constantino (muy celoso y ferviente masón).

El Rey de Prusia y toda su familia.

El Rey de Baviera (éste no quiere á los masones).

El príncipe de Hardenberg (jefe de la liga germánica).

El barón de Stein (detesta los masones, es jefe de la liga de la virtud. Tugendbund y protector de la sociedad bíblica).

El general príncipe Blücher, gran maestro de la Logia de la cruz de hierro.

El Rey de Suecia (para tener la orden de Carlos XIII, hace falta ser masón).

El Rey de Inglaterra y toda su familia (Archivo del Vaticano).

En esto estalla el asunto Caterbi, que fué considerado como un emisario de Murat, aunque erróneamente, según creemos, pues la Corte de Nápoles procedió de buena fe al ordenar su detención. Este Caterbi declaró que Napoleón no tardaría en pisar el suelo francés y que haría que Austria pagase cara su conducta con él. Hablaba también del poderío de los masones y del próximo fin del Santo Padre y, en fin, decía que él formaba parte de 27 oficiales enviados á Elba para tratar con Napoleón. Los trabajos eruditísimos hechos en los archivos de Italia por el comandante Mauricio Weil, demuestran que á

pesar de que el conde Tommasi lo afirma en su carta al cardenal Arezzo, en los archivos de Ferrara no existe ninguna prueba de la prisión de Ratti-Caterbi, persona que nos interesa por ser una de las causas que convirtió á Austria en enemiga de Murat.

Con el objeto de parecer dar una prueba conciliadora fué expulsado el 3 de Septiembre de Roma el príncipe de Moliterno, á quien hemos nombrado, pero en los albores del Congreso de Viena se conspira contra Murat.

Un hecho que tuvo una importancia capital fué la muerte de María Carolina de las Dos Sicilias, que murió de repentina apoplejía la noche del 7 de Septiembre. Aquel mismo día había asistido á una representación teatral en Viena y el 8 se la encontró fría é inerte en su cuarto del pequeño castillo de Hetzendorf.

Con ella desapareció un peligroso enemigo de Murat, puesto que jamás había perdonado á éste el sentarse sobre el trono que ambicionaba recuperar. Sin embargo, su muerte empeoró la situación de Murat; pues viviendo ella hubiera tenido la Reina necesidad de volver á Nápoles y ya no era querida después de las terribles represalias sobre los napolitanos cuando volvió en 1799. Ya se sabía que ejercía gran influencia sobre su marido Fernando IV; ya se conocía su carácter violento, vengativo, agriado y amargado por el destierro y temblaban los napolitanos en pensar que de volver á ocupar el trono napolitano correría la sangre y que serían víctimas muchas personas.

El trágico fin que la Soberana destronada, que había figurado tanto, de grandes cualidades, con una no común inteligencia, de insaciable ambición, de indomable energía, pasó casi inadvertido. Solamente fué llorada por sus dos hijas: Cristina de Cerdeña y María Amelia de Orleans.

Talleyrand, al saber la noticia, dijo: «Su muerte ha tranquilizado á M. de Metternich», y añadió: «Su muerte es poco sentida.»

Es muy interesante ver que fué poco guardado el luto de la Corte como se puede ver en el diario del marqués de Saint-Marsan. Dice: «9 de Septiembre. He estado en el teatro de la Vestal. Ayer no hubo funciones teatrales por ser el aniversario de un voto por la peste. Hoy función en la Columna de Graben. Á pesar de que se halla de cuerpo presente la Reina de Nápoles, todos los teatros, aun los de la Corte,

están abiertos. Mañana día del entierro y pasado, día de vigilia, sólo se cerrarán los de la Corte, los demás seguirán abiertos. Habrá un luto de seis semanas, ó sea de tercera clase sin lloros, un poco más que de tía, menos que suegra... 10 de Septiembre. He visto á la Reina de Nápoles expuesta; está poco cambiada: poco orden y dificultades para entrar. Se la enterrará después de comer.... El Emperador y el príncipe Leopoldo de las Dos Sicilias, hijo de María Carolina, esperan al cadáver en los Capuchinos.....»

Desde luego podemos afirmar que Fernando IV la echó poco de menos y se contentó con decretar un luto riguroso de dos meses, cerró los teatros por un mes y no funcionaron los tribunales por tres días. Se apresuró á retrasar hasta el 22 de Octubre el Parlamento siciliano, convocado para el 5 de dicho mes.

La conducta de Murat fué correctísima é intachable; supo la muerte de su implacable enemiga cuando daba una fiesta en Portici. Los Reyes se retiraron inmediatamente, dando orden de que terminasen los bailes y distracciones.

En una carta escrita en Viena en 8 de Septiembre de 1814, y que se conserva en los archivos del Vaticano, el cardenal Consalvi dice á Pacca que Metternich le prometió que Austria haría todos los esfuerzos posibles en el próximo Congreso de Viena para obtener la traslación á un lugar más lejano del que vive actualmente en la isla de Elba.

Entretanto Murat y Carolina visitaron con gran pompa el santuario de Piedigrotta, el general Carrascosa aumenta el ejército en ocho escuadrones de caballería y varios batallones, alcanzando el cuerpo de ejército bajo sus órdenes el número de 30.000 hombres.

El duque de Rocca Romana logró que Austria autorizase á la casa Barisoni, de Milán, el envío de 8.000 fusiles y 4.000 espadas para el ejército napolitano, y Metternich, en 24 de Septiembre concedió los pasaportes necesarios.

En cambio, Sicilia decretó, en 29 del mismo mes, que se cerrasen todos los puertos y costas y prohibió el comercio con los napolitanos, tomándose las medidas necesarias.

Talleyrand seguía intrigando contra Murat por tres razones: Primera, por frialdad, que luego se convirtió en enemistad; segunda, por-

que en 1814 Murat había tomado posesión del principado de Benevento, concedido á Carlos Mauricio de Talleyrand Perigord, y tercera razón, porque Fernando IV había prometido dar un millón de ducados el día que con su ayuda recuperara á Nápoles y, como todos los renegados, Talleyrand mostraba más fanatismo que los demás y quemaba lo que veinte años antes había adorado.

El canciller Pasquier en sus *Memorias*, tomo III, páginas 67-69, dice: «Agregamos que el estado pecuniario de M. de Talleyrand no estaba en orden. Había sufrido grandes pérdidas en los últimos años del Imperio..... Sus apuros eran tan grandes, que no hubiera podido pagar á sus acreedores si el duque de Rovigo no hubiera hecho que el Tesoro pagara con muy altos precios su hotel de la calle de Varenne; con lo que sobró, compró su casa actual de la calle de San Florentín.»

Con fecha de 4 de Octubre de 1814, Murat escribió de Portici al duque de Gallo una carta, inédita hasta la fecha y publicada por vez primera en el libro eruditísimo del comandante Mauricio Weil, «*Joaquín Murat*». Va incluida en esta Memoria en el Apéndice núm. 5.º, y en ella ruega al Rey que se conteste urgentemente á Schinina, marqués de Santa Elia, agente diplomático de Murat en París, ordenando que averiguase el verdadero objeto de la próxima reunión en Viena.

Strassoldo evaluó el ejército napolitano en Ancona en 6.000 hombres, en Sinigaglia 3.000, en Macerata 2.000, en Jesi igual cantidad, en Loreto 600, en Osimo 300, en Recanati 350, en Tolentino 250, en Camerino 500 y 400 en Serravalle. (Archivo del Ministerio del Interior. Viena 29 de Octubre de 1814.)

El ministro de la Guerra de Francia, general Dupont, escribía desde París en 4 de Octubre al príncipe de Talleyrand sobre *el hombre de la isla de Elba*, como descaradamente llamaba el príncipe de Benevento á Napoleón. Dice: «El habitante de la isla de Elba recibe frecuentemente cartas de Nápoles y otros sitios. Se levanta varias veces durante la noche, escribe y se preocupa mucho á pesar de ostentar tranquilidad y de su abandono de los negocios. Es de gran importancia obtener el consentimiento de las potencias para alejarle de Italia. Sin duda alguna, no habrá guerra, pero si estallara, es indudable que Napoleón podría reunir á los desertores italianos y aun franceses y agitar varios puntos del continente.»

Es interesantísima la carta escrita desde París el 13 de Octubre de 1814 por Luis XVIII á Talleyrand. Dice así:

«Los Reyes de Nápoles y Sajonia son mis parientes en el mismo grado; la justicia reclama igualmente en favor de los dos, pero no podré tener el mismo interés. El reino de Nápoles, poseído por un descendiente de Luis XIV, aumenta el poderío de Francia. Perteneciendo á un individuo de la familia del Corso, *flagitio addit danum.*»

Desde Viena el príncipe de Talleyrand decía en 13 de Octubre de 1814: «Cunde la idea de alejar á Bonaparte de la isla de Elba. Nada hay decidido aún sobre el sitio á donde se podría llevarle. *Yo he propuesto una de las islas Azores.* La tierra más cercana está á 500 leguas. Lord Castlereagh no duda de que los portugueses admitirían este proyecto; *pero en esta discusión la cuestión de dinero reaparecerá.....*» El Rey de los franceses contestaba en 21 de Octubre, diciendo: «Haré que M. de Jaucourt os escriba sin cesar; pero, entre nosotros, pasaría la estipulación del 11 de Abril *si la excelente idea de las Azores se ejecuta.*»

Desgraciadamente para Francia, para Napoleón y para Murat no se cumplió semejante propósito que hubiera evitado á Francia la hecatombe de Wartelóo, al Emperador los tormentos de Santa Elena y á Murat el martirio del Pizzo.

Desde Viena á 20 de Octubre de 1814 Metternich decía al rey Víctor Manuel: «Daría el mundo entero por recibir la nueva de que el rey Fernando había recuperado su trono. Desgraciadamente no podemos emplear nuestras armas.»

Entretanto Murat había creado la *Guardia d'interna Sicurezza*, y por edicto de 1.º de Noviembre creó una medalla de honor, esmaltada, con corona de oro sobre dos lanzas cruzadas, rodeadas de hojas de roble, con su efigie en un lado y en el otro la inscripción: «Honor y fidelidad», pendiente de una cinta de color de púrpura.

Ocho días antes de la apertura del Congreso de Viena se dudaba de que pudiera celebrarse, pues según Talleyrand varios ministros pedían su disolución, y Gentz en su diario dice: «He hablado mucho. He matado al Congreso.» El Rey de Prusia decía el 22 de Octubre en el baile del conde Zichy: «Es una vergüenza, no se trabaja nada. Parece como si hubiéramos venido sólo para divertirnos.»

El Rey de Baviera decía: «La montaña parirá un ratón, si llega á parir.» Y el príncipe real de Wurtemberg, hablando con Pozzo di Borgo: «¡Qué dulce es desobedecer y entristecer á los poderosos!»

Al abrirse el Congreso, la situación de Murat, aunque crítica, no era desesperada, y creemos que muchos soberanos, de estirpe más elevada que Murat, que tenía origen humilde, más sólidamente sentados en sus tronos, mejor servidos, más inteligentemente aconsejados y mejor preparados para hacer frente á la tormenta, éstos no hubieran podido vencer los obstáculos puestos en su camino por la coaligada diplomacia europea.

Llevados como él por la tormenta, hubieran cometido alguna falta irreparable, y como él llegarían á sucumbir en una lucha demasiado desigual.

Veamos ahora el estado en que se encontraba el Congreso de Viena antes de su apertura en el 1.º de Noviembre de 1814. Predominaba singular menosprecio del derecho público, pues Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria se proponían resolver todas las cuestiones, entre ellas cuatro, sometiendo después sus voluntades á la ratificación del Congreso. (Como la tesis doctoral no se refiere más que al último año del reinado de Murat en Nápoles, no vamos más que á mencionar brevísimamente los preliminares y las diferentes sesiones que fueron los antecedentes de los tratados de 1815).

Talleyrand, embajador de Francia, agrupó en su derredor á las potencias secundarias amenazadas también por el sistema de exclusión que tendía á prevalecer, y entonces le admitieron al arreglo en común de las cuestiones. Alcanzado este primer triunfo, se colocó en el terreno de los principios que los aludidos querían sacrificar, y se constituyó en defensor del derecho y de la *legitimidad*, de la que se decía representante. Bajo este concepto, pidió que se insertaran en una declaración estas palabras: «Que la obra del Congreso tendría por base el *derecho público de Europa*.» M. de Hardenberg, ministro prusiano, de pie, con los puños en la mesa, casi en ademán amenazador, decía: «No, señor... ¿El derecho público?... Es inútil. ¿Por qué hemos de declarar que obramos con arreglo al derecho público? *Se da por sabido* (1).

(1) Carta de Talleyrand á Luis XVIII, 9 de Octubre de 1814.

Talleyrand replicó *que se sabría mejor si se decía.*

M. de Humboldt gritaba: «¿Qué tiene que hacer en esto el derecho público?»

«Sin él no estaríamos aquí, respondió el ministro de Francia.»

Vemos, pues, que el principio que debía prevalecer en el Congreso era el derecho del más fuerte, como decía el Emperador Alejandro I (Carta del 4 de Octubre de 1814): *Cada cual aboga por lo que le conviene...* Yo tengo 200.000 hombres en el ducado de Varsovia, *que me arrojen de allí.....* Siempre estáis á vueltas con los principios; vuestro derecho público no es nada para mí, *no sé lo que es; ¿qué caso creéis que hago yo de todos vuestros pergaminos y de vuestros tratados?*

Luis XVIII, con el pretexto de encontrar difícil la situación interior de su reino, no pagaba á Napoleón la renta de dos millones estipulada por el tratado de 11 de Abril y seguía deseando que se le trasladara á las Azores. Además del destronamiento del pequeño usurpador sentado en uno de los tronos de Europa, después que el grande había caído, y que le parecía una anomalía, deseaba que el ducado de Parma se quitase á María Luisa y que se concediera á la casa de Parma, adicta á los Borbones, y como era hijo de princesa sajona aspiraba secretamente á Sajonia, no por la guerra, temida por él, sino por medio de la política. Entre las cuatro potencias era Inglaterra la preferida, pues consideraba *imprudente* al soberano de Rusia, al de Prusia como demasiado *liberal*, y el de Austria, por su parentesco con Bonaparte, no le inspiraba completa confianza.

Como Luis XVIII no tenía más herederos que sus sobrinos, y como el duque de Angulema no tenía descendencia, era preciso casar al duque de Berry. El conde de Pozzo di Borgo había pensado en la gran duquesa Ana, mujer con la cual Napoleón debía haber contraído nupcias; pero el Rey, además de considerar denigrante para la casa de Borbón el matrimonio con alguien de la casa Romanoff, aspiraba á aliarse con Inglaterra, sin comprometerse mucho, deshacerse del prisionero de Elba y de Murat, hacer que volviese Parma á la casa de Etruria y mitigar en algo la suerte del Rey de Sajonia. Todo lo demás que se encuentra en sus *Instrucciones* había sido firmado casi sin leerlo, pues fué redactado por M. de la Besnardière. Los demás representantes eran:

por el Pontífice, el cardenal Consalvi; del Rey de Cerdeña, el marqués de Sanmarzano y el conde Rossi; del Rey de Nápoles, el duque de Campochiaro y el príncipe de Cariati; de Fernando de Sicilia, el Comendador Ruffo, el duque Serra-Capriola y el Caballero Médici; á la Toscana Neri Corsini; á Módena, el príncipe Albani; á Luisa de Parma, el español Labrador; á Génova, el marqués Brignole Sale; al príncipe de Piombino, el jurisconsulto Verra y á Luca, el conde Mansi.

Advirtamos que Labrador, influido por Talleyrand, opinó en la sesión del 13 de Noviembre que era preciso formar una Junta para entender en los asuntos generales de Italia.

A grandes rasgos veamos los deseos de las naciones: Inglaterra no reclamaba más que un ensanche del Hannover, porque de antemano se había señalado una buena parte, el imperio del mar. Austria suspiraba por Italia y el Tirol. Alejandro de Rusia quería toda la Polonia y el Rey de Prusia la Sajonia que Rusia le había prometido en cambio de su parte en Polonia; pero las demás potencias se cuidaban de que no avanzara Rusia hasta el Oder. Rusia y Prusia habían tratado de intimidar al Congreso, la una extendiendo sus tropas en Polonia y la otra ocupando la Sajonia, lo cual equivalía á apoderarse de los países en litigio. Sin embargo, Inglaterra, Austria y Francia se mantuvieron firmes y pudo convenirse un arreglo, comenzando entonces el trabajo de particulares y de cambios que dió al Congreso la apariencia de un mercado de territorios y de pueblos.

Las cartas del conde de Mier al príncipe de Metternich, escritas desde Nápoles en los días 21 y 22 de Noviembre de 1814, demuestran que Murat era á la sazón muy optimista, y la carta escrita por él al Emperador leal y sincero (véase en los Apéndices números 5 y 5 bis, las cartas que se conservan en el *Haus Hof und Staats Archiv*, en francés, números 76 y 77).

El ilustre escritor Mauricio Weil encontró en los archivos del duque de Gallo y de la marquesa de Circello un documento absolutamente desconocido hasta entonces (se halla entre los Apéndices, número 5).

Tarea ardua y difícil sería el tratar de averiguar cuáles fueron los pensamientos secretos, íntimos de Metternich con respecto á Murat; aparentemente á fines de Noviembre, Austria no pone dificultades en

el camino de Murat; al contrario, cumple sus compromisos y tratados.

En cambio no son nada respetuosas las palabras que el cardenal Pacca usa en su carta del 3 de Diciembre de 1814: «El lobezno (Murat) es llevado por su temperamento y deseos á seguir los rastros del viejo lobo (Napoleón).»

El 1.º de Diciembre el representante de Fernando IV, el príncipe de Castelcicala, rogó al Príncipe Regente de la Gran Bretaña que manifestase que la visita de la princesa de Gales al *Usurpador*, no había merecido su aprobación.

Menos de dos meses después, pues fué á los cincuenta días de la muerte de María Carolina (1), cuando aún todos sus súbditos llevaban el luto *rigorossimo*, Fernando IV (2), cediendo á los consejos y órdenes de su confesor el P. Caccama, nombrado por sus servicios Arzobispo de Larissa, contrajo matrimonio con su antigua amante Luisa Migliaccio, viuda del príncipe de Partanna. Volvió á usar su título de duquesa de Floridio; este espíritu vulgar, aunque ilustre por nacimiento, fué nueva Maintenon de uno que desde luego no era el Gran Rey, como dice Guisepepe Bianco en *La Sicilia durante l'occupazione inglese (1806-1815)*.

El matrimonio morganático no fué bien recibido por ser poco digno el que un anciano de sesenta y cuatro años contrajera matrimonio con una mujer á la que llevaba más de veinte años y también por la mala reputación de la viuda del príncipe de Partanna.

Obsérvase que el almanaque real del año 1815 que menciona á Bernadotte como príncipe Real de Suecia, no cita á Murat como Rey de Nápoles, y Saint-Marsan, en un despacho del 7 de Febrero de 1815, decía á Víctor Manuel en uno de sus fragmentos que se debía reunir en Italia de 130.000 á 150.000 hombres *para obligar al rey Joaquin á capitular, cuando llegara la ocasión*. «Se pondría como pretexto el viaje del Emperador á Italia, la necesidad de renovar las guarniciones, y el príncipe de Schwarzenberg estaba destinado á mandar este ejército.»

En el R. Archivio di Stato, en Nápoles, hay una «Carte di Guerra é Amministrazione delle Marche 1815, núm. 1.059», por la que vemos que

(1) Napoleón dijo de ella: Es el único hombre en Nápoles.

(2) Solía decir: Gobierno á mis pueblos con tres efes: Forca, festa, farina.

Murat tenía al general Montigny en Aquila, la legión departamental en Citta-Ducale y en Avezano. El 8.º regimiento en Pescara como cuartel general, seis compañías escogidas en Capestrano; su primer batallón en Lanciano, el 2.º en Francavilla y el 3.º en Chieti. El 12 se preparaba para la guerra que se avecinaba y estaban listas para embarcar al primer aviso las fragatas *Cerere* y *Leticia*.

Para tranquilizar al pueblo napolitano, la reina Carolina dió el 26 de Febrero un gran baile en honor de la princesa de Gales, y se afirmaba en todos los periódicos que había el más completo acuerdo entre Nápoles y Austria.

Desgraciadamente, en vez de tranquilizar á la Santa Sede, se animaba á Zuccari á mantener ante el Papa todas las reclamaciones napolitanas y á continuar la lucha diplomática.

El barco *Santa Maria* de Porto Salvi, procedente de Porto Ferrajo, con pliegos para el Gobierno toscano, al llegar á Liorna durante la noche del 28 de Febrero trajo la estupenda noticia que iba á encharcar de sangre una vez más el suelo europeo. En la noche del 26 al 27, Napoleón abandonó la isla de Elba con siete buques, pequeños, seguido de lejos por el barco inglés *Partridge*, encargado de vigilarle.

Lord Burghersh dijo al saber la noticia que nadie podía prever el efecto que en Italia produciría la evasión.

Pero Napoleón, en lugar de desembarcar en Italia, en donde quizás hubiera podido defenderse con la ayuda de Murat y otros caudillos á él adictos, desembarcó el 1.º de Marzo con 800 hombres de su guardia en el golfo Juan (1) en el Var y avanzó hasta Grenoble, donde le aclaman los soldados á los que se presenta osadamente. El joven coronel Labédoyère le entrega el 7.º de línea. Las poblaciones rurales acuden á él con entusiasmo. El conde de Artois trata de organizar la resistencia en Lyon; pero luego comprende que es imposible,

(1) Por lo que se refiere al punto en que desembarcó Napoleón al volver de la isla de Elba, encontramos en la obra *Cours Normal d'Histoire de France*, par Delalleau et Sanis, deuxième partie, pág. 240, lo siguiente: «Comme á son retour d'Egypte, Napoleon échappe encore aux croisières anglaises; il débarque paisiblement au golfe Juan, pres de Cannes (Var), le premier mars 1815. Deux proclamations éloquentes, l'une á l'armée et l'autre au peuple, signalent son arrivée. «Soldats, dit-il, nous n'avons pas été vaincus. Reprenez ces aigles que vous aviez á Ulm, á Austerlitz, etc..... La victoire marche au pas de charge; l'aigle, avec les couleurs nationales, volera de clocher en clocher jusqu'aux tours de Notre-Dame.»

pues el águila volaba de campanario en campanario. Napoleón llega á Lyon el 10 y recobra el poder en la segunda capital de Francia (1). En medio de las ovaciones que le prodigan, decreta la disolución de las dos Cámaras y la convocatoria de los colegios electorales, después de lo cual continúa su marcha.

Ney, que había prometido prenderle, cede al movimiento general, y fascinado por los recuerdos, se reúne con Napoleón en Auxerre el 17. Entretanto la confusión que reinaba en París era extraordinaria. Discutían los planes más insensatos mientras la tormenta creciente se venía sobre ellos. En la noche del 19 al 20 de Marzo, Luis XVIII abandona en el mayor desorden el palacio de las Tullerías para retirarse al Norte y de allí á Gante. El 20 de Marzo, aniversario del nacimiento del Rey de Roma, Napoleón entra en París y se instala en las Tullerías. Ni un solo disparo se había oído en esta prodigiosa revolución (2).

Aleccionado por la desgracia, Napoleón declara hallarse pronto á satisfacer los deseos de libertad que había menospreciado hasta entonces; rompió los lazos que ataban á la prensa y redactó el día 22 de Abril el acta Adicional promulgada el 1.º de Junio en una importante ceremonia llamada *un campo de Mayo*. El Emperador reunió en de-

(1) Si se consulta el *Monitor* después de la marcha de Napoleón desde la isla de Elba á París, se encontrarán en el periódico las modificaciones que iba éste teniendo. «El antropófago ha salido de su antro..... El ogro de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan..... El tigre ha llegado á Gap..... El monstruo ha dormido en Grenoble..... El tirano ha pasado por Lyon..... El usurpador está á 60 leguas de la capital..... Bonaparte avanza, pero no entrará jamás en París..... Napoleón estará mañana al lado de nuestras murallas..... El Emperador ha llegado á Fontainebleau..... Su Majestad imperial ha hecho ayer su entrada en el castillo de las Tullerías, en medio de sus fieles vasallos. *Beati possidentes.*»

Carolina, gran duquesa de Berg, se quejaba un día á Napoleón, su hermano, de que todavía no hubiese intentado darle una corona. «Vuestras quejas me llaman la atención, respondió el Emperador; cualquiera que os oyera esos reproches creería que yo os he privado de la sucesión y la herencia de vuestro padre.» Sabido es por todos que cuando tuvo el trono de Nápoles se condujo ingratamente con su hermano y bienhechor.

(2) Napoleón, después de haber estado proscrito en la isla de Elba (antes de ser llevado á la de Santa Elena), desembarcó en 1815 en las costas de Provenza, camino de París. No habiéndose figurado Luis XVIII que tan rápida había de ser la vuelta de Napoleón, no tuvo tiempo más que para huir, dejando que el vencedor entrase libremente en las Tullerías, en donde logró apoderarse de varios papeles olvidados por el monarca en su precipitada fuga. Aquellos papeles eran ardientes protestas de fidelidad hechos á Luis XVIII. Leyólas Napoleón, tomó nota de las firmas, y pocos días después recibió de aquellos mismos firmantes otras protestas más calurosas que las anteriores, dirigidas á él. El Emperador se contentó con decir: «He aquí lo que son los hombres». (De la obra *El hombre tal y como debe ser*, por Marchal, traducida por Corbati. París, 1899).

redor suyo á los hombres de la Revolución que habían sido miembros del Tribunado; y bajo la presión de las circunstancias decía á Benjamín Constant: «Yo no aborrezco la libertad; la aparté de mi lado cuando obstruía mi camino; pero me hallaba imbuído en sus máximas. Ahora me hago viejo; el hombre no es á los cuarenta y cinco años lo mismo que á los treinta. Me conviene el reposo de un rey constitucional, y más que á mí convendrá á mi hijo.»

No creemos que Murat conociera los planes de Napoleón, y la noticia del desembarco del Emperador le causó gran impresión, y sus temores crecieron de tal modo, que Mier decía en carta de 5 de Marzo á Metternich que «su inquietud y su mal humor aumentan de día en día y creo que las exaltadas cabezas de los que le rodean le llevarán á cometer un acto que le puede resultar fatal».

Entre esas cabezas exaltadas á las que alude el ministro de Austria, aquella cuya influencia era más peligrosa y nefasta para Murat, era, indudablemente, la princesa de Gales. «Por su conducta ridícula extravagante é *indecente*, así decía Mier, justifica ante los ojos de los napolitanos los procedimientos que con ella sigue el Príncipe Regente. Todos los ingleses tienen vergüenza de ella, y se burlan públicamente. Su dama y sus dos gentileshombres la dejan, no queriendo ser testigos de sus locuras. Se ha apoderado de ella una loca pasión por Joaquín, pasión que no trata siquiera de disimular. Hace todo lo posible por alterar la paz del real matrimonio. Dotada de espíritu bastante perspicaz, y sabiendo encontrar el punto débil, ha intentado con bastante agudeza triunfar en su empresa, pero parece ser que no lo ha logrado. Comete toda clase de bajezas para agradar al Rey. Constantemente le habla de su gloria, de los heroicos hechos anteriores y del destino brillante que le espera. Le ha subido á su cabeza la idea de que él debe hacerse dueño de Italia, le dice que cuenta con numerosos partidarios que no esperan más que la señal que los ha de reunir bajo sus banderas; empresa que, dice, ha de ser digna sólo de él, cuando haya logrado reunir toda la Italia bajo el mismo cetro. La Princesa se ha ofrecido para recorrer toda la Italia trabajando por Murat. Esta loca proposición ha sido, naturalmente, rechazada, pero sin embargo no ha desistido de semejante proyecto y yo sé que su viaje á Italia no tiene otro objeto que ese.»

Semejantes consejos no calmaron la sangre ardiente ni el vivo cerebro de Murat. Por eso, llevado desde entonces por su fatal sino, aumenta los preparativos y aprestos militares; y á pesar de que por semejantes medidas indispone á los gabinetes de París y Viena, Murat reúne en San Germano y envía nuevos refuerzos á Ancona.

El rey Joaquín afirmaba, según vemos en una carta de Gallo á Crivelli, que jamás tendría hostilidad contra la Santa Sede, ó sea contra Pío VII.

Carolina, en una larga entrevista que tuvo con Mier, también parecía estar impresionada por el regreso del Emperador; pero no se preocupaba con el destino y fin de Napoleón que preveía y manifestó al diplomático austriaco que en caso de triunfar, el Emperador los echaría de Nápoles, y declaró á Mier que el honor de Joaquín y sus verdaderos intereses exigían al Rey el unirse más íntimamente todavía á Austria, el permanecer firmes con sus promesas y declaraciones, y prometió que por su parte haría *todo para conseguir este fin*. (Mier á Metternich, 5 y 9 Marzo).

Murat, comprendiendo al fin que era necesario romper sus relaciones con la princesa de Gales, la envió el duque de Rocca Romana el día 11 de Marzo por la mañana para decirla que «el estado de los asuntos políticos impedía el poder recibirla», y el día 12 de Marzo por la mañana salió la Princesa para Roma.

La Reina, enferma y abatida, y el general Colleta, en vano trataron de calmar el excitado ánimo del Rey; en vano sus amigos le suplicaban que no se lanzase á la guerra con un ejército nuevo y poco numeroso. Fueron inútiles los consejos de que esperase ver el curso que tomaban los acontecimientos. Murat, confiado en que la victoria acompañaría una vez más á Napoleón, había decidido declarar la guerra á Austria á pesar de los ruegos y súplicas de sus leales servidores. Vemos en una carta del ya citado general Colleta al entonces secretario de Estado, Tito Mansi. *Se va á cometer una locura tremenda. Ignoro cuáles son los móviles interiores ó exteriores; pero el Rey está empujado; lo que es seguro es que está decidido á la guerra.* (11 Marzo 1815.)

Murat, trastornado por las nuevas recibidas de Francia, escribió á su cuñado Luciano, terminando con estas palabras: «Por fin, todo va

á las mil maravillas. He tomado mi resolución. Voy á secundar los deseos del Emperador y de la Francia. Salgo inmediatamente para Ancona. Hasta Roma.»

Y al cardenal Fesch decía: «Quiero demostrar al mundo entero que no he sido, que yo no soy el enemigo de Napoleón.»

Murat debió seguir los sabios consejos que de Porto-Ferrajo habían sido mandados por Napoleón, que fueron: Escribir á Viena anunciando su decisión de respetar el tratado de París; no tomar la iniciativa en las hostilidades; esperar á que la Francia, otra vez bajo el cetro de Bonaparte, le pudiera tender salvadora mano; de replegarse en caso de ser atacado; concentrarse, y en caso de dar batalla que la diera á orillas del Garigliano y no sobre el Po.

Deseaba Murat ser dueño de Italia antes que Napoleón lo fuera de Francia y por eso resolvió avanzar con su ejército hasta las orillas del Po, precisamente lo contrario que deseaba Napoleón, y manifestó á Austria y á Inglaterra que, atendiendo á las circunstancias del momento, se creía en la obligación de extenderse hasta los límites estipulados por el armisticio del 1814 en que los austriacos ocuparon la ribera izquierda y los napolitanos la derecha; pero no podía Murat sostener semejante proposición porque no estaba en la misma situación, pues en Mayo del año 1815 era partidario de Bonaparte, y en el año 1814 era aliado de la coalición contra Francia.

Del ejército de 60.000 hombres que tenía dejó 10.000 á su mujer, encargada de la regencia del reino de Nápoles, á pesar de que fueron inauditos todos los grandes esfuerzos que para hacerle desistir de su loca empresa hiciera la Reina. Bellegarde notificó con fecha 14 de Marzo á Metternich que había enviado al capitán Weingarten á Compignano para ver á Paulina y que ésta manifestó deseos de quedarse en ese lugar y pedía nuevas órdenes del Emperador. Desde Viena mandó Metternich que Paulina fuera á Brunn, en donde encontraría á su hermana Elisa á la que se había enviado semejante orden. Al mismo tiempo encargaba á Bellegarde que tomara todas las medidas necesarias, que fijase el camino por donde vendrían y que nombrase los oficiales de la escolta, y añadía: «Es preciso hacer comprender á Paulina y á Elisa que no pueden escoger su residencia.»

Agregaba que si en el caso probable de que la madre de Napoleón

cayera en sus manos, que la hiciera seguir el mismo camino (Viena 14 de Marzo de 1815).

Carolina se interesaba por la suerte de sus hermanas y llamó á Mier, no sólo para ocuparse de este asunto, sino de otros mucho más importantes. Estaba muy delicada de salud y abatida de ánimo y manifestó á Mier que no cesaba en sus esfuerzos de retener á Murat. Dos veces había ya intentado márcharse y sólo pudo retenerla jurando que si salía de Nápoles no se encargaría de la Regencia del reino, que no se ocuparía de ningún asunto de gobierno y que se retiraría á Portici en donde no recibiría á ningún ministro.

A pesar de que esta resolución de la Reina entorpecía los proyectos de Murat, y que le obligaba á pensar en lo que hacía, Carolina estaba inquietisima porque vió el enorme efecto que á su esposo causaron las dos notas de Metternich de los días 25 y 26 de Febrero. Murat se veía, se creía en las visperas de ser sacrificado por Austria que le había dado falsas esperanzas hasta ponerse de acuerdo con las demás potencias y que entonces reunía á sus tropas en Italia para imponerle la ley. Carolina manifestó al conde de Mier que estaba muy lejos del modo de pensar de Joaquin, que había combatido sus ideas, pero sin lograr sacárselas de su cabeza.

«Cree, había añadido, que el éxito posible de Napoleón le afianzará en su trono. Conocéis mi opinión sobre este punto. Hago más. Yo aconsejo al Rey, si Austria le contesta que está decidida á oponerse á Napoleón, que se una con ella y que le siga en todo su sistema y su política. El Rey debe tener á una gran potencia que le proteja. Si quiere volar con sus propias alas, está perdido. Antes aconsejaba ser fiel á Francia hasta lo último, porque estaba persuadida que así lo exigían nuestros intereses. Los acontecimientos han cambiado nuestra política. Estoy convencida de que nuestra salvación depende de una unión íntima con Austria y trato de hacerlo con el corazón y el alma.

»El Emperador Francisco nos ha sostenido hasta el presente como leal aliado y estoy segura que no nos abandonará si nosotros lo merecemos. Es su deber; además, sus propios intereses le obligan á ello.»

Mier contestó á la Reina diciendo que se había hecho todo para

no malograr esta buena voluntad y que desgraciadamente para Murat Austria estaba muy descontenta, y no sin razón, por su conducta y por las últimas medidas tomadas por Joaquín y que no hacía más que aumentar esta desconfianza y descontento.

«Sabéis lo que he hecho para combartirlas, le contestó la Reina, ya sin fuerzas ni argumentos, pero no tratad de buscar malicia, es terquedad, una tontería de las que uno se arrepiente, y que por lo menos lo espero, no las sostendremos. Él está con más calma, más razonable. Yo creo que ese estado continuará.»

Pero tan poco creía la Reina en sus palabras, que no pudo evitar que Mier viera sus temores y sus angustias, y al despedirle exclamó: «Á menudo pierdo la esperanza y el valor» (1).

Decidido á obrar, sabiendo que estaría sólo, Murat debía haber, por lo menos, reflexionado sobre el verdadero estado en que se encontraba su ejército y debiera haber arrancado la aprobación de sus consejeros, porque así resultó que fué solo el Rey, y de ningún modo el pueblo, el que declaró la guerra á los austriacos.

Contando con los gendarmes reales, que se componian de un regimiento, catorce compañías, siete escuadrones que hacían 3.285 hombres, sesenta y tres compañías escogidas ó sean 6.925 hombres, las catorce compañías provinciales ó sea 2.470 hacían en su totalidad 12.680 hombres. Pues bien; en el papel aparecía que tenía Nápoles 81.782 hombres, cifra completamente falsa, pues aun movilizandó á las reservas, la cifra no podía pasar de 50.000 hombres, y según la estadística de las provincias llegaba á 51.938.

Además, en lugar de 78 cañones, Murat tenía sólo 56, y los austriacos conocían perfectamente los números exactos de cada regimiento, como lo demuestran las notas de los emisarios que se conservan en el K. V. K. Kriesgs-Archiv. Feld Acten XIII y siguientes. Ahora bien, si Murat con gran energía y viveza hubiera atacado á los pocos austriacos que formaban cordón desde Plasencia hasta las riberas del Adriático, el efecto moral y la sorpresa de Austria, aún no preparada para la guerra, hubieran sido fulminantes. Italia, que tres semanas más tar-

(1) Carta del conde de Mier al príncipe de Metternich, escrita desde Nápoles á 16 de Marzo de 1815 y que se conserva en el Haus Hof und Staats Archiv. Neapel/ N. F. 1 (Mier Berichte 1815. N. 27).

de iba á quedar sorda á sus inflamados grito, electrizada y sacudida por sus fáciles y rápidas victorias hubiera seguramente seguido como un solo hombre á Murat. La forzosa retirada de las tropas austriacas hubieran provocado un levantamiento nacional que algún tiempo después no logró ni la proclama de Rimini, ni los esfuerzos patrióticos del general d'Ambrosio, de Pellegrino Rossi, ni el ejemplo dado por los ancianos oficiales del ejército del reino de Italia, ni por las circulares de los gobernadores, ni por los versos de Manzoni, ni por el hermosísimo «Inno dell' Independenza», de Rossini.

¿Cuáles son, pues, las razones del funesto error de Murat, aparentemente inexplicable?

El ilustre escritor francés Mauricio Weil, dice que la explicación del tiempo perdido en Ancona, del reposo concedido á los austriacos desde el día 15 hasta el 29 de Marzo, tiene por causa que Murat, comprendiendo tardíamente los enormes defectos, la poca homogeneidad de su ejército, quiso remediarlo con una prudencia que usaba muy poco para los asuntos políticos. Contaba Murat con crecido número de oficiales expertos, soldados aguerridos; pero comprendió que había peligrosos fermentos de discordia, de sospechas, de odios debidos á la presencia en sus filas, y sobre todo en la plana mayor y oficialidad del ejército, de numerosos elementos extranjeros. Diez de los 25 generales del ejército napolitano y 13 de los 27 coroneles eran franceses, y además había otros funcionarios militares extranjeros. Las reservas de tres regimientos, el 4.º de cazadores, el 9.º y 10.º, se componían de licenciados de presidio; la caballería no pasaba de regular, y la artillería y Estado Mayor todavía eran peores. Los hombres carecían de instrucción militar, no estaban fogueados; la disciplina no era rigurosa; los servicios incompletos, las plazas mal armadas, los depósitos casi vacíos, los hospitales casi sin organizar; la administración, poco escrupulosa, no había reunido víveres ni piensos. Faltaban armas blancas, y aunque la fábrica della Torre había sido aumentada, se suplía la falta de armamento con los productos de casas de Milán.

Por último, no se preocupaba nadie del Tesoro. *La guerra alimenta la guerra*, decía Murat, sin pensar que los soldados no tenían paga. Olvidaba la frase de aquel caudillo de que para la guerra se necesita: hombres y dinero, hombres y dinero, hombres y dinero.

Sin embargo, el soldado napolitano era valiente, y su estado moral era relativamente bueno; adoraba á su Rey; tenía confianza en los generales que se habían educado en la escuela militar de Napoleón, de los cuales había varios cubiertos de gloria adquirida en las filas del Gran Ejército, en España, en Alemania y en Rusia.

Como decíamos antes, en Viena se conocía bien todo esto; pero á pesar de ello, seguía siendo temible Murat, y su estrella militar no se había eclipsado todavía, pues hasta la luctuosa fecha de Tolentino siempre fué temido.

Schwarzenberg era pesimista; no participaba del optimismo del Emperador Francisco. Creía que el ejército napolitano pasaba de 60.000 hombres y consideraba que una batalla perdida sería la pérdida de Italia y la apoteosis de Murat.

Desgraciadamente para éste, no le atacó, y en una nota al Emperador de 13 de Marzo le decía que tenía prudencia y temporización.

El ejército austriaco estaba dividido del siguiente modo: la división de feld-mariscal marqués de Sommariva estaba en Milán; la del feld-mariscal Merville en Milán, Brescia y Peschiera; la del feld-mariscal barón de Mohr en Pavia, Parma, Plasencia, Cremona y Mantua; la del feld-mariscal Marziani en Verona, Padua y en otros sitios; la división del feld-mariscal barón mayor von Heldenfeld en Mantua y Legnago; la del feld-mariscal Knesevich en Venecia; el general Klopstein en Turin y Alejandría; el barón Eckhardt en Rovigo; la brigada del general Steffanini en Bolonia y en Comacchio; el destacamento del teniente coronel Werklein en Luca y en Piombino; Treviso, Palmanova y Osoppo tenían guarniciones, haciendo el total del ejército austriaco cincuenta y nueve batallones y cuarenta y cuatro escuadrones ó sean 68.833 hombres y 6.192 caballos, de los cuales unos 13.000 soldados estaban en los hospitales, según el Operations Journal del feld-mariscal barón de Bianchi del 13 de Marzo de 1815.

Además Austria podía contar con algunas tropas italianas: 500 de Parma, 600 de Módena, 2.500 toscanos, de los cuales 300 eran de caballería. El Piamonte, que poco tiempo después podía poner en pie de guerra de 17 á 18.000 soldados, no podía más que ofrecer 3.000 hombres. Todas estas cifras, sacadas del libro de M. H. Weil, hacen

un total de 62.233 hombres y 6.492 caballos en la fecha del 13 de Marzo de 1815.

Veamos ahora lo que ocurrió en Viena.

Como no podemos nada más que nombrar someramente el Congreso que se celebraba y por la indole de esta Memoria que debe circunscribirse todo lo posible á Murat, nos vemos obligados á suprimir algunos documentos bastante interesantes citados en su obra por Weil (1), y haciendo monteras de Sancho, si vale la frase, no vamos más que á esbozar ligeramente lo que pactaron las potencias aliadas en aquel famoso Congreso, padre de la Santa Alianza, que después hicieron las naciones. He aquí ahora un breve resumen de los acuerdos del Congreso de Viena:

Devolviéronse al Imperio de Austria los territorios que una serie de guerras desastrosas le había obligado á abandonar, y en cambio de Bélgica, á cuya posesión renunciaba, se ampliaron en Italia sus dominios.

Con las provincias de Bélgica y Holanda se formó el nuevo reino de los Países Bajos, á cuyo trono fué llamada la dinastía Orange-Nassau. Ese nuevo reino debía constituir una barrera entre Alemania y Francia, y el Príncipe que lo gobernara sería soberano á la vez del gran ducado de Luxemburgo, en compensación de algunos dominios que la casa de Nassau tenía en Alemania y á los cuales renunciaba en favor de Prusia.

Conservó Sajonia su independencia, pero fué mermada en un tercio de su población y casi la mitad de su superficie. Prusia obtuvo, además, con el título de *provincias renanas*, los antiguos electorados eclesiásticos de Colonia y de Tréveris y el ducado de Juliers. Cedió el Palatinado del Rin á Baviera para comprometer esta potencia con Francia, haciéndola limítrofe y constituyéndola con Prusia en centinela de Rin. Por el Norte había otra barrera hecha por Inglaterra, el reino de los Países Bajos, en el que, bajo el cetro de los Orange, se reunieron las provincias católicas de Bélgica y las provincias pro-

(1) A la categoría de sabios estériles pertenecen aquellos eruditos, donosamente ridiculizados y puestos en solfa por el malogrado catedrático Sr. Navarro Ledesma, cuando decía que riñen batallas para dilucidar si un punto que aparece en un códice es realmente un punto, ó es la *indtscreción* (seamos cultos) de una mósca de la Edad Media que dejó allí huellas de sus pasos ó de su vuelo.

testantes de Holanda. El Rey de Dinamarca que, interesado en la libertad de los mares, había permanecido en la alianza francesa, no fué mejor tratado que el Rey de Sajonia. Le quitaron la Noruega para dársela á Bernadotte, prometiéndole, en cambio, la Pomerania sueca; pero Prusia, que por todas partes buscaba trozos de territorios, pidió la Pomerania y creyó indemnizar á Dinamarca con el pequeño ducado de Luxemburgo, contiguo al Holstein.

La Confederación del Rhin fué reemplazada por la Confederación germánica. Ni el sistema unitario aconsejado por Stein, ni el reparto igual de Alemania entre la Prusia, en cuyo derredor se habrían agrupado los Estados del Norte y entre Austria, que había dominado á los del Sur, ni el proyecto de pentarquía, que daba cinco soberanos á Alemania, fueron aceptados, y apartaron, sobre todo, los proyectos que habían asegurado una fuerte constitución federal con libertades constitucionales para las poblaciones. El artículo 13 del pacto del 8 de Junio de 1815 decía solamente que *habría* una constitución representativa en cada Estado. Nada de Asamblea federal electiva, sino una dieta compuesta de los plenipotenciarios de los Príncipes con dos modos de reunión, á saber: el Consejo permanente (diez y siete votos) y la Asamblea plena con 69 votos. El Congreso permanente hacía las leyes ordinarias; la Asamblea plena tomaba las resoluciones graves, y sólo por unanimidad podía modificar las instituciones federales. No había unidad de derecho ni de procedimiento judicial, ni Tribunal Supremo de justicia. Cada corte alemana mantendría embajadores cerca de las grandes potencias. Metternich quería hacer de esta Confederación un Estado neutro, impotente é inmóvil, lo que logró y coronó su obra pidiendo la inserción del *acta federal* en la general del Congreso de Viena, esto es, atribuyendo á las potencias extranjeras el derecho de vigilancia sobre su mantenimiento. El acta del 8 de Junio de 1815 se completó con disposiciones menos liberales en el acta final del Congreso de Viena (8 de Junio de 1820).

La mayor parte de la Polonia fué para Rusia. Alejandro cedió á Prusia el gran ducado de Posen y recobró las provincias que Austria había recibido en el último reparto. Las provincias polacas rusas debían ser erigidas en reino, y el Zar se comprometía á dotarlas con una constitución separada y adecuada al carácter de su nacionalidad. La

mayor parte del ducado de Varsovia fué incorporada á Rusia, que conservó también la Finlandia, conquistada á Suecia en 1809, siendo compensada esta última con la anexión de Noruega, de la cual se despojaba á Dinamarca. La ciudad de Cracovia, con un pequeño territorio, fué declarada libre, independiente y neutral, bajo el protectorado de Austria, Prusia y Rusia.

En Italia se engrandeció el reino de Cerdeña con la anexión de la Liguria y la ciudad de Génova; Austria avanzó hasta el Tesino. Las legaciones fueron devueltas á la Santa Sede. Largo tiempo discutieron sobre los ducados de Parma y de Luca, porque querían dar un principado á María Luisa. Suiza fué ensanchada con tres cantones pertenecientes á los países arrebatados á Francia; vió confirmados los principios esenciales de su Confederación, y quedó bajo la garantía de una neutralidad *perpetua*.

Francia quedaba limitada, según lo estipulado en París, por las fronteras de 1792. Por último, á España, que tanto había contribuido al vencimiento de Napoleón, no se le añadió ningún territorio, y aún se le rogaba en nombre de los demás Estados, que devolviese á Portugal la plaza de Olivenza.

Tal fué, descrita á grandes rasgos (1), la obra del célebre Congreso en lo que toca á modificaciones territoriales de las potencias europeas; pero aparte de esto, es de advertir que en el acta final de aquél aparecen consignados importantes principios jurídicos aplicables á las relaciones internacionales, como fueron: la guerra declarada á todo principio de liberalismo é independencia nacional; el que declaró libre la navegación de los ríos que atravesaran ó separasen los territorios de dos ó más Estados; el que proscribió la trata de negros, pre-

(1) Viajando una persona por las Provincias Vascongadas llegó á un punto, visitó la iglesia y vió su artístico púlpito histórico, puesto que desde él predicó San Vicente Ferrer. En ese púlpito encontró las siguientes palabras: «Hable poco y bien».

Don Cándido Nocedal, académico de la Española, contaba también haberlo visto en sus viajes.

La necesidad de esmerarse más en los trabajos escritos que en los orales, se basa en aquellas palabras de los latinos: *verba volant, scripta manent*; las palabras vuelan y lo escrito permanece.

Por eso nunca se recomendará lo bastante á los que principien su carrera de escritores que busquen la propiedad de las palabras, empleen mucho trabajo de lima para que puedan decir lo que el P. Pedro de Rivadeneira: ¡Qué descansadas me quedan la pluma y la mano cuando corrijo algo.

parando su abolición definitiva, y los que sirvieron de base para una clasificación general de los agentes diplomáticos.

Veamos ahora lo que acerca de nuestro personaje se ocupó el Congreso de Viena. El día 13 de Marzo las potencias anunciaron al mundo que «rompiendo el único título legal á la que estaba unida su existencia», Napoleón Bonaparte se había colocado fuera de los vínculos civiles y sociales y era entregado á la vindicta pública. Talleyrand en una carta del 14 de Mayo decía á Luis XVIII: «*Mi opinión es que si el asunto de Murat se pospone, está perdido para nosotros.*»

Y poco más tarde, á 17 de Marzo, escribía el marqués de Saint-Marsan á Víctor Manuel, diciendo: «*Cualquiera que sea la opinión de las otras potencias, ni Francia ni España firmarán nada, si la caída de Murat no está pronunciada por el Congreso.*»

Palabras significativas que demuestran hostilidad y que las naciones se habían unido en contra de Murat. El cardenal Consalvi decía á Pacca: «*Yo lo avevo gia predetto, onde la cosa non mi riesce nuova*», es decir: «Lo había previsto. Por eso la cosa no me sorprende.»

El síno de Murat empieza desde la fecha fatal para él del 17 de Marzo de 1815, cuando á la una de la tarde, sordo á los ruegos de su esposa y á los de sus fieles consejeros, abandonó Nápoles y se dirigió á Ancona (1).

(1) Versos curiosos de la época.

Cuarteto hecho al saber la salida de Murat para Ancona:

Trecalle, zurfo e esca
(Tres perras, azufre y yesca)
Fute Giachim, venen i Tedeschi
(Huye, Joaquín, que vienen los alemanes)
Trecalle, acqua e limone
(Tres perras, agua y limón)
Fute Giachim, neve Napoleone
(Huye, Joaquín, Napoleón llega).

Poco tiempo después, volvió á su trono de Nápoles Fernando, el anciano popular, y celebró de esta manera el acontecimiento:

Miezzo Palazzo, c'e nato un puzzo
(En medio del palacio un pozo se ha formado)
E giacubbine chiagnen a sellezzo
(Los jacobinos lloran abundantemente)
Vene la vientu e toca li cerase
(El viento viene y sacude las cerezas)
Giachim resce e Ferdinando traje
(Joaquín sale y Fernando entra).

(G. Tambara, *Lirica politica del Risorgimento italiano (1815-1870)*.

Nicola, en su Diario, nos dice: «Hoy á la una de la tarde ví al Rey que se marchaba en un coche de viaje con ocho caballos, seguido de otros tres con seis caballos. Se dice que ha decidido marcharse al recibir la noticia del avance de 40.000 austriacos y que pronto recibirán 80.000 hombres de refuerzo. El general d'Ambrosio se fué con el Rey. Agar (conde de Mosburgo), Zurdo y Gallo no tardarán en ponerse en marcha. La Reina no es regente. Se enviará la cartera al Rey dos veces por semana.» Y el día 20 decía: «Se me asegura que toda la Corte está consternada por la marcha del Rey. La Reina llora. El Rey parecía triste. También se susurra que el general Millet ha intentado que el Rey renunciase á una decisión que puede perderle.» Murat decía que no nombraba Regente *porque no dejaba su reino, pero si las circunstancias le obligasen á salir de él como antes, nombraría regente á la Reina.* Pero Carolina, intentando nuevamente que volviera su esposo, hizo presente á Mosbourg que le hiciera saber *que su salud no le permitía ocuparse de los asuntos, y que había resuelto establecerse en Portici.* Desgraciadamente Mosbourg no se atrevió á comunicárselo á Murat y le faltó valor para entregar al Rey las cartas que le dirigía la Reina. ¿Quién sabe lo que hubiera ocurrido, si en el momento mismo de subir al coche, el Rey hubiera recibido las cartas de Mosbourg?

Éste devolviolas á la Reina y ésta encargó á Gallo que las remitiera á Ancona.

El día 17, cuando por la noche fueron el general Manhés, Maghella y el Jefe de policía á pedir órdenes á la Reina, ésta se negó á recibirlos diciendo que no se ocupaba de nada.

«La falta de poder central puede producir desgraciadas consecuencias, escribía Mier á Metternich; el Rey estará furioso cuando sepa la negativa de la Reina. Creo que si Mosbourg hubiera tenido el valor de entregar las cartas, *Su Majestad no se hubiera marchado*, porque es

Un poeta desconocido compuso lo siguiente:

Fra Macerata e Tolentino
E Finito il Re Gioacchino!
Fra il Chienti e la Potenza
Fini.... l'Indipendenza!

Es curioso observar que dos años después, en 1817, en Macerata, hubo un movimiento en favor de la unidad.

imposible que haya querido correr el riesgo de dejar á su reino sin gobierno.»

Obligada por todos, Carolina se hizo cargo de la regencia. Rotas ya las hostilidades en Nápoles y Austria, el conde de Mier decía en una carta escrita el 17 de Marzo á Metternich: «Esperaré aquí vuestras órdenes á no ser que el Rey nos ataque. En este caso pediré mis pasaportes y dejaré este país.»

Antes de conocer la proclama de Murat á los italianos fijaremos sucintamente nuestra atención en el estado interino del reino.

Las operaciones comerciales habían cesado por completo, y los comerciantes, espantados y comprendiendo el inevitable y desastroso fin, no se atrevían á negociar y habían anulado sus órdenes de compras de aceite y de granos y de otros productos del país, amenazando de este modo al Gobierno de cobrar los derechos crecidos de las Aduanas, única esperanza para el Tesoro público. La penuria era tan grande debido á que Murat, para sufragar los gastos de la próxima campaña, había llevado dos millones en oro y en piastras, y Mosbourg, cumpliendo órdenes recibidas, tuvo que sacar lo restante incluso las letras de cambio que se encontraban en Cartera, y por eso el pago de los bonos y carta órdenes al día siguiente de la salida del Rey tuvieron que posponerse por algunos meses.

Los valores, que ya en los primeros días de Marzo habían perdido el 10 por 100 no encontraban compradores ni aún perdiendo el 28 por 100, de su valor.

Los proveedores de todas especies no querían vender nada al fiado, y tres días después de la marcha de Joaquín los proveedores de la Real Casa, no pagados desde hacía tres meses, *se negaron á satisfacer las cosas necesarias para el consumo diario.*

Mier nos cuenta que los empleados civiles habían sido prevenidos que por el momento *no serían pagados* y que en la caja del Gran Mariscal del Palacio, ó sea el Jefe de Palacio, no había más que *14 carlines.*

¿Qué apoyo, qué ayuda podría esperar Murat de un país al que pedía los más grandes sacrificios, que había sufrido crueles privaciones y semejantes pruebas?

Aunque Murat no ignoraba todo esto, y que de cuando en cuando

la razón se le imponía, su cabeza estaba totalmente trastornada por algunas *cabezas calientes* que le dirigían inconscientemente á la inevitable caída en el abismo (1).

Pero una de las causas que más influyeron en su ánimo fué una carta que, mal interpretada, le condujo á la ruina.

El 16 de Marzo y desde Prangins, el príncipe José le anunciaba los nuevos triunfos de Napoleón (2) y le conjuraba á unirse con él y á secundarlo en Italia *por las armas y por la política*, y añadía estas desdichadas palabras: «Hablad, obrad conforme á nuestro corazón; marchad á los Alpes, pero sin pasarlos.»

Esta carta, escrita con el natural desorden producido por la alegría, contenía una deplorable contradicción, porque á la vez aconsejaba el conducirse *políticamente con los austriacos* y al mismo tiempo el de marchar á los Alpes. Pero si hubiera sido leída con un poco más de reflexión que la tomada al escribirla, Murat hubiera visto que José ignoraba por completo el asunto, porque si José hubiera sabido que los austriacos ocupaban varias riberas del Po, difícilmente se podría conciliar y aunar la política con la marcha hacia los Alpes. Evidentemente ignoraba que los austriacos estaban en la ribera derecha y no sólo en la izquierda como ocurría en 1814, porque entonces sí se podía sin conflicto con ellos llegar hasta el pie de los Alpes en una de sus muchas ramificaciones.

Evidentemente el consejo de no traspasarlos era una invitación á dirigirse hacia ellos, pero sin violar la frontera de Francia. Desgraciadamente Murat no hizo caso más que del consejo de ir á los Alpes y quiso inmediatamente apoderarse de toda Italia, y sin escuchar los consejos, ruegos y súplicas de sus ministros Gallo, Zurdo y Mosbourg, reunidos por última vez en Consejo en Ancona, entró en las Legaciones haciendo retroceder á los austriacos hasta Cesena, retirándose éstos en buen orden, porque, numéricamente inferiores, no podían

(1) Por algo se ha dicho que el abismo llama al abismo, y que Dios ciega á los que quiere perder.

(2) Cualquiera de los pensamientos de Napoleón continuaba dando estremecimientos al mundo. Cualquiera de sus pasos en la roca en que estaba encadenado en Santa Elena, se hacía sentir de un polo á otro, según la grandilocuente frase de Chateaubriand. La historia y la leyenda, la oda y la canción, los publicistas autoritarios y los revolucionarios le hicieron más grande sobre un islote que sobre el trono en el ánimo de los pueblos.

hacer frente á un ejército de más de 40.000 hombres y ellos, con el general Bianchi que los mandaba, con insignificantes pérdidas, entraron en Bolonia.

Murat entretanto decía al príncipe Luciano:

«Que se había ya decidido, que quería atacar á los Borbones donde quiera que estuvieran, porque ellos y su inicuo ministro habían incesantemente trabajado por su destrucción en el Congreso, y desgraciadamente no en vano.»

El Caballero Lebzelttern decía desde Roma al príncipe de Metternich: «Luciano me ha dicho que si Austria, Rusia y Prusia reconocían á Murat, en seguida volvería á sus fronteras con la condición de que se le garantizaría su trono contra los Borbones.»

Pero ya era tarde para componendas; Murat había arrojado el guante, y lo que indudablemente debió hacer era atacar briosamente á Austria en vez de detenerse.

En el Haus Hof und Staats Archiv. Bellegarde, 1815. 123. B. F. M. hay una carta del conde de Bellegarde al príncipe de Metternich, fechada en Milán á 23 de Marzo de 1815 (núm. 51 en francés), cuyo párrafo, que á continuación insertamos, demuestra el fatal error de Murat:

«Si el Rey de Nápoles acomete súbitamente podría fácilmente invadir la Italia hasta el Po.»

En los archivos del Vaticano hay una carta cifrada, núm. 280 (Congreso de Viena, del cardenal Consalvi á Pacca desde Viena á 21 y 22 de Marzo de 1815), en la que dice: «La caída de Murat es, pues, cierta é inevitable.»

En Rimini nombró Murat al comandante de la Guardia Nacional, Angelo Antimi, coronel de la Orden de las Dos Sicilias, distribuyendo generosamente cruces (1) á muchos personajes á los que quería estimular el celo, y á otros porque quería sus servicios y ayuda.

(1) En Rimini y en la Biblioteca Gambalunga: Zanotti (M. A.), *Giornale dell'anno MDCCC*, V. F. 26 hay un curioso manuscrito del 1.º de Abril en el que se dice que la prodigalidad de la distribución de condecoraciones inspiró á que los enemigos de Murat hicieran la siguiente estrofa:

«Ne tempi piu lontani e piu feroci
S'appicavano i Ladri in le Croci
Ne tempi piu felici é piu leggiadri
S'appiccano le Croci su petto al Ladri.»

Poco después de la entrada de los napolitanos en Toscana, Mierpidió sus pasaportes al duque de Carignano, y en 3 de Abril decidió marcharse inmediatamente.

El día 4 de Abril se dió la batalla de Panaro, mereciendo especial mención el heroísmo del general Filangieri que, como él mismo escribe en su autobiografía, fué herido por un sub-oficial tirolés, cayendo de su caballo con el fémur roto por un balazo: los austriacos le rodearon y le condujeron á Módena, pero una hora después los húngaros que le llevaban le abandonaron en el camino y huyeron, y pocos minutos más tarde los granaderos del 3.^o y 5.^o regimiento de línea, enviados por el Rey, le encontraron. El Rey fué á visitarle con el duque de Rocca-Romana, el hijo de éste y con algunos oficiales de su Estado Mayor y con el cirujano del tercer regimiento, y en el acto le nombró Teniente general.

Si la heroica carga de Filangieri hubiera sido sostenida por Fontaine habría deshecho á los austriacos, y á pesar de la cobardía, casi traición del último citado general, resistió á la brillante carga de los Húsares del Príncipe Regente, y éstos con la infantería austriaca abandonaron el puente, y Bianchi dió la orden de retirarse por Bomporto á Carpi. Las bajas fueron insignificantes para los austriacos: 19 hombres y 15 caballos muertos, 3 oficiales y 316 soldados heridos y 66 desaparecidos.

Los napolitanos tuvieron la cifra relativamente enorme de 6 oficiales y 536 hombres, la mayor parte de estas bajas fueron por desertión.

Aunque la victoria no fué francamente beneficiosa para Murat, éste en su orden del día anunció á su ejército que «este éxito podría considerarse como el anuncio de nuevas victorias».

El 8 de Abril se dió el combate de Occhiobello, dudoso y que costó caro á Nápoles; el día 10 se dió el de Carpi, más favorable para Murat, y éste fué aclamado con vivas á la independencia italiana, vivas al rey Joaquín y con el grito de: *¡Mueran los curas y los papistas!*

Veamos ahora la ardiente proclama de Murat dirigida en 30 de Marzo al pueblo italiano, la que, como anteriormente dijimos, fué tardía y no surtió los efectos deseados, pues sólo en contados lugares surgió entusiasmo por la causa.

«Italianos: un solo grito resuena desde los Alpes hasta el estrecho de Scyla: ¡la independencia de Italia! ¿Con qué derecho los extranje-

ros quieren arrebatáros vuestra independencia, el primer bien, el primer derecho de todos los pueblos? ¿Con qué derecho se llevan á vuestros hijos á que mueran lejos de las tumbas de sus padres? Pues que, ¿la naturaleza os ha dado en vano los baluartes de los Alpes? No, no, que toda dominación extranjera desaparezca del suelo de la Italia; que desde hoy sea vuestra gloria no tener ya dominadores. Tenéis por fronteras el mar y montañas inaccesibles; no las traspaséis jamás, pero rechazad al extranjero que se atreva á traspasarlas, y obligadle á volver á las suyas. 80.000 italianos de Nápoles corren á vuestro socorro á las órdenes de su Rey; han hecho el juramento de no descansar hasta que la Italia sea libre. Italianos de todos los distritos, auxiliad sus magnánimos esfuerzos; que todos los ciudadanos amantes de su patria eleven una voz generosa en favor de la libertad; que la lucha sea decisiva, y habremos fundado para siempre la dicha de nuestra hermosa patria. Los hombres ilustrados de todos los países, los pueblos dignos de un gobierno liberal, los príncipes que se distinguen por la grandeza de su carácter aplaudirán á vuestros triunfos; ¿podría la Inglaterra negaros sus sufragios?

»Tengo la prueba de la perfidia de vuestros enemigos, y era necesario que estuviéseis convencidos, por una reciente experiencia, de cuán vanas y falsas son las liberalidades de vuestros dominadores actuales. Os tomo por testigos, valientes y desgraciados italianos de Bolonia, de Turin, de Venecia; ¡cuántos desgraciados guerreros y patriotas virtuosos han sido arrancados del suelo paterno; cuántos gimen en los calabozos, cuántos son víctimas de exacciones y humillaciones no oídas!

»¡Italianos: levantaos, marchad; mi voz llama á todos los valientes para que vengan á combatir conmigo; mi voz convoca á todos los hombres ilustrados, para que, en el silencio de las pasiones, preparen la Constitución y las leyes que de ahora en adelante deben regir á la Italia independiente!»

Capítulo V

Derrotas de Murat.

Murat, perseguido en todos sentidos, abandonado por sus generales y por sus soldados, vió abismarse todos sus proyectos en la derrota de Tolentino (1).

Digamos algo sobre esta batalla:

Se aproximaban acontecimientos en que Murat demostraría cualidades que le hicieron célebre: el golpe de vista militar, el vigor, la decisión que le habían faltado desde el principio de esta corta y desgraciada campaña. Una de sus victorias era narrada en un boletín llevado por correos y fijado para la lectura en las murallas de Nápoles el día 7 de Mayo: «Un correo extraordinario llegado, trajo á S. M. la Reina Regente, la nueva de una victoria obtenida el 2 de este mes por S. M. el Rey. El billete está escrito con lápiz y fechado en el campo de batalla mismo en las alturas de Tolentino á las seis de la tarde.

»El Rey ha derrotado por completo al general Frimont (sic), comandante en jefe del ejército enemigo. Al marcharse el correo eran llevados los prisioneros. El ejército de S. M. ha hecho prodigios de valor y

(1) *Tolentino*.—Ciudad de Italia, situada en una colina, al pie de la cual pasa el río Chienti; en la provincia y á 19 kilómetros SO. de Macerata. Cuenta 11.000 habitantes, fábricas de curtidos y de porcelana. Desde el siglo V tuvo un obispado que fué agregado al de Macerata en 1586. La catedral está dedicada á San Nicolás de Tolentino y tiene bastantes buenas pinturas.

Esta población es notable por el recuerdo de la paz firmada, en 19 de Febrero de 1797, entre el Papa Pío VI y la República Francesa, y también por la batalla perdida por Joaquín Murat en 1815, la cual decidió la pérdida de su corona.

* Algunos días antes de la batalla de Tolentino, Metternich opinaba que se debía ofrecer á Murat, en cambio de su renuncia sobre el trono de Nápoles, la renta de un millón de florines; pero al ver el estado descompuesto de Nápoles dió órdenes para la posesión del reino.

está intacto. El general d'Ambrosio ha sido herido, ligeramente herido. Nuestras pérdidas son insignificantes. No tardaremos en recibir nuevas detalladas de esta brillante victoria. El enemigo se encuentra completamente derrotado.»

Las pérdidas fueron considerables por ambas partes; pero las de los austriacos eran más grandes que las de los napolitanos. Estos últimos hubieran tenido menos bajas si Murat no se hubiese empeñado inútilmente en determinadas maniobras militares. Las consecuencias más graves para Murat fueron ocasionadas por su impaciencia y fogosidad, pues se vió privado de oficiales inteligentes y adictos, y del general d'Ambrosio, que habiendo tenido que retirarse herido, dejó su puesto á d'Aquino, de una bravura dudosa.

Perdida la batalla de Tolentino, todo lo que quedaba del ejército napolitano había ido en desorden hacia Macerata. Los soldados, mojados hasta los huesos, no encontraron recurso de ninguna clase, ni siquiera pan. Algunas pequeñas raciones de víveres, que la intendencia se había podido procurar con gran trabajo, fueron perdidas.

Las bajas sufridas por los dos ejércitos en el curso de las jornadas de los días 2 y 3 de Mayo, sirven para probar que si los regimientos de Bianchi desplegaron toda la solidez y bravura que se debía esperar de viejas tropas mandadas por oficiales llenos de vigor, los soldados de Murat merecen que se alabe su conducta, tanto más cuanto que algunos de sus jefes no se avergonzaron de dar pruebas de una culpable molicie, mientras que otros mostraron una deplorable incuria.

He aquí el parte mandado por Bianchi á Frimont: «He sido atacado desde el amanecer por 20.000 hombres entre Tolentino y Macerata. El combate ha durado todo el día. Las pérdidas son grandes por ambas partes. Murat ha mandado en persona su ejército ayer y hoy. Atacó con gran brío mi ala derecha, con fuerzas superiores en número.

»He concluído por rechazar sus ataques. El Rey entonces ha renunciado á sus proyectos y se ha replegado hacia la noche en dirección de Macerata, en donde la vanguardia de Mohr le ha perseguido hasta las nueve de la noche. Veremos mañana si queda allí.

»Neipperg no está todavía en Jesi. Si yo hubiese tenido fuerzas bastantes, yo hubiera podido terminar la campaña. Mientras que ahora van á ser necesarios todavía esfuerzos, maniobras y felicidad.»

Á falta de otras enseñanzas que se buscarían en vano en el examen de esta batalla de Tolentino tan mal iniciada por Murat, y tan mal llevada por sus generales, merece fijar muy particularmente la atención porque, más que ninguna otra, confirma la importancia de un factor descuidado con frecuencia, la influencia que las fuerzas morales ejercerán siempre, y en nuestros días más que nunca, en la suerte de los ejércitos, sobre las resoluciones de sus jefes supremos y sobre los destinos de los pueblos y de las naciones.

En fin, habiendo sabido que los austriacos habían forzado en la noche del 16 al 17 de Mayo el paso de San Germano, y que la cuarta división mandada por el general Macdonald, se hallaba en completa derrota, deliberó si se dirigía á Gaeta, donde la Reina había enviado á sus hijos, ó si se retiraría con el resto de su ejército á las Calabrias. Con este objeto envió á uno de sus ayudantes de campo para asegurarse del estado en que se hallaba Nápoles. En vista del parte que éste le dió, entró en esta ciudad con su servidumbre ordinaria y su escolta. Se dirigió en seguida al palacio donde se presentó á la Reina, pálido y abatido, con el uniforme de lanceros. La abrazó tiernamente y la dijo: «Todo está perdido, señora, excepto mi vida que no he podido perderla.»

Convencido Joaquín de que toda esperanza de resistencia había desaparecido, la fuga era el solo recurso que le quedaba. Fué á embarcarse á Minisola, para dirigirse á Gaeta; pero hallando el puerto de esta ciudad bloqueado por varios navíos ingleses, volvió hacia la isla de Ischia, donde desembarcó de noche. La situación de Murat, en el estado actual de los negocios, era extremadamente difícil; ya no se atrevía á ensayar una tentativa sobre las Calabrias, y tomó el partido de pasar á Francia. Al mismo tiempo que supo la capitulación de Casa-Lanza, por la cual se cedía el reino á los austriacos, para tomar posesión de él en nombre de Fernando IV, se vió un barco que dirigía su rumbo á doblar la isla de Ischia. El coronel Bonafoux, sobrino del Rey, fué á reconocerlo; este buque llevaba á Francia al general Manhés, ayudante de campo de S. M., y algunas personas que se encontraban comprometidas. El general Manhés hizo bordear, y Murat subió á bordo, seguido tan solamente de su sobrino, de su secretario y de su ayuda de cámara. El 25 de Mayo Murat arribó á Cannes, desde donde

envió un correo á Napoleón para pedirle sus órdenes. Parece que Napoleón no vió favorablemente el paso dado por su cuñado; en 9 de Junio llegó un enviado del ministro Fouché, que manifestaba á Murat esperara con paciencia la respuesta del Emperador. Esta noticia agravó las inquietudes del monarca fugitivo. Por otra parte, la suerte de la Reina y de sus hijos era para él un objeto de viva ansiedad. Carolina había debido embarcarse para Tolón; él fué á establecerse en esta ciudad, en una casa de campo llamada Plaisance, que sus oficiales habían alquilado para él; aquí fué donde supo, para colmo de infortunios, que se había roto el convenio celebrado por la Reina con el capitán inglés Campbell, y que Carolina, en lugar de embarcarse para Francia, había sido llevada á un navío de S. M. Británica y conducida á Trieste (1).

Después de tantos desastres, Murat se hallaba en una situación moral difícil de describir. Expulsado de su reino, separado violentamente de su familia, la indiferencia de Napoleón respecto de él aumentaba aún sus penas. Lamentábase de no hallarse en el ejército, aunque sin embargo debió apreciar la repugnancia del Emperador en dar un mando á un hombre que le había abandonado en su mala suerte, y que en 1814 había unido sus armas á las de las potencias coaligadas contra los franceses. En fin, se resignó, en vista de los consejos de Fouché, á ir á las cercanías de Lyon á esperar las órdenes de Napoleón.

(1) Carolina se retiró á Trieste con sus hijos, falleciendo en Florencia en 1839. Desde Florencia, á 4 de Septiembre de 1838, escribió al conde de Mosbourg pidiendo que se dijera toda la verdad sobre los sucesos acaecidos en los años 1814 y 1815, y la obra fué realizada por el Conde que publicó los documentos necesarios. Luciano, que había volado para ofrecerse á su hermano después de su caída, volvió á Roma. En su principado de Canino, descubrió las necrópolis y los vasos que sirvieron de base para formar la historia de las bellas artes etruscas, siendo vendidas al Museo Británico. Murió en 1840, y su hijo Carlos adquirió fama entre los naturalistas, muriendo en 1857, y su otro hijo Luis entre los químicos. El rey José, después del desastre de Waterlloo, se retiró á Nueva York, después á Florencia, falleciendo con el título de conde de Survilliers en 1844. El rey D. Luis también murió en Florencia el día 25 de Julio de 1846; su hijo Luis, después de vida romántica, estaba destinado á renovar el imperio. Jerónimo, antes rey de Westfalia, murió en París en 1860. Madama Leticia, madre de cinco reyes, vivió en Roma hasta el 2 de Febrero de 1836. Félix Baciocchi, príncipe de Luca, murió en Bolonia en 1841. Beauharnais tuvo seis millones y el Rey de Baviera le concedió el principado de Eichstadt, en donde realizó importantes obras, murió en 1824, y el recuerdo de su esposa Amalia quedó vivo en los corazones de los italianos, á quienes siempre acogió, hasta en Munich. Una de sus hijas se casó con el príncipe real de Suecia, y ocupó este trono; la otra se casó con el duque de Braganza; uno de sus hijos se unió con la Reina de Portugal y el otro con la hija mayor de Nicolás, Emperador de Rusia.

Sin embargo, el destino de la Francia se hallaba otra vez decidido: la batalla de Waterlóo había echado por tierra los proyectos de Napoleón, y sumido de este modo á Murat en un abismo de males. Acababa de marchar en dirección á Lyon el 26 de Junio, cuando el general Verdier le hizo saber tan desastrosa nueva y la sublevación de Marsella, que se había visto precisado á evacuar. Este último acontecimiento lanzó á Murat en nuevos peligros. El ejemplo de los marseleses había sido seguido por toda la Provenza, y desde entonces el interior de la Francia le estaba cerrado. En medio de peligros de toda especie de que se hallaba rodeado, la situación de Murat y su adhesión á Napoleón, le inspiraron un proyecto que, si hubiera sido ejecutado, habría podido tener graves consecuencias. Envió el general Rosetti al mariscal Brune, que se encontraba en Antibes con fuerzas respetables, para proponerle dejar parte de sus soldados en Tolón, á fin de ponerlo al abrigo de un golpe de mano de parte de los ingleses, y contener á los partidarios de los Borbones, y con el resto franquearse el paso hacia el ejército de la Loire. El Mariscal no creyó deber adoptar este atrevido proyecto, y después de diversas conferencias, que no produjeron ningún resultado, Murat, obligado á renunciar á él, se dirigió á lord Exmouth para pedirle que se le admitiera á bordo de un navío inglés y se le condujera á Inglaterra. El Almirante respondió á las comunicaciones que se le dirigieron que no se hallaba autorizado á dar á S. M. la seguridad de su libertad; que además pediría órdenes á su Gobierno respecto de este punto cuando el Rey se hallase á bordo de su navío.

Murat, confiando poco en la generosidad de los ingleses, esperaba mejores condiciones del Emperador de Austria. En efecto, no tardó en recibir despachos de Fouché que le anunciaban que S. M. Imperial consentía en darle auxilio en sus estados, siempre que abdicara y que consintiera en tomar un título modesto. Fouché añadía que no esperaba más que su autorización para firmar definitivamente este convenio con M. de Metternich. Hostigado por peligros cada día más inminentes, Murat respondió que aceptaba lo que se le ofrecía, bajo condición de que se le reuniera con su familia, é insistió para que se le expidiesen inmediatamente los pasaportes; los acontecimientos apremiaban, y cada día venían á acrecer los peligros á que se hallaba expuesto.

El 17 de Julio, Murat, avisado de que un grupo de marseleses de-

bía dirigirse á la casa de campo que habitaba para sorprenderle en ella, fué á Tolón, y dos días después el mariscal Brune le anunció que iba á hacer entrega de la ciudad al marqués de Riviere, y que iba á ondear en ella la bandera blanca. La presencia del Rey se hacía, pues, incompatible con el nuevo orden de cosas; se ocultó momentáneamente en las cercanías de la ciudad. Pero ya la reacción agitaba sus furores, los pasaportes que Murat había pedido no llegaban, y perseguido por un tropel de sicarios se había puesto á precio su cabeza. Era imposible esperar que el Rey pudiera escapar largo tiempo á los puñales de los asesinos dirigidos contra él. Sus fieles amigos concertaron un proyecto de fuga hacia Roanne, atravesando las montañas, mientras que el duque de Rocca-Romana y el marqués de Giuliano se dirigían á París en posta, y regresarían en seguida á Roanne con los pasaportes de M. Metternich. La marcha debía efectuarse el 6 de Agosto, pero la víspera, Giuliano, Romana y Rosseti, paseándose en el muelle de Tolón, y habiendo hallado un barco destinado para el Havre, invitaron á Murat á aprovecharlo. El Rey recibió con avidez esta propuesta; sin embargo, la policía de Tolón debía poner obstáculos á su evasión. Sabía que el Rey se hallaba aún en las cercanías de la ciudad; había espiado los pasos de Rocca-Romana; en consecuencia, resolvió vigilar la marcha del barco y el embarque de los pasajeros. Murat, auxiliado por las personas que le eran adictas, buscó los medios de ocultarse á las miradas y eludir las disposiciones tomadas para impedir su fuga. Se convino en que el 9 de Agosto por la noche, M. Bonafoux, sobrino del Rey y capitán de fragata, saldría del puerto en un barco pescador; que se dirigiría cerca de S. M.; que al día siguiente al amanecer el Rey se embarcaría con él, y que se pasearían en la bahía hasta la señal convenida para subir á bordo; el 10 las personas de su acompañamiento se embarcarían con un oficial que, por su estatura y señales, era muy propio para representar á S. M. durante el recuento de pasajeros por el inspector de policía; que después de la visita, una bandera blanca á popa del barco avisaría al Rey que fuese á bordo, y que su lancha conduciría á tierra al oficial que le representaba. Se convino igualmente que, desde que el barco se hiciese á la vela, el marqués de Giuliano partiría en posta para París, desde donde se dirigiría al Havre con los pasaportes.

Estas disposiciones parecían tales que debían tener feliz resultado; en el día indicado, Murat esperaba desde el amanecer las señales que se habían convenido; su ayuda de cámara Leblanc, que le acompañaba, le abandonó, y el Rey, no viendo las señales, se dirigió solo á la orilla, donde halló un barco y tres hombres, con los que partió. Sin embargo, desde la víspera, Bonafoux había sido arrestado, y esta circunstancia había impedido ejecutar lo que estaba resuelto. El barco había esperado al Rey hasta la una de la tarde. En este instante un comisario de policía mandó al capitán hacerse á la vela, y permaneció en su bote para vigilar la marcha. Desde el punto en que Murat se había embarcado, se apercibía el navío, maniobrando con trabajo; dos veces los marinos que conducían el barco zarparon de la orilla, y dos veces las olas les obligaron á arribar. Aun cuando no se hallaran postrados de fatiga, la lluvia que caía á torrentes, la noche que se acercaba, les habría impedido una tercera tentativa. El desgraciado Murat, privado de alimento desde por la mañana, no teniendo para cubrirse más que su casaca y un capote viejo de seda, sin fuego y sin abrigo, permaneció expuesto hasta las tres de la madrugada á todas las injurias del aire y entregado á las más amargas inquietudes. A esta hora el cielo se aclaró, el viento se calmó, y muy pronto apareció la aurora, pero el buque había desaparecido. Entonces mandó á los marineros, cuya vida temía exponer, arribar lo más pronto posible á la bahía, fingiendo volver de pescar. Llegado á tierra los dejó precipitadamente, dándoles nueve napoleones, de diez que le quedaban; después trepó por la montaña, abrumado por su triste suerte, y por el cansancio, extenuado de necesidad se acercó con las mayores precauciones á una casa mezquina, donde, por fortuna, no halló más que á una mujer anciana, que le dió un pedazo de pan y un vaso de mal vino, y á la cual le donó el último napoleón que le quedaba.

Habiendo descansado un poco, salió; y después de haber andado durante dos horas por la montaña, acercándose á Tolón, se ocultó y secó sus vestidos al sol. Cuando anocheció se dirigió á la casa de campo en que había vivido; llamó á la puerta de la casa en que vivía la jardinera, que después que se nombró abrió y le recibió temblando, habiendo oído aquella mañana misma pregonar su cabeza. Al amanecer, el Rey la envió á Tolón á buscar á M. Murat, su sobrino. Este vino á

traerle algún dinero y decirle que se volviera lo más pronto posible á la montaña, porque se estaban empleando todos los medios para descubrir su asilo. El Rey pasó algún tiempo en Plaisance, oculto de día en la montaña, de noche en casa de la jardinera, mientras que Murat se ocupaba en buscar al ayuda de cámara Leblanc, que había sustraído una suma considerable á su amo. Habiendo logrado descubrirle, rescató seis mil francos, con los que el Rey procuró de nuevo embarcarse.

Sin embargo, un joven oficial de húsares, M. Blancard, tan atrevido como emprendedor, no había disimulado el interés que le inspirara el infortunado Joaquín; había dicho diversas veces que si hubiera sabido dónde encontrar al Rey, habría hecho todo cuanto hubiera dependido de él para salvarle á riesgo de su vida. Súpulo Murat, y encargó á su sobrino que lo pusiera en relación con él. M. Blancard vino á ver al Rey, le aseguró de su adhesión, y desde este momento empleó todos los medios posibles para lograr alejarle de Francia; pero durante el espacio de tiempo que requerían las disposiciones necesarias, Murat estuvo á pique de sucumbir á los peligros de que se hallaba incessantemente amenazado. Sus forzosas correrías á las montañas y á los peñascos le habían cansado; una noche que bajaba para dirigirse como de costumbre á casa de la jardinera, sintió venir muchas personas por el mismo sendero en que se hallaba; el Rey, para evitar su encuentro, no tuvo más tiempo que el necesario de arrojarse en una viña, donde se ocultó en una hoya, cubriéndose con hojas. Como pasasen muy cerca de él estos individuos y hablasen en alta voz, oyó distintamente decían estas palabras: «Sabemos que este Murat se halla siempre en las cercanías; si podemos hallarle, llevaremos su cabeza al comandante.» No obstante, los asesinos no descubrieron al Rey, y después de algunos días pasados en zozobras continuas, en una ancha jaula llena de gallinas, que se había colocado de tal modo que se encontrara oculto entre la jaula y la pared cuando se hicieran pesquisas, no quiso tardar más el sustraerse á la rabia de sus perseguidores.

Murat partió de Plaisance, y se dirigió al paraje donde le esperaban Blancard, Langlade y Donnadiou; entró con ellos en un barco que se había preparado expresamente y cuando amaneció se hallaban á diez ó doce leguas de tierra, navegando en dirección de Córcega, donde Murat pensaba encontrar un seguro refugio. El viento fué favo-

rable parte del día; cambió de repente, y se convirtió de tal modo contrario, que fué muy pronto imposible dirigir el rumbo del barco; acercábase la noche, amontonábanse negras nubes en el cielo; las olas, que pasaban por encima del barco, habían apagado la lámpara de la brújula, y amenazaban tragar la frágil nave. En tan cruel situación, el Rey vió una bombardarda que pasaba cerca del barco, levantó la voz para suplicar al capitán le recibiera á su bordo con su acompañamiento; el capitán no hizo ningún caso de sus ruegos, y, al contrario, hizo virar su barco para pasar al otro. El Rey, por fortuna, se salvó de esta insigne maldad; pero abandonado á merced de las olas, parecía haber perdido toda esperanza de salvación, cuando vino á pasar el barco correo de Tolón á Bastía, mandado por el capitán llamado Michæello Bonelli, el cual, más humano, consintió en admitirlo sin informarse de su nombre ni de su condición. Apenas Murat había abandonado su bote, cuando éste se sumergió. En fin, el Rey y los tres oficiales que le acompañaban desembarcaron en Bastía, desde donde se dirigieron á Vescovato, residencia del general Franceschetti, uno de sus oficiales cuya adhesión le era conocida.

Murat había anunciado que su llegada á la isla no tenía otro objeto que esperar la resolución de las potencias aliadas, y no obstante la Córcega se hallaba entonces en un estado de combustión tan extraordinario, que su presencia estuvo á pique de ser el pretexto de los mayores desórdenes. Viendo que la agitación que á cada paso crecía de los perturbadores podía serle funesta, y habiendo esperado durante tres semanas con la mayor calma, empezó á desesperar de obtener ninguna variación en el estado de incertidumbre y de persecución en que se hallaba. Cediendo entonces á las insinuaciones de algunas personas que le habían sido adictas, y que le exponían que los deseos de los napolitanos se dirigían hacia él; arrastrado, por otra parte, por el heroico valor que jamás le abandonó, se determinó á reconquistar su corona, ó hallar en el campo de batalla una muerte gloriosa, antes que recibirla de manos de un vil asesino. El 23 de Septiembre, Murat hizo su entrada en Ajaccio, en donde tenía designio de embarcarse para Italia, en medio de la población entera, que le acogió con las más vivas demostraciones de alegría, y le llevó en triunfo hasta el alojamiento que le estaba preparado. Uno de sus primeros cuidados fué hacer saber á las

autoridades locales que no había venido á Ajaccio más que para embarcarse, asegurándoles su respeto hacia el Gobierno de S. M. el Rey de Francia. Declaró en seguida al pueblo reunido que no pedía más que la hospitalidad, y que si su presencia era causa ó motivo de alboroto, estaba decidido á abandonar la ciudad al momento.

Sin embargo, el recibimiento que los habitantes de Ajaccio habían hecho al Rey, excitó al más alto grado sus agitaciones: «¡Dios mío, exclamaba, cuán agradecido estoy á este recibimiento! ¡Qué recuerdos despiertan en mi alma! Nápoles y mi pueblo están presentes en mi memoria. He visto la muchedumbre y su gozo, he oído esos gritos de alegría. De este modo es como me recibían en mi capital todas las veces que regresaba del grande ejército.» Después, dirigiéndose al general Franceschetti, añadía vertiendo lágrimas: «Está decidido, no quiero más que vivir y morir en medio de mi pueblo. Veremos á Nápoles, apresurémonos á marchar.»

Desde este instante nada pudo cambiar la determinación del Rey. Las brillantes esperanzas que le habían dado estaban demasiado profundamente grabadas en su corazón, para que pudiera prestarse á los consejos de sus verdaderos amigos. En vano le suplicaban que renunciara á su designio, ó al menos que esperara el regreso de una persona inteligente que había enviado á Nápoles para asegurarse del estado de las cosas. Razones, lágrimas, ruegos, hasta la perspectiva de una muerte sin gloria que podía esperarle en la orilla, todo fué inútil. Se fletaron los barcos, y se señaló el 28 de Septiembre para la marcha. Sin embargo, M. Macirone había desembarcado en Calví, trayendo á Murat los pasaportes tan largo tiempo esperados; presentóse él mismo al Rey el 28, á medio día; le entregó los pasaportes firmados por Ch. Stuard, el príncipe de Schwartzemberg y el príncipe de Metternich, igualmente que las condiciones con que se habían otorgado, y concebida en estos términos:

«1.º El Rey tomará un nombre particular: habiendo aceptado la Reina el de condesa de Lipano, se le propone igualmente al Rey.

»2.º El Rey será libre en la elección de una ciudad de Bohemia ó de la Alta-Austria para fijar su residencia. Si quisiera establecerse en el campo, no encontraría obstáculo á ello en estas mismas provincias.

»3.º El Rey comprometerá su palabra, respecto de S. M. imperial

y real, que no saldrá de los estados austriacos sin el consentimiento expreso de la susodicha majestad, y que vivirá en la posición de un particular de distinción, sometido á las leyes vigentes de los estados austriacos.»

Murat no se hallaba ya en situación de aprovechar lo que había anteriormente solicitado casi como un beneficio. El general Franceschetti, que había hecho los mayores esfuerzos para excitarle á que se retirara al seno de su familia, creyó algunos instantes que la llegada de Macirone iba á hacerle reflexionar profundamente sobre la empresa á que quería exponerse, y sin duda á hacerle renunciar á ella. Pero el infortunado Monarca, exasperado por los males que había sufrido, respondió con arrogancia á las felicitaciones que se le dirigían: «No, no quiero ser objeto voluntario del triunfo de la casa de Austria; rehuso el asilo que me ofrece con semejantes condiciones. No veré á la Reina, sino en el trono de Nápoles.» En seguida escribió á Macirone: «Enterado del contenido del mensaje de que sois portador, acepto el pasaporte que estáis encargado de entregarme, proponiéndome servirme de él para dirigirme al destino que se me señala. En cuanto á las condiciones que S. M. I. y R. impone á la oferta que me hace de un asilo en Austria, me reservo el tratar este importante artículo cuando me halle reunido con mi familia, etc., etc.»

Esta carta no contenía la expresión de la verdad; es preciso lamentar que entonces, que ninguna necesidad le obligaba á ello, Murat haya creído recurrir á un engaño indigno de él. De todos modos se apresuró á volver á tomar la actitud que le convenía; escribió casi al mismo tiempo á Macirone la carta siguiente:

Ajaccio, á las doce de la noche, 28 de Septiembre de 1815.

«M. Macirone, enviado por las potencias aliadas cerca del Rey Joaquín.

»Mi primera carta, escrita algunas horas antes, con fecha de esta mañana, ha sido dictada por las circunstancias, pero debo á mí mismo,

á la verdad, y á vuestra noble lealtad y buena fe, manifestaros mis verdaderas intenciones. He aquí los motivos de esta segunda carta.

»Aprecio mi libertad que es superior á todo bien. El cautiverio no tiene para mí otro sinónimo que la muerte. ¿Qué trato puedo esperar de parte de esas potencias que me han dejado por el espacio de dos meses bajo el puñal de los asesinos del Mediodía? He salvado la vida al marqués de Riviere; estaba condenado á morir en un patíbulo, obtuve su gracia y él ha lanzado contra mí las furias marsellesas y pregonado mi cabeza; errante en los bosques, oculto en las montañas, no debo la vida sino á la generosa compasión que mis desgracias han excitado en el alma de tres oficiales franceses; me han transportado á Córcega con el mayor riesgo de sus vidas.

»Pretenden algunos miserables que he sacado de Nápoles grandes tesoros; estos hombres ignoran que cuando me fué dado este reino en cambio del gran ducado de Berg, que poseía en virtud de un tratado solemne, llevé riquezas inmensas que he empleado en favor de mi reino de Nápoles. El Soberano que después ha venido á ocuparlo, ¿acaso ha encontrado este país cual lo dejara? Y yo no tengo ya lo estrictamente necesario ni para mí, ni para mi familia.

»No aceptaré, M. Macirone, las condiciones que estáis encargado de ofrecerme; no veo más que una abdicación pura y simple, bajo la sola condición que se me permitirá vivir en una esclavitud eterna, y bajo la dominación arbitraria de un Gobierno despótico. ¿Dónde se halla aquí la moderación y la justicia? ¿Dónde las consideraciones debidas á un Monarca desgraciado, reconocido formalmente por toda la Europa, y que en un momento difícil ha decidido de la campaña de 1814 en favor de estas mismas potencias que ahora contra sus propios intereses le abruman con el peso excesivo de sus pretensiones?

»Es una verdad bien sabida, que no he rechazado á los austriacos hasta el Po, sino porque á fuerza de intrigas se había logrado persuadirme que se preparaban á atacarme bajo la intervención de la Inglaterra. Creí entonces necesario avanzar mis líneas de defensa y comprometer en favor de mi causa á los pueblos de Italia.

»Nadie mejor que vos y lord Bentinck deben estar persuadidos de que el fatal movimiento de retirada del Po, tuvo por motivo la declaración de este General que tenía obligación de socorrer á los austria-

cos si lo hubieran pedido. Conocéis las causas que han ocasionado la deserción de mi hermoso ejército: los falsos rumores de mi muerte esparcidos con facilidad, los del desembarco de los ingleses en Nápoles, la conducta del general Pignatelli, la traición de algunos oficiales que lograron con arte pérfido aumentar el desorden y el decaimiento dando un funesto ejemplo, fueron la causa de ello.

»No existe ya en este momento un solo individuo de este ejército que no haya reconocido su error. Marcho para ir á juntarme con ellos; me han conservado todos su afecto, así como todas las demás clases de mis muy queridos súbditos. No he abdicado; tengo el derecho de reconquistar mi corona, si Dios me da las fuerzas y los medios necesarios al efecto. Mi existencia en el trono de Nápoles no podía ser ya un motivo de temor puesto que ya no se podría sospechar hallarme en correspondencia secreta con Napoleón, que está en Santa Elena; la Inglaterra y el Austria podrán, muy al contrario, lograr de mí algunas ventajas que en vano esperan del Soberano que han colocado en mi lugar en el trono de Nápoles.

»Me extiendo á estas particularidades, M. Macirone, porque sois vos á quien me dirijo; vuestra conducta para conmigo, vuestra reputación y vuestro nombre os han adquirido derechos á mi franqueza y á mi estimación.

»Cuando se os entregue esta carta, habré ya andado parte del camino hacia mi destino. O triunfaré, ó terminaré mis desgracias con mi vida. He despreciado mil y mil veces la muerte combatiendo por mi patria, ¿no me será lícito despreciarla una vez por mí mismo? Me estremezco tan sólo por la suerte de mi familia.

Firmado, *Joaquin Napoleón.*»

Como lo anunciaba á M. Macirone, Murat se había hecho á la vela la noche del 28 al 29 de Septiembre. Eran en número de seis los barcos fletados por su cuenta, y conducían á 250 hombres, tanto militares como marinos, que habían acompañado todos al Rey á Ajaccio. El barco á cuyo bordo se hallaba Murat, lo mandaba el barón de Bárbara, capitán de fragata al servicio de Nápoles, en quien el Rey tenía

alguna confianza, y que fué, sea dicho con verdad, el que voluntariamente causó el funesto resultado de la empresa. No era bastante para Murat haber soportado ya tantos sufrimientos, preciso fué que experimentase las traiciones y las perfidias de aquellos á quienes creía sus leales servidores, y á quienes había colmado de beneficios. La noche misma del embarque le abandonó el general Ottavi, después de una conversación que éste tuvo con un cierto Ignacio Carabelli, agente secreto de la policía de Fernando IV, y enviado por el nuevo Gobierno de Nápoles para arrastrar, si era posible, al desgraciado Joaquín á su pérdida. En efecto, Carabelli había venido á incorporarse con el Rey en Ajaccio; habiéndole hallado en disposiciones favorables á las miras inhumanas del Gobierno de las Dos Sicilias, había aprovechado esta circunstancia para exaltar las esperanzas de Murat, representándole á los napolitanos exasperados con la dominación de Fernando, y aspirando al regreso de su antiguo Monarca. Este mismo hombre sabía que estaba reservada la muerte al imprudente Joaquín; conocía la política vergonzosa de los que le hacían obrar (1); después de algunos días de navegación el comandante del batallón Courraud, que mandaba uno de los seis barcos, manifestó intención de alejarse de la costa de Calabria para evitar el desembarco proyectado; á pesar de las reprensiones del Rey y de las precauciones tomadas para contrariar su designio, llegada que fué la noche desapareció, llevando consigo á su pesar, en su cobarde fuga, 50 valerosos y antiguos militares que todos ansiaban dar á su Soberano nuevas pruebas de su valor y adhesión. Cuando supo Murat este último acontecimiento, el pesar que experimentó rayó en desesperación. El general Franceschetti, que había tratado en vano en Córcega de disuadir al Rey de su proyecto, creyó el momento oportuno para renovar sus tentativas. Entonces Joaquín, abatido con tantas vicisitudes, prestó oído atento á los discursos de su

(1) Ignacio Carabelli, á su regreso á Nápoles, fué muy bien acogido y nombrado, por S. M. Fernando IV, cónsul general de Nápoles en Venecia *en recompensa de sus servicios*.

Fernando IV recompensó generosamente á los que habían colaborado en la obra de su restauración concediendo al general Bianchi el título de duque de Casa-Lanza con 9.000 ducados anuales; á Metternich, el ducado de Portella con 60.000 ducados; igual cantidad á Talleyrand, con el ducado de Dino; 6.000 ducados anuales á Medici, otros tantos al plenipotenciario Alvaro Ruffo, 2 000 á otro plenipotenciario llamado Serra Capriola (Ministerio de Hacienda al Parlamento, Octubre y Diciembre de 1820); al príncipe Eugenio, en lugar de un distrito con 50.000 habitantes, como pedían los aliados, otorgó 5.000.000 de francos.

fiel compañero; después, entregado á sí mismo algunos instantes, le respondió: «Mi proyecto era volver á ver mi capital y mis súbditos, y sustraerlos á la reacción de un Gobierno que les castigará de haber ayudado á mis esfuerzos para la administración de mi reino de Nápoles; la idea de que tantas personas de mérito y honradas serán perseguidas por sus opiniones y por sus servicios, no me deja descanso. La suerte de mis amigos me hace desgraciado; pero reconozco ahora que mi empresa sería temeraria. Los vientos han dispersado mis barcos; no me queda más que un puñado de hombres; vamos á Trieste; acepto el asilo que el Gobierno de Austria me ofrece en sus estados.»

Está fuera de toda duda que en aquel instante se había operado una revolución completa en el ánimo de Joaquín. Si todos los que le acompañaban hubieran conservado el recuerdo de sus deberes, Murat habría presentado á la Europa el espectáculo de otro Monarca derribado del trono donde le elevaran las manos de la victoria, y reducido á pasar en el reposo de los campos y en la obscuridad, una vida habituada al tumulto de los combates y á las pompas de la diadema. ¡Que infames agentes olviden la horrible misión que han aceptado, y la posteridad no acusará á Fernando de haberse contaminado con una sangre inútil, y los Monarcas de la Europa haberla dejado correr sin indignación!

Mientras que Murat había estado resuelto á desembarcar en las Calabrias, Bárbara, digno émulo de un Carabelli, había seguido rigurosamente las órdenes del Rey; ahora que, vuelto á sentimientos más convenientes, Murat declara que ha tomado el partido de dirigirse á Trieste, Bárbara presenta obstáculos, necesidades; según dice, falta agua y víveres, y es urgente fondear en un puerto vecino para tomar provisiones; por otra parte, la estación no es á propósito para entrar en el Adriático con un bastimento tan frágil como aquel á cuyo bordo se halla el Rey. Se ofrece á ir personalmente á Pizzo, donde está seguro de hallar todo lo que se necesita; pero es preciso que el Rey le entregue los pasaportes que ha recibido de las potencias coaligadas, á fin de no ser inquietado por las autoridades locales. El lazo era demasiado torpe para que Murat no lo conociese; prevenido con sus pasaportes era inviolable, y si llega á deshacerse de ellos se expone de nuevo á las persecuciones de que ha sido objeto; se niega á confiarlos al capi-

tán, y éste, á su vez, perdiendo todo sentimiento de respeto, declara que no irá á Pizzo. En esta triste situación, no escucha más que su indignación; la razón le había hecho abandonar un designio concebido por la desgracia y la esperanza; la privación más absoluta de todo e obliga á entrar suplicando en un reino donde poco antes quería volver como Rey: «Se rehusa obedecerme, exclama; puesto que la necesidad me obliga á tomar tierra, desembarcaré yo mismo. Mi memoria no puede estar olvidada en el reino de Nápoles; he hecho beneficios á sus habitantes, no me negarán socorro.» En el instante manda á todos sus oficiales vestirse de gran uniforme; y como el viento dirigía el rumbo hacia Pizzo, cuando arribó, los oficiales quisieron lanzarse á la orilla; el Rey les detuvo diciéndoles: «Soy yo quien debe bajar primero.» Y saltó á tierra.

Era el 8 de Octubre, cerca del mediodía; 28 militares, entre los cuales se hallaba el general Franceschetti; el mariscal de campo Natali; Calvani, comisario de guerra; los capitanes Lanfranchi, Biciani, Pernice y tres criados, acompañaban á Murat. Un tropel de curiosos había acudido al desembarque; la marinería reconoció al Rey, y le saludó con gritos de ¡Viva el rey Joaquín!; las gentes del país siguieron su ejemplo, y Murat, poniéndose á su cabeza, marchó rápidamente hacia la plaza mayor dominada por el castillo. Parte de la población se hallaba ya reunida. Los artilleros guarda-costas en número de quince, habiendo visto á los recién llegados, salieron de su cuerpo de guardia armados y llevando aún el uniforme del rey Joaquín. «He aquí á mis soldados, dijo Murat al verlos; reconoced á vuestro Rey», añadió. Cinco le ofrecieron sus servicios y los de sus compañeros.

Sin embargo, muchos habitantes de Pizzo, cuyas figuras expresaban sentimientos rencorosos, habían desaparecido. Algunos jóvenes se acercaban á Murat, y le dijeron con prontitud: «Señor, os halláis rodeado de enemigos, no perdáis más tiempo; os halláis en el camino que va á Monteleone; os serviremos de guías; os podéis salvar si abandonáis luego esta plaza.» El Rey no menospreció este consejo; mandó á los artilleros que le siguieran, y salió de Pizzo, trepando la montaña que conduce á Monteleone. Hallándose Murat indispuerto, se vió precisado á descansar algunos instantes; los guías le estrecharon á que continuara su ruta; pero quiso esperar á los artilleros, muy pronto les

vió adelantarse lentamente. Entretanto un tropel de paisanos armados se apresuraban á llegar por un lado del camino, y los artilleros, en lugar de dirigirse á la derecha del Rey, se dirigieron del lado opuesto. Como estas demostraciones eran poco á propósito para tranquilizar, se suplicó al Rey que no perdiera más tiempo para ganar el camino de Monteleone. Al contrario, cediendo á un impulso inconsiderado, Murat se precipitó al encuentro de los paisanos: «Hijos míos, les dice, no os arméis contra vuestro antiguo soberano, no he desembarcado para haceros daño; no quiero más que pedir socorro á las autoridades de Monteleone para continuar mi viaje hasta Trieste, donde debo incorporarme con mi familia: si me hubieseis dado tiempo de explicarme en la plaza de Pizzo, habríais sabido que tengo pasaportes que el rey Fernando mismo debe respetar.» Apenas Murat acababa de pronunciar estas palabras, cuando sobrevino Trenta Capilli, antiguo jefe de las masas durante las revueltas que desolaron á la Calabria, y cuyos tres hermanos habían sido ahorcados. Este individuo se hallaba condecorado con el uniforme de gendarmería del rey Joaquín; lo que engañó á Murat que ignoraba que, bajo el reinado de Fernando, los capitanes llevaban las insignias distintivas de coronel, mientras que los oficiales de esta graduación no llevaban ya charreteras. Trenta Capilli excitó al Rey á entrar en el camino, y le propuso servirle de guía hasta Monteleone. El Rey consintió en seguirle á pesar de sus oficiales, que temían fuese asesinado ó hecho prisionero. Sin embargo, el acompañamiento del Rey había quedado en la colina para intimar al pueblo Pizzo, dispuesto á entregarse á los excesos; los generales Franceschetti y Natali, igualmente que Armand, ayuda de cámara del Rey, le habían acompañado. Murat continuó arengando á los paisanos; Franceschetti, juzgando que el Rey se había comprometido cediendo á las invitaciones de Trenta Capilli, se acercó á él y le intimó que declarara quién era: «Soy, respondió, el capitán de Gendarmería Trenta Capilli: el Rey y vos, vais á seguirme á Pizzo.»

•El Rey, dice M. Franceschetti en la verídica relación que ha publicado de este acontecimiento, reconoció entonces, pero demasiado tarde, que se había engañado. Sin perder momento me coloqué delante de él y le cubrí con mi persona con una pistola preparada; y decidido á descargarla en la cabeza de Trenta Capilli, le amenacé

matarle si titubeaba un instante en poner al Rey en libertad. Trenta Capilli se vió precisado á ceder. Los hombres que habían rodeado al Rey le dejaron al momento para arrojarse sobre mí; el Rey aprovechó esta circunstancia para escaparse é incorporarse con su diminuto acompañamiento. Habría podido deshacerme de Trenta Capilli, pero en ese caso el Rey hubiera sido asesinado en el instante. Me defendí lo mejor que pude contra la multitud que me rodeaba, y tuve la dicha de reunirme con el Rey. Le alcancé en el instante en que se hallaba indeciso sobre el partido que debía tomar; le propuse atacar las gentes de Pizzo, ganar la montaña ó perecer con las armas en la mano.

»El Rey, cuyo valor jamás se ha desmentido y que debía sentir su sangre hervir, me prohibió mandase disparar un solo tiro: «No quiero, me dijo, que mi desembarco cueste la vida á ninguno de mis súbditos.»

»Pero ya tiraban sobre nosotros por todas partes; no pudiendo defendernos, fuimos cercados; el Rey se hallaba de nuevo próximo á caer en poder del enemigo. Entonces todos los oficiales se precipitaron á su alrededor; le arrancamos de las manos que iban á cogerle, y nos abrimos camino en medio de mil peligros, dejando á los soldados combatiendo con los paisanos.

»Todo cede delante de nosotros; y á pesar de las descargas de la multitud que había acudido, llegamos á orillas del mar. Allí nos apoderamos de un barco que encontramos por casualidad; y habiendo colocado al Rey, hicimos esfuerzos vanos para botarle á la mar; teníamos la esperanza de alcanzar el barco que nos había echado en tierra, en el que se encontraba el capitán Bárbara; pero este malvado se había alejado de la orilla, á pesar de las órdenes que había recibido del Rey.....

»El tropel se hallaba próximo á dar fin de él; prodigamos todos nuestros esfuerzos, y expusimos nuestra existencia para librarle de los golpes que le dirigían con toda clase de armas; el Rey, mientras que los asesinos procuraban herirle, nos gritaba: «Hijos míos, cesad de oponer vuestros débiles esfuerzos para defenderme.»

»Al acabar estas palabras ofreció su espada á sus enemigos: «Gentes de Pizzo, les dijo, tomad esta espada, que se ha mostrado con gloria en los ejércitos, y que ha combatido por vuestra patria; os la doy, pero respetad la vida de los valientes que me rodean.»

»Los cobardes furiosos redoblaron sus golpe: el Rey vió morir á su lado al capitán Pernice y al sargento Giovanini; yo había caído herido á sus pies, como los capitanes Lanfrachi y Biciani, el teniente Pascualini, su ayuda de cámara Armand y el sargento Franceschi; todos los soldados que habían quedado en el alto de la montaña, con comisario de guerra Galvani habian sido derribados en tierra.

»Sucumbimos y fuimos hechos prisioneros; preparáronse para conducirnos, ó más bien para arrastrarnos á las cárceles de Pizzo.

»El Rey era víctima del mal trato de las gentes que le habían cogido. Apenas tenía fuerzas suficientes para sostenerse; marchaba con paso lento y con mucha dificultad.

»Vestido y condecorado casi del mismo modo que él, iba yo cerca de quince pasos delante. De repente un hombre, que tenía en la mano un hacha, seguido de una treintena de individuos armados de diferente manera, se adelanta, y señalándome igualmente que al Rey, preguntó cuál de los dos era Joaquín. Á pesar del estado de abatimiento en que había caído, me hallé, sin embargo, con bastantes fuerzas para gritar: «¡Soy yo! El general que me sigue no es culpable, salvadle.»

»En el instante levántase el hacha sobre mi cabeza; las gentes que me conducían, y que hasta este momento me habían dejado maltratar, pararon entonces el golpe que habría puesto fin á las penas crueles que experimentaba, gritando: ¡No permitiremos jamás una cosa semejante!

»Al momento el individuo que acaba de amenazarme, vuelve sus pasos, y se dirige hacia el Rey; nuestras miradas siguen sus movimientos; el designio que se le supone nos hace estremecer. Entonces suplico á aquellos que acababan de salvarme, que fueran á salvar al Rey. Me respondieron que se hallaba en este momento bien rodeado y que no había nada que temer por él; en efecto, los gritos que se oyeron me probaron que vigilaban al hombre armado con el hacha y á sus compañeros.

»Nos sepultaron en un calabozo. El Rey se sentó; sus oficiales le rodearon sin hablar una palabra, y los soldados, que habian sido igualmente hechos prisioneros y conducidos á nuestra prisión, se tendieron en el suelo mezclados, rabiando de cólera y lamentándose, aunque con respeto, de haberse hallado en la imposibilidad de hacer fuego sobre

sus enemigos, y de morir con las armas en la mano defendiendo á su señor.»

Así terminó la empresa de un monarca que había visto suceder á la más alta fortuna las miserias más insoportables. Le hemos mostrado en un análisis rápido, recorriendo todos los grados del favor, y revestido de la más brillante ilustración. No hemos disimulado sus faltas que han expiado bastante sus angustias, las persecuciones que le han abrumado y las desgracias de toda especie que han señalado su caída.

FIN DE LA NOTICIA

Capítulo VI

Proceso de Joaquín Murat,

Rey intruso de Nápoles

Joaquín no tenía que temer únicamente la resolución que podía adoptar el rey Fernando, sino también á la población de Pizzo, que se agitaba en derredor de su prisión y amenazaba sus días, cuando llegó un capitán de tropa de línea con cuarenta hombres, que tomó posesión del castillo, y se ocupó al momento en alejar á los asesinos. En la misma noche llegó el general Nunziante, comandante general de las dos Calabrias. Este general hizo transportar á Murat á una habitación más decente al siguiente día de su llegada, y Joaquín se apresuró al momento á escribir á su esposa, al general en jefe comandante de las tropas austriacas en Nápoles y al embajador de Inglaterra para hacerles saber su desembarco y su arresto en Pizzo. El rey Fernando no juzgó conveniente que se remitieran esas cartas á las personas á quienes se hallaban dirigidas, sino después que se hicieran inútiles todas las reclamaciones. Aunque esta conducta prueba poco en favor de la humanidad de los ministros de S. M. el Rey Fernando, y mucho en contra, y en apoyo de los odiosos proyectos que se les ha supuesto de querer deshacer de Murat atrayéndole á toda costa al lazo, lícito es creer que, aun cuando las cartas del desgraciado Murat hubiesen sido inmediatamente entregadas, no hubieran cambiado en nada las disposiciones de este embajador inglés, sobre quien pesa la sospecha de haber sido el más encarnizado en su pérdida (1).

(1) Cuando Murat cayó en el lazo, el Gobierno napolitano demostró alguna incertidumbre sobre el partido que debía tomar respecto de él. Era cuñado de una archiduquesa

El general Nunziante repetía á Murat, y éste se esforzaba en creerlo, que su Soberano era humano, y que se apresuraría sin duda á enviarle con su familia á Austria. Un despacho telegráfico, recibido en la mañana del 11, en lugar de confirmar esta esperanza, aumentó las inquietudes. El general Nunziante, dirigiéndose á Joaquín, le dijo: UN DESPACHO TELEGRÁFICO ME ANUNCIA: LE COLOCARÉIS EN...

Al siguiente día, el mismo general demostró más embarazo que la víspera: dijo que no comprendía cómo el despacho telegráfico había podido detenerse en esas palabras «le colocaréis en...» sin añadir nada; dió á entender que él esperaba que el telégrafo acabaría de explicarse, disponiendo la entrega de S. M. á la flotilla inglesa, y hacerla partir á Messina.

«Pero, General—dijo el Rey,—¿si os mandara, por un despacho telegráfico, que me entregaraís á una comisión militar, lo hariais?»

Nunziante respondió que no consentiría nunca en ello; que para ejecutar semejante disposición esperaría las órdenes del rey Fernando, transmitidas por medio de una estafeta de la corte; que por otra parte S. M. no debía tener semejantes temores. Sin embargo, á cosa de las doce de la noche recibió la orden para formar una Comisión militar para hacer condenar á Murat á muerte y para hacerlo ejecutar media hora después.

Tan atroz orden había sido ya transmitida por telégrafo al General, bastante desgraciado por hallarse encargado de asegurar su ejecución; había confiado en que se revocaría; y con estas esperanzas había expedido un correo á Nápoles y era su confirmación la que acababa de recibir. Desde este instante este hombre, que no se mostró menos humano hacia su prisionero que sumiso á las órdenes de su Rey, no volvió á presentarse ya ante Murat: ¿cómo explicarle el

de Austria, y contribuía aún otra cosa de diversa naturaleza para asegurarle una poderosa protección en el Gabinete de Viena. Estas consideraciones detuvieron á los ministros de Fernando. Para salir de la dificultad, pidieron consejo á los embajadores extranjeros. El de la corte de Austria quería que se dilatara la ejecución de Murat. Le apoyaron otros individuos del Cuerpo diplomático que encontraban inconvenientes graves en hacer perecer á un hombre cuya cabeza llevó no ha mucho una corona, cuando se trataba en aquel momento de volver á los tronos su antiguo prestigio. Sin embargo, la discusión se prolongaba. Para terminarla, el embajador de la Gran Bretaña dijo dirigiéndose á los ministros napolitanos: «MATADLO, TOMO SOBRE MI TODA LA RESPONSABILIDAD.»

laconismo homicida del decreto de S. M. concebido en estos términos?:

«Nápoles, 9 de Octubre de 1815.

»Fernando, por la gracia de Dios, etc..., hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Art. 1.º «El *general Murat* comparecerá ante una comisión militar, cuyos individuos serán nombrados por nuestro ministro de la Guerra.

Art. 2.º No se concederá al SENTENCIADO más que media hora para recibir los auxilios espirituales.»—Firmado, *Fernando*.

El 13 por la mañana Murat ignoraba aún esta decisión; desde que se vistió, el capitán Stratti entró en su habitación, hizo alejar á los generales Franceschetti y Natali, quienes fueron inmediatamente arrojados en un calabozo; en seguida cinco oficiales se reunieron con Stratti en el cuarto de Murat, y habiendo hecho salir al ayuda de cámara Armand, Stratti declaró al Rey que iba á comparecer ante una Comisión militar, reunida en una habitación inmediata, para que diera cuenta de los motivos de su desembarco en las Calabrias.

«Señor Capitán—dijo Murat,—decid al Presidente que me niego á comparecer ante su tribunal; personas como yo no dan cuenta de sus operaciones más que á Dios; que fallen; no tengo ya más que responder.» El capitán Staraje, siciliano de nacimiento, había sido nombrado de oficio para desempeñar el cargo de defensor del ilustre acusado ante la Comisión militar; se presentó á él, y le manifestó, profundamente conmovido, el triste deber que se le había impuesto: «debo defender á Vuestra Majestad, añadió; ¡ante que jueces!....»

«No son mis jueces—respondió al momento el Rey,—son mis súbditos, y no les es permitido juzgar á su Soberano, lo mismo que no es permitido á un Rey juzgar á otro Rey, porque no puede tener poderío sobre su igual; los soberanos no tienen otros jueces que Dios y los pueblos.» En vano los capitanes Stratti y Staraje quisieron calmarle, á fin de que escribiera algunas líneas para su defensa; repetía siempre. «No podéis salvarme la vida; no se trata aquí de un juicio sino de una sentencia; los que componen la Comisión no son mis jueces, son mis verdugos. Staraje, no hablaréis en mi defensa, os lo mando.»

Algunos instantes después, el fiscal de la Comisión vino para tomar la declaración á Murat; le preguntó su nombre, su edad, su patria; iba á continuar, cuando Murat le interrumpió diciéndole:

«Soy Joaquín Napoleón, Rey de las Dos Sicilias. Idos, señor.»

El fiscal se marchó, y Murat, habiendo quedado solo con los oficiales encargados de vigilarle, dejó por la primera vez conocer su pesar.

«Hubiera creído al rey Fernando más grande y más humano, les dijo; me hubiera yo conducido con más generosidad con él, si hubiese desembarcado en mis estados, y que la suerte de las armas le hubiera hecho caer en mi poder.

«No he abandonado mi capital, sino precisado por la fuerza de las armas, y no he renunciado jamás de ningún modo á los títulos y á los derechos que he adquirido sobre el reino de Nápoles; he entrado en Nápoles con doce millones de francos, y he salido, después de diez años de una dominación que he procurado fuese paternal, con doscientos cincuenta mil francos que constituían toda mi fortuna.

«Mis desgracias proporcionaron al rey Fernando el goce de un reino regido por una legislación harto diferente de la que gobernaba los estados de Nápoles en 1806, cuando se refugió en Palermo. Le dejó la capital embellecida con palacios adornados con magnificencia, y todo lo que puede desear para el brillo de su corte. En el estado en que me hallo no tiene ya nada que temer de mí, mi muerte no le es necesaria para reinar. En lugar de transmitir las órdenes crueles que ha dado respecto de mí, hubiera hecho mejor en seguir el ejemplo dado por las potencias aliadas, quienes al concederme pasaporte para dirigirme al seno de mi familia, le han trazado la línea de conducta que hubiera debido observar; esta conducta hubiera sido más digna de un Rey, que una política que tan sólo demuestra temores infundados; y que puede ser algún día fuente copiosa de venganzas. Su generosidad hacia un enemigo sin defensa hubiera merecido la sanción del siglo y de la posteridad.»

En seguida habló de sus campañas de Italia, de Egipto, de Austria, de Prusia, de España y de Rusia. Recordó todo el bien que había hecho y querido hacer al reino de Nápoles. «He hecho, continuó con vehemencia, todos los sacrificios imaginables: he olvidado mis propios intereses por el bienestar de los napolitanos.» Calló un instante; dejó escapar un profundo suspiro, y añadió con calma: «Ya en la corte, ya en el ejército, no he tenido otro pensamiento sino la prosperidad de la nación; no he gastado los ingresos del Tesoro, sino en su

provecho; nada he hecho en el mío; no llevo al morir más riquezas que mis hechos; es toda mi gloria y mi consuelo».

Mientras que el Rey profería estas palabras, la Comisión militar deliberaba pro fórmula la sentencia que tenía orden de pronunciar. Hallábase compuesta, á excepción del teniente fiscal venido de Sicilia con Fernando, de oficiales á quienes Murat había colmado de beneficios; habiendo recibido de él sus grados, sus honores y sus condecoraciones. Eran José Fasulo, ayudante comandante y jefe de Estado Mayor, presidente; el barón Rafael Scarfaro, jefe de la Calabria inferior; Latero Natali, teniente coronel de la Marina Real; Javier Lengetta, teniente coronel del Cuerpo de Ingenieros en Calabria; Mateo Cannilli Francisco de Venge, capitanes de artillería; Francisco Pablo Martellari, teniente de artillería; Francisco Froio, teniente del tercer regimiento, desempeñando el cargo de capitán fiscal, teniendo por asesor acompañado á Juan Lacamera, fiscal del tribunal criminal de la Calabria inferior; Francisco Paparossi, secretario.

Después de algunas horas de deliberar estos jueces de Murat sin haberle oído, sin que ningún defensor hubiera hecho su defensa, á puerta cerrada, pronunciaron su sentencia:

«La Comisión compuesta de los individuos anteriormente nombrados;

»Reunidos á las diez de la mañana del día 13 de Octubre del año 1815, en el castillo de Pizzo, para juzgar al general francés Joaquín Murat como enemigo público;

»Después de haberse enterado de los documentos unidos al proceso;

»Después de haber oído:

»Á los testigos en audiencia pública; al fiscal en su acusación;

»Á M. José Starge, que desempeña el cargo de sub-director de artillería en las Calabrias, defensor nombrado de oficio al acusado, el cual ha declarado que no tenía nada que exponer;

«Oído el parecer del fiscal:

»Reunidos á puerta cerrada para deliberar;

»El presidente ha propuesto la primera cuestión:

»¿El general francés Joaquín Murat es enemigo público?

»Considerando que la lectura del proceso, el examen de testigos y el resultado de la discusión, ha dado lugar á establecer el siguiente

HECHO

»Á cosa de las diez de la mañana del domingo 8 del corriente mes de Octubre, do- barcos se aproximaron á la playa de este partido de Pizzo, de los cuales desembarcaron con la rapidez del rayo y con evidente infracción de las leyes sanitarias, treinta personas, casi todas armadas con fusiles y pistolas. De sus filas salía el grito de «¡Viva el rey Joaquín!», y una de estas personas, que fué en seguida conocido ser Joaquín Murat, profería el mismo grito, proclamándose él á sí mismo, y excitando á los demás. Se presentaba en todas partes, en la playa, en el camino y en la plaza de Pizzo, á fin de hacerse reconocer. Cuando hubieron llegado todos á Pizzo, sin haber descontinuado sus gritos, Murat se dirigió á algunos legionarios para que hiciesen tocar la generala, y que todo el mundo se dirigiese á él para ir á arrancar el estandarte real que flotaba en el castillo, y sustituirlo con el que él llevaba. Anunciaba á todos que venía á ocupar de nuevo su reino, y que no ya á S. M. Fernando IV, sino á él á quien se debía obediencia.

»Los esfuerzos de Murat y de sus compañeros no pudieron seducir á nadie, y los habitantes se armaron y se reunieron á los legionarios para apoderarse de las alturas y oponerse de este modo por la fuerza á los pasos ulteriores que Murat pudiera intentar. Cuando observó las disposiciones del pueblo, se apresuró á dirigirse con su tropa hacia el camino superior; pero apenas hubo dejado atrás las casas, que los disparos hechos de la parte que dominaba este camino le obligaron á mudar de parecer y dirigirse apresuradamente á las orillas del mar, con el intento de volverse á embarcar con los de su acompañamiento que pudieron seguirle habiéndose ocultado los demás en las cañadas. Aunque atacado por todas partes, llegó hasta la orilla; mas no encontró los medios de salvación que había dejado, porque los barcos se habían alejado. Habiendo visto un barco en la arena trató en vano de botarle al mar para sustraerse á los que le perseguían; pero los marineros lo impidieron y le detuvieron. Fué encarcelado al momento con sus compañeros, cuyo número era de 28, todos corsos

de nacimiento, y todos cogidos con las armas en la mano. Uno de ellos perdió la vida de un tiro.

»Murat ha declarado que la noche del 28 de Septiembre último había salido de Ajaccio con los que componían su acompañamiento, para dirigirse á Trieste, é ir á incorporarse con su familia; que asaltado y arrojado por una tempestad y habiendo sufrido mucho su barco, se hallaba en la necesidad de trasbordarse y de proporcionarse víveres; lo que le obligó á tomar la determinación de desembarcar en esta costa.

»Entre los papeles que se han hallado á los prisioneros, se han notado dos titulados decretos de Joaquín Murat, por los cuales, con las fechas del 25 y 27 de Septiembre último, invistiéndose con el título de Rey de las Dos Sicilias, confería grados y honores á Juan Maltedo y á Pedro Pernice, los dos de su acompañamiento.

»En una carta escrita con fecha de ayer, por el señor comandante de Cosenza al general Nunziante, se nota que el 7 de Octubre Murat había intentado desembarcar en las costas de Santa Lucía, y que, perseguido por la fuerza pública, había dejado tendidos dos de sus compañeros;

»Considerando que Joaquín Murat, después de haber, por la suerte de las armas, cesado de ocupar el reino de Nápoles, que había obtenido por las armas; después de haber vuelto á entrar en la clase de hombre particular, y después que el Soberano legítimo hubo vuelto á subir á su trono, desembarcó en Pizzo á la luz del día acompañado de algunos hombres armados y proclamando la revolución;

»Considerando que la necesidad de víveres y de cambio de barco se halla desmentida por los esfuerzos hechos para revolucionar el país; por la tentativa de desembarco en Santa Lucía el día anterior; por el desembarco en Pizzo con infracción irrecusable de los reglamentos de sanidad; por la continuación de la navegación del barco anunciado como habiendo sufrido averías, sin que haya hecho ningún pedido de víveres; circunstancias que alejan la idea de una necesidad real, y que presentan claramente el carácter de una agresión meditada para alterar el orden;

»Considerando que las cartas escritas por Murat en forma de decretos, hasta la víspera de su salida de Ajaccio, prueban que no había

abandonado nunca sus proyectos respecto del reino, y que no teniendo los medios de destruir el Gobierno legítimo y establecido, trataba de organizar la guerra civil induciendo á los habitantes á armarse para sostenerle, y sacrificando á sus criminales empresas la seguridad individual de los ciudadanos pacíficos, obedientes y adictos á su Soberano;

»La Comisión ha declarado y declara por unanimidad, que Joaquín Murat es culpable de haber intentado destruir el Gobierno, de haber excitado á los ciudadanos á armarse contra el Rey y el orden público, y de haber intentado promover trastornos en el partido de Pizzo, para extenderlos en seguida al reino: lo que le constituye culpable de atentado contra la seguridad interior del Estado y enemigo público.

SEGUNDA CUESTIÓN

»¿Cuál es la pena que debe aplicarse á Joaquín Murat?

»Considerando que la competencia se halla inalterable declarado por el decreto de 28 de Julio de 1815, art. 5.^o, concebido en estos términos:

»Las comisiones militares serán competentes para proceder contra los autores de los delitos siguientes, cometidos el 29 de Mayo de 1815:

»Contra aquellos que se hallen acusados de uno de los atentados previstos en el párrafo segundo, segunda sección, capítulo primero, título primero, libro octavo del Código penal, cuando son cogidos con las armas en la mano ó cometiendo el delito;

»Contra aquellos que son cogidos infraganti ó casi infraganti, cometiendo el delito de provocar en lugares públicos, teniendo por objeto excitar al pueblo á los motines contra el Gobierno;

»Considerando que los atentados de que Joaquín Murat ha sido declarado culpable se hallan previstos por los artículos 87 y 91 del Código penal, cuyo tenor es el siguiente:

»Art. 87. «El atentado ó la maquinación cuyo objeto pueda destruir ó cambiar el Gobierno ó el orden de sucesión al trono, ó que se

dirigiera á excitar los ciudadanos y los habitantes á armarse contra la autoridad real, será castigado con la pena de muerte, confiscándosele los bienes.

»Art. 91. «El atentado ó la maquinación cuyo objeto fuera excitar á la guerra civil, armando é induciendo á los ciudadanos á armarse unos contra los otros, ú ocasionar la devastación ó la guerra en uno ó en diversos partidos, será castigado con la pena de muerte, confiscando los bienes á los culpables.

»La comisión ha decidido que las disposiciones de estos artículos son aplicables á Joaquín Murat.

»Por estos motivos, y por la misma unanimidad, le ha condenado y condena á LA PENA DE MUERTE, confiscándole sus bienes.

»Manda,

»Que la presente sentencia sea ejecutada á petición del fiscal y que se impriman quinientas copias de ellas.

»Dada y pronunciada á las cinco de la tarde del mismo día mes y año más arriba expresados.»

Conversaba Murat aún con los oficiales destinados á su custodia, cuando el teniente fiscal vino á leerle su sentencia, y la ejecución dentro de media hora. Le escuchó con sangre fría. El teniente le propuso un confesor, Murat le aceptó y escribió las palabras siguientes:

«Declaro que he hecho todo el bien que me ha sido posible; no he hecho daño más que al malvado, creo morir en los brazos de la religión católica.»

Entregó este escrito al confesor de Pizzo, que había venido para confesarle, y le dijo:

«He aquí, amigo mío, una confesión bien sincera, ahora os ruego que os sentéis.»

Murat se puso á escribir á su mujer la carta siguiente:

«Mi querida Carolina:

«Mi última hora ha llegado; dentro de algunos instantes habré dejado de vivir; dentro de pocos momentos no tendrás ya esposo. No me olvides jamás; mi vida no se halla manchada con ninguna injusticia. Adiós, Aquiles mío; adiós, Leticia mía; adiós, Luciano mío; adiós, Luisa mía; mostraos al mundo dignos de mí. Os dejo sin reino y sin bienes, en medio de mis numerosos enemigos; estad constantemente

unidos, mostraos superiores al infortunio; pensad en lo que sois y en lo que habéis sido, y Dios os bendecirá. No maldigáis mi memoria. Sabed que mi mayor sentimiento en los últimos momentos de mi vida es el morir lejos de mis hijos.

»Recibid la bendición paternal; recibid mis abrazos y mis lágrimas. Tened siempre presente en vuestra memoria á vuestro desgraciado padre.»—Pizzo, 13 de Octubre de 1815.

Terminada esta carta, la entregó al teniente fiscal sin sellar y habiendo envuelto dentro algunos rizos de su cabello, que expresamente cortó. Le rogó que hiciera llegar el todo á su familia, igualmente el sello de su reloj, que se encontraría en su mano derecha después de la muerte. Este sello estaba construido de una cornerina que representaba la cabeza de su esposa. Murat rogó al mismo oficial que entregara su reloj como un recuerdo á Armand, su ayuda de cámara, y pidió en seguida ver á los generales Franceschetti y Natali. Negósele este último favor. Entonces dijo al teniente: *No tardéis más, me hallo pronto para sufrir la muerte.*

Murat salió fuera de su cuarto; un piquete de doce soldados le esperaban á algunos pasos de distancia de la puerta de la habitación.

Presentóse á ellos con serenidad (1): «Soldados, les dijo, no me hagáis sufrir; la localidad misma os obliga á apoyar sobre mi pecho la boca de vuestros fusiles.» En seguida les enseñó su corazón, y fijando los ojos sobre el sello que tenía en su mano derecha, recibió la descarga del piquete el 13 de Octubre á las seis de la tarde (2).

Su cuerpo, enteramente mutilado, se colocó en un féretro, y se sepultó en la catedral de Pizzo.

Nos hemos abstenido, en el fiel relato de las circunstancias de la vida y de la muerte del infortunado Murat, hacer las reflexiones que de ellas se desprenden. ¿Quién podría, en presencia de una suerte tan lamentable, recordar aún las faltas y los errores de un hombre á quien sin duda le ha faltado la virtud en algunos sucesos, ante los cuales era casi imposible no retroceder? Los apóstoles de todas las reacciones

(1) Según otros autores, rechazó la silla que le ofrecían sus verdugos, diciendo: «He desafiado con frecuencia la muerte y no tengo para qué temerla ahora»; fué muerto el mismo día en que Napoleón llegaba á Santa Elena: 13 de Octubre de 1815. Extraña y curiosa coincidencia.

(2) Véase Apéndice 6.

han aplaudido el fin trágico de Murat; la indignación de toda la Europa ilustrada ha empezado muy pronto á censurarlos; se han levantado voces generosas para protestar, en nombre del honor y de la humanidad, contra esta sentencia de la Comisión, pronunciada por aquellos mismos que habían recibido sus dignidades y su existencia del monarca á quien enviaban á la muerte y en nombre de un rey cuyos derechos no estuvieron ni un instante comprometidos. La conducta del ministerio de Inglaterra cerca del Gobierno de las Dos Sicilias, excitó en estas circunstancias los más vivos rumores en el seno del Parlamento británico; y los napolitanos mismos, á pesar del sistema opresivo bajo el cual vivían, manifestaron su disgusto.

Los informes oficiales del ministro de la política general de Su Majestad Fernando IV, trataron, mas en vano, dar un colorido favorable al atentado cometido en nombre del Gobierno; no lograron reformar la opinión pública. En fin, sintiendo la necesidad de justificarse sin réplica de un acto que, si hubiera sido justo, no hubiera excitado murmullos, por medio de la aprobación que mereció al Emperador de Rusia, fué como se pretendió lograrlo.

Se insertó en la gaceta oficial, *Giornale delle Due-Sicilie*, del 2 de Diciembre del 1815, el artículo siguiente:

«Todos los gabinetes de Europa se hallan hoy informados de oficio del atentado y del suplicio de Murat; todos han aplaudido unánimemente la prudente conducta del Gobierno de S.M. Esta manifestación unánime de todas las potencias de Europa, es un homenaje prestado á la justicia de la sentencia pronunciada en las costas de la Calabria. Si la existencia de Murat hubiera podido conciliarse con la seguridad y la paz pública, no dudamos que la clemencia del Rey no se la hubiera rehusado. Pero el sacrificio de un hombre sólo para conservar á millones de ellos, y para alejar la repetición de las calamidades que han estremecido al mundo, la aparición de Bonaparte en Francia y el triunfo momentáneo de su culpable empresa, han obligado á todos los reyes á poner á sus naciones sobre las armas. Las llanuras de Waterlóo han sido inundadas de sangre; esta sangre se hubiera ahorrado si el prisionero de la isla de Elba no hubiera logrado ocupar, por algunos días, el trono de Luis XVIII. Dios no ha permitido que el ejemplo de la Francia se renueve en Italia. Hoy todos están pe-

netrados del sentimiento del más vivo reconocimiento por el beneficio de la divina Providencia.

»S. M. el Emperador de Rusia, al recibir la noticia del atentado y del castigo de Murat, ha mandado dar cien cequines al correo de gabinete Betzo, que ha sido su portador. Ayer el señor conde Macenigo, ministro plenipotenciario de este augusto Monarca cerca de nuestra corte, ha tenido el honor de presentar á S. M. nuestro Rey las felicitaciones particulares de S. M. I. con motivo del feliz resultado de este acontecimiento.»

Tenemos dificultad en creer que Francia, Inglaterra, Austria y las potencias europeas dirigieran semejantes felicitaciones á S. M. el rey Fernando; al menos si no siguieron del todo el ejemplo de Rusia, el Gobierno napolitano tuvo el buen sentido de no publicar las pruebas de ello.

FIN DEL PROCESO DE JOAQUÍN MURAT.

El Conde de Mosbourg hizo el siguiente epitafio:

JOAQUÍN NAPOLEÓN MURAT
NACIÓ EN LA BASTIDE FORTANIERE, DEPARTAMENTO DE LOT
EL 25 MARZO 1767,
MUERTO EN EL PIZZO, EL 13 OCTUBRE 1815
FUE SOLDADO,
MARISCAL DEL IMPERIO DE FRANCIA
GRAN DUQUE DE BERG
REY DE NÁPOLES
CUÑADO DEL EMPERADOR NAPOLEÓN
SU GLORIA MILITAR INMORTALIZÓ,
EN ITALIA Y EN EGIPTO, SU NOMBRE DE MURAT
EN AUSTRIA, EN RUSIA, EN POLONIA, SU TÍTULO DE
GRAN DUQUE DE BERG
EN RUSIA Y EN SAJONIA, SU TÍTULO DE REY DE NÁPOLES,
SUPO VENCER, SUPO REINAR,
SUPO MORIR.

Capítulo VII

Personas notables que han llevado el apellido «Murat».

El Conde *Pedro Cayetano Murat*. Fué diputado en 1830, y pidió inútilmente que se levantase el destierro de la familia Bonaparte.

*
**

Joaquín José Andrés Murat, hombre político y diplomático, hijo del anterior. Nació en París en 1828. Fué varias veces diputado. En 1856 acompañó al duque de Morny, cuando éste fué á Rusia como embajador extraordinario para asistir á la coronación del Zar Alejandro II. La revolución, que destronó á Napoleón III, le volvió á la vida privada. Más tarde volvió al Congreso, figurando en el grupo bonapartista.

Hizo algunas obras dramáticas para teatros de sociedad y una obra sobre la coronación de Alejandro II.

*
**

Napoleón Aquiles Murat, hijo del Rey de Nápoles, objeto de esta Memoria. Nació en París en 1801 y murió en los Estados Unidos cuando tenía cuarenta años. Su madre Carolina, hermana de Napoleón, le dió á luz poco tiempo después de la explosión de la máquina infernal que había presenciado con el espanto que es consiguiente. La salud

del niño se resintió de la sacudida experimentada por su madre y siempre tuvo accidentes nerviosos contra los que la medicina fué impotente. Cuando su padre fué Rey de Nápoles, su hijo Aquiles tomó el título de Príncipe Real de las Dos Sicilias. Cuando Murat fué fusilado, su hijo y heredero de su corona se hallaba en Frohsdorf (Austria). Al llegar á su mayor edad, pasó á los Estados Unidos, se estableció en la Florida, compró terrenos, fué director de Correos y se casó con Catalina Dudley, de la familia de Washington. Escribió diferentes obras.

*
* *

Napoleón Luciano Carlos Murat, hermano del anterior, nació en Milán en 1803. Pasó los primeros años de su juventud en la corte de su padre. Después siguió á su madre á Austria y se embarcó en 1824 para unirse con su hermano y su tío José Bonaparte (el que fué Rey de España) que ya se encontraban en los Estados Unidos. Vicisitudes de fortuna hicieron que su esposa se viese obligada á tener que dedicarse á la enseñanza de señoritas. Cuando triunfó en Francia la revolución de 1848 volvió á Europa, siendo nombrado ministro plenipotenciario en Turin. Después del golpe de Estado que dió el imperio á Napoleón III, recibió Luciano Murat el título de príncipe de la familia imperial. Cuando la caída de los Borbones del trono de Nápoles se declaró con derecho á reivindicar la corona que su padre tuvo. Este príncipe era gran maestro del Grande Oriente de la masonería francesa; pero habiéndose manifestado como senador partidario del poder temporal del Papa se enajenó las simpatías de las logias y fué reemplazado por el mariscal Magnan.

Después de 1870 desapareció de la esfera política. Tuvo cinco hijos de su matrimonio con miss Fraser.

*
* *

Juan Murat, pintor, nació en 1807 y murió en 1864. En 1837 obtuvo el primer premio.

Epílogo.

Esto es lo más importante que nos ha parecido debíamos decir de las personas que llevaron el apellido Murat, que tan famoso se hizo en la primera mitad del siglo xix en España, Francia é Italia.

Terminado el estudio dedicado á Joaquín Murat, desaliñado, como de principiante en estas labores históricas. Por lo que, y para que sirva de contraste á mi trabajo, permitid que le cierre con llave de oro, poniendo á continuación las palabras que el insigne poeta, viajero, historiador y no tan afortunado político, Alfonso de Lamartine, escribió acerca del hombre que ha sido tema para mi disertación:

«Sorti des montagnes des Pyrénées, comme un soldat qui cherche aventure, signalé á l'armée par sa bravoure, offert au premier consul par le hasard, devenu cher et utile par le zèle et par l'amitié, élevé á la main de las oeur de Bonaparte par sa beauté et par son amour, porté aux grands commandements par le faveur, au trône par l'interet de famille, a l'infidelité par l'ambition de sa femme et par la faiblesse du père pour ses enfants, precipité par le contre-coup de la chute de l'Empire, disgracié á la fois par Napoleon et par ses ennemis, incapable de l'obscurité et de la médiocrité après tant d'éclat et tant de fortune, se jetant de désespoir dans l'impossible et ne trouvant que la mort, mais tombant, jeune encore, avec toute sa renommée, emportant, sinon l'estime entiére, au moins tout l'interet et toute la compassion des contemporains, laissant á la postérité un de ces noms qui éblouissent les ages, ou l'on trouverá des ombres sans doute, mais pas de crimes: tel fut Murat! Deux patries le revendiqueront: la France qu'il servit, l'Italie qu'il gouverna.

Mais il appartient, avant tout, au monde de l'imagination et de la poésie; homme de la fable par ses aventures, homme de la chevalerie par son caractere, homme de l'histoire par son époque. Il mérita, plus que tout autre, l'építaphe rarement meritée par ceux qui servent ou qui gouvernent les cours: homme de cœur, dans toute la grandeur et

toute la sensibilité du mot. Aussi l'histoire qui aura de l'enthousiasme et des reproches, aura surtout des larmes pour lui.»

Ha llegado el término de mi modesta disertación. Permitidme que antes de concluir definitivamente os recuerde una cosa. En la provincia de Guipúzcoa existe un pueblo (Mondragón), en cuya iglesia hay un artístico é histórico púlpito, desde el cual predicó San Vicente Ferrer. El sacerdote que sube á él puede leer en la barandilla estas palabras: «Hable poco y bien.» Esto me propuse al empezar mi trabajo; pero por las deficiencias naturales en todos los hombres, me extendí más de lo que debiera, y releído lo que expongo á vuestra consideración lo encuentro bastante defectuoso de fondo y de forma.

Dichoso yo si, pasados algunos años, me enmiendo en trabajos posteriores de los defectos que habréis encontrado en éste. Procuraré hacerlo, aun conociendo su dificultad, pues un gran maestro de espíritus (San Francisco de Sales) dijo: «Que habremos adelantado mucho en el camino de la perfección, si un cuarto de hora antes de morir nos hemos corregido de las imperfecciones que tuvimos en la vida.» Por mi parte intentaré conseguirlo, pues si como se ha dicho que es propio del hombre el errar (*errare humanum est*), es privativo del hombre necio é imprudente perseverar en el error, olvidando el proverbio oriental «maldito sea el hombre que tropieza varias veces en la misma piedra».

Acostumbraba decir D. José de Castro y Serrano lo siguiente: «Si queréis ser leídos y escuchados, sed amenos.» Mi falta de costumbre en estas materias habrá sido causa de no haber podido seguir el consejo del docto académico y autor de *Las cartas trascendentales*; pero siendo la bondad compañera inseparable de la verdadera sabiduría, cuando leáis estas cuartillas no tengáis en cuenta mi ignorancia, y sí vuestra benevolencia.

HE DICHO.

OBRAS que han facilitado datos
para componer este discurso doc-
trinal.

Murat lieutenant de l'Empereur en Espagne, 1808:—D'après sa correspondance inédite et des documents originaux par le Comte Murat. Un tomo. París. Librairie Plom, 1897.

Esta obra tiene dos introducciones. En la primera emítense el juicio que M. de Mosbourg tenía acerca de Murat. En la segunda se hace una biografía de este general hasta que vino á España. Son curiosas las cartas que inserta el autor en las que se revela Murat como hijo amantísimo, afectuoso hermano y apasionado esposo.

Se procura vindicar al futuro Rey de Nápoles de las acusaciones hechas por su conducta en España.

*
**

Cdant. M. H. Weil.—*Joachim Murat, Roi de Naple*. La Dernière Année de Règne. (Mai 1814-Mai 1815.) París, 1909-1910. Cinco tomos.

Puede decirse que esta notabilísima obra es la última palabra acerca de Murat. Está escrita con la paciencia y laboriosidad de un benedictino. La riqueza bibliográfica que se demuestra en ella, es enorme. Obras como estas dejan agotada la materia. Ha dedicado el autor de este interesantísimo libro mucho tiempo á escudriñar los archivos del Vaticano, Viena y los de particulares como el duque de Gallo y la marquesa de Circello.

*
**

Causas políticas célebres del siglo XIX, redactadas por una sociedad de abogados y publicistas. Traducción del francés, adicionada con notas y documentos por D. Manuel Guillamas Galiano. Madrid, 1845.

En el tomo II, página 367, empieza la biografía de Murat. En la página 424 empieza el proceso del famoso Rey de Nápoles. En la página 443 y siguientes hasta el final del tomo, hay más notas relacionadas con la estancia del gran duque de Berg en España y su conducta en Madrid cuando los acontecimientos famosos del 2 de Mayo.

Es obra en que hay alguna inexactitud de fechas, y en que se cometen algunos galicismos por el traductor. En la página 248 del tomo II está el proceso del duque d'Enghien y la parte que tuvo en él, con sus consejos, Joaquín Murat, que, como todos saben, todavía no era Rey de Nápoles.

*
* *

Histoire de la Revolution dans les Deux Siciles depuis 1793, par le Baron Léon d'Hervey Saint-Denys. Paris, MDCCCLVI. Un tomo de 411 páginas.

El capítulo XI es el más digno de ser leído por el que quiera tener idea de la situación en que se encontraba el reino de Nápoles cuando Murat fué nombrado monarca de este reino.

El autor empieza el prólogo de esta obra con las palabras siguientes: «Le royaume des Deux Siciles est, peut-être de tous les Etats de l'Europe celui dont les conditions politiques provoquent journellement les appréciations les plus fausses. Il y a peu de pays où le mouvement révolutionnaire, d'origine française, aït rencontré devant lui des éléments plus différents de ceux qu'il avait trouvés chez nous.»

Termina el prólogo con estas palabras: «Je me suis efforcé de résumer les faits avec la plus grande exactitude, et de n'avancer aucune assertion qui ne me parut surement établie.»

*
* *

Histoire des Italiens par Cesar Cantù. Traduite sous les yeux de l'auteur par Armand Lacombe. Doce tomos. Paris.

Desde la página 235 á la 260 del tomo XI se trata de Joaquín Murat.

Acerca de este monarca forma Cantú un juicio favorable desde el punto de vista militar; no tanto desde el aspecto político.

*
* *

Mon Journal. Evenements de 1815 por Louis Philippe d'Orleans, ex-Roi des Français. Dos tomos. París, 1849.

El tomo II es muy interesante por la copiosa correspondencia con las personas que intervinieron en los acontecimientos políticos en 1815.

*
* *

Le Vrai Patriotisme. Notices sur quelques élèves de l'école Saint-Geneviève tués a l'ennemie. Par le R. P. Chauveau de la Compagnie de Jésus. Tours, 1877. Un tomo.

En la página 196 hay una biografía de Gaston Murat.

*
* *

Histoire de l'Empereur Napoléon, par M. Laurent de l'Ardecha. Un tomo. París, 1899. El autor de esta obra se muestra panegirista constante de Napoleón. El capítulo XLII es el que más habla de Joaquín Murat.

*
* *

Histoire politique et morale des Revolutions de la France, par M. Bail. Dos tomos. París, 1821. El tomo II, desde la página 349, tiene piezas justificativas y anécdotas interesantes.

*
* *

Memorias de la vida del Excmo. Sr. D. José García de León y Pizarro, escritas por el mismo. Dos tomos. Madrid, 1894-1896. El último

capítulo del tomo I es el más relacionado con lo que se trata en este discurso.

*
* *

Historia de las persecuciones políticas y religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días, por D. Alfonso Torres de Castilla (seudónimo). Barcelona. En el tomo V de esta obra, escrita con bastante apasionamiento y poca imparcialidad, se dedican bastantes *capítulos* al reinado de Fernando IV de Nápoles y á su esposa Carolina, y á la situación en que se encontraba este reino cuando subió al trono Joaquín Murat.

*
* *

Correspondance inédite de Marie Caroline, reine de Nápoles et de Sicile avec le Marquis de Gallo (1792-1806), publiée par M. le Commandant Weil. Paris, 1911. Un tomo de 71 páginas.

Es muy curiosa esta correspondencia de una mujer de la cual decía el conde Gregorio Orloff:

«Marie Caroline est une femme dont l'histoire aura peine a tracer un fidele portrait, tant elle réunissait de qualités contraires».

Esta Reina singular solía decir: «Je laisse ma justification au temps et au Ciel».

*
* *

Récits d'une tante. Memoires de la Comtesse de Boigne publiés d'après le manuscrit original, par M. Charles Nicoulland. Paris, 1908. Cuatro tomos.

El ejemplar que hemos manejado es de la edición 18.^a

Cada tomo tiene al final cartas muy interesantes de las personas célebres de que se hace mención en la obra.

En el tomo IV está el índice alfabético de los principales nombres propios. Lo referente á Murat se encuentra en este índice en la página 520.

*
* *

Dictionnaire Napoléon ou recueil alphabétique des opinions et jugements de l'Empereur Napoléon 1.^{er} avec une introduction et des notes, par M. Damas Hinard. Deuxième édition. Paris. Plon frères editeurs. 1854. Un tomo de 555 páginas.

En las 357, 358 y 359 están los juicios que á Napoleón mereció la conducta de su cuñado Murat. No puede ser más desfavorable.

*
* *

Anecdotes du temps de Napoléon 1.^{er}, recueillies par Marco de Saint-Hilaire. Paris, 1859. Un tomo de 232 páginas.

En la 127 está la anécdota referente al casamiento de Murat con Carolina Bonaparte, hermana de Napoleón.

Esta obra es interesantísima y de grande amenidad. De ella sacamos lo siguiente: Jugement de Sieyés sur Napoléon.

Après les avenements de Brumaire, Bonaparte eut une longue conversation avec Sieyés. Il parla fort au long sur la situation de la France et sur diverses matieres politiques. En le quittant, Sieyés alla souper avec quelques republicains rigides, ses amis intimes. Lorsque les domestiques eurent quitté la salle á manger, il ota son bonnet, et le jetant á terre: «Messieurs, dit-il, il n'y a plus de republique; elle est déjà morte. J'ai parlé aujour d'hui avec un homme qui non seulement est un grand général, mais qui est par lui-même capable de tout et qui sait tout. Il n'a besoin ni de conseillers ni d'assistance. La politique, les lois, l'art de gouverner, lui sont aussi familiers que la maniere de commander une armée. Il est jeune et déterminé. La republique a cessé.—Mais, s'écrierent les republicains, s'il devient un tyran, il faut le poignard de Brutus, etc.—Helas: mes amis, nous tomberons dans les mains des Bourbons, ce qui est pire.»

Les soirées á la Malmaison, se passaient parfois en lectures. Le cénacle se formait en aréopage et on pesait le mérite de l'ouvrage nouveau qui attirait alors l'attention publique. Un soir, Bonaparte se fit lire des fragments du *Génie du Christianisme*, puis après résuma ainsi

l'opinion des auditeurs en disant: «Le livre de M. de Chateaubriand est une oeuvre de plomb et d'or; mais l'or y domine.»

*
* *

Napoléon 1^{er} et son historien M. Thiers, par Jules Barni. Paris, 1869. Un tomo de 271 páginas.

El propósito del autor se expresa con las siguientes palabras: «Je n'ai attaqué l'historien que pour atteindre le héros; les coups que j'ai portés á son oeuvre, n'ont tendu qu'á démolir l'idole á laquelle elle sert de pedestal.» En este trabajo, que es una serie de lecciones sobre Napoleón, el autor se muestra desfavorable á éste.

Al final del tomo hay un apéndice sumamente curioso. Es el retrato que de Napoleón I hizo Fichte. Está tomado sobre una lección dada sobre la *Idea de una verdadera guerra*, pronunciada en el año 1813.

*
* *

Napoléon et ses détracteurs, par le Prince Napoléon. Douzième édition. Paris, 1887. Un tomo de 315 páginas.

En esta obra son combatidos Hipólito Taine, el príncipe de Metternich, Bourrienne, Mad. de Rémusat, De Pradt, Miot de Méito y otros adversarios de Napoleón.

Cita en el prólogo las palabras que Napoleón dijo en Santa Elena: «Les pamphlétaires, je suis destiné á étre leur pature, mais je redoute peu d'étre leur victime: ils mordront sur, du granit. Ma memoire se compose de faits et de simples paroles ne sauraient les détruire. Si le grand Frédéric, ou tout autre de sa trempe, se mettait á écrire contre moi, ce serait autre chose; il serait temps alors de commencer á m'emouvoir peut-étre; mais, quant á tous les autres, quelque esprit qu'ils y mettent, ils ne tireront jamais, qu'á poudre..... Malgré tous las libelles, je ne crains rien pour ma renommée.»

*
* *

Napoleón.—La última fase, por lord Rosebery.—Librería Hachette. París.

Napoleón juzgado por un inglés, y juzgado por ende con imparcialidad, es un caso interesante y curioso. Cuando un inglés se llama Rosebery y es un hombre de Estado de tan justa reputación, el libro en que el juicio se expone es una novedad de verdadera importancia, y lo es, en efecto, la obra *Napoleón.—La última fase*, del ex-ministro inglés, cuya versión francesa ha publicado la librería Hachette de París (79, boulevard Saint-Germain).

Lord Rosebery ha elegido para su estudio de Napoleón, el gran Emperador, los días tristes de Santa Elena, después de la derrota, porque, como él mismo asegura, en ninguna época se puede juzgar mejor la psicología del vencedor del Jena. En Santa Elena, el Soberano absoluto, el general autoritario, se muestra bajo un aspecto enteramente nuevo y desconocido; es un Napoleón simpático, lleno de bondad, dulce y afable, de una serenidad angelical.

Con la obra de Rosebery hay que admirar, primeramente ¡la imparcialidad del juicio; después una ciencia profunda, una documentación escrupulosa y un poder de evocación admirable. El escritor retrata de manera inimitable al Emperador en sus últimos años, y al presentarlo en la roca solitaria, como nuevo Prometeo, conmueve poderosamente.

Juzgando la conducta de Inglaterra con el gran vencido, Rosebery se muestra muy severo.

Este libro, verdaderamente notable, obtendrá la mejor acogida por ser el juzgado tan insigne gloria y ser el juzgador persona de tan alta calidad.

*
* *

Recuerdos íntimos del tiempo del Imperio, por Emilio Marco de Saint-Hilaire. Traducción española de E. Vercruysse y Villar. Seis tomos. Madrid, 1879-1884.

En el tomo II hay un capítulo interesante que se refiere á Murat.

*
* *



Memorias de ultratumba, por el Vizconde de Chateaubriand. Traducidas por D. Tomás García Luna. 6 tomos. Madrid, 1848-1850.

Los tomos en que se encuentra lo referente á la época histórica de este discurso, son los III y IV.

Sabido es por todos que el Vizconde de Chateaubriand no fué nunca partidario de Napoleón, y que le censuró duramente en varios de sus escritos, especialmente en estas *Memorias*. En opinión de un famoso escritor, esta obra fué la mejor que salió de la pluma de Chateaubriand, y la hace superior al *Genio del Cristianismo*. No todos opinan de este modo.

*
**

Vida privada de la Emperatriz Josefina, su familia y su Corte, para conocer mejor al Emperador Napoleón, y varios hechos de su historia, sacados de las Memorias de la Sra. Avrillon, camarera de la Emperatriz. Por D. José Garriga y Bancis. Valencia, 1836. Un tomo.

*
**

Vida de Talleyrand Perygord, Príncipe soberano de Benevento. Escrita por el Sr. Riesco. Le-Grand. Madrid, 1839. Un tomo.

*
**

El Duque de Reichstadt, hijo de Napoleón. Noticia de la vida y muerte de este Príncipe, escrita en Viena y recopilada en documentos auténticos por Mr. Montbel, ministro que fué del rey Carlos X. Barcelona, 1833. Un tomo.

*
**

Vida, reinado, peregrinación y muerte del Papa Pio VII, escrita por el caballero Artand, traducción de Justino Mantuano. Dos tomos. Madrid, 1837-1838.

Lo referente á Joaquín Murat se encuentra en el tomo II de esta obra, capítulos XX, XXIX, XXXII y XXXIII.

*
**

Memorias de Luciano Bonaparte, Príncipe de Canino, escritas por el mismo. Un tomo. Madrid, 1844.

Obra traducida por D. José Llorente.

Son curiosas é interesantes las notas que hay al final del tomo.

*
**

Mémoires pour servir a l'histoire de la vie privée du retour et du règne de Napoléon en 1815, par M. Fleury de Chaboulon. Dos tomos. London, 1820.

El autor de esta obra fué secretario de Napoleón. Por la fecha de su impresión se ve que fué escrita cuando todavía no había muerto el vencedor de Marengo y Austerlitz. Todos sabemos que falleció en 1821, el día 5 de Mayo.

*
**

Histoire du Consulat et de l'Empire, par M. A. Thiers. París, 1845-1862. Veinte tomos.

*
**

Desde el punto de vista cronológico, para el estudio de los hechos contemporáneos del tiempo en que reinaba en Nápoles Joaquín Murat, pudiera también consultarse la obra de Alfonso de Lamartine *Histoire de la Restauration*, que con la *Historia de los Girondinos* le dieron gran fama como orador.

*
**

Vicisitudes de la Monarquía Constitucional en Francia, por don Fermín de Lasala y Collado. Dos tomos. Madrid, 1878.

El autor dice en el prólogo: «Invitado por el Ateneo Científico y Literario de Madrid, que entonces presidía el Sr. Cánovas del Castillo, comencé en 1872 sobre las «Vicisitudes de la Monarquía Constitucional en Francia» un curso que me obligaron á suspender pronto ocupaciones políticas de aquellos agitados tiempos; mas no se interrumpieron»

pió igualmente mi estudio, antes bien, proseguido ya en la soledad del extranjero, ya en medio de una pertinaz guerra civil, tuvo benévola publicidad en la *Revista de España*.

Los capítulos III y IV del tomo I de esta obra, páginas 91 á 181, son las que tratan de la época en que sucedieron los acontecimientos que narramos en este modesto discurso doctoral.

*
* *

Mémoires, documents et écrits divers laissés, par le Prince de Metternich, chancelier de cour et d'état, publiés par son fils le Prince Richard de Metternich classés et réunis par M. A. de Klinkoswstroem. Première partie: Depuis sa naissance de Metternich jusqu'au Congrès de Vienne (1773-1815). Paris. E. Plon et Cie.

Es obra en dos tomos la primera parte.

Se habla de Murat en el tomo I en las páginas 298 y 311; en el tomo II en las páginas 143, 245, 391, 482, 500, 501 y 526.

No hay necesidad de decir que dada la gran intervención que en los acontecimientos de su época tuvo el príncipe Metternich, esta es una de las obras que más deben ser consultadas por los que estudien la historia de principios del siglo XIX.

*
* *

Mémoires du Marquis de Boissy (1798-1866).—Redigés d'après ses papiers par Paul Breton avocat, l'un de ses anciens secrétaires. Dos tomos. Paris, 1870.

Lo referente á la época que es objeto de la presente tesis doctoral se encuentra en el capítulo III titulado «La jeunesse du Marquis de Boissy», en la página 153 del tomo I. El autor de esta obra empieza el capítulo I de ella con estas palabras: «Un des signes facheux du temps, un des symptômes de ce que les attributaires appellent notre decadence, une des choses enfin qui inquietent le plus pour l'avenir, l'observateur de notre état social et de nos moeurs publiques, c'est la manque d'éducation politique de la nation, et l'inertie du grand parti des hon-

netes gens qu'on apellerait le parti conservateur, s'il paraissait songer á conserver et capable de conserver quelque chose. Cette apathie égoíste et imprevoyante.....»

*
* *

Mémoires et souvenirs d'une femme de qualité, sur le Consulat et l'Empire. París, 1830.

*
* *

Mémoires d'une femme de qualité sur Louis XVIII, sa cour et son regne. París, 1829.

Son obras con anécdotas curiosísimas; pero se ha negado la veracidad de algunas como se puede ver por las observaciones que algunas personas hicieron en las primeras páginas de algunos tomos.

*
* *

Pensées et máximes de M. de Talleyrand, précédées de ses premiers amours, et suivies de l'opinion de Napoléon sur ce grand diplomate. Un tomo. París, 1835.

Hay una anécdota de Carnot, antepasado del que fué Presidente de la República Francesa. Es la siguiente: «Un jour qu'il discutait avec Barras sur les divers causes pour lesquelles on méprise les hommes, on l'entendit dire: Talleyrand les méprises parce qu'il s'est beaucoup étudié.»

*
* *

Correspondance inédite du Prince de Talleyrand et du Roi Louis XVIII, pendant le Congrès de Vienne publiée sur les manuscrits conservés au dépôt des affaires étrangères. Un tomo. París, 1881.

El prólogo que precede á esta obra está escrito por M. Pallain, y es interesante para el conocimiento de los acontecimientos que prepararon el Congreso de Viena.

También dan gran valor á esta obra las notas que acompañan á algunas de las cartas.

Al final de la página 487 á la 528, hay un copioso índice biográfico que ilustra en gran manera el texto de esta obra.

Sería olvido imperdonable al hacer la enumeración de las obras que deben leerse para conocer la época de que en este discurso se hace historia, no citar la que con el título de *Estudios de Carlos IV y María Luisa, Reyes de España*, ha escrito el docto historiador y académico Sr. D. Juan Pérez de Guzmán. Es obra que está dedicada á vindicar á aquellos monarcas y á su ministro y amigo, D. Manuel Godoy, de las inculpaciones que por espacio de mucho tiempo y por diversos historiadores se les había dirigido. Aun los que no estén completamente conformes con las opiniones del autor, no podrán negarle el mérito de una inmensa laboriosidad.

Al emprender el trabajo que presento no abrigué la pretensión de enseñar nada en él; me propuse solamente el que alguna persona más afortunada que yo en esta clase de estudios, pudiera hacer en tiempos posteriores algún libro que mereciera la pena de ser leído; de aquí la gran importancia que he dado á la parte biográfica; después de terminada la historia de obras que pueden consultarse, llega á mis manos la siguiente:

Correspondance inédite de Marie-Caroline, Reine de Naples et de Sicile, avec le Marquis de Gallo, publiée et annotée par le Commandant M. H. Well et le Marquis C. Di Somma Circello. Deux volumes. Paris, 1911.

Son cartas interesantísimas que narran los acontecimientos más importantes de aquella época. Son tan íntimas, que con frecuencia se lee en ellas este mandato: «Bruler cette lettre». El prologuista dice: «Au cours de mes études dans les diverses Archives que j'ai consultées pour mes propres travaux, j'ai remarqué que le plus sur moyen de

faire conserver un document á l'histoire, c'était d'engager le détenteur de ce document á le détruire. Soyez assuré qu'il le gardera précieusement.»

Los que quieran ampliar el estudio acerca de Murat, además de leer las obras citadas anteriormente, podrán consultar las que siguen, y que pongo por orden alfabético de autores:

A. L. (J. Godin).—«Vie et aventures de Joachim Murat depuis sa naissance jusqu'a sa mort».—Paris, 1816; in 12.

Ambrosio (Général d').—«Precis militaire et politique de la campagne de Joachim Murat en Italie contre les autrichiens, la dernière année de son règne. (Carnet historique et litteraire III)».—Milán, 1839; in 16. 2 vol.

Ape (L').—«Gioacchino Murat ó Storia del Regno di Napoli del 1800 al 1815».—Milán, 1839; in 16. 2 vol.

Beaucham (A. de).—«Catastrophe de Murat ou récit de la dernière revolution de Naples».—Versailles, 1815; in 8.

«Brevissima narrazione della Nascita, Vita Condanna e Morte di Gioacchino Murat, qui fu soldato, Offiziale, Commandante, Generale, Gran Ammiraglio, Principe, Duca é Re di Napoli, fucilato il 13 de ottobre del corrente anno al Pizzo di Calabria in eta di anni quaranta cinque». Bologna, 1816; in 16.

Consalvi (Cardinal).—«Mémoires, avec une introduction et des notes par Cretineau Joly».—Paris, 1896; in 8. 2 vol.

Cristo (V. de).—«La caduta di Gioacchino Murat e l'insurrezione della Calabria ulteriore nel 1815, poste in luce su documenti inedite».—Cosenza, 1906; in 8.

Chavanon et Saint-Ives.—«Joachim Murat (1767-1815)».—Paris, 1905; in 8.

Defourcq (Albert).—«Murat et la question de l'unité italienne. (Extrait des Melanges d'archiologie et d'histoire publiés par l'Ecole française de Rome. T. XVIII)».—Rome, 1898; in 8.

Franceschetti.—«Mémoires sur les événements qui ont précédé la mort de Joachim 1^{er}, roi des Deux Siciles».—Paris-Bruxelles, 1826; in 8.

Franceschetti.—«Supplément aux Mémoires historiques sur la mort de Joachim Napoléon, roi de Naples, ou réponse à M. Napoléon Louis Bonaparte».—Paris, 1829; in 8.

Franchetti (G.).—«Gioacchino Murat secondo i documenti degli Archivi di Vienna».—Rome, 1879.

Gallois (Laonard).—«Histoire de Joachim Murat».—Paris, 1828; in 16. (De esta obra hay una traducción italiana.)

Galvani (Charles).—«Mémoires sur les événements qui ont précédé la mort de Joachim Murat, roi des Deux Siciles».—Paris, 1843; in 8.

Godin (A. J. L.).—«Vie et aventures de Joachim Murat depuis sa naissance jusqu'à sa mort».—Paris, 1817; in 12.

Guardione (Francesco).—«Gioacchino Murat in Italia con carteggi e documenti inediti».—Palermo, 1899; in 8.

Helfert (Freiher von).—«Joachim Murat. Seine letzten Kämpfe und Sein Ende, mit Benützung von Schriftstücken des K. K. Haus, Hof und Staas-Archivs».

La Farina.—«Murat e l'Unita Italiana».—Milán, 1870.

Lemmi (Francesco).—«Gioacchino Murat e le Aspirazione unitarie nel 1815». Archivio Storico per le province Napoletane. Anno XXVI, 1901. Fascicolo II.

Lumbroso (A. Baron).—«L'Agonia di un regno. Gioacchino Murat al Pizzo (1815)». Volume primo. L'Addio al regno di Napoli. Rome, 1909; in 8.

Lumbroso (A. Baron).—«Gioacchino Murat e le Aspirazione unitarie italiane del 1815». Rome, 1890; in 8.

Lumbroso (A. Baron).—«Lettres inédites du Roi Murat (1813-1815». Revue de Paris, 1 de Octobre 1898.

M.....—«Vie de Joachim Murat». Paris, 1815.

Macirone (Francis, colonel).—«Interesting facts relating to the fall and death of Joachim Murat, King of Naples, the capitulation of Paris in 1815 and the second restoration of the Bourbons; original letters from King Joachim to the author and of his persecution by the French Government». Londres, 1817 (2.^a edition); in 8. 2 vol.

Macironi (ò Maceroni).—«Mémoires of the life and adventures of Colonel Maceroni, late aide de champ to Joachim Murat, king of Naples, Knight of the Legion of Honour and of Saint-George of the Two Siciles, ex-general of brigade in the service of the Republic of Colombia». Londres, 1838; in 8. 2 vol.

Maresca (B. Marquis).—«Gioacchino Murat e il Congresso di Vienna». Archivio Storico per la province Napoletane». Anno VI. 1891. Fascicolo IV.

Mazzatinti (Prof. Giuseppe).—«Gioacchino Murat á Forli. Introduction au tome I de l'Agonia di un regno du Baron A. Lumbroso». Rome, 1904; in 8.

Memorabili avvenimenti storici del regno di Napoli dall'anno 1806 sino al Maggio 1815». Milán, 1815; in 16.

«Memoire sopra Gioacchino Murat. Relazione della sua ultima guerra coll' Austria e dell' ultima sua catastrofe». Genes, 1815; in 12.

—
«Memoria su Tolentino e la campagna del 1815». Lugano, 1836.

—
Mestica (Giovanni).—«La Bataglia di Tolentino con documenti inediti o sconosciuti.—Atti e Memorie della R. Deputazione di Storia Patria per le province delle Marche». Vol. VI, 1903.

—
Negris (G. de).—«Vita e militari gesta di Gioacchino Murat». Naples, 1820; in 8.

—
Pignatelli-Strongoli (Francesco).—«Poche osservazioni sopra l'opuscolo del generale Collette intitolato: Pochi fatti su Gioacchino Murat.» Naples, 1820; in. 4. Firmado E. P. S.

—
Quistione (la) Italiana.—«Murat e i Borboni».

—
R. (Madame Rolly).—«Vie de Joachim Murat et relation des evenements politiques et militaires qui l'ont precipité du trone». Paris, 1815; in 8.

—
«Relazione di tuti i fatti d'Armi accaduti nella Battaglia data in Monte Milone dall'Armata austriaca al Re Gioacchino Murat li 2 e 3 Maggio 1815». Macerata, 1815.

Serrazin (F.)—«Défense des Bourbons de Naples contre les panégyristes de l'usurpateur Murat». Paris, 1815; in 8.

Schirmer (Friedrich. Ober Lieutenant).—«Feldzug der Oesterreicher gegen König Joachim Murat in Jahre, 1815». Prague, 1898; in 8.

Serieys (A.)—«Vie politique et privée de Joachim Murat». Paris, 1816-1817; in 12.

Sporschil (Joann).—«Feldzug der Oesterreicher gegen Joachim Murat in Jahre, 1815». Brunswick, 1848; in 8.

Stoppa (T.)—«La disfatta di Gioacchino Murat e gli sbandati in Loreto». Rivista Abruzzese. Tomo XVII.

Talleyrand (Prince de).—«Mémoires du..... publiés avec une préface et des notes par le duc de Broglie». Tomos II y III.

Weil (M. H. Cdant).—«Le Prince Eugène et Murat, 1813-1814. Operations militaires. Negociations politiques». Paris, 1902; in 8. 5 vol.

APÉNDICES

Apéndice 1.º

La era republicana votada el 24 de Noviembre de 1793, arrancó, no de aquella fecha, sino del día de la proclamación de la República, el 22 de Septiembre de 1792. Dividiáse en doce meses iguales más cinco días complementarios y les dieron nombres tomados de las estaciones y que rimaban entre sí de tres en tres, á saber: Vendimiario (vendimias), brumario (nieblas), frimario (frío), nivoso (nieve), pluvioso (lluvia), ventoso (viento), que corresponden al otoño y al invierno; los meses de primavera y estío tuvieron nombres y rimas más alegres: germinal (germinación de las plantas), floreal (floreamiento), prairial (praderas), mesidor (mieses), termidor (mes del calor) y fructidor (mes de los frutos).

Cada mes se dividió no ya en semanas sino en décadas, y los nombres de los días fueron numerales: primidi (prima dies), duodi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi y decadi. Este último se consagró al reposo en reemplazo del domingo.

Vendimiario, 22 de Septiembre, 21 de Octubre.

Brumario, 22 de Octubre, 21 de Noviembre.

Frimario, 22 de Noviembre, 21 de Diciembre.

Nivoso, 22 de Diciembre, 21 de Enero.

Pluvioso, 22 de Enero, 19 de Febrero.

Ventoso, 20 y algunos años 19 de Febrero, 20 ó 21 de Marzo.

Germinal, 21 de Marzo, 19 de Febrero ó 20 de Abril.

Floreal, 20 ó 21 de Abril, 19 ó 20 de Mayo.

Prairial, 20 ó 21 de Mayo, 18 ó 19 de Junio.

Mesidor, 19 ó 20 de Junio, 18 ó 19 de Julio.

Termidor, 19 ó 20 de Julio, 17 ó 18 de Agosto.

Fructidor, 18 ó 19 de Agosto, 16 ó 17 de Septiembre.

Días complementarios, del 17 ó 18 al 21 de Septiembre.

La era republicana estuvo en uso por espacio de doce años y dos meses; pero como empezaba en 1792, contó en realidad catorce años.

Año	I, 22 de Septiembre de 1792,	21 de Septiembre de 1793
— II, 22	>	1793, 21 > 1794
— III, 22	>	1794, 21 > 1795
— IV, 22	>	1795, 21 > 1796
— V, 22	>	1796, 21 > 1797
— VI, 22	>	1797, 21 > 1798
— VII, 22	>	1798, 21 > 1799
— VIII, 22	>	1799, 21 > 1800
— IX, 22	>	1800, 21 > 1801
— X, 22	>	1801, 21 > 1802
— XI, 22	>	1802, 21 > 1803
— XII, 22	>	1803, 21 > 1804
— XIII, 22	>	1804, 21 > 1805
— XIV, 22	>	1805, 21 > 1806

Apéndice 2.º

Por ser interesante, insertamos la siguiente anécdota traducida del libro de Emilio Marco de Saint-Hilaire, *Recuerdos íntimos del Imperio*:

Murat y Tatareau, ó la coleta cortada.

Murat, en quien no siempre se veía la prudencia necesaria á un oficial general, olvidaba con frecuencia que su puesto al frente de la caballería era para mandarla y dirigirla y no para batirse como un simple soldado. Jinete sobre un magnífico caballo árabe, dejábase llevar de su valor adelantándose casi solo á todo el ejército y á distancias considerables, con el único fin de atacar á los turcos; su temeridad no le dejaba ver los peligros, y más de una vez estuvo á punto de morir á manos de los mamelucos, si su escolta no hubiese acudido á su socorro; la reputación adquirida por él en Egipto, igualaba, pues, á la conquistada en Italia, hasta el extremo de que Mourad-Bey, general en jefe del ejército árabe, lisonjeado por la identidad que existía entre sus nombres y el del jefe francés, hablaba de éste con un entusiasmo y admiración no acostumbrados al tratarse de los demás.

Corría el mes de Agosto de 1798, es decir, después de la batalla de las Pirámides y de la ocupación del Cairo, cuando Bonaparte ordenó á Murat se adelantase con algunos escuadrones ligeros hacia Belbís, á fin de observar la retirada que Ibrahim iniciaba sobre aquel punto. Nuestro héroe tomó el mando de un escuadrón de guías, otro de húsares y el tercer regimiento de dragones, con cuya fuerza se dirigió á la llanura de Boulag; mas, apenas habían rebasado un bosquecillo de palmeras á la altura de El-Khanka, divisaron los exploradores una especie de nube que se movía.

—Esos son los mamelucos—dijo Murat á los oficiales que le acompañaban, y echando instintivamente mano á su sable, añadió volviéndose á sus soldados:—¡En guardia!

Era, en efecto, una columna de 3.000 caballos mandada por el visir Aybou-Bey, á quien apellidaban Abou-Seff (padre del sable) y que se había destacado del ejército de Ibrahim. Murat no llevaba consigo más que 600 jinetes.

—¡Muchachos—gritó Murat á su tropa,—hoy es preciso morir, pues no podremos defendernos mucho tiempo de tantos enemigos; pero al menos hagamos morir el mayor número posible!

Después, cambiando la inflexión de voz, añadió con acento reposado:

—¡Al trote!.... ¡Cerrar las filas!.... ¡Viva la República!....

—¡Viva la República! ¡Mueran las casaquillas bordadas!—gritaron á una voz los guías y los dragones, haciendo con sus sables un molinete sobre la cabeza.

Los turcos, por su parte, no dejaron de apercibirse de lo escaso de la fuerza que intentaba, al parecer, impedirles la marcha, y revolviéndose como un solo hombre se arrojaron sobre los 600 jinetes de Murat, que en breve tiempo viéronse rodeados por todas partes. Éste, confiando, como de costumbre, en su buena estrella y en el valor que tantos prodigios había hecho, exclamó lleno de entusiasmo y blandiendo su sable:

—¡Compañeros, decididamente quieren impedirnos el paso; es preciso que huyan, dejándonos obtener el triunfo! ¡Adelante!

Electrizada por estas palabras, la columna cargó con furia á aquella masa informe que se agitaba en torno suyo como las olas en derredor de un islote. Los turcos imitaron el ejemplo y siguió un combate tan horrible como magnífico entre aquel puñado de franceses que, con la cabeza baja, no titubeaban en asestar un golpe á los mamelucos, cuyo valor y audacia era proverbial en Oriente. Los desfilachados estandartes árabes chocaban en la pelea con las viejas moharras de las banderas republicanas, y el suelo veíase indistintamente cubierto con turbantes, colbacks ó cascos; las hojas adamasquinadas probaron su temple en los sables de los húsares y dragones, y los timbales de Constantinopla eran presa de los trompetas normandos. Estos con-

trastes hacían nacer en las almas menos poéticas ideas grandes y sublimes, cuya realización constituía siempre una ventaja positiva para la libertad y gloria de la patria.

El carácter impetuoso de Murat le había llevado en los primeros momentos á lo más reñido de la batalla, donde, á pesar de su incomparable valor, de su agilidad y de su sangre fría, no le era posible hacer disminuir el número de enemigos que le rodeaba. Sólo los mamelucos que le habían visto defenderse se mostraron algo dudosos en medir sus armas con un hombre á quien apellidaban supersticiosamente «El Mohdhy» (angel exterminador), pues Murat había logrado hasta entonces sembrar la muerte en torno suyo sin recibir la más pequeña herida. De repente, y en lo más furioso de la batalla, oyó una voz que le decía:

—¡Defendeos, mi general!

Joaquín se volvió en el instante en que Aybou-Bey suspendía el alfanje sobre su cabeza, y en menos tiempo del necesario para referirlo, puso la brida entre los dientes, se inclinó sobre el borren delantero y pasando una pistola de la mano izquierda á la derecha hizo caer exánime al jefe turco de un balazo en la frente.

Un viejo de barba gris, y cuyo rostro cubierto de cicatrices demostraba la experiencia y la bravura, se propuso entonces romper el prestigio de que aparecía rodeado el general francés, y reuniendo algunos de sus más aguerridos jinetes aprovechó un momento en el cual éste se encontraba abandonado de sus dragones para lanzarse sobre él al grito de ¡Alá!

Murat, sorprendido, pero no temeroso, derribó de un solo golpe á este nuevo enemigo, cuya audacia había llegado al extremo de coger la brida de su caballo. Veinte sables se elevaron sobre su cabeza, y acaso hubiera muerto ante la superioridad del número, cuando un dragón, ó mejor dicho, un demonio, vino en su auxilio, gritando desde lejos:

—Animo, Joaquín..... ¡voto á las Pirámides! Aquí está Tatareau.

La escena cambió de aspecto; el soldado, que poseía una fuerza y una agilidad maravillosas, hiere y mata á diestro y siniestro; á éste le derriba un brazo, á aquél le parte la cabeza, unos caen para no levantarse más, otros intentan recobrar el caballo perdido, y en aquella

confusión espantosa, concluye el resto por huir como medio único de librarse de una muerte cierta. Un cuarto de hora después los árabes se internaban en el desierto, dejando á Murat dueño absoluto del campo.

El botín fué magnífico, pues Aybou-Bey llevaba consigo todos sus tesoros y mujeres. Los dragones no tardaron en armar las tiendas de que se habían apoderado, instalándose Murat en la del mismo visir á quien había dado muerte.

Bonaparte, en tanto, presumiendo que la vanguardia podría ser atacada por fuerzas superiores había dispuesto que su ayudante Lavalette se adelantase á reforzarla con una brigada y dos piezas. Cuando este socorro llegó á El-Kanka todo había concluído; Murat se limitó á decir con cierta sorna:

—Á fe mía que llegas á tiempo para guardar nuestros prisioneros.

La jornada terminó con una fiesta digna de Egipto. El sol se ocultaba majestuosamente entre nubes de púrpura, y millares de estrellas comenzaban á brillar sobre el fondo azul del firmamento. ¡Con cuánta alegría celebraron los dragones su victoria!

El suave tabaco de Aybou-Bey, pasó de las bolsas de seda, tisú ú oro con perlas, donde estaba cuidadosamente envuelto, á las mugrientas faltriqueras de los soldados, quienes, rompiendo frascos de esencias de rosas, se perfumaban de pies á cabeza.

En cuanto á las mujeres del visir, hizo el general francés que se reuniesen todas en una sola tienda, herméticamente cerrada, colocando en derredor un doble cordón de centinelas para mayor seguridad, é impedir se aproximasen demasiado los curiosos dragones.

Murat, sin dar á su cuerpo el reposo que tanto necesitaba, comenzó á indagar quién era el dragón al cual debía la vida, comisionando al efecto á uno de sus ayudantes, el cual no halló medio mejor para conseguir su propósito sino mezclándose entre los grupos de soldados á fin de saber por ellos mismos el nombre de aquel valiente. Acercóse, en efecto, á un corrillo donde la animación y la alegría se reflejaban de un modo más vivo que los demás; los dragones, sentados, según la costumbre oriental, sobre un magnífico tapiz de Persia, saboreaban con delicia las pastas y delicadas conservas halladas en cajas de cedro que no tuvieron inconveniente en destrozar; el aguardiente, único líquido disponible entonces, era servido en preciosas copas de porce-

lana del Japón que pasaban de mano en mano al grito de ¡Viva la República! con el cual se resumían todos los brindis.

La presencia del oficial no impidió que los soldados continuasen su orgía.

—¿Quién de vosotros—preguntó el ayudante en voz alta—ha librado esta mañana al general de un grupo de mamelucos que le rodeaba?

Un silencio profundo siguió á estas palabras.

—He dicho—volvió á repetir aquél algo amostazado—que deseaba saber cómo se llama el dragón...

—Y bien; yo, ¡voto á una pirámide!—repuso un soldado que fumaba tabaco francés en una soberbia pipa de ámbar incrustada de turquesas. ¿Hay algo de malo en ello?—añadió levantando la cabeza para despedir una columna de humo espeso y negro.

—¡Ah! ¿eres tú?..... entonces ven conmigo á la tienda del general, pues éste quiere hablarte.

El dragón se levantó perezosamente, sacudió su pipa en la palma de la mano y ladeando el casco sobre la oreja derecha echó á andar tras el ayudante.

De pequeña estatura, ancho de hombros y bastante lleno de cara, hubiera sido difícil precisar la edad de este soldado, al cual dos largas trenzas que le caían por las sienes y unos bigotes negros en forma de tirabuzón, daban un aspecto singular y casi repulsivo. Examinándole bien, hallábase, sin embargo, una fisonomía expresiva; sus ojos azules y velados por largas pestañas tenían una mirada dulce como la de un niño, y su boca, siempre entreabierta, dejaba ver dos filas de dientes pequeños y blancos capaces de causar envidia á las bailarinas del Teatro de la Opera. Admirablemente proporcionado, notábase en su modo de hablar y en todos sus movimientos cierto descuido ó timidez que contrastaba con el coraje demostrado en la lucha.

Cuando penetró en la tienda del general exhalaba un olor á esencia de rosa que hubiera producido asfixia á no dejar aquélla abierta. Murat, sin fijarse en tales detalles, salió á su encuentro y lo estrechó largo rato entre sus brazos. Después dijo mirándole fijamente:

—Eres un bravo que por dos veces me has salvado la vida esta mañana. No lo olvidaré.

—Mi general, soy un dragón y nada más—repuso aquél llevando la mano derecha á la visera del casco.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—¡Voto á una pirámide! me llamo Tatareau y somos paisanos, pues que nací en Frontonniere-Gourdon—dijo el soldado con cierta familiaridad.—¡Hermoso país para casarse!—añadió dando un profundo suspiro.

—¡Cómo!—exclamó Murat con alegría—¿acaso eres hijo del célebre Tatareau, maestro de escuela de la plaza de las Moreras y bajo cuya férula estuve algún tiempo?

—No, mi general, soy sobrino de ése; mi padre Serafin, el cordonero, tenia su casa en un extremo de la plaza de la iglesia, á la derecha. ¿No os acordáis?

—¡Diablo! ya lo creo, como que allí jugábamos á los bolos, al salir de la escuela.

—Cabal—dijo Tatareau extendiendo el brazo derecho hacia adelante.

—Mis recuerdos se habían ido borrando poco á poco y tú los traes de nuevo á la memoria. Abrázame—exclamó Murat;—¿no soy por ventura tu antiguo compañero Joaquín, como me llamabas entonces?

El general y el soldado se dieron otro abrazo.

—¿Y tu padre?—continuó Murat.—¿Y tu madre, que nos hacía aquellas tostadas de manteca? ¿Y tu hermana? ¡Ah! Tu hermana era una hermosa chica, con su gorrita de terciopelo y sus cabellos largos y negros, trenzados como los tuyos.....

—Mi padre..... murió.....—repuso tristemente el dragón;—mi madre está muy vieja, y en cuanto á mi hermana Josefina, vive con ella en la misma casa..... ya sabéis, si bien con mucha pena desde que las abandoné para venir al servicio.

—¿Te acuerdas cuando reñías con los hijos de madama La Berthe, que eran malos y ruines como piamonteses? Entonces yo te ayudaba, y por cierto que no era de los más débiles.

—Es verdad—repuso Tatareau enjugándose una lágrima;—en cambio ellos eran de los más traidores. Por eso, mi general, os gritaba esta mañana: ¡Ánimo, Joaquín, que aquí está Tatareau! y á mi vez os he defendido, no haciendo ni más ni menos que lo que en otro tiempo

haciais por mí; cuando os vi tan engolfado en el asunto, me dije: Allí está Joaquín, que no podrá solo con tantos beduinos; hubiera faltado á los deberes de gratitud no picando espuelas á mi escuálido *Corta-orejas* y ¡hup; ¡hup! Llegué y..... ya sabéis lo demás; esto no ha sido, pues, más que la devolución de un préstamo.

— Sí, lo sé—repuso Murat;—pero, aparte de ello, tengo motivos para reñirte. ¿Cómo siendo tú del 3.º de dragones, y llevando yo á mis órdenes este regimiento, no has intentado nada para darte á conocer á tu antiguo compañero ó pedirle un ascenso? Has hecho mal, Tatareau; si tu madre y tu hermana lo saben, de seguro se disgustarán.

— Cierto, mi general; pero yo sé lo que valgo; conozco la práctica y me defiendo bien si me atacan; pero en cambio soy inútil para la teoría. ¡Cómo he de aspirar á ascender no siendo uno de esos sabios que comprenden los jeroglíficos pintados sobre las Pirámides! Además, el general en jefe tampoco lo permitiría, obedeciendo las órdenes de la República única é indivisible.

— ¡Bah!—contestó Murat levantando la cabeza con orgullo.—Si yo he sido soldado como tú, ¿por qué no has de llegar á general como yo?

— ¡Por qué!.... ¡Por qué!.... Por carecer de disposición. Yo no ambiciono otra cosa sino los galones de aposentador que acaso me den muy pronto si no me siegan éste—dijo Tatareau poniendo el índice de la mano derecha sobre un lado del cuello,—lo cual es muy difícil, pues yo procuro conservarle y *Corta-orejas* se mantiene firme. Sin embargo—añadió,—mi coronel ha dicho que en la primera promoción de sargentos es fácil atrape yo las patas de cangrejo.

— Bueno; pero, por si acaso, te nombro desde ahora aposentador, cuyo empleo confirmará el general en jefe, yo te lo aseguro, en el instante en que sepa tu comportamiento de hoy; más tarde, cuando seas oficial, te traeré á mi lado y entonces hablaremos de tu tío, de nuestro país y, sobre todo, de tu hermana Josefina, que debe estar hecha una buena moza.

— Alta y gruesa como una catedral, y en cuanto á la cara—repuso Tatareau con énfasis,—es mi retrato. ¡Ah! Si la vierais con su vestido color cereza, estoy seguro que os agradaría; además tiene el talle pequeño como una hormiga, ojos brillantes, manos más blancas que el

alabastro y el cabello tan negro, que no hay húsar cuyos rizos puedan compararse. Desde que el Juez de paz se ha enamorado de ella, administra justicia en zig-zag. ¡Pobre Josefina! ¡Es buena hija! ¡Ya veis.... me ha prometido no casarse, por no dejar sola á nuestra madre, y yo, en cambio, le he jurado no buscar nunca esposa; de modo que me quedará.... virgen y martir.

—¡Diablo!—exclamó Murat sin poder contener la risa.—¿Eso quiere decir que serás dragón de la virtud?

—¡Dragón de la virtud!—dijo Tatareau con acento de duda.—No los conozco, mi general, á pesar de haber visto todos los regimientos de dragones del ejército; de todos modos, el único empleo que me convenía es el de vuestro ayudante de campo; pero como soy muy torpe para desempeñarlo, será preciso continúe de dragón. Con este uniforme se entra en cualquier parte, el casco no molesta y además no tiene uno responsabilidades.

—¡Vaya! Tú piensas y ejecutas como un verdadero dragón; pero yo veo en tí un buen soldado, en toda la extensión de la palabra. ¿Quién te había de conocer al cabo de diez años con esas enormes trenzas, esos bigotes formidables y esa coleta que, entre paréntesis, no es de ordenanza? La has dejado bastante más larga.

—¿Mi coleta?—dijo Tatareau con orgullo,—mi coleta no tiene nada porque la puedan reprochar, pues me ha salvado la vida. Esta mañana, cuando comenzamos el fuego, vino á saludarme con su sable corvo uno de esos mamelucos que llevaba una media luna de oro sobre el turbante de muselina, y el golpe no hubiera resbalado sobre la nuca á no hallarse mi coleta precisamente debajo de la del casco. Sin ella vuestro servidor habría ido á terminar sus evoluciones en el reino de los topos. Ya veis cómo puede estar orgullosa de haber prestado hoy un gran servicio al general en jefe y á la República única é indivisible; por eso la cuidaré más que á las niñas de mis ojos.

—No te apures y consévala como está, que yo aprecio demasiado la cabellera de un hombre para pensar en quitarte la tuya. Ahora—añadió Murat sacando del bolsillo un magnífico reloj que le había regalado dos años antes el duque de Módena,—toma esa friolera y en la primer ocasión envíala á tu madre como un recuerdo mío. En cuanto á tí, deseo vengas con frecuencia á ver á tu paisano, á tu antiguo com-

pañero de escuela, á tu general; quiero que seas capitán antes de acabar la campaña y que te hagas digno de ese empleo. Adiós, Tatareau, es tarde y necesito enviar los partes al general en jefe antes de acostarme.

—Mi general—repuso el dragón con acento grave,—no prometo visitaros en la tienda ó en el alojamiento; pero en cambio podéis estar seguro de que más de una vez nos encontraremos en el campo de batalla. Tatareau no puede perder de vista á su amigo de la infancia, á su general.

Murat le tendió una mano, que el soldado estrechó entre las suyas con efusión. Después, saliendo éste de la tienda, se fué contoneando á tiempo que murmuraba:

—¡Si volvieran otra vez esos beduinos, de seguro despachaba media docena! ¡Voto á una pirámide!

Cinco años más tarde, es decir, en Mayo de 1803, una caja de tres pies y medio de larga por ocho pulgadas de ancha, herméticamente sellada y con el sello del Ministerio de la Guerra, llegaba al hospital de Lyon á nombre de Tatareau, aposentador del 3.^o de dragones. Nuestro antiguo conocido curábase á la sazón una soberbia estocada recibida por encima de la tetilla derecha en un desafío con el maestro peluquero del regimiento de línea que guarnecía aquella plaza.

La caja encerraba un sable con la empuñadura y las anillas de plata; arrollado á la vaina de bronce veíase un pergamino que decía así:

LIBERTAD-IGUALDAD. En nombre del pueblo francés recompensa de honor para el ciudadano Tatareau.

«Bonaparte, primer cónsul de la República francesa, enterado de la conducta distinguida y valor heroico que el ciudadano Severino Tatareau, nacido el 25 de Mayo de 1769 (antiguo sistema), en la Frontonniere-Gourdon (Lot), observó en el Kanka (Egipto), en el combate de Bassano, y muy especialmente en el paso del Brenta (Italia), le concede un sable de honor á título de recompensa nacional.

El ciudadano Tatareau gozará de las prerrogativas que á esta clase de gracias otorga el decreto de 4 de Nivoso año VIII.

Dado en París á 4 de Pluvioso año XI de la República francesa.—El Ministro de la Guerra, *Alejo Berthier*.—El Secretario de Estado, *Hugo Maret*.—El primer Cónsul, *Bonaparte*.»

El dragón guardó para sí el despacho y remitió á su madre el sable con el encargo de que fuese colocado encima de un retrato de Murat que la enviara dos años antes.

Las innovaciones naturales de la época y el tiempo, que todo lo muda, debían ejercer su influencia en el ejército, y así sucedió efectivamente, si bien con perjuicio notorio de Tatareau, á quien alcanzaron aquéllas en la parte más querida de su cuerpo.

Había en el Estado Mayor de Napoleón no pocos á quienes la falta de cabello, sin duda, impuso aconsejarle era un absurdo consentir trenzas y coleta en los regimientos de caballería ligera, mientras que toda la infantería, y casi la totalidad de la Guardia, llevaba ya la cabeza como un cepillo. El Emperador, que por regla general no solía prestar atención á las observaciones siempre pueriles de cuantos le rodeaban, concluyó al fin por atender aquélla, una vez adquirido el convencimiento de su utilidad.

Pocos meses después, á principios de Junio de 1805, pasaba revista en Milán á las legiones extranjeras reunidas en la capital de la Lombardia, Eugenio Beauharnais, su hijo adoptivo y discípulo en el campo de batalla, que había sido ya proclamado virrey de Italia. La lluvia no cesó un momento en las seis horas que duró la parada, durante las cuales estuvieron maniobrando de un modo admirable los 20.000 hombres que constituían esta parte del ejército francés. Cuando el Emperador regresó á Palacio mudóse de traje, y después de almorzar se fué á las habitaciones de Josefina, que á la sazón se hallaba en el tocador, donde se instaló en una butaca sin hablar una palabra. De repente, y preocupado sin duda con la revista, dijo levantándose de su asiento:

—No quiero más sombreros; de cualquier modo que se pongan forman una gotera, y esto es tan ridículo, como nocivo á la salud.

Josefina, á quien precisamente el día anterior había enviado su célebre modista Mlle. Despeaux una caja con varios sombreros bautizados por las damas milanesas con el gráfico nombre de deliciosos, supuso que Bonaparte hacía alusión á ellos, y volviéndose respondió algún tanto incomodada:

—Lo siento; pero como me están muy bien, no quiero cambiarlos por otros; además tú no entiendes nada de estas cosas.

Dominado Napoleón por aquella idea, y creyendo que su mujer

no podía referirse á otros sombreros, sino á los de sus soldados, se detuvo en medio del gabinete, y cruzando los brazos sobre el pecho dijo mirando á Josefina con aire compasivo:

—¡Quisiera verte arrostrar un temporal como el de hoy cubierta la cabeza con uno de esos tricornos cuyas puntas se apoyan una en las narices y la otra en la espalda!

Josefina, comprendiendo entonces el error, lanzó una carcajada que tuvo eco en otra de Bonaparte al conocer éste el origen; mas como la cuestión de los sombreros seguía preocupándole recobró pronto su calma habitual.

—Apelando al buen gusto que te distingue—añadió dirigiéndose á la Emperatriz,—voy á preguntarte: ¿no es altamente ridículo ver á un soldado en un día de lluvia ó de calor con el cuello del uniforme lleno de una parte blancuzca, el pelo mal sujeto con un cintajo, destilando por la frente y las mejillas un líquido aceitoso y cubierto esto con un pedazo de fieltro raído, mal armado y que por añadidura no preserva la vista del aire ni del sol? ¡Ah! Era preciso verlo en Egipto ó en Italia.

—¿Y qué hacer?—repuso Josefina echando sobre la frente algunos bucles de sus cabellos para que los arreglase su peluquero Duplan.—¿No es esa, por ventura, la moda?

—¡La moda, la moda!—repitió Napoleón haciendo un gesto;—no se trata de ella, sino del vestuario y de la salud del soldado. Nada es mejor que llevar cortado el pelo á punta de tijera, ni hay tampoco otra cosa más útil que el shakó ó la gorra de los granaderos, especialmente para la caballería; lo difícil para mi no es, pues, igualar al ejército respecto á este punto, sino el hacer que desaparezcan todas las coletas inútiles...

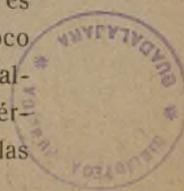
—¡Como!—dijo admirada Josefina,—¿vas á esquilar á tus soldados?

—Sí, amiga mía, como si fuesen corderos.

—¿De modo que la legión napolitana que manda tu cuñado va á perder esas hermosas trenzas que tan bien sientan á la cara?

—Justamente, por ella voy á comenzar.

—Pues yo en su puesto no lo consentiría—repuso Josefina con indiferencia.



—¡Quisiera verlo!—dijo Napoleón con viveza.—¡Estaría bien que los extranjeros tomados á sueldo por mí, que esos soldados á quienes tengo casi las mismas deferencias que á la Guardia, hiciesen la más mínima reflexión! ¿Han dicho una palabra mis granaderos cuando les he exigido se cortasen el pelo? Y sobre todo añadió el Emperador pasándose la mano por la cabeza,—¿llevo^o yo, por ventura, coleta ni trenzas? ¿No he cortado mis rizos lo mismo que ellos?

—Por eso—contestó Josefina con malicia—te llaman el esquiladito, lo cual es bien elegante.

—Razón de más para que el soldado siga el ejemplo de su jefe. Ya sé, no faltará algún alferez petimetre ó algún Adonis del Estado Mayor que se disguste; pero quien no se muestre contento...

Napoleón, sin concluir la frase, comenzó á pasear á lo largo del gabinete parándose de vez en cuando para hacer un movimiento de amenaza con la cabeza. Después de un instante de silencio, que Josefina se guardó muy bien de interrumpir, añadió como hablando consigo mismo:

—Además, yo hablaré á Murat antes de emprender mi marcha y comenzaré por exigirle el sacrificio de esa cabellera ridícula que lleva á lo Luis XIV, por ser contraria á nuestras costumbres y hábitos militares; el jefe superior del ejército debe dar ejemplo de obediencia. No quiero coletas, ni trenzas, ni polvos, ni pomada. Gracias á Dios no estamos ya en aquel tiempo en que los soldados llevaban moño y los mariscales de Francia peluca.

Esto diciendo, tomó sus guantes y su sombrero y salió sin añadir una palabra.

En el día de la revista, á pesar del mal tiempo, hubo una especie de fiesta militar por la tarde, y en su cualidad de gobernador de la plaza, fué Murat á Palacio para recibir, según costumbre, las órdenes del Emperador.

—Señor—le dijo,—¿sería inoportuno preguntarle á V. M. qué le ha parecido el desfile de la caballería, y sobre todo el de la legión napolitana, cuyo mando tanto me honra?

—Muy bien, amigo mío; estoy muy contento, pero aún lo estaría más—añadió Napoleón mirando fijamente las trenzas y bucles de su cuñado—si se cortasen todas las pelucas.

Juzgando Murat que el Emperador no estaba tan satisfecho como parecía, y sabiendo mejor que nadie era lo más prudente guardar silencio, se inclinó y fué á perderse entre los grupos de generales que llenaban las galerías de Palacio. Con su tacto especial había comprendido que concluía el reinado de las pelucas para no volver, y que Napoleón desterraba para siempre el imperio de la moda tan querida de los húsares de Berchini y aún de la Guardia constitucional del desdichado Luis XVI, en cuyo Cuerpo había servido.

En la extremidad de una de las galerías halló al mariscal Bessiè-res, cuya formidable coleta se había hecho célebre en el ejército.

—¿Qué tal?—le preguntó con un acento entre triste y picaresco.—¿Has escuchado las palabras del Emperador? ¡No más pelucas! Recibe, pues, mi anticipado y sincero pésame por la próxima caída de la tuya.

—Querido—repuso con frialdad el joven Mariscal,— la raíz de las coletas como la mía, está en el corazón, y el Emperador, con todo su poder, no será bastante á arrancarla. Esto no es obstáculo—añadió Bessières—para que yo desee sean menos escrupulosos sobre este asunto nuestros compañeros de Egipto y de Italia.

El cariño que el Mariscal y todos los veteranos del ejército tenían á sus cabellos largos, rayaba en idolatría, lo cual, por otra parte, no era cosa nueva, pues Tácito en la *Historia de los Germanos*, y César en sus *Comentarios*, nos dicen que así aquéllos como los galos, conceptuaban tan imprescindible á su buen aspecto guerrero el uso de la cabellera de extremada longitud y la abundancia de barba, que ninguno hubiera sobrevivido á la pena de verse cortar la una ó afeitarse la otra.

Napoleón, sin embargo, comprendiendo la utilidad de dicha medida, reiteró al día siguiente su orden á Murat, quien, no obstante estar conforme con las apreciaciones de Bessières, no osó demostrarlas ni contrariar el deseo del Emperador, el cual le dijo con su laconismo acostumbrado:

—La vieja Guardia será la única que use coleta, y aun así, no podrá exceder de dos pulgadas; tal es lo dispuesto.

La mayor parte de los oficiales generales aceptaron gustosos la innovación é hicieron fijar en todos los cuarteles una orden del día, ex-

poniendo las ventajas que había de reportar á la tropa el pelo corto y lo grato que sería para los coroneles ver á sus soldados desprenderse de un adorno tan inútil como perjudicial. El nombre del Emperador no figuraba para nada en este documento.

Aquel mismo día los peluqueros de Milán cortaron más de 2.000 coletas; pero antes de la noche pasaban de veinte los duelos llevados á cabo, á consecuencia de haber dicho un trompeta á otro perro de aguas, á lo cual contestó el agredido:

—Mejor deseo parecerme á un perro de aguas, que no á una ramera con peluca, como tú.

A las palabras siguieron las obras, formáronse partidos entre los soldados y bien pronto una querrela de taberna se convirtió en odiosidad de cuerpo.

El Emperador, que recibió en el campo de Boulogne los partes dándole cuenta de aquella colisión, escribió á su cuñado diciéndole, entre otras cosas, en una carta fechada en 1.º de Agosto de 1805:

«Es preciso hacer de modo que nadie se insurreccione, empleando para ello el convencimiento, con absoluta exclusión de lo que llamamos sistema prusiano; deseo, pues, se emplee la dulzura y de ningún modo la fuerza.»

Al informar Murat á Napoleón dándole detalles de lo ocurrido, hizole observar que en una guarnición tan numerosa como la de Milán, donde se hallaba exaltado el espíritu de cuerpo entre franceses y extranjeros, sería punto menos que imposible conseguir aquel cambio radical, sin cierta resistencia por parte de los interesados.

«Lo ocurrido hasta ahora, le decía, puede considerarse como una fortuna, dándonos por satisfechos con que el desorden no sea mayor; únicamente con paciencia, y muy poco á poco, será fácil que acepten la reforma, pero de todos modos yo os respondo de que se realizará.»

Para conseguirlo no vaciló, en efecto, el general en jefe, en ir á visitar los cuarteles, ni en dirigirse á los sargentos que más refractarios se mostraban á la innovación, los cuales, como siempre, pasaban por el tipo de los elegantes, y la elegancia consistía entonces en llevar la coleta muy bien peinada y empolvada, sujetando su extremidad con una cinta negra en forma de roseta hecha bullones; esto era fantástico y motivo de orgullo para los poseedores de aquel adorno natural.

Los jinetes se hacían distinguir por dos trenzas de tres dedos de ancho que caían perpendicularmente sobre el pecho, merced á unas perillas ó bellotas de hierro puestas en los extremos. La situación, sin embargo, no mejoraba, pues á medida que caían las trenzas y coletas en unos Cuerpos, otros, y en especial los de la legión napolitana, se resistían con tenacidad á desprenderse de las suyas, llegando al extremo de decir era para ellos preferible ser fusilados á soportar entrasen las tijeras en sus cabellos.

Murat consideró ser para él cuestión de amor propio llevar á feliz término este asunto; la legión le adoraba, y utilizando tan útil ascendiente, reunió un día á todos los sargentos en el patio del cuartel con el fin de arengarlos y ensayar, y, como él decía, vencerlos por los sentimientos; su elocuencia no pudo alcanzar la menor concesión, ni aun prometiéndoles ascensos en la carrera. Esto, como era lógico, le produjo hondo disgusto, y ya desesperaba del buen éxito, cuando se acordó de Tatareau, su antiguo compañero, y el cual, á petición suya, había sido destinado á los húsares napolitanos. La graduación de éste (por más que sólo era aposentador), su antigüedad, la cruz de la Legión de Honor que honraba su pecho, su valor acreditado en cien combates, sus cualidades privadas, en fin, todo contribuyó á hacer de él una especie de oráculo en el regimiento, por el que juraban sus compañeros.

Murat no desconocía estos detalles é hizo le llamasen secretamente, persuadido de que si lograba seducirle obteniendo el sacrificio de su coleta y de sus trenzas no tardarían sus amigos en imitar el ejemplo, pues en estos asuntos como en otros muchos sólo es necesario tome uno la iniciativa para que los demás sigan como corderos.

Cuando Tatareau se presentó á su general creyó observar éste, era la coleta de su protegido mayor que de costumbre y las trenzas cuidadas con más coquetería.

—¡Buenos días, veterano!—le dijo con familiaridad,—me alegro mucho verte; ¿cómo te va?

—No me puedo quejar, mi general, ¡voto á una pirámide! Según podéis ver, la salud del cuerpo no es mala, el servicio puede considerarse como cosa extraordinaria, los líquidos están abundantes y las milanesas muy cabizbajas.

Murat sonrió, pero cambiando de pronto de tono y de conversación repuso bruscamente:

—A propósito, ¿parece que te has hecho cabeza de motín?

—¡Yo!—exclamó el sargento dando un paso atrás.

—Tú; sí, señor. ¿Acaso no llevas aún coleta y trenzas?

—Es verdad; pero como ambas cosas forman parte del individuo son, á mi juicio, muy naturales.

—No lo niego en cuanto á lo primero—contestó Murat de mal humor;—pero respecto á lo segundo no veo sea natural des á tus subordinados ejemplo de desobediencia é indisciplina.

Iba á responder Tatareau, cuando Murat, acercándose á él y poniéndole una mano en el hombro, le interrumpió diciéndole:

—Escucha; juegas á los fusilamientos, ¿me entiendes? No te digo más.

—Señor—repuso el sargento con cierta dignidad,—se fusila á los traidores y á los cobardes, pero no se toca á los que tienen por único delito conservación de un adorno que es una gloria militar, y al cual se le debe la vida propia..... y la de muchos otros—añadió el húsar en voz baja.

El general, si bien comprendiendo la alusión, hizose el desentendido y continuó cada vez con más sequedad.

—Se fusila á los soldados cuando no quieren escuchar la voz de sus jefes, siquiera esa desobediencia les hiciera ganar solos las batallas y apoderarse de cien banderas. La diferencia entre un bandido y un soldado está en la disciplina; luego, si ésta no existe, el soldado es un bandido.

—¡Cómo un bandido, voto á una pirámide!—gritó Tatareau.

—Sí, señor, y lo sostengo—repuso Murat dando en el suelo de mármol un golpe con el pie que hizo resonar sus espuelas de plata,—y en este caso es preciso purificar los regimientos.

Semejante argumentación, hecha con frases no vulgares, debió producir su efecto en la inteligencia ruda de Tatareau, el cual mejor sabía batirse que razonar con lógica; sin embargo, no perdió la serenidad y contestó con mucha calma:

—Mi general: los dragones del 3.^o no merecen más que los húsares napolitanos el título de bandidos; todos ellos han cumplido siempre

sus deberes en el campo de batalla, y si cuidan más de su coleta que de su pellejo, es por tener la evidencia de que puede llevarse ese adorno sin ser por ello criminal.

—Según esto—interrumpió Murat impaciente,—¿queréis contrariar las órdenes de vuestros jefes? ¡Está bien! Pero yo que mando á todos, y á quien el Emperador tiene conferidos amplios poderes para otorgar recompensas ó imponer castigos, sabré hacerme obedecer empezando por ti.

—Estáis en vuestro derecho—repuso Tatareau, á quien no habían impresionado estas palabras, y llevando la mano derecha á su colback;—pero dudo haya conformidad.

—¡Vamos!.... escúchame—dijo el general cambiando de tono y apoyando las manos sobre los hombros del húsar.—¡Sabes que soy enemigo de las medidas violentas! Pues bien, córtate el cabello y tu ejemplo será seguido por tus compañeros; de otro modo me veré obligado de castigar á tantos valientes á quienes quiero como á mis hijos. Sí, tú el primero en hacer este sacrificio á tu general, á tu antiguo amigo de la infancia, al que has salvado la vida; yo, por mi parte, ofrezco dar cuenta al Emperador de tu obediencia.

Tatareau, profundamente conmovido, inclinó la cabeza como absorto en sus reflexiones; una lucha terrible tenía lugar en su interior, entre la idea de obtener un ascenso y la de captarse el desprecio de sus compañeros.

—Joaquín—dijo por último fijando en Murat sus ojos medio arrasados en lágrimas,—mi general—añadió reponiéndose un poco,—pedidme la vida, mi sangre, ¡voto á una pirámide!, pero no pidáis mis trenzas. Decidme: Tatareau, monta á caballo con armas y bagajes sobre la torre de la catedral de Milán, y me veréis en el acto ensillar á mi pavipollo, que no es otra cosa *Corta-orejas*, y subir al galope; decidme: Tatareau, es preciso que pases nadando el Arno, vendados los ojos y atado de pies y manos; me lanzaré al agua y podréis contemplar sobre ella la más hermosa cabeza de húsar que haya podido admirarse en la escuela de buzos; pero abandonar mi coleta.... ¡ah, mi general, eso es tan imposible como echarse la luna á cuestras!

Dos lágrimas corrían por las mejillas del soldado.

—Esta bien; puedes marcharte y no culpes á nadie más que á ti



mismo si pagas cara esa tenacidad. Repito que te vayas y no vuelvas, pues no quiero verte.

—Podéis hacer de mí lo que os plazca: cortarme el cuello en mil pedazos, embutirme en un mortero de á 150 y dar de comer con mis carnes á los osos de la casa de fieras..... todo eso me importa poco.

Y esto diciendo, Tatareau dió media vuelta disponiéndose á salir; de repente, y como si obedeciese á una idea súbita, hizo alto.

—Por supuesto, mi general—dijo mirando con calma á Murat,—¿no será la opinión mía motivo para que dudéis del sincero cariño y profundo respeto que os profeso?

—Tu cariño, tu respeto—exclamó Joaquín encogiéndose de hombros é interrumpiendo el paseo que había comenzado alrededor de la sala;—sí, es verdad, creí me darías una prueba de ello; pero ¡qué diablo! amistades como la tuya son poco apreciables, cuando apenas si valen un mechón de cabellos. ¡Vete!—añadió Murat alzando la voz,—pues no me haces falta para nada, ni eres de mi país, ni jamás fuimos compañeros, ni te llamas Tatareau. Eres un ingrato..... y he aquí todo.

—¿Que ya no me queréis?—preguntó el húsar agitado por un temblar convulsivo;—¿qué no he nacido en Frontonniere, en la plaza de la Iglesia? ¿Que no hemos ido juntos á la escuela de mi tío? ¿Que en Egipto....? ¿Que no me llamo Tatareau?

—No, no y no—repitió Murat haciendo un movimiento brusco de cabeza.

—¿Que..... yo..... no..... soy..... más..... que..... un..... ingrato?—añadió el sargento sofocado por la emoción;—basta..... basta..... mi..... general.

Y girando sobre el talón izquierdo salió de la estancia como un hombre ebrio.

Al día siguiente Murat expidió una orden general en la que se expresaba sin rodeos el deseo de Napoleón, mucho más que la voluntad del gobernador de la plaza.

¿Quién era capaz de oponerse á la indignación y á la ira de los soldados cuando tuvieran conocimiento de aquella orden?

—¡Mi coleta ó la muerte!—gritaron en masa,—y en cuanto á ésta—añadían en su idioma enérgico y original,—no es la utilidad mayor de un Gobierno.

—Sin mis trenzas—decía un húsar encanecido,—esos bribones de mamelucos me hubieran adornado la cara con una cruz de San Andrés sin esperar la bendición del Papa.

—Si no hubiese llevado siempre mi coleta--añadía otro,—de seguro que vuelvo á Francia como mi patrón San Dionisio, es decir, con la cabeza en la mano.

Poco á poco los espíritus se fueron exaltando, y bien pronto las noticias que Murat recibía de todas partes le indicaron era inminente una sangrienta colisión, mucho más grave que cuantas la precedieran en la mayor parte de los regimientos, y sobre todo en la legión napolitana. La resistencia no podía llevar tras sí más que resultados deplorables, por cuanto la justicia militar era lógico se aplicara con rigor.

Sin embargo, la gente joven, con la esperanza de conseguir el ascenso prometido, se conformó con las órdenes de Murat; pero en cambio del sacrificio de sus trenzas y coletas les fué forzoso soportar los dicterios, los sarcasmos y las provocaciones de sus camaradas, que dieron margen á repetidos duelos donde la sangre francesa enrojeció las calles de Milán, cual si se tratase de defender el honor de la patria.

Joaquín hallábase desesperado ante lo infructífero de sus gestiones, cuando vino á prestarle ayuda un auxiliar poderoso con el cual estuvo muy lejos de contar. Una mañana, á tiempo de sentarse á la mesa en la hora del almuerzo, se le acercó el ayudante de guardia advirtiéndole que un aposentador de la legión napolitana deseaba hablarle.

Murat tenía la costumbre de recibir siempre á cuantos individuos de tropa solicitaban audiencia, pues no olvidaba lo doloroso que hubiera sido para él, en su época de soldado, no ser atendido por el general; esto no obstante, frunció las cejas al oír que el ayudante le decía á media voz:

—El sargento á que me refiero es hombre influyente en la legión y uno de los adversarios más tenaces á la orden que V. E. ha dictado.

—¿Ha dicho su nombre?

—Sí, señor; Tatareau.

El recuerdo de la escena que había tenido lugar días antes, hizo colorear el semblante de Murat, pues no sin pena consideraba éste la

forma dura y poco generosa con que había tratado al hombre á quien debiera la vida; pero la gravedad de las circunstancias se impuso á todo y le fué preciso ahogar sus sentimientos particulares ante el sagrado cumplimiento del deber.

—Está bien—dijo Joaquín levantándose,—le conozco; hacédle entrar y dejadnos solos.

Tatareau penetró en el comedor casi de puntillas. Murat, considerando las ventajas que le daba su posición, adoptó un aire severo al par que indiferente.

—¿Sois vos?—preguntó sin mirarle;—¿qué deseáis? Si tenéis algo que decirme procurad ser breve.

Este recibimiento tan glacial, y sobre todo el *vos* que por primera vez empleaba Joaquín al cabo de veinticinco años, hirió en el fondo del alma á Tatareau quien pálido y desencajado, sentía temblar sus piernas; sin embargo, como su conciencia no le acusaba de ninguna falta grave, y además no era hombre capaz de retroceder ante el peligro, una vez tomada su resolución, procuró disimular, y llevando la mano á su colback, dijo á media voz:

—Tanto peor, ¡voto á una pirámide!—Después, sin levantar los ojos del suelo, y con acento humilde, añadió:—Mi general, desearía saber si es S. M. el Emperador quien ha ordenado expresamente y sin excepciones la desaparición de las trenzas y coletas, pues como sólo he leído la orden del día hecha pública de un modo oficial y en ella.....

—El Emperador no ha mandado nada—interrumpió Joaquín con sequedad;—yo soy quien ha pedido á los sargentos y soldados de la guarnición, cuyo mando tengo, una cosa que me pareció oportuno hacerles saber por conducto de sus jefes respectivos, y la cual ¡vive Dios! —dijo lanzando una mirada furiosa sobre Tatareau,—para nada se ha tenido en cuenta; tú lo sabes mejor que nadie en el ejército. Las ventajas que conseguí del Emperador para la legión napolitana, cuyo cuerpo es el más favorecido de todos los que se hallan en Milán, me pareció merecían á cambio el sacrificio de unos cuantos mechones de cabellos inútiles fundándome para ello en que los regimientos franceses no se han opuesto á mis deseos como vosotros los italianos, que todos sois.....

—Perdonad, mi general—exclamó el sargento sin poderse contener,—yo soy francés, y muy francés ¡voto á una pirámide!

—Es posible; pero los franceses se han cortado ya el pelo haciendo, por desgracia, sea más palpable la desobediencia de los que, como tú, se obstinan en conservar las trenzas y la coleta. ¿Y de qué sirve esto?, vamos á ver—continuó Murat animándose.—¿Quién lleva ya coleta? Los cascos de los dragones, nada más. Ahora bien; y puesto que tanto cariño profesas á la tuya que la das preferencia al aprecio de tus jefes, he resuelto sacarte de tu hermosa legión para que vayas á servir de nuevo á los dragones; de este modo en vez de una coleta llevarás dos, como aquel pachá de Egipto que me quiso matar; si eres un ingrato, con ingratitud debo recompensarte.

Y diciendo estas palabras, Joaquín se puso á pasear alrededor de la mesa. Tatareau, á quien el recuerdo de Egipto y la calificación de ingrato impresionaron aún más que la amenaza de perder su empleo en un Cuerpo distinguido, retrocedió dos pasos, contestando con acento de profunda tristeza:

—Mi general, en el mundo entero, en el departamento del Lot y en Egipto no existe un brazo para defenderos y un corazón para amaros que pueda igualarse al de Severino Tatareau, natural de la Frontonniere, y la prueba de no ser yo ingrato, ni desobediente, es que, al practicar ayer su ronda por los dormitorios, nos decía el comandante Jacquemin: «El que se corte el pelo hará muy bien; mas si alguno desea conservarlo, está en su derecho, pues la voluntad es libre, pero advierto sufrirá un mes de calabozo y otros tres de servicio de cuadra todo aquel á quien se encuentre mañana por la tarde con trenzas ó coleta; conste, por tanto, que no quiero ejercer presión sobre nadie en este asunto.»

Además, mi general—continuó Tatareau,—os diré una vez que conocéis á mi madre y á mi hermana, que ambas me pidieron las trenzas para hacerse pulseras y collares cuando estuve allí hace tres años, durante las fiestas de San Napoleón, obteniendo su deseo, por todo éxito, un menchoncillo que las dejé para recuerdo; el motivo podéis suponer cuál sería..... tanto aprecio mi coleta que si el mismo cabo pequeño, que está ahora en Boulogne, viniera á ofrecerme á Milán, el imperio francés, unido con el reino de Italia á cambio de ella, le respondería

en el acto: «Señor, no os molestéis; eso no vale lo que mi mechón de cabellos, á menos que queráis llevarlos juntamente con la cabeza como único medio de separar ambas cosas.»

Al oír estas palabras, Murat se volvió con rapidez, lanzando una mirada terrible sobre el sargento; éste, sin desconcertarse y cambiando de tono, prosiguió:

—He dicho la pura verdad; ahora, en cuanto á vos, ya es diferente, mi general, deseo hacer un sacrificio en vuestro obsequio una vez que otros lo han realizado antes; seré el único aposentador de la legión; pero, ¡eso qué importa, voto á una pirámide!, así demostraré os tengo más cariño y respeto que ninguno de mis colegas; sólo pongo una condición.

—¿Cuál?—preguntó Joaquín comprendiendo el mucho partido que podía sacar de la nueva actitud de su subordinado.—¿Que no te destine á los dragones?

Tatareau hizo un signo negativo de cabeza.

—¿Que te ascienda á oficial?—insistió aquél.

—No doy mi coleta por tan poca cosa—repuso el sargento,—cuando tengo la seguridad de ganar la charretera en la primera chamusquina. No es eso, lo que quiero.

—Vamos, explícate—dijo Murat con impaciencia.

—Tomad, mi general, esta es la única gracia que os pido.

Y sacando Tatareau de debajo de su chaquetilla un enorme par de tijeras, iguales que las que emplean los sastres para cortar el paño, las presentó á Joaquín.

—¡Diablo!—exclamó éste sorprendido y sin comprender la idea de su antiguo compañero.—¿Qué quieres que haga yo con semejante instrumento?

—Pues nada, que deis el primer golpe á mi cabellera; así me será menos doloroso.

El sargento, de rodillas y cual si estuviese en el patíbulo, presentó á Murat su cabeza, cubierta de magníficos bucles negros y rizosos. La actitud resignada de Tatareau, la alteración de su semblante y el temblor de que se hallaba poseído, impresionaron á Joaquín hasta el punto de sentir piedad por aquel hombre.

—No, amigo mío, no—dijo después de vacilar un momento;—veo

que es un sacrificio y me niego resueltamente á consumarlo; guarda tus cabellos.

—Mi general, es preciso estén cortados antes de la tarde, pues supongo no trataréis de deshonrarme haciendo me lleven al calabozo; sé lo que dirán mis compañeros al volver yo al cuartel, pero me es igual. Os suplico, por tanto, no me hagáis sufrir..... Todo estriba en dar el primer tijeretazo..... dadlo, y después apreciadme como antes sin volverme á llamar ingrato.

—Sea—dijo Murat esforzándose por ocultar la emoción que le producian las palabras del sargento—ya que tú lo quieres.....

Algunos cortes mal dados con la tijera hicieron caer al suelo espesos mechones de cabello de Tatareau; cuando éste vió sus trenzas sobre la alfombra, no pudo contenerse, y él, que jamás tuvo miedo al sable de los mamelucos ni á la metralla de los austriacos, lanzó un rugido como un león.

—Hemos acabado—dijo por fin Murat, y levantando á Tatareau lo estrechó entre sus brazos profundamente conmovido.—Gracias—añadió reponiéndose un poco,—gracias por esta noble acción que tu general y tu hermano de armas no olvidará jamás.....

—Es verdad, todo acabó—repuso el aposentador con voz sorda,—ya estoy contento, ¡voto á una pirámide!

Después, recogiendo del suelo las trenzas y la coleta, dijo esforzándose por sonreír:

—Ahora podrá mi hermana Josefina hacerse las pulseras y mi madre una cadena para el reloj que me regalasteis: adiós, mi general.

Tatareau saludó militarmente y, sin aguardar respuesta, salió á paso largo de la estancia.

Murat, acaso sin darse cuenta de ello, enjugó entonces dos gruesas lágrimas que surcaban sus mejillas.

El efecto producido por la heroica resolución del aposentador, fué sin embargo enteramente opuesto al que podía suponerse, pues los húsares consideraron aquello como un acto de vergonzosa defección.

—«Tanto como gritaba—decían—y ahora se ha cortado el pelo para adular á los jefes.»—«Ése..... es un soplón—refunfuñaba un cabo envidioso.»

El recibimiento hecho á Tatareau en la cantina fué, pues, ruidoso.

—¿En cuánto has vendido las trenzas?—preguntaba uno.

—Yo que tú—decía otro,—me hubiera hecho cortar también las orejas para mejor parecerme á un dogo.

—¿Supongo que te harán oficial?—interrogó un tercero.

Las pullas y los insultos continuaron largo tiempo sin obtener respuesta del aposentador, quien con la cabeza baja, y considerando sin duda le hubiera sido necesario batirse diez veces por día, resolvió sufrir en silencio tales humillaciones en gracia del respeto que tenía á su general.

Esta magnanimidad y grandeza de alma fué interpretada como cobardía por sus amigos, ultraje que soportó Tatareau con la misma calma que los anteriores; sin embargo, cuando quedó solo dejóse llevar de su carácter impetuoso, y rompiendo la pipa entre los dedos exclamó irguiendo la cabeza:

—¡Voto á una pirámide! Yo tendré valor hasta el fin..... y no me batiré.

La ocasión de rehabilitarse á los ojos de sus compañeros no debía tardar en ofrecerse; pero estaba muy lejos de la mente del aposentador la idea de lo caro que aquélla había de costarle.

Una vez cortadas las trenzas y coleta del más recalcitrante y bravo de los sargentos, Murat creyó no tenía que hacer otra cosa sino ordenar la desaparición de las de los demás, haciendo uso para ello de nuevos y expeditivos procedimientos.

El comandante Jacquemin, el mismo á quien antes se había referido Tatareau, penetró una mañana en el cuartel de los húsares acompañado de doce ó catorce peluqueros de diferentes Cuerpos y seguido por una compañía de granaderos de línea anunciando de orden superior la extirpación general y definitiva de todas las coletas y trenzas.

La circunstancia de ser Jacquemin francés, ó quizás las pocas simpatías que éste gozaba por las marcadas consideraciones tenidas con unos y decisiva severidad de que hacía alarde respecto á otros, hicieron se mostrase desde el primer momento una grande resistencia por parte de la legión napolitana á cumplir el mandato de su jefe. A las amenazas de éste sucedieron murmullos de los soldados, acentuándose la animosidad por una y otra parte á medida que el tiempo pasaba en inútiles recriminaciones y visibles muestras de insubordinación.

Cansado, por último, el comandante de utilizar todos los recursos de la oratoria, apeló á los medios violentos, y volviéndose á su escolta dijo señalando á uno de los húsares de primera fila:

—¡Granaderos!, apoderaos de ese hombre y haced le corten en el acto la coleta, las trenzas y las orejas si no se está quieto.

Los soldados iban á obedecer, cuando un pelotón de húsares, sable en mano, interpusiéronse para evitarlo.

—¡Alto allá!—gritó uno de los sargentos.

Jacquemin sacó la espada á tiempo que, adelantándose, decía en el colmo del furor:

—¡Abajo las armas! ¡Rendirse á vuestro jefe!

Ante las imprecaciones de los napolitanos los granaderos calaron bayoneta, comenzando una lucha desesperada, en la cual, como era de presumir, se desconoció en absoluto todo principio de autoridad. Los húsares hicieron causa común defendiéndose mutuamente unos á otros, ya fuesen esquilados ó sin esquilar; el peligro borró por un momento las diferencias que antes los dividían.

Tatareau, que no había sido de los últimos en acudir, consiguió desarmar á un alférez de granaderos en el instante en que éste iba á pasar de una estocada á un húsar; mas este rasgo generoso, cuyo objeto era sin duda evitar la efusión de sangre, produjo tal ira en el ánimo de Jacquemin, que, lanzándose sobre el sargento, intentó darle una cuchillada en la cabeza. Tatareau se limitó á parar el golpe, en tanto que otro compañero suyo, tendiéndose á fondo, hacía caer exánime al comandante á los pies del aposentador.

—¡Voto á una pirámide!—gritó éste desesperado;—¿queréis que nos sacrifiquen á todos?

El combate continuó con grande encarnizamiento, hasta que Murat le puso término á la cabeza de un escuadrón de carabineros y dos batallones de línea; los húsares, obligados á rendirse, quedaron en concepto de prisioneros dentro de su cuartel, exceptuando veintidós, y Tatareau entre ellos, que fueron metidos inmediatamente en un Consejo de guerra.

Dos días después se rendían los honores fúnebres al desgraciado Jacquemin en la catedral de Milán con asistencia de toda la guarnición rancia de servicio, entre la cual descollaba la legión napolitana con el

uniforme vuelto del revés y sus individuos sin armas, sin coleta y sin trenzas.

Murat se apresuró á dar cuenta al Emperador de aquel desagradable incidente.

Napoleón, por su parte, escribió en seguida á su cuñado una carta muy extensa, en la que se señalaban los siguientes párrafos:

«No sólo habéis procedido con mucha precipitación en este asunto, sino con falta absoluta de tacto, por no haberos sujetado á las instrucciones que os dí en mi carta de 1.^o de Agosto último.

»Revueltas de esta especie son siempre ejemplos de indisciplina, que es necesario reprimir con energía; comprendo la necesidad de ser severo, pero como, por otra parte, el fusilamiento de los veintidós húsares cogidos con las armas en la mano sería una crueldad, acaso peor que el hecho cuyo castigo me pedís, y la cual no estoy resuelto á cometer, dispondréis una minuciosa información, á fin de averiguar quién es más culpable, único que será pasado por las armas para escarmiento saludable de los demás.

»La legión napolitana, después de presenciar el acto, llevando su águila cubierta con un crespón, saldrá inmediatamente de Milán para guarnecer á Vigenare.

»Por último, adoptad vuestras disposiciones para que se eleve una estatua al comandante Jacquemin, como mártir que ha sido dicho jefe del honor y de la disciplina militar.»

La causa se instruyó con asombrosa rapidez, resultando de ella, por una fatalidad inexplicable, que era Tatareau el motor y principal caudillo de la rebelión, y por tanto, el designado á pagar por todos.

Sin embargo, es de presumir que Murat diese órdenes á Campo-Dolcino, tal era el nombre del alcaide de la ciudadela, para que nada faltase al ex-sargento de dragones, pues durante el poco tiempo de su prisión, fué objeto Tatareau de las mayores atenciones por parte de aquel cancerbero, hasta el punto de decirle al salir para comparecer ante el Consejo de guerra:

—Procurad estar sereno, pues de seguro no habéis jugado en vuestra vida un papel tan importante como el que ahora vais á desempeñar en medio de esa asamblea. Ya no será en la legión napolitana, sino en vos, donde se fijarán las miradas del Estado Mayor.

—Es fácil—repuso Tatareau con indiferencia y mirando de reojo á aquel hombre cuya fisonomía le fué siempre repulsiva.—Después, cual si fuese á presentarse á una revista, comenzó á vestirse con esmero.—¡Diantre!—dijo, haciendo un gesto de disgusto,—tengo una mancha en el pantalón.

—Daos prisa y dejaos de contemplar esa mancha—contestó algo amostazado Campo-Dolcino por el tono de Tatareau;—así como así, tenéis otra sobre la conciencia bastante más difícil de quitar que esa.

—¡Voto á una pirámide!—exclamó el aposentador lleno de ira;—¿queréis dejarme en paz y perderos de vista para siempre? ¡Fariseo!

Resignado y tranquilo compareció Tatareau ante el Consejo de guerra; su presencia fué acogida con murmullos que le hicieron sonrojarse acaso por la primera vez; mas reponiéndose instantáneamente pasó su mirada por los ámbitos del salón. De pronto un temblor convulsivo se apoderó de todos sus miembros, y sin fuerzas para sostenerse dejóse caer sobre el banquillo que le estaba destinado. ¡Había visto á Murat en una de las tribunas!

El interrogatorio le volvió, sin embargo, su valor y serenidad acostumbrada; con una sencillez admirable refirió los hechos, sin rechazar los cargos acumulados contra él y atenuando en lo posible los que resultaban en daño de sus compañeros; al describir la muerte del comandante Jacquemin, la conducta de este jefe y la de los oficiales de granaderos, calificada por el aposentador de imprudente y agresiva, el presidente del consejo le impuso silencio.

—Estáis aquí—le dijo éste—para defenderos si podéis, y nunca para acusar á quien de una manera tan cobarde habéis asesinado.

Tatareau iba á responder, cuando observó un gesto de inteligencia que le hacía Murat desde la tribuna.

—¡Voto á una pirámide!—dijo en voz baja y sentándose con desenfado,—puesto que aún quiere más..... sea.

El debate no fué muy largo, ocupando el fiscal la mayor parte del tiempo con la lectura de su dictamen, donde á vuelta de mil exclamaciones sobre los dolorosos deberes que le imponía su cargo y la severidad de las leyes militares, concluyó por pedir para el acusado la última pena.

Preparábase el defensor á hacer uso de la palabra, cuando Tatareau, cogiéndole por un brazo, le hizo sentar diciéndole:

—No os molestéis, ¡voto á una pirámide! ¿No comprendéis que es asunto concluído?

Hecho el resumen de la causa se ordenó saliese Tatareau de la sala, planteándose el asunto en la siguiente forma:—El acusado, ¿es culpable del delito que se le imputa?—Sí—respondieron unánimemente los jueces.—Pocos momentos después el presidente anunciaba al sargento que había sido condenado á la pena de muerte, la cual, pasadas que fueran veinticuatro horas, sufriría en la plaza de armas, previa la degradación militar.

Una exclamación de dolor partió del sitio que ocupaba Murat.

—¡Recompensado!—dijo Tatareau á media voz.

—¿Tenéis algo que reclamar contra la sentencia?—preguntó el presidente.

—Nada, mi coronel—repuso el aposentador con admirable sangre fría;—sólo deseo, si es posible, se haga saber á mi anciana madre y á mi hermana que no me han fusilado por un hecho indigno, sino porque el cabo pequeño, á quien tanto respeto, ha querido hacer de la legión napolitana un regimiento de ratas sin cola. ¿Entendéis, mi coronel?... Por lo demás, Tatareau tiene el valor de siempre, ¡voto á una pirámide!.. ¡Viva el Emperador! Ya que esa es su idea... no seré yo quien me oponga...

Algunas horas después Murat se presentaba en el cuartel de los húsares para expresar á éstos cuánta había sido la clemencia de S. M. al recomendar al Consejo fuera indulgente con los menos comprometidos.

—Uno solo entre los culpables—les dijo—será fusilado; mañana habrá dejado de existir el aposentador Tatareau.

La consternación y el dolor se reflejó en todos los semblantes, dejándose oír entre las filas la palabra ¡Gracia!

—¡Silencio!—gritó Joaquín con su acostumbrada energía,—la ejecución se llevará á cabo á presencia de todos vosotros, antes de que salgáis de Milán.

A media noche Murat dió la orden á Campo-Dolcino, para que, acompañado de Tatareau, fuese á su palacio, utilizando al efecto una galería secreta.

—Valor y esperanza—dijo al ex-sargento una persona para él desconocida á tiempo que asiéndole de un brazo sintió le llevaban á través de una especie de mina.

—No quiero más que el necesario para morir como un soldado—repuso Tatareau dejándose conducir, sin mostrar interés por saber quién le dirigía aquellas palabras misteriosas.

De pronto se halló frente á frente de Murat, quien, esforzándose por ocultar la emoción que le embargaba, le dijo con voz sorda:

—A las seis de la mañana serás fusilado.

—Si puede ser antes, mejor, ¡voto á una pirámide!

—¿Es decir, que no te arrepientes?

—He hecho lo que debía de hacer. Si he demostrado hasta dónde llegaba mi respeto hacia vos, mi general, esto no podía ser nunca motivo para abandonar á mis compañeros cruelmente tratados, y aun cuando me han hecho bajar algo de prisa, estoy dispuesto á repetir lo mismo en su provecho. Esta vez me ha producido la coleta un disgusto.....; pero no importa.

—Espero, á pesar de tu mala cabeza, que sabrás morir como un valiente; es la única manera de hacer olvidar tu falta.

—¡Bah! ya sabéis, mi general, que jamás tuve miedo á las balas: unas veces más, otras menos, siempre han sido inferiores á mí; todo se reduce á que mañana no me darán tiempo á oirlas silbar. Confieso, sin embargo, hubiera preferido morir á vuestro lado sobre el campo de batalla.

—¡Lo creo!, pero en el mundo no todo se consigue; yo me encargo de transmitir el ¡adiós! y tu última voluntad á tu madre y á tu hermana: ¡si hubieras pensado en ellas, de seguro no te verías en una situación tan desesperada!

Á este recuerdo, Tatareau, que había permanecido tranquilo hasta entonces, perdió su aplomo, y cubriéndose el rostro con las manos comenzó á sollozar. Murat, por su parte, tuvo que volver la cabeza para ocultar dos gruesas lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Tenéis razón—dijo el aposentador,—comprendo no podéis hacer otra cosa en favor mío, yo lo agradezco en el alma, por más que tengo la seguridad de que la noticia dará á mi anciana madre pasaporte para el otro mundo; en cuanto á Josefina, tal vez se case á menos que no la desprecien por causa mía.

—Déjate de eso, y piensa sólo en Dios—repuso Murat, que siempre conservó en el fondo de su alma los sentimientos de piedad de que tantas pruebas dió en la hora de su muerte;—ahora—añadió,—no debes contarte entre los vivos; procura tener valor y confía en que cumpliré fielmente tus encargos; adiós..... te he llamado para verte por última vez.....

—¡Mi general!—exclamaba tendiendo hacia él sus brazos,—decidme que aún me queréis y moriré contento.

—¿Y si yo me opongo á que mueras?—dijo de pronto Murat fijando su mirada en el ex-sargento. ¿Y si yo asumo la responsabilidad de perdonarte?

Después, llevándole á un extremo del salón, repuso en voz baja y breve:—No quiero que te fusilen: ¿acaso no soy aquí el jefe superior?

Tatareau miró con ojos extraviados á su general; una indefinible sonrisa de esperanza y de incredulidad se dibujaba en sus temblorosos labios; mas de repente, recobrando su fisonomía el aire de tristeza que antes la cubriera, hizo con la cabeza un signo negativo.

—¡Te salvaré!—dijo Murat con acento resuelto.

—Haréis mal en proporcionaros un disgusto por mi causa—repuso el aposentador, como haciéndole un reproche;—dejadme recibir el plomo en el corazón, ¡voto á una pirámide! ¿Olvidáis, por ventura, que el cabo pequeño....?

—Lo que no olvido es que me has salvado la vida, y que á tu valor y á tu lealtad debo mucha parte de mi gloria..... Escúchame, yo.....

—No escucho nada—interrumpió Tatareau con su acostumbrada vivacidad de genio;—una vez en el calabozo é imposibilitado de llevar mi cruz de la Legión de Honor, prefiero mil veces la muerte. ¡Que se me fusile! Es justo..... y yo lo quiero.

—Pues me opondré, ¡vive Dios! ¿Cómo quieres que cuando sólo he mandado hacer fuego contra los enemigos de la patria lo haga contra ti, que eres mi amigo y naciste donde yo he nacido? ¿No comprendes que me pediría Dios cuenta de tu sangre?.... Además, tú no eres el único responsable de los hechos que deploramos. He resuelto que no mueras y no morirás.

—¡Joaquín, Joaquín! digo..... mi general—exclamó el aposentador

abrazándose á las rodillas de Murat,—yo seré vuestro esclavo hasta mi última hora.

—Escucha y procura ayudarme; es necesario que pases por muerto para el mundo..... sin exceptuar tu madre, tu hermana, y sobre todo, tu regimiento. Mañana te conducirán á la puerta de Roma, tras de las murallas; el pelotón de cazadores provinciales encargado de hacer fuego llevará cartuchos sin bala, disparando sobre ti á una distancia de 20 pasos; al ruido de la descarga te dejarás caer, y cuando la última compañía de la legión napolitana haya desfilado por delante de ti, tres hombres de mi confianza, entre los cuales está Campo-Dolcino, te colocarán en una carreta para conducirte cubierto de paja al cementerio de la Pasión, que está situado á un cuarto de legua; en la casa del conserje hallarás vestidos y un pasaporte con el nombre de Pópoli; Campo-Dolcino te dará 10.000 francos en oro, y con ellos marchas á Génova á embarcarte en un buque que se dispone á salir con rumbo al Perú..... á la China..... no sé dónde, al infierno, si tú quieres, esto no hace al caso; pero guárdate de volver á Italia ó á Francia. ¿Me has entendido? Ahora vete, el tiempo corre y no debemos perderlo; acuérdate de tu antiguo general, y dame un abrazo de despedida; tu madre y tu hermana no carecerán de nada..... Adiós.

Tatareau se arrojó en brazos de Murat sin poder pronunciar una palabra. ¡Allí no había mariscal del imperio ni soldado! ¡Eran dos hombres que se amaban y se admiraban como héroes!

El húsar fué reinstalado en el calabozo por Campo-Dolcino, que durante el trayecto no le dirigió ni una frase. Á las seis, y escoltados por los mismos que debían llevar á cabo la ejecución, fué conducido á la puerta de Roma, después de atravesar á pie la mayor parte de la ciudad en medio de las estériles exclamaciones que el pueblo lanza siempre en favor del que va á morir. Toda la guarnición de Milán, y la legión napolitana en primera línea, se hallaba en el punto designado; el redoble de los tambores impuso un silencio, que no fué interrumpido sino por las pisadas del reo al dirigirse al sitio que le designara el jefe de la escolta.

En aquellos instantes supremos una idea terrible cruzó por la imaginación del aposentador.

—¿Habrán quitado las balas?—se dijo; después, y dándose él

mismo la respuesta, añadió encogiéndose de hombros:—¡vaya!, si no lo han hecho..... tanto peor.

El oficial, con voz alterada, dió las voces de mando:

—¡Preparen..... armas! ¡Apunten..... fuego!

La detonación y la caída del reo fueron simultáneas.

Tatareau ignoraba seguramente si estaba muerto ó vivo; primero apercibió la música del regimiento que volvía á su cuartel; luego un silencio sepulcral, después el rumor de algunas personas que hablaban cerca de él. Por fin se atrevió á abrir los ojos, pero la obscuridad le impedía reconocer quiénes eran; el convencimiento de que Murat no le había engañado se apoderó de nuestro héroe, quien no pudo menos de murmurar ebrio de alegría:

—Negocio hecho, ¡voto á una pirámide! ¡Viva el Emperador!

El acto se realizó, efectivamente, según lo dispuesto por Joaquín; el ejemplo estaba dado sin derramar una gota de sangre, y Napoleón, que se congratulaba de no haber sacrificado más que un solo hombre á las exigencias de la disciplina militar, ignoró siempre el recurso empleado por Murat para salvar la vida de un hombre á quien debía la suya.

Han transcurrido algunos años. Una mañana del mes de Febrero de 1816, Napoleón, triste y silencioso como todo cuanto le rodeaba, paseábase por el jardín de Longwood; M. de las Casas se aproximó á él llevando en la mano algunos periódicos ingleses que el capitán de la fragata *Thébaïne* había podido dejar secretamente en Santa Elena.

El amigo del Emperador tradujo de un diario fechado en Noviembre de 1815, las siguientes líneas:

«El ex-rey Joaquín Murat, cuñado de Napoleón Bonaparte, ha desembarcado en Calabria, bajo la protección de algunos de sus secueces; perseguido activamente, ha caído en poder de un tal Campo-Dolcino, noble piemontés, y una de las víctimas de la tiranía del ex-rey de Nápoles durante su mando en Milán en 1805. El usurpador ha sido pasado por las armas el 13 de Octubre último.»

Lo imprevisto de la noticia hizo palidecer á Napoleón.

—¡Campo-Dolcino!—exclamó inclinando la cabeza como queriendo traer á su memoria algún recuerdo confuso.—Yo conozco ese nombre. ¡Campo-Dolcino!..... ¡ah..... sí..... Era un infeliz condenado á muerte, y al cual indulté á petición de Murat!.....

Después, dirigiéndose á las Casas, que permanecía como anodado, añadió con acento de amargura:

—¡Los calabreses son más humanos y generosos que los que me han traído aquí.

El secretario, tal vez por distraer al Emperador, quiso continuar la lectura.

—¡Murat ha muerto!—interrumpió Napoleón—y su fin desgraciado responde de toda su vida pasada; ese alarde de fuerza no es otra cosa sino un crimen abominable de inmensa responsabilidad para todas las naciones, pues que con él se ha prescindido de las conveniencias políticas y hasta de la moral pública. ¡Como un rey ha hecho fusilar á otro rey reconocido como tal por todos los demás! ¡Qué leyes ha violado Murat! ¡Qué prestigio ha destruído! Y sobre todo, ¿acaso no puede quejarse un rey de Europa á quien se le destrona y arroja de sus Estados?

—En cuanto á Campo-Dolcino—añadió con acento de supremo desdén,—reconozco en él las mismas cualidades que otros muchos hombres.

Aquella tarde la pasó Napoleón completamente solo.

Han transcurrido tres años. Era una mañana del mes de Agosto de 1819; un viajero, á caballo, subía penosamente por un camino abierto á pico entre las landas que separan la Carolina del Missisipi.

Enormes nubes negras velaban poco á poco los rayos del sol, y la pálida luz de los relámpagos venía á confundirse con la ya débil del astro del día; el lejano ruido del trueno y la pesadez de la atmósfera presagiaban la tempestad que no tardó en desencadenarse, arrojando torrentes de lluvia sobre el fatigado viajero y su cabalgadura, que á duras penas podía defenderse del impetuoso viento que á cada instante amenazaba su existencia.

—¡Pobre Aboukir!—decía el desconocido acariciando el cuello de su caballo.—¡Pobre Aboukir! ¡El trabajo y las penalidades nos persiguen también en América! ¡Anda! ¡Anda! ¡Anda siempre! ¡Son las únicas palabras que puedo dirigirtel Para tí, lo mismo que para tu dueño, no existe reposo. ¡Resignémonos, pues!

El noble animal lanzó un relincho como si hubiese comprendido las palabras del jinete.

—¡Si al menos encontrase una choza, por miserable que fuese— añadió el viajero con tristeza,—me consolaría de haber equivocado el camino.....; pero, ¡nada! ¡No distingo nada!..... ¡Ah! Sí, allá abajo me parece ver una casita de buena apariencia. Vamos, Aboukir, nos hemos salvado—continuó aquél echando pie á tierra y tomando del diestro á su caballo.—Dentro de un rato acaso encuentres un poco de paja y yo un poco de pan.

Quien así hablaba era un joven de diez y ocho á veinte años, alto, esbelto y de ojos azules muy expresivos; dos rizos de cabello rubio caían sobre su frente ancha y espaciosa. El traje, aun cuando sencillo en extremo, revelaba pertenecía aquél á la clase elevada de la sociedad.

Tras media hora de camino llegó á la casa, cuya puerta golpeó impaciente, una y otra vez sin obtener contestación. Por fin el ruido de pasos en el interior le indicaron había sido escuchado; algunos instantes después se abrió aquélla, y una mujer como de cuarenta años, bastante hermosa todavía, se detuvo en el dintel, turbada ante la aparición de un desconocido. Éste quedó por su parte no menos confuso, contemplando los negros cabellos, las manos pequeñas y la mirada dulce de aquella mujer, cuyo traje, hecho á la francesa, demostraba además no era hija de América.

—Señora—dijo reponiéndose un poco é inclinándose con respeto,—soy un pobre viajero extraño á este país, en cuyo concepto os ruego hospitalidad hasta que el tiempo me permita continuar la marcha.

—¿Sois francés, caballero?—preguntó ella con viveza, fijando su mirada en el desconocido.

—Tengo ese honor.

—¡Ah!.... ese es un título grato para nosotros y por el cual seréis bien recibido. Mi hermano está en el jardín, enviaré á buscarle y seguramente tendrá un placer en.....

—Un amigo diréis, señora—interrumpió el extranjero,—pues por vuestro acento veo sois franceses. ¡Acaso vuestro hermano sea uno de los muchos á quienes los últimos acontecimientos han obligado á emigrar á América!

—Sí..... señor—balbuceó ella.....—Se ha establecido aquí..... des-

de..... hace muchos años, y gracias á Dios no tiene motivos para arrepentirse....; pero..... entrad—añadió cambiando de conversación,—permitted lleven vuestro caballo á la cuadra donde nada le faltará. Ahora voy á llamar á mi hermano.—Y haciendo un gracioso saludo se alejó.

La lluvia había cesado; el viajero penetró en una sala baja, se quitó el abrigo, y acercándose al fuego para enjugar el resto de su traje se puso á examinar los objetos que le rodeaban.

La habitación era espaciosa y clara; una mesa, un aparador y algunas sillas de paja constituían todo el mobiliario; el decorado contrastaba, por su lujo relativo, con la sencillez de los muebles. Frente á la puerta veíase en la pared un retrato de medio cuerpo y tamaño natural de Joaquín Murat con el uniforme de mariscal del Imperio; debajo, una corona de laurel y siemprevivas bastante ajada por los años, y en cuyo centro se destacaba un magnífico reloj de oro; sobre el marco del retrato pendía un sable de caballería ligera, modelo del tiempo de la República francesa. Á la derecha, encerrada en un cuadro, la cruz de la Legión de Honor pendiente de una cinta de color indescriptible, y á la izquierda otro conteniendo algunas trenzas sujetas con un crespón. Por último, pendientes de los demás lienzos de pared había diversos cuadros pintados de azul, rojo y amarillo representando los generales más populares del tiempo del Imperio, hechos heroicos ó batallas célebres ganadas por Napoleón.

Después de este rápido examen es seguro que el viajero conceptuaría como un tipo verdaderamente extraño al dueño de aquella vivienda.

Pocos momentos después penetró éste en la habitación seguido de su hermana. Era hombre de unos cincuenta años, de pequeña estatura, anchos hombros y fisonomía expresiva; la sonrisa que vagaba por sus labios y la dulzura de su mirada indicaban por su naturalidad un carácter apacible y una conciencia tranquila. Sin embargo, las profundas arrugas que surcaban su frente, dábanle cierto aire de tristeza que parecía revelar había sufrido las dolorosas impresiones de una desgracia irreparable.

El traje consistía en un gorro de dudosa forma, bajo el cual se escapaban algunos mechones de cabello enteramente blancos; un pantalón de dril listado sujeto á la cintura con una correa de charol y

una especie de chaqueta azul con botones dorados, sobre los cuales podía aún distinguirse un águila con la corona imperial.

Las maneras hasta cierto punto bruscas del dueño de la casa, contrastando con la finura de su hermana, indicaban al primer golpe de vista había sido diferente la educación de ambos.

—Este caballero—le dijo ella señalando al desconocido—nos ha dispensado el honor de entrar en nuestra casa en demanda de descanso. ¡Es francés!.....

—¡Un francés!—interrumpió el dueño llevándose la mano derecha á la frente para hacer un saludo militar—¡voto á una pirámidel, que sea bien venido. Y adelantándose algunos pasos Tatareau, pues no era otro, tendió su mano al viajero. ¡Diablo!—exclamó palideciendo y mirándole fijamente cual si tuviese ante él una aparición.

—¿Qué os sucede?—repuso el extranjero con dulzura, estrechando entre las suyas la mano temblorosa de Tatareau.—¿Acaso me conocéis? ¿Nos hemos visto en otra parte?

—No, no señor—balbuceó el ex-dragón sin poder apartar sus ojos de la fisonomía del huésped,—no es nada..... un recuerdo confuso..... una semejanza admirable con alguien que.....

—Es posible—contestó el extranjero sonriéndose,—todos los hombres se parecen más ó menos.....

—¡Oh! no—dijo Tatareau á media voz,—ninguno de ellos puede parecerse á aquél. En fin—añadió suspirado,—dispensadme esta intempestiva interrupción, ¿á quién tengo el honor de hablar?

—¿Preguntáis mi nombre, no es eso?

El soldado hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Pues justamente esa es la única cosa que no puedo deciros, al menos por ahora. Si tomase un nombre supuesto os engañaría; pero nunca supo mentir quien lleva un apellido como el mío; prefiero ocultarlo, aun cuando esto me impida preguntaros el vuestro.

Tatareau bajó los ojos, y una sonrisa llena de amargura vino á dibujarse en sus labios.

—¡Ah, vamos!—continuó el extranjero,—vosotros también tenéis motivos para guardar el incógnito, ¿no es eso?

—Y bien, sí, ¡voto á una pirámide!—repuso el ex-dragón,—pero esto no constituye una afrenta. Aquí se me conoce bajo el nombre de Pópoli.

—No creáis, sin embargo—interrumpió la hermana irguiendo la cabeza,—que hemos renegado para siempre de nuestro verdadero apellido, ¿no es verdad?—añadió fijando sobre Tatareau una mirada llena de ternura.—Motivos particulares..... causas políticas..... en una palabra, razones análogas á las que nos dabais vos hace un momento.

—Entonces hace lo que yo, no decir su nombre sino á aquellas personas que lo hayan oído pronunciar antes ó á quienes en la actualidad le merezcan confianza. Por mi parte puedo asegurar os habéis captado la mía con vuestra franqueza; hablad, pues, sin temor, y si la amistad de un proscrito no os molesta, aceptad desde luego la mía. ¿Habéis sido expulsado de Francia?

—Más que eso, ¡voto á una pirámide!; he sido suprimido, ó lo que es igual, figuro en el catálogo de los muertos.

—¿De los muertos civilmente?—preguntó el viajero cada vez más admirado.

—No, de los muertos militarmente....., indefinidamente..... y cerebralmente. Es una historia amigo mío y de las más famosas; os la contaré si esperáis un instante.

Tatareau llamó por señas á su hermana, á quien dijo algunas palabras al oído.

—Me felicito de haber hallado hospitalidad en casa de un compatriota—repuso el joven—y sobre todo, cuando, según las apariencias, ha servido en el ejército durante el Imperio.

—Un poquillo, ¡voto á una pirámide!—exclamó el ex-aposentador.—Ya sabes..... Fifina—añadió dirigiéndose á su hermana,—de aquellas botellas que yo llamo agua de colonia de los húsares. Así haremos mejor la digestión.

Josefina puso sobre la mesa un frasco de aguardiente. Tatareau llenó dos vasos y dando uno al huésped bebió de un trago el otro.

—¿Veis ese retrato?—dijo señalando al de Murat,—pues á ese hombre le debo la vida.

—¡En algún combate!—interrumpió el viajero levantándose en su asiento cual si obedeciese á un resorte.—¿En el campo de honor?

—No, ¡en el del deshonor! Escuchadme.

El viejo húsar refirió entonces los detalles que ya conocemos.

—La noticia de mi ejecución—siguió diciendo—causó la muerte á

mi pobre madre, suceso tristísimo que yo había previsto. Dos años después escribí á Fifina, á quien veis aquí, para que viniese á mi lado. «Si quieres casarte—la dije—medios hay para conseguirlo».—«No—me respondió,—á menos que tú lo hagas».—«Yo, ¡nunca! Te amo demasiado, lo mismo que á Joaquín y al gran Napoleón, para prometerme hacer feliz á una esposa cualquiera».—Entonces—añadió ella—sigamos solteros y no nos separaremos en este mundo». Comenzó, pues, el trabajo, cada uno dentro de su esfera respectiva, y hoy somos ricos, ¡voto á una pirámide! Pero el hijo de Joaquín, el heredero de mi bienhechor, aquel á quien los cobardes napolitanos han obligado á huir después de fusilar á su padre como á un cualquiera, no sabe, en tanto, que una palabra suya bastaría á hacerme jurar por esa cruz de la Legión de Honor seguirle hasta el fin del universo, sacrificándole mi bienestar, mi brazo, mis afecciones y mi vida. Ahora que ya sabéis mi historia, ¿podré conocer vuestro nombre?

El extranjero, que durante aquel relato no había podido dominar las diferentes impresiones que le causara, se levantó, y con grande emoción, aun cuando acentuando las palabras, dijo á Tatareau:

—¡Caballero! miradme bien..... me llamo..... Aquiles, y ¡soy el hijo Murat!

—¡Voto á un millón de pirámides!—gritó el viejo soldado dando un salto sobre su asiento.—¡Cómo he podido dudar!

Después, cogiendo de un brazo á su hermana, dijo medio sofocado por el llanto:

—¡De rodillas, de rodillas!

Ambos cayeron á los pies del príncipe.

—¡Padre mío!—exclamó éste elevando sus ojos arrasados de lágrimas.

—¡Todo es vuestro, señor; todo es vuestro!—decía Tatareau besando las manos del joven,—pues vuestro padre me perdonó.

—¡En cambio á él no le perdonaron!—murmuró Aquiles bajando la cabeza.

El ex-aposentador se incorporó, y mostrando á éste el cielo, dijo con acento de convicción:

—¡Es verdad!—pero está allí, en lo alto, ¡voto á una pirámide!

—Consuélate, hermano mío—añadió Josefina rodeándole el cuello con sus brazos.—Bien sabes que todos los días ruego á Dios por él.

Apéndice 3.º

El tesoro de Murat.

El conocido historiador italiano Aquiles Neri ha encontrado entre los documentos de la familia Zachia, de Zarzóna, en que se refieren al periodo napoleónico, una carta autógrafa que revela una curiosa historia.

Trátase de una carta de Pedro Bordex, que firma con sus títulos de ayudante de campo del rey Joaquín Murat y comandante de la fortaleza de Brindisi.

Pedro Bordex afirma haber recibido de Murat durante la última campaña una parte de su tesoro, consistente en perlas orientales y brillantes sin tallar, encerrados en diez cajas, seis sortijas adornadas con gruesos brillantes, seis relojes de oro con máquina de repetición, dos docenas de cubiertos del mismo metal y 8.000 monedas de oro de diferentes clases.

Pedro Bordex añade en su carta, que habiéndose visto obligado á huir, primero á Toscana y después á Francia, para escapar á la persecución de los húngaros, y ante el temor de ser asesinado ó de caer prisionero, enterró el tesoro de Murat junto á la orilla del río Magra, cerca de Aulla, indicando los signos precisos para que pudiera ser descubierto más tarde.

La carta no dice cuáles son esos signos; pero la noticia de este descubrimiento ha excitado las imaginaciones, y son muchas las personas que se disponen á emprender investigaciones, con la esperanza de encontrar esa gran fortuna.

Napoleón, escritor.

El Emperador Napoleón no era solamente un gran general, un gran político, un gran administrador: era también un gran escritor.

Ninguno ha causado tanta admiración á los hombres, así por su lenguaje como por sus designios. Á él más que á ninguno otro se le puede aplicar el dicho famoso: el estilo es el hombre. Napoleón escribe y habla como obra. Su palabra es una acción que se expresa; su acción es una palabra que se realiza.

El compendio de sus obras es su completa historia, escrita por él mismo; y ¡qué historia!

Original entre todos los poetas, ha dispuesto su vida como un poema antiguo ó como un cuento árabe; cada una de sus ilusiones, aun las más extrañas, se ha convertido en hecho; cada una de sus invenciones, aun las más atrevidas, ha tomado cuerpo.

Poderoso entre todos los oradores, ha derribado con una palabra gobiernos seculares, ha animado con su aliento y con su voz millones de soldados armados, y la Europa, silenciosa, no ha escuchado otras palabras que las suyas por espacio de diez años.

Hay hojas escritas bajo las tiendas de campaña, otras sobre el mar, en el desierto ó en climas helados, otras también trazadas entre el humo del cañón ó en los palacios de los emperadores y de los reyes.

Las fechas solas son elocuentes: Milán, el Cairo, Viena, Berlín, Madrid, Moscow, Fontainebleau. Las mismas firmas son curiosas: primero un nombre italiano: Buonaparte; después el mismo nombre afrancesado por la gloria, Bonaparte; luego ese nombre singular, casi desconocido antes de él, y que él solo llevará en la historia: Napoleón.

No hay un grande acontecimiento de su vida que él mismo no haya contado. Cada una de sus campañas como soldado, comienza por una proclama que le precede y concluye por un boletín de triunfo que él dicta sobre el campo de batalla. Cada una de sus resoluciones como político ha sido anunciada por un mensaje al Senado, ó por una carta á alguno de sus hermanos los soberanos.

Estos monumentos sucesivos de su pensamiento son los que dan

mejor á conocer aquella alma extraordinaria; siguesela en ellos paso á paso en su desarrollo impetuoso, y en ella se ve nacer, palpitar y acrecentarse la voluntad que ha sometido y sublevado al mundo; no hay uno de esos movimientos interiores que no se revele en las transformaciones de su estilo.

Joven aún, descubre en sus obras tempranas, incorrectas, el desorden de ideas que le atormenta, ó exhala en invectivas apasionadas su exaltación republicana. El idioma, aparte que se forma para sí propio, no es entonces más que un bosquejo.

En Italia escribe al Directorio cartas que muestran todavía la inquietud de sus primeros años, pero en las cuales esta inquietud es ya la ardiente presunción del genio. Hace grandes cosas y concibe otras más grandes. Su lenguaje continúa siendo extraño, excepcional; pero ha dejado de ser incoherente.

Á cada línea se advierte en él, además de cierta especie de naturalidad, esa mezcla de osadía y de astucia, de imaginación y de cordura, que debe formar para siempre la base de su carácter.

En Egipto su espíritu se colora fuertemente con los matices del clima; las formas de su estilo adquieren la pompa musulmana; se hace fatalista como los beyes y supersticioso como los imanes; una imagen vaga é incierta de un inmenso imperio oriental le persigue hasta el pie de las pirámides, y le impulsa á dar noticia á un mismo tiempo de su llegada al sheriff de la Meca, al sultán de Marruecos, al bey de Trípoli, al bajá de Siria, al gran visir de Constantinopla y al sultán de la India, Tippo-Saib.

Cónsul, se dedica espontáneamente á moderar su fogosidad; el hombre de lo inusitado, de lo imprevisto se convierte en el hombre de lo racional y de lo justo; sus escritos llevan el sello del orden y de la calma que restablece en todo el país, y en ellos quiere respetar la gramática y la sensatez, como respeta la religión, la propiedad y la justicia.

Emperador, su voz se remonta á tanta altura como su destino; con las águilas romanas y el manto de los césares toma el estilo breve y altivo de la antigua lengua imperial, la energía lapidaria, la sencillez sublime del latín: *imperatoria brevis*.

Así el escritor y el hombre se modifican en él al mismo tiempo; su

estilo, al principio impetuoso y desordenado como una lava, se convierte después en duro, grande y frío como el bronce. Tan agitados y pintorescos son los boletines de Arcole y de Aboukir como majestuosos y severos los de Austerlitz y de Jena.

Cuando llega el período de los reveses todo se oscurece y se ofusca á la vez para él; con débil mano traza la relación de sus últimos combates, y perdida su impetuosidad acostumbrada, no la recobra sino para esforzar el vuelo del águila herida, desde la isla de Elba á París; vencido, termina su vida pública con una carta inmortal.

Napoleón, en fin, ha enriquecido la literatura francesa con un nuevo género, en que es el primer modelo, en que no tiene rival, con manifiestos; y después de tantos triunfos oratorios, ha creado una elocuencia nueva: la elocuencia militar.

Desde este punto de vista, Napoleón es clásico y merece ocupar un lugar entre los primeros escritores franceses; ha hecho proclamas, como Pascal hizo pensamientos, como Bossuet oraciones fúnebres, como La Fontaine fábulas, como Molière comedias; es en aquel género el primero y el último.

Ninguno antes que él ha dado manifiestos semejantes; ninguno los dará después; el mundo verá todavía otros espectáculos tan grandes, más grandes tal vez, pero seguramente no se reproducirán las mismas circunstancias personales, y Napoleón será siempre único como escritor.

Su estilo es como su vida; no puede ser imitado: último atributo de su genio, que le libra de la turba de copistas, sombra fatal de las glorias literarias, y le deja en todo y por todo como debe estar: solo!

Apéndice 4.º

Algunas cartas y obras escogidas de Napoleón

Napoleón leyó y escribió mucho en su juventud. M. Libri ha publicado en la revista de los *Dos Mundos*, gran número de manuscritos del Emperador, cuyas fechas se remontan á sus primeros años. Entre ellos se encuentra una *Historia de Córcega* en tres grandes cuadernos. Napoleón, además de sus obras inéditas, escribió y publicó al principio de la revolución dos folletos políticos: el uno, impreso en 1790, se titula *Carta á Mateo Buttafoco*; el otro, impreso en 1793, lleva por título *La cena de Beaucaire*. Concurrió también en competencia con otros al premio ofrecido en 1791 por la Academia de Lyon, con un discurso en que examinaba la cuestión siguiente: «Determinar las verdades y los sentimientos que importa más inculcar á los hombres para su felicidad.» Estos diversos escritos muestran en el joven teniente de artillería, una grande actividad de imaginación y una extremada exaltación republicana; su estilo es impetuoso, desigual, apenas francés, pero ardiente y original. El más curioso de ellos, y el único también que creemos útil citar, es la carta á Mateo Buttafoco, la cual dará una idea de lo que son los demás escritos. Mateo Buttafoco era un diputado de la nobleza de Córcega, en la Asamblea constituyente, que propuso que la Córcega fuese exceptuada de la Constitución votada por la Asamblea.

Millelli, 23 de Enero año II.

A M. Mateo Buttafoco, diputado de Córcega en la asamblea nacional.

Desde Bonifacio hasta el cabo de Córcega, desde Ayaccio hasta Bastia, no se oye más que un coro de imprecaciones contra vos. Vuestros amigos se ocultan, vuestros parientes os censuran, y hasta aquellos hombres prudentes é ilustrados que no se dejan dominar jamás por la opinión popular, se ven arrastrados en esta ocasión por el torrente de la efervescencia general.

¿Qué habéis hecho, pues? ¿Cuáles son los delitos que pueden excitar justamente una indignación tan universal? Esto es lo que deseo investigar examinando vuestras acciones.

Conocida es la historia de vuestra vida, desde el momento que os habéis lanzado al teatro de los negocios. Sus principales pasajes están trazados aquí con letras de sangre. Hay, sin embargo, pormenores más ignorados; acerca de ellos podría yo engañarme, pero cuento con vuestra indulgencia y espero vuestras noticias.

Luego que entrasteis al servicio de Francia, vinisteis á Córcega á ver á vuestra familia: hallasteis á los tiranos derrotados, al Gobierno nacional establecido, y á los corsos dominados por grandes sentimientos, concurriendo á porfía por medio de diarios sacrificios á la prosperidad de la cosa pública (1). No os dejasteis seducir por la fermentación general: muy lejos de eso, mirasteis con lástima esa charlatanería de patria, libertad, independencia, constitución, que había llenado de viento las cabezas de todos nuestros paisanos. Una profunda meditación os había enseñado á apreciar desde luego esos sentimientos

(1) De ningún modo podemos dar mejor una idea del estilo de Napoleón, que haciendo una traducción literal en cuanto lo permita la índole de la lengua. Una traducción libre sólo daría muestra del estilo del traductor, que no es ciertamente el que se va á buscar en obras de esta clase.—(N. del T.)

ficticios, que no se sostienen sino á expensas del bien común. En la práctica el paisano debe trabajar y no hacer el héroe, si se quiere que no se muera de hambre, que mantenga á su familia y que respete á la autoridad. En cuanto á las personas llamadas por su categoría y sus riquezas al mando, no es posible que se dejen engañar por mucho tiempo, sacrificando á una quimera sus comodidades, su consideración, ni que se abaten á hacer la corte á un zapatero de viejo, con el fin de hacer el papel de Brutos. Sin embargo, como estaba en vuestros proyectos cautivaros la voluntad de M. Paoli, debisteis disimular: M. Paoli era el centro de todos los movimientos del cuerpo político. No le negaremos el talento, ni tampoco cierto genio; habia introducido en poco tiempo un buen sistema en los negocios de la isla; habia fundado una universidad donde acaso por la primera vez desde su creación se enseñaban en nuestras montañas las ciencias útiles al desarrollo de nuestro entendimiento; habia establecido una fábrica de fundición; molinos de pólvora, fortificaciones que aumentaban los medios de defensa; habia abierto puertos que, dando estímulo al comercio, perfeccionaban la agricultura; habia creado una marina que protegía nuestras comunicaciones, perjudicando excesivamente á los enemigos. Todos estos establecimientos en su origen no eran más que el presagio de lo que habria hecho algún día. La unión, la paz, la libertad, eran las precursoras de la prosperidad nacional, si no obstante un Gobierno mal organizado, fundado sobre bases falsas, no hubiera sido un precursor todavía más cierto de las desgracias y del aniquilamiento total en que todo debía caer.

M. Paoli habia soñado con hacer el papel de Solón; pero copió mal á su original: todo lo puso en manos del pueblo ó de sus representantes, de suerte que no era posible existir sino agradecido al pueblo. ¡Error singular, someter á un ente brutal, mercenario, al hombre que por su educación, lo ilustre de su nacimiento y sus riquezas es el único formado para gobernar! A la larga, un extravío de razón tan palpable no puede menos de traer consigo la ruina y la disolución del cuerpo político, después de haberle atormentado con todo género de males.

Vuestro plan os salió á medida de vuestros deseos. M. Paoli, rodeado incesantemente de hombres entusiastas ó de cabezas exaltadas,

no se imaginó que pudiese haber otra pasión más que el fanatismo de la libertad y de la independencia. Hallando en vos ciertos conocimientos de Francia no se dignó observar los principios de vuestra moral más de cerca que vuestras palabras: os hizo nombrar para tratar en Versalles del acomodamiento que se negociaba por la mediación de este Gabinete. M. Choiseul os vió y os conoció; las almas de cierto temple son desde luego apreciadas. Muy pronto, de representante de un pueblo libre os transformasteis en dependiente de un sátrapa; y le comunicasteis las instrucciones; los proyectos, los secretos del Gabinete de Córcega.

Esta conducta, que aquí se tiene por baja y atroz, á mí me parece muy sencilla; pero esto proviene de que en toda especie de negocios es preciso entenderse y razonar con flema.

La gazmoña censura á la coqueta, y ésta se ríe de aquélla; esta es en pocas palabras vuestra historia.

El hombre de principios os juzga pésimo; pero vos no creéis en el hombre de principios; el vulgo siempre seducido por virtuosos demagogos no puede ser apreciado por vos que no creéis en la virtud. No es permitido condenaros sino con arreglo á vuestros principios, así como no puede condenarse á un criminal, sino con arreglo á las leyes; pero los que conocen el refinamiento de vuestros principios no hallan en vuestra conducta nada que no sea muy sencillo. Esto consiste pues en lo que acabamos de decir, que en toda especie de negocios es preciso entenderse y después razonar con flema. Tenéis por otra parte en vuestra mano otro medio de defensa no menos victorioso; porque no aspiráis á la fama de Catón ó de Catinat (1): Os basta ser como ciertas gentes, y entre ciertas gentes es una máxima principal, que el que puede tener dinero y no lo tiene es un necio, porque el dinero proporciona todos los placeres de los sentidos, y los placeres de los sentidos son los únicos placeres. Ahora bien, M. de Choiseul, que era muy generoso, tenía para vos un poder irresistible, sobre todo cuando vuestra ridícula patria según su graciosa costumbre no os pagaba vuestros servicios sino con el honor de servirla.

(1) Nicolás Catinat, nació en París en 1637, y habiendo abrazado la carrera de las armas, llegó á ser mariscal de Francia y muy estimado de Luis XIV. Hizose célebre por sus victorias no menos que por su desinterés, honradez y humanidad. Murió en 1712, á la edad de setenta y cuatro años.—(Nota del traductor.)

Concluido el Tratado de Copiegne, M. de Chauvelin y 24 batallones desembarcaron en nuestras playas. M. de Choiseul, á quien importaba mayormente la celeridad de la expedición, tenía inquietudes, que en sus momentos de expansión no podía ocultaros. Vos le sugieristeis la idea de venir aquí con algunos millones. Como Filipo tomaba las ciudades con su mula (1), vos le prometisteis someterlo todo sin obstáculo..... dicho y hecho, y volvisteis á pasar el mar, arrojando la máscara con el oro y las condecoraciones en la mano, entablado negociaciones con aquéllos que juzgasteis más fáciles.

El Gabinete de Córcega no creyendo que un corso pudiera preferir su persona al bien de la patria, os había encargado la defensa de sus intereses. Vos, por vuestra parte, no imaginando que un hombre pudiese dejar de preferir el dinero y su persona á la patria, os vendisteis y esperasteis comprarlos á todos. Moralista profundo, sabiais lo que valía el fanatismo de cada uno; algunas libras de oro de más ó de menos hacian desaparecer á vuestros ojos la desemejanza de los caracteres.

Os engañasteis sin embargo; la conciencia de los débiles sufrió duros embates; pero se espantó con la horrible idea de desgarrar el seno de la patria. Imagináronse ver al padre, al hermano, al amigo que habiendo perecido en su defensa levantaban la cabeza de la tumba sepulcral para abrumarles con el peso de sus maldiciones. Estas preocupaciones ridículas fueron bastante poderosas para deteneros en vuestra carrera; os lamentasteis de tener que habéros las con un pueblo niño. Pero no es dado á la multitud este refinamiento de sentimientos; por eso vive en la pobreza y en la miseria, al paso que el hombre bien enseñado sabe elevarse muy pronto, por poco que las circunstancias le favorezcan. Esta es con corta diferencia la moral de vuestra historia.

Al dar cuenta de los obstáculos que se oponían á la realización de vuestras promesas propusisteis hacer venir al regimiento Real-Córcega. Esperabais que su ejemplo desengañaría á nuestros paisanos, dema-

(1) Filipo, rey de Macedonia, apoyándose en la autoridad de un oráculo que le había predicho que con hojas de plata conquistaría el Universo, decía que no consideraba ninguna fortaleza inexpugnable si podía hacer subir á ella una mula cargada de oro. (Nota del traductor.)

siado simples y demasiado cándidos, y les acostumbraría á una cosa á que mostraban tanta repugnancia; vuestra esperanza quedó también esta vez frustrada. Los Rossis, los Marengos y algunos otros locos entusiasmaron á este regimiento hasta el punto de que los oficiales reunidos protestaron, por medio de un acto auténtico, que devolverían sus despachos antes que violar sus juramentos ó quebrantar deberes todavía más sagrados.

Os hallasteis reducido á vuestro solo ejemplo. Sin desconcertaros os lanzasteis al Vescovato á la cabeza de algunos amigos y de un destacamento francés; pero el terrible Clemente (1) os desanidó de allí. Os replegasteis á Bastia con vuestros compañeros de aventura y sus familias. Esta retirada os hizo poco honor; vuestra casa y la de vuestros asociados fueron incendiadas. Cuando estuvisteis en lugar seguro, os burlasteis de estos esfuerzos impotentes.

Se quiere aquí imputaros á delito el haber querido armar al regimiento Real-Córcega contra sus hermanos; se quiere igualmente negar vuestro valor por la poca resistencia que hicisteis en el Vescovato. Estas acusaciones son muy poco fundadas; porque la primera es una consecuencia inmediata, es un medio de ejecución de vuestros proyectos, y como hemos probado que vuestra conducta era muy sencilla, queda destruida esta inculpación incidental. En cuanto á la falta de valor, yo no veo que la acción del Vescovato pueda justificar este cargo; vos no fuisteis allí para hacer seriamente la guerra, sino para animar con vuestro ejemplo á los que vacilaban en el partido opuesto. Y además, ¿qué derecho hay para exigir que hubieseis arriesgado el fruto de dos años de buena conducta para haceros matar como un soldado? Pero se dice que debía haberos conmovido el espectáculo de vuestra casa y las de vuestros amigos, incendiadas..... ¡Buen Dios! ¿Cuándo cesarán las gentes de cortos alcances de querer examinarlo

(1) Clemente Paoli, hermano mayor del general Paoli, buen guerrero, excelente ciudadano, verdadero filósofo. Al principio de una acción jamás podía resolverse á combatir personalmente: daba sus órdenes con la serenidad que caracteriza al capitán. Pero luego que veía caer á alguno de los suyos, tomaba las armas, y con la convulsión que agita á un hombre indignado, hacia uso de ellas exclamando: «¡Hombres injustos! ¿Por qué traspasáis los límites impuestos por la Naturaleza? ¿Por qué habéis de ser los enemigos de la patria?» Austero en sus costumbres, sencillo en su vida privada, vivió siempre retirado, y sólo en las grandes necesidades se presentaba á dar su parecer, del cual raras veces se apartaban los demás.

todo? Dejando quemar vuestra casa, poniais á M. de Choiseul en la necesidad de indemnizaros. La experiencia ha demostrado la exactitud de vuestros cálculos; os dieron mucho más de lo que valja lo que perdisteis. Verdad es que se quejan de que lo guardasteis todo para vos, no dando sino una bagatela á los miserables á quienes habiais seducido. Para justificar que habéis debido hacerlo, basta saber que lo podiais hacer con seguridad. Ahora bien, esas pobres gentes, á quienes era tan necesaria vuestra protección, no estaban en el caso de reclamar, ni aun en el de conocer muy claramente el agravio que les haciais; no podían darse por descontentos ni sublevarse contra vuestra autoridad; mirán道les sus compatriotas con horror, su conversión no hubiera sido ya sincera. Es por tanto muy natural que habiéndoos hallado de este modo con algunos miles de escudos, no los hayáis dejado escapar; esto hubiera sido una tontería. Los franceses batidos á pesar de su oro, de sus nombramientos, de la disciplina de sus numerosos batallones, de la ligereza de sus escuadrones, de la destreza de sus artilleros derrotados en la Penta, en el Vescovato, en Loretto, en San Nicolao, en Borgo, en Barbaggio, en Oletta, se atrincheraron excesivamente desanimados. El invierno, tiempo de reposo, fué para vos el mayor trabajo; y si no pudisteis triunfar de la obstinación de las preocupaciones profundamente arraigadas en el ánimo del pueblo, lograsteis seducir á algunos jefes en quienes por fin aunque con trabajo, conseguisteis inculcar los buenos sentimientos; lo cual unido á los treinta batallones que á la primavera siguiente trajo consigo M. de Vaux, sometió la Córcega al yugo y obligó á Paoli y á los más fanáticos á retriarse.

Una parte de los patriotas habian muerto defendiendo su independencia; la otra habia huído de una tierra proscripta que iba á convertirse en asqueroso nido de tiranos. Pero habia muchos que no murieron ni huyeron; éstos fueron objeto de persecuciones. Las almas á quienes no se habia podido corromper eran de otro temple; no podia asentarse el imperio francés sino sobre su aniquilamiento absoluto. ¡Ah!, este plan fué demasiado puntualmente ejecutado. Los unos perecieron víctimas de crímenes supuestos; los otros, vendidos por la hospitalidad, por la confianza, expiaron en el patíbulo las lágrimas y los suspiros sorprendidos á su disimulo; un gran número de ellos, amon-

tonados por orden de Narbonne-Fridzelar en la torre de Tolón emponzoñados por los alimentos, atormentados por sus cadenas, abrumados con indignos tratamientos, no vivieron algún tiempo en sus suspiros sino para ver la muerte adelantarse á pasos lentos..... Dios testigo de su inocencia, ¡cómo no te hiciste su vengador!

Vos, sin embargo, en medio de este desastre general entre los gritos y los gemidos de este desgraciado pueblo, comenzasteis á gozar del fruto de vuestros trabajos; honores, dignidades, pensiones, todo fué prodigado. Vuestra prosperidad se habría acrecentado todavía más rápidamente si la Dubarry (1) no hubiera derribado á M. de Choiseul, privandoos de un protector, de un apreciador de vuestros servicios. Este golpe no os desanimó; os volvisteis del lado de los ministros; solamente que conocisteis la necesidad de ser más asiduo. Vuestras atenciones les lisonjearon: ¡eran tan notorios vuestros servicios! Nada os negaron. No contento con el estanque de Biguglia, pedisteis una parte de las tierras de muchos pueblos. Se dice que porque queriais despojarles de su propiedad; yo pregunto á mi vez: ¿Qué consideraciones teniais vos que guardar con una nación que sabiais que os detestaba? Vuestro proyecto favorito era dividir la isla en diez baronías. ¡Cómo! No contento con haber ayudado á forjar las cadenas con que estaba amarrada vuestra patria, queriais todavía sujetarla al absurdo régimen feudal! Pero yo os elogio por haber hecho á los corsos todo el mal que habéis podido; estabais en guerra con ellos, y en el estado de guerra hacer el mal en provecho propio es un axioma. Pero dejemos á un lado estas fruslerías; lleguemos al momento actual y terminemos una carta que por su espantosa extensión no puede menos de fatigaros.

El estado de los negocios en Francia presagiaba acontecimientos extraordinarios. Vos temisteis las consecuencias en Córcega. El mismo delirio de que con escándalo vuestro estábamos poseídos antes de la guerra, comenzaba á agitar á este amable pueblo. Vos comprendisteis sus consecuencias, porque si los grandes sentimientos se apoderaban de la opinión, os tendrían por un traidor en vez de teneros por un

(1) Favorita de Luis XV. Fué condenada á muerte en 1793 por el tribunal revolucionario bajo pretexto de haber estado complicada en una conspiración.—(Nota del traductor.)

hombre sensato. Peor todavía: si los grandes sentimientos volvían á agitar la sangre de nuestros ardientes compatriotas; si por consecuencia se establecía un Gobierno nacional, ¿qué iba á ser de vos? Vuestra conciencia entonces empezó á espantarse: inquieto, afligido, no os abandonasteis tampoco á este temor: resolvisteis jugar el todo por el todo, pero lo hicisteis como hombre de talento. Os casasteis para aumentar el número de vuestros parciales. Un hombre honrado creyendo en vuestra palabra, había dado su hermana á vuestro sobrino, se encontró engañado. Vuestro sobrino, cuyo patrimonio habíais absorbido para acrecentar una herencia que debía ser la suya, se halló reducido á la miseria con una numerosa familia.

Arreglados vuestros negocios domésticos, echasteis una ojeada por el país: le visteis humeando con la sangre de sus mártires; visteis su superficie cubierta de multiplicado número de víctimas que inspiraban á todos ideas de venganza. Pero visteis al militar atroz, al leguleyo impertinente, al ávaro publicano reinar en él sin contradicción, y al corso abrumado bajo el peso de sus triples cadenas no atreverse ni á pensar en lo que fué ni á reflexionar sobre lo que podía ser todavía..... En el júbilo de vuestro corazón dijisteis: las cosas van bien, lo único que debe hacerse es conservarlas cual están, y al momento formasteis alianza con el militar, el leguleyo y el publicano. No se trataba, pues, más que de buscar diputados que estuviesen animados de estos sentimientos; porque en cuanto á vos, no podíais sospechar que una nación vuestra enemiga os eligiese para representarla; pero debisteis cambiar de opinión cuando la convocatoria; por un absurdo tal vez cometido de propósito, determinó que el diputado de la nobleza sería nombrado en una asamblea compuesta solamente de 22 personas: no se trataba más que de obtener 12 votos.

Vuestros consocios del Consejo superior trabajaron con actividad: amenazas, promesas, halagos, dinero, todo fué puesto en juego; lograsteis vuestro objeto. Los vuestros no fueron tan felices en las elecciones del pueblo: la del primer presidente naufragó; y dos hombres de ideas exaltadas, el uno hermano y sobrino de dos de los más celosos defensores de la causa común; el otro que había visto á Sionville y á Narbonne, lamentando su impotencia, y que tenía impresos en su alma los horrores que había visto cometer: estos dos hombres fueron

proclamados y obtuvieron el voto de la nación que llegó á fundar en ellos su esperanza. El despecho secreto, la rabia que vuestro nombramiento hizo devorar á todos, hacen el elogio de vuestras maniobras y del crédito de vuestra liga.

Llegado á Versalles fuisteis celoso realista; llegado á París, debisteis ver con sensible disgusto que el Gobierno que se quería organizar sobre tantos escombros era el mismo que en Córcega había sido ahogado con tanta sangre.

Los esfuerzos de los malvados fueron impotentes: admirada por la Europa la nueva constitución y convertida en objeto de la solicitud de todo ser pensador, no os quedó más que un recurso; éste fué el de hacer creer que esta constitución no convenía á nuestra isla cuando era precisamente igual á la que produjo tan buenos efectos y que para arrancárnosla fué preciso derramar tanta sangre.

Todos los delegados de la antigua administración que entraban naturalmente en vuestros planes, os sirvieron con todo el calor del interés personal: redactáronse memorias donde se pretendió probar lo ventajoso que era para nosotros el Gobierno actual, y donde se establecía que todo cambio sería contrario al voto de la nación. En este mismo tiempo la ciudad de Ayaccio tuvo noticia de lo que se tramaba: levantó la frente, formó su guardia nacional, organizó su comité. Este incidente inesperado os alarmó: la fermentación se comunicaba por todas partes. Persuadisteis á los ministros, sobre los cuales habíais tomado ascendiente en lo relativo á los negocios de Córcega, que era preciso enviar aquí á vuestro suegro M. Gaffory con un mando superior; y he aquí á M. Gaffory, digno precursor de M. Narbonne, que pretende á la cabeza de sus tropas contener con la fuerza la tiranía que su difunto padre, de gloriosa memoria, había combatido y confundido con su genio. Innumerables desaciertos cometidos por vuestro suegro, no permiten disimular la medianía de su talento: no era diestro más que en el arte de hacerse enemigos. Todos se reunían contra él. En tan inminente peligro, levantasteis vuestras miradas y visteis á Narbonne. Narbonne, aprovechando un momento de favor, proyectaba fijar en una isla que había devastado con crueldades inauditas el despotismo que le devoraba. Os concertasteis: se formó el proyecto; cinco mil hombres recibieron la orden de marchar; expidiéronse las ór-

denes para aumentar con un batallón el regimiento provincial; Narbonne se puso en marcha; esta pobre nación, sin armas, desanimada, iba á ser entregada sin esperanza y sin recurso en manos del que un día fué su verdugo.

¡Oh desgraciados compatriotas! ¡De qué odiosa trama ibais á ser víctimas! Sólo la habríais advertido cuando ya no hubiera sido tiempo. ¿Cómo resistir sin armas á 10.000 hombres? Vosotros mismos habríais firmado el acta de vuestro envilecimiento: toda esperanza habría huído, toda confianza habría acabado, y los días de desgracia se habrían sucedido sin interrupción. La Francia libre os habría mirado con desprecio; la Italia afligida, con indignación; y la Europa asombrada al ver un grado de envilecimiento tan sin ejemplo, habría borrado de sus anales los hechos que hacen honor á vuestra virtud. Pero vuestros diputados populares penetraron el proyecto y os advirtieron á tiempo. Un rey, que no deseó jamás sino la felicidad de sus compatriotas, aconsejado por M. Lafayette, ese constante amigo de la libertad, supo disipar las intrigas de un ministro pérfido á quien la venganza sugirió siempre la idea de perjudicaros.

Ayaccio mostró resolución en su mensaje donde con tanta energía se pintaba el estado miserable á que os había reducido el Gobierno más opresor. Bastia, dormida hasta entonces, se despertó al ruido del peligro y tomó las armas con la resolución que siempre le ha distinguido. Arena vino de París á Balagne, animado de esos sentimientos que inducen á emprenderlo todo y á despreciar todos los riesgos. Con las armas en la mano y con los decretos de la asamblea nacional en la otra hizo palidecer á los enemigos públicos. Aquiles Meurati, el conquistador de Caprara, que llevó la desolación hasta Génova y á quien para ser un Turena no faltaron más que las circunstancias y un teatro más vasto, hizo recordar á sus compañeros de glorias que todavía era tiempo de adquirirlas; que la patria en peligro tenía necesidad, no de intrigas de que él no entendía jamás, sino de hierro y de fuego. Al estruendo de una sacudida tan general, Gaffory quedó otra vez reducido á la nada, de donde importunamente la intriga le había hecho salir: tembló en la fortaleza de Corte. Narbonne, desde Lyon corrió á sepultar en Roma su vergüenza y sus proyectos infernales. Pocos días después, la Córcega formaba una provincia de Francia con los mismos

derechos que aquélla. Paoli vuelve á obtener el mando, y en un instante la perspectiva cambia y os ofrece una carrera que jamás os hubierais atrevido á esperar.

Perdonad, caballero; perdonad: he tomado la pluma para defenderos; pero mi corazón se ha indignado violentamente contra un sistema tan seguido de traición y de horror. ¡Y que, hijo de esta misma patria, nada sentisteis por ella! ¡Y que no latió vuestro corazón á la vista de las rocas, de los árboles, de las casas, de los sitios, teatro de los juegos de vuestra infancia! Cuando vinisteis al mundo, ella os tuvo en su seno, ella os alimentó con sus frutos: cuando llegasteis á la edad de la razón, ella puso en vos su esperanza, ella os honró con su confianza y os dijo: «Hijo mío, ya ves el estado de miseria á que me ha reducido la injusticia de los hombres; concentrada en mí misma, recobro fuerzas que me prometen un pronto é infalible restablecimiento; pero todavía me amenazan; corre, hijo mío, corre á Versalles, desengaña al gran rey, disipa sus sospechas, pídele su amistad.»

Pues bien; un poco de oro os hizo vender su confianza; y muy pronto por un poco de oro se os vió con el hierro parricida en la mano entrar á desgarrar sus entrañas. ¡Ah, M. Buttafoco, lejos estoy de desearos mal; pero temed..... hay remordimientos vengadores! Vuestros compatriotas, á quienes horrorizáis, desengañarán á Francia. Las pensiones, los bienes, fruto de vuestra traición, os serán quitados. En la decrepitud de la vejez y de la miseria, en la espantosa soledad del crimen viviréis mucho tiempo para ser atormentado por vuestra conciencia. El padre os mostrará á su hijo, el preceptor á su discípulo diciéndoles: «Jóvenes, aprended á respetar la patria, la virtud, la fe, la humanidad.»

Y vos, cuya juventud, cuyas gracias é inocencia han sido prostituidas, mujer respetable y desgraciada ¿palpita vuestro corazón puro y casto bajo una mano criminal? En esos momentos que la naturaleza encomienda al amor, cuando libre de las quimeras de la vida, se suceden los placeres rápidamente y sin interrupción, cuando el alma engrandecida por el fuego del sentimiento no goza sino haciendo gozar, no siente sino haciendo sentir, ¿estrecháis contra vuestro corazón, identificándoos con él al hombre frío y egoísta que siempre se ha mostrado tal, y que en el curso de sesenta años no ha conocido más

que los cálculos de su interés, el instinto de la destrucción, la avaricia más infame, los placeres, los viles placeres de los sentidos? Muy pronto esa multitud de distinciones y honores, esas muestras de opulencia desaparecerán; el desprecio de los hombres os confundirá. ¿Buscaréis entonces en el seno del autor de estos males un consuelo indispensable á vuestra alma sencilla y amante? ¿Buscaréis en sus ojos lágrimas que mezclar con las vuestras? Vuestra mano desfallecida colocada sobre su seno, ¿buscará en él reflejada, la agitación del vuestro? ¡Ah! Si le sorprendéis con lágrimas en los ojos, esas lágrimas serán las del remordimiento; si su seno se agita, será con las convulsiones del malvado que muere aborreciéndose á sí propio, á la naturaleza y á la mano que le guía.

¡Oh, Lameth! ¡oh, Robespierre! ¡oh, Pethion! ¡oh, Volney! ¡oh, Mira-beau! ¡oh, Barnave! ¡oh, Bailly! ¡oh, Lafayette! ¡ved ahí el hombre que se atreve á sentarse al lado vuestro, repugnante por estar bañado con la sangre de sus hermanos, y manchado con crímenes de toda especie, se presenta con la casaca de general, inicua recompensa de sus maldades; se atreve á llamarse representante de la nación, él que la vendió, y vosotros lo sufrís! ¡Se atreve á levantar los ojos, á prestar oídos á vuestros discursos, y vosotros lo consentís! Si se respeta la voz del pueblo, él no tuvo jamás sino los votos de doce nobles; si se respeta la voz del pueblo, Ayaccio, Bastia y la mayor parte de los cantones han hecho con su efigie lo que hubieran querido hacer con su persona.

Vosotros, á quienes el error, y tal vez los abusos de un momento inducen á oponerse á nuevos cambios, ¿podréis sufrir á un traidor? ¿Podréis sufrir á aquél que bajo un exterior frío de un hombre sensato oculta la avaricia de un lacayo? No puedo creerlo. Vosotros seréis los primeros en arrojarle ignominiosamente de vuestro lado, luego que lleguéis á saber el tejido de horrores de que es autor.

Tengo el honor, etc. Bonaparte (1).

(1) Traducción de la carta del presidente de la Sociedad patriótica de Ayaccio.—La Sociedad patriótica, habiendo tenido conocimiento del escrito en que reveláis, con tanta finura como fuerza y verdad, los oscuros manejos del infame Buttafoco, ha acordado su impresión, y en un acuerdo, de que os envío copia, me encarga rogaros que déis vuestro asentimiento para ello. La Sociedad juzga la impresión de este escrito útil al bien público,

Cartas á Josefina.

En medio de las atenciones de la guerra escribe Bonaparte á su mujer cartas apasionadas.

Marmiolo, 29 mesidor año IV (17 de Julio de 1796)

á las nueve de la noche.

Recibo, mi adorada amiga, tu carta que me ha llenado el corazón de gozo. Te agradezco el trabajo que te has tomado de darme noticias tuyas..... Desde que me separé de tí he estado siempre triste; mi dicha se encuentra á tu lado; sin cesar recuerdo tus besos, tus lágrimas, tus amables celos, y los atractivos de la incomparable Josefina reaniman á cada instante la llama viva y abrasadora que arde en mi corazón y en mis sentidos. ¿Cuándo podré, libre de toda inquietud y de todo cuidado, pasar todos mis instantes cerca de tí, no tener que hacer sino amarte, y no pensar más que en la dicha de decírtelo y de probártelo? Te enviaré tu caballo, pero creo que podrás responderme muy pronto. Creía amarte hace algunos días, pero desde que no te he visto conozco que te amo mil veces más todavía. Desde que te conozco, te adoro cada día más. Esto prueba cuán falsa es la máxima de la Bruyere que dice: el amor entra de repente. Todo en la naturaleza va creciendo por grados. Ah, te ruego que me muestres alguno de tus afectos, que seas menos bella, menos graciosa, menos tierna, menos

y esta es una razón que no os permite excusa. Soy, etc. Masseria, presidente de la Sociedad patriótica.

Extracto de las actas de las sesiones de la Sociedad patriótica.—La Sociedad patriótica, profundamente indignada en vista de la conducta criminal y escandalosa, de la impudencia sin ejemplo y de la calumnia más atroz que el diputado de la difunta nobleza ha osado mostrar hasta en la tribuna de la Asamblea nacional; considerando que en sus folletos no cesa de denigrar diariamente á su país y á todo lo que hay de más precioso, ha acordado que en adelante no se le dé otro título que el de *El infame Buttafoco*.

buena sobre todo; sobre todo no seas nunca celosa, no llores jamás; tus lágrimas me quitan la razón y queman mi sangre. Cree firmemente que no me es posible tener un pensamiento que no sea para ti ni una idea que no se refiera á ti. Descansa, restablécete pronto. Ven á unirte conmigo, y, al menos, que antes de morir podamos decir: «¡Fuimos tantos días felices!»

* * *

Módena, 26 vendimiario año IV (17 de Octubre de 1796)

á las nueve de la noche.

Anteayer he estado todo el día en campaña y ayer he guardado cama. La calentura y un violento dolor de cabeza me han impedido escribir á mi adorada amiga; pero he recibido sus cartas; las he estrechado contra mi corazón y contra mis labios y el dolor de la ausencia y cien millas de distancia han desaparecido. En aquel momento te he visto cerca de mí, no caprichosa ni enojada, sino dulce y tierna, con esa unción de bondad que nadie tiene sino Josefina. Era un sueño; juzga si esto me habrá curado la fiebre. Tus cartas son frias como cincuenta años; se parecen á las que se escriben á los quince años de matrimonio: en ellas se ve la amistad y los sentimientos del invierno de la vida. ¡Josefinal, eso es muy malo, muy reprehensible en ti; ¿qué te falta para hacerme desgraciado? ¿Dejarme de amar? Eso ya está hecho; ¿aborrecerme? Pues bien, lo deseo; todo envilece menos el aborrecimiento; pero la indiferencia con su pecho de mármol, su mirada lija, su andar monótono.....

Mil y mil besos muy tiernos como mi corazón.

Estoy mejor; mañana salgo de Módena; los ingleses abandonan el Mediterráneo; la Córcega es nuestra. Buena noticia para Francia y para el ejército.

Inscripciones en las banderas.

Á pesar de estar próxima la paz, Bonaparte no desatiende la conservación del espíritu militar de sus tropas.

Montebello 25 pradiel año V (13 de Junio de 1797.)

AL JEFE DE ESTADO MAYOR

Tendréis á bien mandar, ciudadano General, al general Brune que haga poner en la bandera de la 18.^a media brigada de línea la inscripción siguiente:

«¡Valiente decimoctava! te conozco; el enemigo no resistirá delante de ti».

Y en la bandera de la 25.^a la siguiente:

«La vigésimaquinta se ha cubierto de gloria».

Ocupación de Madrid

Querellas interiores tienen dividida á la familia real de España. Fernando, hijo del rey Carlos IV, se halla en lucha abierta con su padre. Á favor de estas divisiones, entra en España un ejército francés mandado por Murat, y llega hasta Madrid. Napoleón, receioso del efecto que esta invasión pudiera producir en los españoles, escribe á su cuñado diciéndole que se ha apresurado mucho á llevarla á cabo.

París, 20 de Marzo de 1808.

CARTA DE S. M. EL EMPERADOR AL GRAN DUQUE DE BERG

Temo que me engañéis al hacerme la pintura de la situación de España, y que os engañéis vos mismo. El negocio del 20 de Marzo ha complicado singularmente los acontecimientos; yo estoy en una gran perplejidad.

No vayáis confiado en que vais á atacar á una nación desarmada y en que no tenéis otra cosa sino presentar vuestros soldados para someter á España. La revolución del 20 de Marzo prueba que hay energía en los españoles. Tenéis que habéroslos con un pueblo nuevo: tiene todo el valor y tendrá todo el entusiasmo que se encuentra en hombres que no han gastado sus pasiones políticas.

La aristocracia y el clero son los amos de España; si temen por sus privilegios y por su existencia, harán que los pueblos se levanten en masa contra nosotros, y podrán eternizar la guerra. Yo tengo partidarios; pero si me presento como conquistador no los tendré.

El príncipe de la Paz es detestado porque se le acusa de haber entregado la España á la Francia; ese es el pretexto que ha servido para la usurpación de Fernando; el partido popular es más débil.

El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades que son necesarias al jefe de una nación; esto no impedirá que se haga de él un héroe para oponerle á nosotros. No quiero que se emplee la violencia con los personajes de esa familia: jamás es útil hacerse aborrecible é inflamar el odio. España tiene más de 100.000 hombres sobre las armas, número mayor del que se necesita para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchos puntos pueden servir de apoyo á un levantamiento general de toda la Monarquía (1).

Os presento el conjunto de obstáculos que son inevitables: hay otros que iréis conociendo después. Inglaterra no dejará escapar esta ocasión de multiplicar nuestras dificultades; diariamente expide avisos á las fuerzas que tiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo y recluta sicilianos y portugueses.

No habiendo salido de España la familia real para establecerse en las Indias, sólo una revolución puede cambiar el estado de ese país; pero tal vez es en Europa el menos preparado para ella. Los que ven los vicios monstruosos de ese Gobierno y la monarquía que ha ocupado el lugar de la autoridad legal son muy pocos; el mayor número se aprovecha de esos vicios y de esa anarquía.

En el interés de mi imperio, puedo hacer mucho bien á España.

(1) Este párrafo indica el gran golpe de vista político de Napoleón, y su conocimiento de los asuntos de España y de la familia real: no era únicamente *coloso fundido para la guerra*, según frase del eminente poeta escolapio P. Arolas; fué un gran político.

¿Cuáles son los medios mejores que puedo adoptar? ¿Iré á Madrid? ¿Ejerceré el acto de un gran protectorado decidiendo la cuestión entre el padre y el hijo? Me parece difícil hacer reinar á Carlos IV: su Gobierno y su favorito están tan desacreditados, que no durarían tres meses.

Fernando es enemigo de Francia; por eso le han hecho rey: colocarle en el trono será servir la causa de las facciones que de veinticinco años á esta parte intentan el aniquilamiento de la Francia. Una alianza de familia sería un lazo débil. La reina Isabel y otras princesas francesas perecieron miserablemente luego que se las pudo inmolar impunemente á venganzas atroces. Pienso que no debemos precipitar las cosas y que conviene aconsejarnos de los acontecimientos que van á seguir..... Será preciso reforzar los Cuerpos de ejército que permanezcan en la frontera de Portugal, y aguardar.

No apruebo el partido que ha tomado V. A. I. de apoderarse tan precipitadamente de Madrid: debíais haber tenido el ejército á diez leguas de la capital. No teníais la seguridad de que el pueblo y la magistratura estuviesen dispuestos á reconocer á Fernando sin oposición. El príncipe de la Paz debe tener partidarios en los empleos públicos; por otra parte, todavía profesan los españoles cierta adhesión al anciano Rey, efecto de la costumbre, que puede producir buenos resultados. Vuestra entrada en Madrid, dando que sospechar á los españoles, ha servido poderosamente á Fernando. He mandado á Savary que se traslade al lado del anciano Rey para ver lo que pasa: se pondrá de acuerdo con V. A. I. Más adelante veremos qué partido se ha de tomar; entretanto he creído conveniente prescribiros lo que sigue:

No empeñaréis mi palabra de tener una entrevista en España con Fernando, sino en el solo caso de que sea tal la situación de las cosas, que deba yo reconocerle por rey. Usaréis de atenciones con el Rey, la Reina y el príncipe Godoy: exigiréis que se les rindan y les rendiréis por vuestra parte los mismos honores que en otro tiempo. Haréis de suerte que los españoles no puedan sospechar el partido que yo haya de tomar luego: esto no será difícil, yo mismo no lo sé.

Haréis entender á la nobleza y al clero que si Francia debe intervenir en los negocios de España, sus privilegios é inmunidades serán

respetados. Les diréis que el Emperador desea que se perfeccionen las instituciones políticas de España, para ponerla en relación con el estado de civilización de Europa, para libertarla del Gobierno de favoritos..... Diréis á los magistrados y á los vecinos de las ciudades, á los hombres ilustrados, en fin, que España tiene necesidad de reconstruir la máquina de su Gobierno y que necesita leyes que garanticen á los ciudadanos contra la arbitrariedad y contra las usurpaciones del feudalismo; instituciones que reanimen la industria, la agricultura y las artes. Les pintaréis el estado de tranquilidad y bienestar de que goza Francia, á pesar de las guerras en que siempre se ve empeñada, y el esplendor de la religión, que debe su restablecimiento al concordato que yo he firmado con el Papa. Les mostraréis las ventajas que pueden resultar de una regeneración política: el orden y la paz en el interior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y de vuestros escritos: no déis ningún paso precipitado; puedo esperar en Bayona, puedo pasar los Pirineos, y fortificándome en Portugal llevar la guerra por ese lado.

Pensaré en vuestros intereses particulares; no penséis vos en ellos..... Portugal quedará á mi disposición..... Que ningún proyecto personal llame vuestra atención ni dirija vuestra conducta; esto me perjudicaría, y á vos más que á mí.

Lleváis demasiado adelante vuestras intrucciones del 14: la marcha que prescribís al general Dupont es demasiado rápida á causa del acontecimiento del 19 de Marzo. Hay modificaciones que hacer; daréis nuevas disposiciones; recibiréis instrucciones de mi ministro de Negocios extranjeros.

Mando que se mantenga la más rigurosa disciplina; que no se perdonen ni las más pequeñas faltas. Se tendrán las mayores atenciones con los habitantes y se respetarán principalmente las iglesias y los conventos.

El ejército evitará todo encuentro, ya con Cuerpos del ejército español, ya con destacamentos; es preciso que ni por una ni por otra parte se queme un cartucho.

Dejad á Solano que pase de Badajoz; hacedle observar; dad vos mismo la indicación de las marchas de vuestro ejército para tenerle siempre á distancia de muchas leguas de los Cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra, todo se habría perdido.

La política y las negociaciones son las que deben decidir de los negocios de España. Os recomiendo que evitéis el entrar en explicaciones con Solano, así como con los demás generales y gobernadores españoles.

Me enviaréis dos estafetas diarias; en caso de que sobrevinieren grandes acontecimientos, me enviaréis ayudantes de órdenes; haced que el Chamberlán de Tournon, que os lleva este pliego, vuelva inmediatamente á mi lado; le entregaréis un parte circunstancial de todo. Con esto, etc., etc.

Entrada en Madrid.

La presencia de Napoleón vuelve la victoria á las banderas francesas: Madrid había sido evacuado por el ejército; el Emperador entra en esta capital.

Madrid, 5 de Diciembre de 1808.

(Décimocuarto *Boletín del Ejército de España*).

El 3 á las doce llegó S. M. á las alturas que coronan á Madrid, donde se hallaban situadas las divisiones de dragones de los generales Latour-Maubourg y Lahoussaye, y la guardia imperial de Caballería. El aniversario de la coronación, esa época que ha señalado tantos días gloriosos para Francia, despertó en los corazones los más dulces recuerdos, é inspiró á todas las tropas un entusiasmo que se manifestó con mil aclamaciones. El tiempo era magnífico y semejante al que se goza en Francia en los hermosos días de Mayo.

El mariscal duque de Istria intimó la rendición de la villa, donde se había formado una Junta militar bajo la presidencia del general Castellar, el cual tenía á sus órdenes al general Morla, Capitán general de Andalucía, é inspector de Artillería.

Había en la población gran número de paisanos armados que habían acudido de todas partes, 6.000 soldados de línea y 100 piezas de artillería. Ocho días hacía que se estaban construyendo barricadas en

las calles y en las puertas de la villa; 60.000 hombres se hallaban sobre las armas; por todas partes se oían gritos; las campanas de doscientas iglesias tocaban á la vez, y todo presentaba la imagen del desorden y del delirio.

Un general de tropas de línea se presentó en los puestos avanzados para contestar á la intimación del duque de Istria; iba acompañado y vigilado por 30 hombres del pueblo, cuyo traje, miradas y feroz lenguaje traían á la memoria los asesinos de Septiembre. Cuando fué preguntado el general español si quería exponer á las mujeres, niños y ancianos á los horrores de un asalto, manifestó á hurtadillas el dolor de que estaba poseído, dando á conocer por señas que gemía bajo la opresión, así como todas las personas honradas de Madrid, y cuando levantaba la voz, sus palabras eran dictadas por los miserables que le rodeaban. No se puede dudar del extremo á que había llegado la tiranía de la multitud, cuando se le vió formar un acta de sus propias palabras, y hacer que en ella firmasen los espadachines que le rodeaban.

El ayudante de campo del duque de Istria, que había sido enviado á la población, atacado por hombres de la última clase del pueblo, iba á ser asesinado cuando las tropas de línea, indignadas, le tomaron bajo su protección y le enviaron á su general.

Un choricero de Extremadura, que mandaba una de las puertas, se atrevió á pedir que el duque de Istria fuese en persona á la villa, y entrase con los ojos vendados; el general Monbrun rechazó con indignación esta audaz propuesta; al momento le rodearon, y no pudo escapar sino valiéndose de su sable. Faltó poco para que fuese víctima de la imprudencia con que habían olvidado que no eran enemigos civilizados los que tenía al frente.

Poco tiempo después se pasaron á nuestro campo algunos soldados de guardias walonas. Sus declaraciones nos convencieron de que los propietarios, las personas honradas habían perdido la influencia, y debimos creer que toda conciliación era imposible.

El día anterior, el marqués de Perales, hombre respetable, que hasta entonces había gozado, al parecer, de la confianza del pueblo, fué acusado de haber hecho poner arena en los cartuchos de los cañones. Al momento fué ahorcado, y sus miembros, destrozados, fueron

remitidos como trofeos á los diversos barrios de la población. Decretóse que volvieran á hacerse todos los cartuchos, y 3.000 ó 4.000 frailes fueron conducidos al Retiro, y empleados en este trabajo. Habíase mandado que todos los palacios y casas estuviesen constantemente abiertos para que los paisanos de los pueblos más inmediatos encontrasen en ellos sopa y alimentos á discreción.

La infantería francesa se hallaba aún á tres leguas de Madrid. El Emperador empleó la tarde en reconocer la villa y proyectar un plan de ataque que se conciliase con las consideraciones que merecen el gran número de personas honradas que se encuentran siempre en una gran capital.

Tomar á Madrid por asalto, podía ser una operación militar fácil; pero obligar á esta gran población á someterse, empleando unas veces la fuerza, otras la persuasión, y librando á los propietarios y á los verdaderos hombres de bien de la opresión en que gemían, eso era lo más difícil. Todos los esfuerzos del Emperador en estos dos días no tuvieron otro objeto; estos esfuerzos han sido coronados por el éxito más brillante.

A las siete llegó la división Lapisse, del Cuerpo del mariscal duque de Bellune. La luna daba una claridad que parecía prolongar la del día. El Emperador mandó al brigadier Maison que se apoderase de los arrabales, y encargó al general Lauriston que protegiese esta ocupación con el fuego de cuatro piezas de artillería de la guardia. Los tiradores del 16.^o se apoderaron de las casas y principalmente de un vasto cementerio. A los primeros disparos el enemigo mostró tanta cobardía como arrogancia había manifestado durante todo el día.

El duque de Bellune empleó toda la noche en colocar su artillería en los puntos designados para el ataque.

A las doce de la noche el príncipe de Neufchatel envió á Madrid á un teniente de artillería español, hecho prisionero en Somosierra, y que veía con espanto la loca obstinación de sus conciudadanos. Este oficial se encargó de llevar la carta adjunta (1).

(1) Al señor comandante de la villa de Madrid: Habiendo las circunstancias de la guerra conducido al ejército francés á las puertas de Madrid, y estando tomadas todas las disposiciones para apoderarnos de la villa á viva fuerza, creo conveniente y conforme al uso de todas las naciones, intimaros, señor general, que no expongáis una población tan importante á todos los horrores de un asalto, ni hagáis á tantos habitantes pacíficos vícti-

El 3 á las nueve de la mañana volvió el mismo parlamentario al cuartel general con la adjunta carta (1).

Pero ya el brigadier de artillería Senarmont, oficial de gran mérito, había colocado sus treinta piezas de artillería y comenzó un fuego muy vivo que había abierto brecha en las paredes del Retiro. Habiendo penetrado por la brecha los cazadores de la división Villatte, les siguió su batallón, y en menos de una hora fueron derrotados 4.000 hombres que defendían el Retiro. El palacio del Retiro, los puntos importantes del Observatorio, de la fábrica de porcelana, del gran cuartel y del palacio de Medinaceli, y todas las bocacalles que habían sido puestas en estado de defensa, cayeron en poder de nuestras tropas.

Por otra parte se había intentado un ataque falso atrayendo la atención del enemigo con el fuego de 20 morteros.

Difícil hubiera sido imaginarse el desorden que reinaba en Madrid, si un gran número de prisioneros que iban llegando sucesivamente no nos hubiesen dado cuenta de las escenas espantosas y de todo género que pasaban en la capital; se habían cortado las calles y aspillerado las casas; habíanse formado barricadas con sacos de algodón y lana; las ventanas estaban obstruidas con colchones; los habitantes que habían perdido la esperanza del buen éxito de una ciega resistencia, huían á los campos; otros que conservaban alguna mayor serenidad, y preferían mostrarse en sus mismas posesiones ante un enemigo generoso, mas bien que abandonarlas al saqueo de sus propios conciudadanos, pedían que no se diese lugar á un asalto. Los que eran extra-

mas de los males de la guerra. No queriendo perdonar medio para instruiros acerca de vuestra verdadera situación, os envío la presente con uno de vuestros oficiales, hecho prisionero, y que se ha encontrado en disposición de ver por sí mismo los medios que el ejército tiene para reducir la población. Recibid, señor general, etc.

Alejandro.



(1) AS. AS. el príncipe de Neuchatel. Serenísimos señor: Antes de responder categóricamente á V. A., no puedo dispensarme de consultar á las autoridades constituidas de esta villa, y conocer las disposiciones del pueblo, dándole aviso de las circunstancias presentes.

A este fin, suplico á V. A. que me conceda el día de hoy de suspensión para cumplir con estas obligaciones, prometiendo mañana temprano ó esta misma noche enviar la respuesta á V. A. por conducto de un oficial general. Ruego á V. A. que reciba, etc.

F. el Marqués de Castelar.

ños á la población ó nada tenían que perder, querían que se defendiese á todo trance, acusaban de traidoras á las tropas de línea, y las obligaban á continuar el fuego.

El enemigo tenía en batería más de cien piezas de artillería; un número mayor de piezas de 2 y 3 habían sido desenterradas de las cuevas y montadas en carretas, formando un grotesco conjunto que hubiera bastado por sí sólo á probar el delirio de un pueblo abandonado á sí mismo. Pero todos los medios de defensa eran ya inútiles, pues el que se hace dueño del Retiro, lo es de Madrid. El Emperador puso todo su conato en evitar que entrasen de casa en casa, considerando que la villa se perdía, si se empleaba mucha tropa; y así fué que sólo se adelantaron algunas compañías de cazadores, que el Emperador se negó siempre á hacer que fuesen sostenidas.

Á las once escribió el príncipe de Neufchatel la carta adjunta (1), y S. M. mandó inmediatamente que cesara el fuego en todos los puntos.

A las cinco, el mariscal Morla, uno de los individuos de la junta militar, y D. Bernabé Iriarte, comisionado de la villa, se presentaron en la tienda de S. A. S. el mayor general, á quien manifestaron que todos los hombres de sano juicio conocían que la villa carecía de recursos, y que el continuar defendiéndola era un verdadero delirio; pero que las últimas clases del pueblo y la multitud de forasteros que había en Madrid, querían defenderse y creían poderlo hacer. Para hacer entrar en razón al pueblo, pedían que se les concediese todo el día 4. El príncipe general mayor los presentó al Emperador y Rey, el cual les dijo: «En vano os escudáis con el nombre del pueblo, pues si no podéis calmarlo, es porque vosotros mismos lo habéis alarmado, aluci-

(1) Al general comandante de las fuerzas de Madrid.—Sr. General Castelar: Defender á Madrid es contrario á los principios de la guerra, é inhumano para sus habitantes. Su Majestad me autoriza para enviaros una segunda intimación. Tenemos dispuesto un tren inmenso de artillería, y nuestros zapadores y mineros están prontos á hacer volar vuestros principales edificios; columnas de tropa tienen tomadas las salidas de la villa, de las cuales se han apoderado algunas compañías de cazadores. Pero el Emperador, generoso siempre en el curso de sus victorias, suspende el ataque hasta las dos. La villa de Madrid debe esperar protección y seguridad para sus habitantes pacíficos, para el culto, para sus ministros, y en fin, un completo olvido de lo pasado. Enarbolad una bandera blanca antes de la dos, y envid comisionados para tratar de la entrega de la villa. Recibid, señor general, etc., etc.

El mayor general, *Alejandro*.

nándolo con embustes. Reunid á los párrocos, á los superiores de los conventos, á los alcaldes, á los principales propietarios, y que de aquí á las seis de la mañana se entregue Madrid, ó de lo contrario habrá dejado de existir. No quiero ni debo retirar mis tropas. Vosotros habéis sacrificado á los infelices prisioneros franceses que cayeron en vuestras manos; vosotros habéis consentido hace pocos días que arrastrasen y asesinasen por las calles á dos criados del embajador de Rusia, porque habían nacido en Francia. La torpeza y la cobardía de un general pusieron en vuestras manos tropas que habían capitulado en el campo de batalla, y la capitulación ha sido violada. Vos mismo, caballero Morla, ¿qué carta escribisteis á aquel general? No hay duda en que os correspondía hablar de saqueo á vos, que cuando entrasteis en el Rosellón, robasteis todas las mujeres, y las repartisteis como parte de botín entre vuestros soldados. ¿Y qué derecho teniais, por otra parte, para hablar de esa manera? La capitulación os lo prohibía. Muy distinta ha sido la conducta de los ingleses, sin embargo de que nunca se han tenido por observadores demasiado rígidos del derecho de gentes. Se han quejado del tratado de Portugal, pero lo han cumplido. Violar los tratados militares es renunciar á la civilización y colocarse en la misma esfera que los beduinos del desierto. ¿Con qué derecho os atrevéis á pedir una capitulación, vos que habéis violado la de Bailén? Ved ahí cómo la injusticia y la mala fe se vuelven siempre en perjuicio de los mismos que las han empleado. Yo tenía en Cádiz una flota que era aliada de la España, y eso no obstante, dirigisteis contra ella los morteros de la ciudad en que mandabais. Yo tenía en mis filas un ejército español, y he querido mejor verlo pasar á los buques ingleses, y hallarme obligado á precipitarlo desde lo alto de las rocas de Espinosa, antes que desarmarlo: preferí tener 7.000 enemigos más que combatir, antes que faltar á la buena fe y al honor. Volved á Madrid, y os doy de término hasta las seis de la mañana. Presentaos de nuevo á mí, si venís á decirme que el pueblo está dispuesto á someterse; de lo contrario, vos y vuestras tropas seréis todos pasados por las armas.»

Á las seis de la mañana del día 4 se personaron en la tienda del príncipe mayor general, el general Morla y el general D. Fernando de la Vera, gobernador de Madrid. Los discursos del Emperador y repe-

tidos entre las personas influyentes, la certeza de que aquél venía mandando en persona, y las pérdidas sufridas el día anterior, infundieron el dolor y el arrepentimiento en todos los ánimos; así fué que los más alborotados habían esquivado el peligro por medio de la fuga, y parte de la tropa se había desertado.

Á las diez, el general Belliard tomó el mando de Madrid; entregáronse á los franceses todos los puestos, y se concedió y proclamó un perdón general.

Desde el mismo instante, hombres, mujeres y niños recorrieron las calles con toda seguridad, y las tiendas permanecieron abiertas hasta las once de la noche. Los habitantes todos se pusieron á destruir las barricadas y á componer las calles: los frailes volvieron á sus conventos, y en pocas horas presentó Madrid el contraste más extraordinario, contraste inexplicable para el que no conoce las costumbres de las grandes poblaciones. Muchos que no podían disimularse á sí mismos lo que hubieran hecho en semejantes circunstancias, se admiraban de la generosidad de los franceses. Entregáronse 50.000 armas y se llevaron al Retiro 100 piezas de artillería. Por lo demás, la angustia y agonía en que vivían hacía cuatro meses los habitantes de aquella desgraciada villa, no pueden describirse. La Junta ni tenía poder ni prestigio; los hombres más ignorantes y violentos ejercían el mando, y el pueblo á cada instante sacrificaba ó amenazaba con la horca á sus magistrados y generales. El brigadier Maison fué herido; el general Bruyere, que tuvo la imprudencia de adelantarse en el momento en que cesaba el fuego, fué muerto. Doce soldados fueron muertos y cincuenta heridos. Esta pérdida insignificante para un acontecimiento tan memorable, fué debida á la escasez de tropas regladas, y preciso es decirlo, á la extremada cobardía de todos los que tenían las armas en la mano.

La artillería, según costumbre, fué la que prestó mayores servicios.

Diez mil fugitivos escapados de Burgos y de Somosierra, y la segunda division del ejército de reserva se hallaban el día 3, á tres leguas de Madrid, pero cargados por un piquete de dragones, apelaron á la fuga, abandonando 40 piezas de artillería y 60 cajones de cartuchos.

Un hecho hay que consideramos digno de ser citado.

Un antiguo general, retirado del servicio y de edad de ochenta

años, vivía en Madrid en una casa inmediata á la calle de Alcalá, á la cual fué á alojarse con su tropa un oficial francés. El respetable anciano, presentándose á dicho oficial con una hija suya de la mano, le dijo: Soy un antiguo soldado y ésta es mi hija: 900.000 libras le doy en dote, salvadle el honor y sed su esposo. El joven oficial tomó bajo su protección al anciano, á su familia y á su casa. ¡Cuán culpables son los que exponen á tantos ciudadanos pacíficos, á tantos infortunados habitantes de una gran capital á semejantes desgracias!

El duque de Dantzick llegó el día 3 á Segovia. El duque de Istria con 4.000 caballos fué en persecución de la división mandada por Pennas, la cual, habiéndose escapado de la batalla de Tudela, se dirigió hacia Guadalajara.

Florida Blanca y la Junta huyeron de Aranjuez á Toledo, y no creyéndose todavía seguros en esta ciudad, se refugiaron al lado de los ingleses.

Vergonzosa fué seguramente la conducta de los ingleses. Desde el día 20 se hallaban en El Escorial en número de 6.000 hombres, y pasaron allí algunos días: nada menos pretendían que salvar los Pirineos y caer sobre el Garona. Sus tropas eran excelentes y bien disciplinadas, y es inconcebible la confianza que inspiraban á los españoles. Unos creían que aquella división iría á Somosierra, otros que vendría á defender la capital de un aliado tan querido, pero todos conocían mal á los ingleses. Apenas tuvieron éstos aviso de que el Emperador estaba en Somosierra emprendieron la retirada hacia El Escorial, y desde allí, combinando su marcha con la división de Salamanca, se dirigieron hacia el mar. «Por lo que hace á armas, pólvora y uniformes, sí nos han dado—decía un español;—pero sus soldados no han venido más que á instarnos, á comprometernos y abandonarnos en medio del peligro.—¿Ignoráis acaso—respondió un oficial francés,—los hechos más recientes de nuestra historia? ¿Pues qué han hecho por el Stathouder, por la Cerdeña y por el Austria? ¿Qué han hecho últimamente en favor de Suecia? Lo que hacen es fomentar la guerra y distribuir armas como veneno, pero nunca derramar su sangre sino por sus intereses directos y personales. No esperéis otra cosa de su egoísmo.» «Y sin embargo—replicó el español,—su causa era la nuestra. Cuarenta mil ingleses que se hubiesen unido á nuestras tropas en Tudela y Es-

pinosa, habrían podido contrapesar las probabilidades y salvar á Portugal. Pero ahora que nuestro ejército de Blake á la izquierda, y el del centro y el de Aragón á la derecha, se hallan destruidos, que España está casi enteramente conquistada, y la razón acabará de someterla en un todo, ¿qué va á ser de Portugal? Ciertamente que no es en Lisboa donde los ingleses debían defenderlo, sino en Espinosa, en Burgos, en Tudela, en Somosierra y delante de Madrid».

Madrid, 7 de Diciembre de 1808.

Proclama.

Españoles:

Habéis sido alucinados por hombres pérfidos que os han comprometido en una lucha insensata y os han hecho tomar las armas. ¿Hay alguno entre vosotros que, reflexionando un momento sobre todo lo que ha pasado, no se convenza al punto de que habéis sido el juguete de los eternos enemigos del continente que se regocijaban al ver correr la sangre española y la sangre francesa? ¿Cuál podía ser el resultado, si se quiere, hasta de unas cuantas victorias? Una guerra sin término y una larga incertidumbre sobre la suerte de vuestras propiedades y de vuestra existencia. En pocos meses os habéis visto entregados á todos los tormentos de las facciones populares; la derrota de vuestros ejércitos ha sido obra solamente de algunas marchas. He entrado en Madrid, y el derecho de guerra me autorizaba para hacer un terrible escarmiento y lavar en sangre los ultrajes hechos á mí y á mi nación; pero no he querido escuchar más que la clemencia. Sólo algunos hombres, autores de todos vuestros males, serán castigados. Pronto arrojaré de la Península ese ejército inglés, enviado á España, no para auxiliaros, sino para inspiraros una falsa confianza y comprometeros.

Ya os dije en mi alocución del 2 de Junio que quería ser vuestro regenerador. Á los derechos que me han cedido los príncipes de la última dinastía, habéis querido que añadiese el derecho de conquista;

esto no hará variar en nada mis disposiciones. No vacilo en elogiar lo que haya podido haber de generoso en vuestros esfuerzos, y me complazco en reconocer que os han ocultado vuestros verdaderos intereses y disfrazado el estado verdadero de las cosas. Españoles, en vuestras manos tenéis vuestro destino. Arrojad el veneno que los ingleses han derramado entre vosotros; asegurad á vuestro Rey de vuestro amor y de vuestra confianza, y seréis más poderosos y felices de lo que nunca habéis sido; sea destruído todo lo que se oponía á vuestra prosperidad y grandeza, y desaparezcan las trabas que pesaban sobre el pueblo; una Constitución liberal os da en vez de una monarquía absoluta, una monarquía templada y constitucional. De vosotros depende que esta Constitución sea para siempre vuestra ley.

Pero si todos mis esfuerzos son inútiles, si no correspondéis á mi confianza, no me quedará otro recurso que trataros como provincias conquistadas y colocar á mi hermano en otro solio. Yo ceñiré mi frente con la corona de España y sabré hacerla respetar de los malvados, porque Dios me ha dado la fuerza y la voluntad necesaria para superar todos los obstáculos.

Nota del «*Moniteur*».

En una contestación al Cuerpo legislativo dijo la Emperatriz Josefina que dicho Cuerpo representaba la nación. Napoleón lo supo en España y se irritó de manera que hizo insertar en el *Moniteur* la nota siguiente, que fué una severa lección para la Emperatriz:

Moniteur del 15 de Diciembre de 1808.

En varios periódicos nuestros se lee que S. M. la Emperatriz, en su contestación á la diputación del Cuerpo legislativo, había dicho que se complacía en ver que el primer sentimiento del Emperador había sido por el Cuerpo legislativo que representa la nación.

S. M. la Emperatriz no ha dicho tal cosa, pues conoce muy bien

nuestras instituciones y sabe que el primer representante de la nación es el Emperador, porque todo poder viene de Dios y de la nación.

En el orden jerárquico de nuestras Constituciones después del Emperador sigue el Senado, después el Consejo de Estado, luego el Cuerpo legislativo, y sucesivamente cada tribunal y funcionario público en el orden de sus atribuciones, porque si hubiese en nuestra Constitución un Cuerpo que representara la nación, ese Cuerpo sería soberano; los otros Cuerpos nada valdrían, y sus voluntades serían la ley.

La Convención, y aun el Cuerpo legislativo, fueron representantes, según nuestras Constituciones anteriores. Por eso vimos que el Presidente disputó el asiento de preferencia al Rey, fundándose en el principio de que el Presidente de la Asamblea de la nación era antes que las autoridades de la nación. Nuestras desgracias han provenido de parte de esa exageración de ideas. Sería una pretensión quimérica, y hasta criminal, querer representar la nación antes que el Emperador.

El Cuerpo legislativo, impropriamente llamado así, debería denominarse Consejo legislativo, puesto que no correspondiéndole la iniciativa, no tiene la facultad de hacer leyes. El Consejo legislativo es la reunión de los mandatarios de los colegios electorales, y se les llama diputados de los departamentos porque son nombrados por éstos.

En el orden de nuestra jerarquía constitucional, el primer representante de la nación es el Emperador y sus ministros, órganos de sus decisiones; la segunda autoridad representante es el Senado; la tercera, el Consejo de Estado que tiene verdaderas atribuciones legislativas; y el cuarto lugar lo ocupa el Consejo legislativo.

Todo se volvería confusión y desorden, si otras ideas constitucionales viniesen á pervertir las ideas de nuestras Constituciones monárquicas.

Salida de Madrid.

En el momento de dejar á Madrid para volver á Francia, recibe Napoleón á una diputación de aquella capital.

Madrid, 15 de Diciembre de 1808.

Respuesta de Napoleón á una diputación de la villa de Madrid.

Me felicito por los sentimientos que me manifiesta la villa de Madrid; siento el mal que ha experimentado, y tengo á dicha especial el haberla podido salvar en estas circunstancias, preservándola de mayores males.

Me he apresurado á tomar disposiciones que tranquilizasen á los ciudadanos de todas clases, conociendo lo penosa que es la incertidumbre para todos los pueblos y para todos los hombres.

He conservado las órdenes religiosas, disminuyendo, empero, el número de frailes; *pues no hay hombre sensato que no esté persuadido de que eran aquéllos sobrado numerosos*. Los que tengan una verdadera vocación, permanecerán en sus conventos. Respecto de aquéllos cuya vocación haya sido poco sólida y determinada, acaso por consideraciones mundanas, he procurado asegurar su subsistencia en el orden de los eclesiásticos seculares. Con lo sobrante de los bienes de los conventos he atendido á las necesidades de los párrocos, *de esta clase la más útil é interesante del clero*.

He suprimido ese tribunal contra el cual el siglo y la Europa habían levantado el grito. *Los sacerdotes deben dirigir las concien-*

cias, pero nunca ejercer jurisdicción exterior y corporal sobre los ciudadanos.

He satisfecho á lo que me debía á mi mismo y á mi nación, dejando cumplida la venganza; diez de los principales culpables han sucumbido, y el perdón ha sido completo para los restantes.

He abolido derechos usurpados por los señores en épocas de guerra civil, en que los reyes se han visto obligados, con demasiada frecuencia, á abandonar sus derechos para comprar su tranquilidad y el reposo de los pueblos.

He suprimido los derechos feudales, y cada cual podrá establecer fondas, hornos, molinos, pesquerías y dar libre ensanche á su industria con sujeción á las leyes y reglamentos de policía. El egoísmo, la riqueza y la prosperidad de unos cuantos hacían más daño á vuestra agricultura que los ardores de la canícula.

Así como no hay más que un Dios, tampoco debe haber en un Estado más que una sola justicia. Todas las justicias particulares habían sido usurpadas y eran contrarias á los derechos de la nación. Por eso las he suprimido.

He procurado también hacer conocer á cada cual lo que podía temer y lo que podía esperar.

A los ejércitos ingleses los arrojaré de la Península.

Zaragoza, Valencia y Sevilla serán sometidas, ó por la persuasión ó por la fuerza de mis armas.

No hay obstáculo alguno capaz de retardar por mucho tiempo la ejecución de mi voluntad.

Pero lo que es superior á mi poder es constituir á los españoles en nación bajo las órdenes del Rey, si continúan imbuídos en los principios de escisión y de odio hacia Francia, que los partidarios de los ingleses y los enemigos del continente han difundido en España. Yo no puedo establecer una nación; un rey y la independencia de los españoles, si ese rey no está seguro de su adhesión y de su fidelidad.

Los Borbones no pueden reinar ya en Europa. Las divisiones en la familia real fueron introducidas por los ingleses. No era al rey Carlos ni á su favorito á quienes el duque del Infantado, instrumento de Inglaterra, como lo demuestran los documentos hallados últimamente en su casa, quería derribar; lo que se quería era establecer en España la

preponderancia inglesa; proyecto inconsiderado, cuyo resultado habría sido una guerra interminable que habría hecho correr ríos de sangre. Ninguna potencia puede existir en el continente si da oídos á la influencia inglesa. Si alguna lo desea, su deseo es insensato y tarde ó temprano le causará su ruina.

Fácil me sería, y tendría que verme obligado á gobernar la España estableciendo tantos virreyes como provincias. Sin embargo, no me negaré á ceder mis derechos de conquista al Rey y establecerlo en Madrid, cuando los 30.000 ciudadanos que encierra esta capital, eclesiásticos, nobles, comerciantes y letrados, manifiesten sus sentimientos y su fidelidad, den ejemplo á las provincias, ilustren al pueblo y hagan conocer á la nación que su existencia y su ventura dependen de un rey y de una Constitución liberal, favorable al pueblo y contraria solamente al egoísmo y á las orgullosas pasiones de los grandes.

Si son estos los sentimientos de los habitantes de la villa de Madrid, reúnanse esos 30.000 ciudadanos en las iglesias, y presten delante del Santísimo Sacramento un juramento que no salga sólo de la boca sino del corazón y sin restricción jesuítica; juren defender, amar y ser fieles al Rey, inculquen estos sentimientos al pueblo los sacerdotes en el confesonario y en el púlpito, los comerciantes en su correspondencia y los letrados en sus escritos y discursos, y entonces me desposeeré del derecho de conquista, colocaré al Rey sobre el trono, y será para mí un placer el conducirme con los españoles como un amigo fiel. La generación actual podrá variar en sus opiniones, pues se han puesto en juego multitud de pasiones; pero vuestros nietos me bendecirán como á vuestro regenerador, contarán en el número de los días memorables los días en que aparecí entre vosotros, y desde esa época datará la prosperidad de España.

Aquí tenéis, señor corregidor, todo mi pensamiento. Consultad con vuestros conciudadanos, y ved el partido que os convenga tomar; pero, cualquiera que sea, tomadlo francamente y no me manifestéis sino disposiciones verdaderas.

Campo de Mayo.

Napoleón convoca á los representantes de toda la Francia al Campo de Mayo, donde pronuncia el discurso siguiente:

Paris, 1.º de Junio de 1815.

Señores electores de los colegios de departamento y distrito.

Señores diputados del ejército y armada al Campo de Mayo:

Emperador, cónsul, soldado; todo lo debo al pueblo. En la prosperidad como en la adversidad, en el campo de batalla como en el consejo, en el trono como en el destierro, Francia ha sido el único y constante objeto de mis pensamientos y de mis acciones.

Me he sacrificado, como aquel rey de Atenas, á mi pueblo, con la esperanza de ver realizada la promesa que dí de conservar á Francia su integridad natural, sus honores y sus derechos.

La indignación de ver desconocidos y perdidos para siempre sus sagrados derechos adquiridos por veinticinco años de victorias; el grito del ofendido honor francés; los deseos de la nación me han vuelto á colocar sobre este trono que me es caro, porque es el paladion de la independenciam, del honor y de los derechos del pueblo.

Franceses: al atravesar en medio del público regocijo por las diversas provincias del imperio hasta llegar á mi capital, he debido contar con una larga paz: las naciones están obligadas á cumplir los tratados concluidos entre sus Gobiernos, sean los que fueren.

Entonces se volvió todo mi pensamiento á los medios de fundar nuestra libertad por una Constitución conforme á la voluntad y al interés del pueblo. Convoqué al Campo de Mayo.

No tardé en saber que los príncipes que han desconocido todos los principios y procedido contra la opinión y los más caros intereses de tantos pueblos, pretenden hacernos la guerra. Se proponen acrecentar el reino de los Países Bajos, darle por barrera todas nuestras plazas

fronterizas del Norte y conciliar las diferencias que todavía les dividen, repartiéndose la Lorena y la Alsacia.

Fuerza ha sido disponerse para la guerra.

Mas como he de correr personalmente los azares de los combates, mi primer cuidado ha debido ser el constituir sin tardanza á la nación. El pueblo ha aceptado el acta que le he presentado.

Franceses: luego que hayamos rechazado estas injustas agresiones, luego que se convenza la Europa de lo que se debe á los derechos y á la independencia de veintiocho millones de franceses, una solemne ley con las formas que requiere el acta constitucional reunirá las diferentes disposiciones de nuestras Constituciones hoy diseminadas.

Franceses: vais á regresar á vuestros departamentos. Decid á los ciudadanos que las circunstancias son grandes. Que con unión, energía y perseverancia saldremos victoriosos de esta lucha de un gran pueblo contra sus opresores; que las generaciones venideras escrutarán severamente nuestra conducta; que una nación lo ha perdido todo, si ha perdido su independencia. Decídes que los reyes extranjeros, á quienes he alzado sobre el trono, ó que me deben la conservación de su corona, que unánimemente han solicitado en el tiempo de mi prosperidad mi alianza y la protección del pueblo francés, dirigen hoy sus tiros contra mi persona. Si yo no viese que atentan en realidad contra la patria, pondría á su disposición esta existencia contra la que se muestran tan encarnizados. Pero decid también á los ciudadanos, que mientras me conserven los franceses los sentimientos de amor de que me dan tantas pruebas, este encono de nuestros enemigos será impotente.

Franceses: mi voluntad es la del pueblo; mis derechos los suyos; mi honor, mi gloria, mi ventura no pueden ser otros que el honor, la gloria y la ventura de Francia.

Segunda abdicación.

El Emperador abdica por segunda vez y se entrega á los ingleses, quienes le envían cautivo á Santa Elena.

Palacio del Eliseo, 22 de Junio de 1815.

Declaración al pueblo francés.

¡Franceses! Al comenzar la guerra para defender la independencia nacional, contaba con la reunión de todos los esfuerzos, de todas las voluntades y con la cooperación de todas las autoridades nacionales. Tenía fundamentos para esperar de esto el triunfo y arrostrar todas las reclamaciones de las potencias contra mí. Parece que las circunstancias han cambiado. Me ofrezco en sacrificio al encono de los enemigos de Francia. ¡Ojalá que sean sinceros en sus declaraciones, y que su rencor sólo se haya dirigido en contra de mi personal! Mi vida política ha terminado, y proclamo á mi hijo Emperador de los franceses, bajo el título de Napoleón II. Los ministros actuales formarán provisionalmente el Consejo de gobierno. El interés que mi hijo me inspira me mueve á invitar á las Cámaras á que organicen sin dilación la regencia por medio de una ley. Uníos todos para el bien general y para formar siempre una nación independiente.

Rochefort, 13 de Julio de 1815.

Al príncipe regente de Inglaterra.

Serenísimo señor:

Blanco de las facciones que dividen á mi país y de la enemistad de las más grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera po-

litica, y vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de vuestra alteza real, como el más poderoso, el más constante y el más generoso de mis enemigos.

A p é n d i c e .

(Dictionnaire.—Napoléon par M. Damas Hinard.—Paris, 1854, páginas 357-9.)

MURAT

Grand duc de Berg, roi de Naples.

A B O U K I R

Combat de terre livré le 25 juillet 1799.—A qui est dû le gain de cette bataille.

Le gain de cette bataille est dû principalement au général Murat, sa brigade de cavalerie a fait l'impossible.

(Œuvres de Napoléon.—Lettre au directoire du 9 thermidor an VII. 27 juillet 1799.)

Sur la conduite de Murat dans la campagne de 1805.

On est rempli d'étonnement lorsque l'on considère la marche du prince Murat depuis Albeck jusqu'à Nuremberg. Quoique se battant toujours, il est parvenu à gagner de vitesse l'ennemi, qui avait deux journées de marche sur lui. Le résultat de cette prodigieuse activité a été la prise de quinze cents chariots, de cinquante pièces de canon, de seize mille hommes, y compris la capitulation du général Werneck et d'un grand nombre de drapeaux.....

(Dixième bulletin du 30 vendémiaire an XIV 28 octobre 1805.)

Sur sa conduite en 1813.

Lorsque Murat eût abandonné l'armée, Napoléon écrivit à la reine de Naples:

«Votre mari est un fort brave homme sur le champ de bataille, mais il est plus faible qu'une femme quand il ne voit pas l'ennemi; il n'a aucun courage moral.»

Il écrivit à Murat lui-même à peu près dans les mêmes termes, et ajouta:

«Je suppose que vous n'êtes pas de ceu qui pensent que le lion est mort. Si vous faisiez ce calcul, il serait faux. Vous m'avez fait tout le mal que vous pouviez depuis mon départ de Wilna: le titre de roi vous a tournée la tête.»

(Lettres des 24 et 26 janvier 1813.)

Sur la conduite de Murat en 1814.

Parlant, à la fin de 1813, de la défection probable de Murat, Napoléon disait:

C'est moi qui l'ai fait roi de Naples; c'est à sa femme qu'il doit son royaume. S'il n'avait pas été mon beau-frère, je n'aurais jamais pensé à lui; tous les autres maréchaux avaient autant de droits..... Je ne puis croire à tant d'ingratitude..... Et pour tant rien n'est plus vrai..... Au reste, il y a deux hommes qui ne m'ont jamais pardonné d'être roi de France, Bernadotte et Murat. On dirait que je me suis mis à leur place.

(Mémories de Bausset.)

Apprenant en 1814 la défection de Murat, Napoléon s'écria:

Murat! mon beau-frère, en plaine trahison! Je savais bien qu'il était mauvaise tête, mais je croyais qu'il m'aimait..... Murat faire tirer des coups de canon sur des Français! c'est abominable! c'est odieux! Le voilà le Bernadotte du Midi..... Il pouvait jouer un si beau rôle! Son armée, réunie à celle du vice-roi, agissant de concert pouvait faire une

campagne superbe. Ils étaient plus forts que Bellegarde; leurs troupes étaient meilleures; une bataille gagnée sur les Autrichiens les menait aux portes de Vienne. Ils sauvaient la France et l'Italie. Préférer à ce beau rôle une alliance avec les Autrichiens! avec les Anglais!

(*Ibid.*)

Même sujet.

Murat, en 1814, avait décidé des événements. Si, avec son armée de soixante mille hommes, il se fût joint à l'armée gallo-italienne que commandait le vice-roi, il eût obligé l'armée autrichienne de réster à la défense de la Carinthie et du Tyrol; l'armée du vice-roi était supérieure à celle du feld-marechal Bellegarde, mais elle fut contenue par l'armée napolitaine. Ainsi, le poids qu'il mit en cette occasion dans la balance fut de cent vingt mille hommes; et avec cent mille hommes de moins, les alliés n'eussent pu entreprendre l'invasion de la France avant le printemps.

(*Mémoires de Napoléon.*)

Sur la conduite de Murat en 1814.

«A mon retour de l'île d'Elbe, disait l'Empereur, la tête tourna à Murat de me voir débarqué. Les premières nouvelles lui apprirent que j'étais dans Lyon. Il était habitué à mes grands retours de fortune. Il m'avait vu plus d'une fois dans des circonstances prodigieuses. Il me crut déjà maître de l'Europe, et ne songea plus qu'à m'arracher l'Italie; car c'était la son but et ses espérances. Vainement des gens à grand crédit parmi les peuples qu'il voulait soulever se jetèrent à ses genoux, lui dirent qu'il s'abusait; que les Italiens avaient un roi, que celui-là seul avait leur amour et leur estime. Rien ne put l'arrêter. Il se perdit et contribua à nous perdre une seconde fois; parce que les Autrichiens, ne doutant pas que ce ne fût à mon instigation, ne voulurent pas croire à mes paroles et se défièrent de moi. La malheureuse fin de Murat répond à toute cette conduite. Murat avait un très-grand

courage et fort peu d'esprit. La trop grande différence entre ces deux qualités l'explique en entier.»

(*Mémorial.*)

Sur la proclamation de Murat en 1815.

«Murat est une des grandes causes que nous sommes ici, disait l'Empereur à Saint-Hélène. Du reste, la première faute en est à moi. Ils étaient plusieurs que j'avais faits trop grands; je les avais élevés au-dessus de leur esprit... Je lisais, il y a peu de jours, sa proclamation en se séparant du vice-roi; je ne la connaissais pas encore. Il est difficile de concevoir plus de turpitude: il y dit que le temps est venu de choisir entre deux bannières, celle du crime et celle de la vertu; or, c'est la mienne qu'il appelle celle du crime. Et c'est Murat, mon ouvrage, le mari de ma soeur, celui qui me doit tout, qui n'eût été rien, qui n'existe, qui n'est connu que par moi, qui écrit cela! Il est difficile de se séparer du malheur avec plus de brutalité, de courir avec plus d'impudeur au-devant d'une fortune nouvelle.»

(*Ibid.*)

Pourquoi Napoléon n'emmena point Murat à Waterloo.

«Je l'eusse emmené à Waterloo, disait Napoléon; mais il y avait dans l'armée française tant de moralité et de patriotisme, qu'il est douteux qu'elle eût voulu supporter le dégoût qu'avait inspiré celui qu'elle disait avoir trahi, perdu la France. Je ne me crus pas assez puissant pour l'y maintenir; et pourtant il nous eût valu peut-être la victoire. Car, que nous fallait-il dans certains moments de la journée! Enfoncer trois ou quatre carrés anglais. Or, Murat était admirable pour une telle besogne, il était précisément l'homme de la chose; jamais à la tête d'une cavalerie on ne vit personne de plus déterminé, de plus brave, d'aussi brillant.»

(*Mémorial.*)

Murat cause des malheurs de la France.

Deux fois en proie aux plus étranges vertiges, le roi de Naples fut deux fois la cause de nos malheurs: en 1814, en se déclarant contre la France, et en 1815, en se déclarant contre l'Autriche.....

(Mémoires de Napoléon.)

Le débarquement de Murat sur le territoire de Naples comparé avec le retour de l'île d'Elbe.

«Il ne saurait exister de parallèle entre les circonstances de ces deux événements, disait Napoléon.

«Murat n'avait d'autre bon argument dans sa cause que le succès, et il était tout à fait chimérique dans son entreprise. Murat n'était point Napolitain; les Napolitains n'avaient point élu Murat; était-il à croire qu'il put exciter parmi eux un bien vif intérêt? Ferdinand de Naples devait et pouvait ne le présenter que comme un fauteur d'insurrection; c'est ce qu'il a fait, et il l'a traité en conséquence.

«Quelle différence avec moi!, continuait Napoléon. J'étais l'élu d'un peuple, j'étais le légitime dans leurs nouvelles doctrines..... Avant mon arrivée, tout la France était déjà pleine d'un même sentiment. Je débarque, et ma proclamation n'est pleine que de ce même sentiment: chacun y lit ce qu'il a dans le coeur. La France était mécontente, j'étais sa ressource; les maux et le remède furent aussitôt en harmonie: voilà toute la clef de ce mouvement électrique, sans exemple dans l'histoire. Il prit sa source uniquement dans la nature des choses; il n'y eut point de conspiration, et l'élan fut général; pas une parole ne fut portée, et tout le monde s'entendit. Les populations entières se précipitaient sur le passage du libérateur. Le premier bataillon que j'enlevai de ma personne me valut aussitôt la totalité de l'armée. Je me trouvai porté jusqu'à Paris; le gouvernement existant, tous ses agents disparurent sans effort comme les nuages se dissipent devant le soleil. Et encore eusse-je succombé, fussé-je tombé dans les mains de mes ennemis, je n'étais pas purement un chef d'insurrection, j'étais un souverain reconnu de

toute l'Europe; j'avais mon titre, ma bannière, mes troupes; je venais faire la guerre à mon ennemi.

(Mémorial.)

Sur l'exécution de Murat.

Au surplus, l'exécution de Murat n'en est pas moins horrible! C'est un événement dans les moeurs de l'Europe, une infraction aux bien-séances publiques. Un roi a fait fusiller un roi reconnu comme tel par tous les autres!!! Quel charme il a violé!

(Ibid.)

En fusillant Murat, les Calabrais ont été plus humains, plus généreux que ceux qui m'ont envoyé ici!....

(Ibid.)

Apéndice 5.^o

I

La lettre de Murat au Roi Louis XVIII.

21 mai 1814.

«Monsieur mon frère:

Je prie Votre Majesté d'agrée mes félicitations. La Providence Vous a rappelé sur le trône de Saint-Louis et de Henri IV. Né français, j'ai dans le coeur des sentiments de vénération et d'amour pour le sang d'Henri IV et de Saint-Louis.

»Votre Majesté qui prodigue si noblement sa faveur et sa confiance aux braves compagnons d'armes avec qui j'ai partagé l'honneur de soutenir sur les champs de bataille l'ancienne gloire de la France daignera, j'ose m'en flatter, accueillir avec bienveillance les voeux d'un militaire français que ses succès dans la carrière des armes ont élevé sur un trône. Ces vœux appellent sur Votre Majesté et sur son Auguste Maison une longue suite de prospérités inséparables des prospérités de la France. Ils ont aussi pour objet, Sire, la plus constante union entre nos deux couronnes.

»Toutes les occasions de resserrer les liens d'amitié qui unissent nos Etats me seront précieuses, et ce serait pour moi un véritable bonheur que de pouvoir offrir à Votre Majesté et à la France des preuves de mon affection comme de mon dévouement.

»J'espère que Votre Majesté voudra bien recevoir avec bonté M..... (sic) que j'envoie comme mon ambassadeur extraordinaire auprès d'Elle. Je La prie d'accorder toute confiance à ce qu'il est chargé de Lui dire de ma part; il ne pourra jamais exprimer avec trop de force

les sentiments qui m'attachent et qui m'attacheront toujours au Roi de France, à ma première patrie» (1).

Portici, 4 octobre 1814 (2).

Murat au duc de Gallo.

«Monsieur le Ministre:

»Je désire que vous répondiez dès ce soir au marquis de Saint-Elie (3) par le général Berthemy et au duc de Campochiaro par le prince d'Alliano.

»J'approuve la proposition du premier relative à B. C. J'attends votre apport pour y donnet mon adhésion. Faites lui sentir combien il est important que ce dernier parte promptement pour Vienne. Adressez-lui la copie de la note que vous chargez Campochiaro de remettre à Castlereagh copie de la note de lord Bentinck, de notre réponse et de la note des comtes de Neipperg et de Mier, de Bologne (4). Ces différentes pièces devront être remises à B. C. afin qu'il en fasse usage dans les circonstances. Il faut surtout bien pénétrer B. C. de la nécessité, où me mirent les refus de l'Autriche pour la ratification de mon premier traité et les conditions nouvelles du second, de ne pas avoir agi aussi activement que je l'aurais fait si l'Autriche avait agi aussi

(1) Document faisant partie du Porteleuille du duc d'Otrante, publié par le baron A. Lumbroso. (Revue de Paris, 15 Octobre 1898.)

On lit en marge de la pièce cette note de Gaillard: «Duplicata d'une lettre adressée au Roi par Murat. Cette lettre n'a pas été présentée, l'ambassadeur n'ayant pas été admis.»

(2) Archives particulières du duc de Gallo. Dossier n.º 67. Murat au duc de Gallo, Portici, 4 octobre 1814. Dans ces mêmes archives, et de Portici à la date du 10 octobre, on trouve encore la lettre suivante de Murat à Gallo: «Les Empereurs d'Autriche et de Russie, les rois de France et de Prusse ont fait frapper des médailles pour perpétuer le souvenir de la campagne de 1813-1814.

»Je désire qu'une médaille soit frappée sous le titre de: «Ordre de la fidelité» qui sera donnée à mes sujets civils et militaires, qui auront concouru dans cette crise au maintien de la Gloire et de l'Independance Nationales. Cette medaille serait la même que celle qui a été crée pour la Garde de Segurité. Il pourrait y en avoir une en or pour les grades supérieurs à celui de capitaine et une en argent pour les grades inférieurs.»

(3) Schinina, marquis de Saint-Elia, agent diplomatique de Murat à Paris. Cf. pour le rôle joué par ce personnage dans les negociations antérieures, Weil. Le prince Eugène et Murat.

(4) Murat insiste encore une fois sur les raisons pour lesquelles «il n'a pas pu agir plus vivement et plus vigoureusement en 1814 à cause du retard apporté à la ratification de son traité.»

franchement et aussi loyalement que moi. Mais n'était-ce pas assez d'avoir compromis mon existence politique vis-à-vis de la France, d'avoir chassé les Français de toute l'Italie Méridionale avant d'avoir aucun traité valable avec aucune des Puissances alliées? Vous êtes au reste aussi pénétré que moi de toutes mes bonnes raisons pour réfuter toute attaque à cet égard; mais il faut bien les faire connaître toutes à ceux qui sont chargés de me défendre.

» Envoyez à Schinina les copies des deux ou trois articles de journaux qui ont été insérés dans Nos *Moniteurs* sur l'occupation d'Ancône. Dites-lui que je suis surpris qu'il ne m'ait pas parlé du résultat des démarches que devait faire le duc de Reggio auprès de Louis XVIII. Demandez-lui pourquoi il a gardé le silence sur le duc d'Otrante et sur ce qu'il a pu savoir sur Pozzo di Borgo. Il doit surtout chercher à découvrir le but de la mission du général autrichien Saint-Vincent (sic. au lieu de Vincent).

» Ecrivez à Tocco (1) de tâcher aussi de connaître l'objet de la mission du comte de Nugent. C'est un point essentiel pour connaître les véritables intentions du cabinet de Vienne.

» Adressez à Campochiaro votre note pour Castlereagh. Ordonnez-lui de la remettre sur le champ et faites-lui connaître que rien ne doit l'en empêcher. Cet ordre est de rigueur.

» Vous avez dû lui écrire que je souffrirai pas qu'on discutât devant lui nos droits à la Couronne de Naples. Si cette étrange et injuste question était agitée, ordonnez lui de protester et de sortir du Congrès, de ne plus prendre part à ses délibérations et de m'expédier, deux trois ou quatre courriers en toute hâte afin de me prévenir d'un événement aussi extraordinaire qu'inattendu.

» Faites-lui connaître que monsieur Baudus ne pouvant pas se rendre à Vienne pour l'aider, ainsi qu'il en avait montré le désir, nous lui envoyons B. C. qui, par ses talents et ses relations, lui sera sans contradict de la plus grande utilité. Il faut lui faire sentir que j'apprécie trop bien ses sentiments pour croire qu'il voie arriver cet adjoint d'un mauvais oeil. Il a trop d'esprit pour ne pas se persuader que les délibérations du Congrès sont pour moi si importantes que je dois passer par-

(1) Agent diplomatique de Naples à Londres.

dessus toutes les considérations particulières pour me créer tous les moyens possibles de défense et de conservation. Dites-lui que j'agis avec lui sans aucune espèce de ménagement parce que je connais toute l'étendue de l'attachement qu'il porte à ma personne et à son pays.

»Vous devez écrire à Cariaty que j'aurais lieu d'être mécontent de son silence, si je ne me flattais que le duc de Rocca Romana et plusieurs courriers son en route.

Ordonnez à tous mes Ministres qui sont à Vienne de cultiver les bonnes dispositions de la Bavière (1) et du prince de Suède qui se rendra, dit-on, au Congrès. Faites-leur sentir que leur maintien doit être noble et qu'ils doivent se rappeler que, s'ils ne sont pas les Ministres du plus puissant Roi du Congrès, ils représentent un Roi qui ne souffrait jamais les humiliations et une nation qui les désavouerait si dans quelque circonstance ils avaient pu avoir la faiblesse de supporter quelque affront.

»Prescrivez à Campochiaro de suspendre ou de trainer au moins en longueur toute négociation pécuniaire avec le prince de Bénévent relativement à la Principauté (2).

(1) Cf. les Ambassadeurs du Roi au Département des Affaires Etrangères. Vienne, 16 octobre 1814. «.....Murat avait fait proposer une alliance à la Bavière qui l'a refusée.....»

(2) Cf. Dépêche de Mier au prince de Metternich du 2 novembre citée plus haut à propos de l'arrivée à Naples de Duméré. (Haus, Hof und Staats-Archiv). Nous aurons lieu de revenir encore sur cette négociations pécuniaire avec Talleyrand. Nous croyons toutefois devoir au passant relever le passage suivant extrait de l'ouvrage *Life of Colonel Macirone* (l. II, 123.)

«Il y eut, dit-il, trois raisons qui poussèrent Talleyrand à intriguer contre Murat:

1^o Il y avait depuis longtemps entre eux un froid dont je ne connais pas l'origine.

2^o En 1814, Murat avait pris possession de la principauté de Bénévent qui avait été allouée à Talleyrand.

3^o Ferdinand IV s'était engagé à donner à Talleyrand un million de ducats le jour où il remonterait grâce à lui sur le trône de Naples.

Enfin comme tous les renégats, Talleyrand se croyait obligé de faire montre d'encore plus de zèle que les autres et devait naturellement brûler tout ce qu'il avait adoré pendant 20 ans.

D'autre part, le chancelier Pasquier qui n'était, il est vrai, ni un ami ni un partisan de Talleyrand, parlant dans ses *Mémoires*, t. III, 67-69, des motifs pour lesquels on choisit le prince pour représenter la France à Vienne s'exprime ainsi:

«Ajoutons que les affaires pécuniaires de M. Talleyrand n'étaient pas alors en bon ordre. Il avait fait de grandes pertes dans les dernières années de l'Empire..... ses embarras étaient tels que si le duc de Rovigo ne lui avait pas fait acheter très chèrement par le Trésor particulier de l'Empereur son son hôtel de la rue de Varenne, il aurait eu de la peine à remplir des engagements sérieux.» Et il complète sa pensée et ses renseignements par la note suivante: «L'hôtel fut accepté en paiement de la somme répartie comme ayant été frauduleusement reçue de la ville de Hambourg. Il valait plus que cette somme. Le surplus, dont le Trésor de l'Empereur tint compte à M. de Talleyrand, lui servit à acheter la maison de la rue Saint-Florentin.»

»Préparez vos dépêches et que les deux officiers partent sans retard cette nuit. Sur ce, je prie Dieu, M. le Ministre, qu'il vous ait en sa sainte et digne garde.

J. Napoléon.»

II

Murat au Cardinal Consalvi.

Naples, 25 mai 1814 (1).

Monsieur le Cardinal:

C'est avec un véritable plaisir que j'ai appris votre retour auprès du Saint-Père. J'ai chargé le duc de Campochiaro, mon Ministre, de vous exprimer la satisfaction que m'a causée cet heureux événement. Votre Eminence connaît les sentiments que je professe à son égard de vieille date. Ils n'ont pas changé et je ne peux ajouter ici qu'un seul vœu, celui de voir Votre Eminence reprendre au plus vite auprès du Saint-Père, en même temps que ses fonctions, son ancienne influence. La confiance que j'ai dans la sagesse de vos conseils et dans vos lumières, l'esprit conciliant et amical dont Votre Eminence a toujours fait preuve à mon égard me font espérer la réalisation du profond désir que j'ai de voir s'établir de bons rapports entre la Saint-Siège et ma Cour. Votre Eminence connaît depuis longtemps ma vénération pour la personne du Saint-Père et ma dévotion envers le Saint-Siège. Je désire fournir à Sa Sainteté de nouvelles preuves en dehors des preuves évidentes et incontestables que je lui ai données jusqu'ici. Mais j'aimerais à voir Votre Eminence convaincue du désir, de la hâte que j'ai de cultiver l'amitié du Saint-Père en sa qualité de Souverain temporel et de resserrer les liens qui doivent unir nos deux États. La reprise par Votre Eminence de ses anciennes fonctions me donne l'assurance que mes vœux ne tarderont pas à être exaucés et réalisés.

Sur ce, je prie Dieu qu'il ait Votre Eminence en sa sainte et digne garde.

Joachim Napoléon.

(1) Cantu, *Diplomatici Italiani*, etc. 459.

III

Le duc de Rocca Romana.

Le duc de Rocca Romana se retira à Florence après la reddition du fort Saint-Elme (20 janvier 1799); à la suite d'une perquisition faite chez lui par des sectaires, perquisition qui le dégoûta à la fois de sa patrie et du métier militaire.

En 1808, le roi Murat le décida à reprendre du service et le nomma colonel du régiment des Vélites à cheval de la Garde Royale. Sa belle prestance le fit nommer grand-écuyer le 12 mai 1812. Ce fut en cette qualité qu'il fit la campagne de Russie où il out trois doigts de la main gauche gelés.

Par un décret signé à Königsberg, Joachim le nomma Maréchal de champ (30 décembre 1812). Rentré dans le Royaume, il resta aux côtés du Roi pendant toute la campagne de 1814. Chargé d'abord par le Roi de remettre la Toscane au prince Rospigliosi, représentant du grand'duc, envoyé ensuite à Vienne, Rocca Romana fut nommé lieutenant-général en 1815 et combattit vaillamment aux côtés de Murat à Tolentino où son fils Ernest, duc de Caspoli, né le 21 mars 1792, fut blessé mortellement presque sous ses yeux.

Rocca Romana fidèle jusqu'au bout à son Roi l'accompagna dans sa fuite jusqu'à Toulon où il le quitta pour se rendre, paraît-il, sur son ordre en Toscane.

Rappelé au service par Ferdinand 1^{er}, Rocca Romana fut au nombre des généraux envoyés au camp de Monteforte contre les soldats révoltés et les Carbonari. Pendant la révolution qui s'ensuivit, il commanda la 5^e Division (Calabres).

Lorqu'en 1821 les Autrichiens rétablirent le pouvoir absolu, Rocca Romana rentra dans la vie privée et vendit à l'Etat le palais des ducs de Mignano à Capoue que l'on transforma par la suite en arsenal.

Réintégré dans son grade de lieutenant-général par Ferdinand II

en 1831, il fut appelé au commandement des gardes du corps le 19 septembre 1833 et mourut d'une pleurésie à Torre del Greco, le 2 décembre 1836.

(Note communiquée par le marquis Carlo di Somma-Circello.)

IV

(Del libro de M. H. Weil: «Joachim Murat,
Roi de Naples»)

«Nápoles, 22 de Noviembre de 1814 (1).

Mi señor y hermano:

El señor conde de Mier acaba de entregarme la carta que Vuestra Majestad Imperial y Real se dignó confiar al general Filangieri y estoy profundamente agradecido á V. M. por las nuevas seguridades que tiene la bondad de ofrecirme.

Ruego á V. M. no dude nunca de la sinceridad de mis sentimientos y tenga la convicción absoluta de que nada podrá cambiarlos. V. M. debe contar conmigo como con un aliado fiel y adicto en todas las circunstancias, pero principalmente para el sostenimiento de la tranquilidad en Italia que, bajo tantos aspectos, interesa igualmente á mi política y á la de V. M.

En vano han intentado y en vano intentarán, con insinuaciones que sé apreciar muy bien, hacerme dudar de su amistad constante. Me complazco en pensar que insinuaciones del mismo origen y de la misma índole no podrán jamás infundir en el corazón de Vuestra Majestad Imperial y Real la menor duda acerca de las inquebrantables disposiciones que me unen á Su Alianza (2).

(1) *Haus, Hof und Staats-Archiv*. Neapel, 2, Murat al Emperador Francisco. Nápoles 22 de Noviembre de 1814.

(2) Hemos creído curioso poner al lado de estas protestas de adhesión de Joaquín los dos pasajes siguientes, tomados de los despachos de Jaucourt á Talleyrand: «Tengo aquí dos napolitanos que, por su parte, me proponen batir á los austriacos y poner las banderas

Amigo sincero de Vuestra Majestad, celoso de probarle cuán sensible soy á su noble conducta para conmigo, no encuentro palabras bastante eficaces para rogarle desconfie de aquellos cuya intención sería debilitar los lazos que unen tan felizmente nuestras dos coronas. Semejante proyecto obedece, si no á pasiones personales, á una política tan enemiga de Vuestra Majestad como de mí mismo. Á partir de mi alianza con Vuestra Majestad Imperial y Real, toda mi política la ha inspirado una confianza ilimitada en su gran carácter. Me lisonjeo pensando que por su parte Vuestra Majestad me dispensará siempre aquella confianza á que me dan derecho los inalterables sentimientos que profeso á Vuestra Majestad.

Os ruego, mi señor y hermano, recibáis la seguridad de la consideración distinguida con que soy de Vuestra Majestad Imperial y Real.

El buen hermano Joaquín.

Documento absolutamente ignorado hasta hoy y que gracias á la amabilidad del duque de Gallo y de la marquesa de Circello he tenido la suerte de encontrar en sus archivos de familia. (*Weil*).

«Murat al duque de Gallo:

á los pies de su rey. Esto no dejaría de ser un bello espectáculo. Le escribí el 16 de Noviembre, y volviendo en 27 de Noviembre al mismo asunto, le hablaba de la visita que le había hecho el marqués de Saint-Elie el encargado de negocios *no conocido* del rey Murat y le repetía cuanto éste había dicho en el curso de su entrevista: «En verdad, M. Jaucourt, que es un error creer que Austria podrá obrar activamente contra Rusia, servir los proyectos de Francia y libertar á Sajonia, si el reino de Nápoles no secunda sus proyectos. Creedme, Austria sabe, sin ningún género de duda, que Italia está sobre un volcán y que sólo la fidelidad del Rey de Nápoles á los mutuos compromisos que á ambas potencias ligan, puede permitir á Austria disponer de sus fuerzas. El duque de Champochiaro ha puesto sin duda estas cosas en conocimiento del príncipe de Talleyrand, tan enemigo de V. M. como de mí mismo; pero de decírlas á convencer á quien las oye, va una gran diferencia y puedo aseguraros, una vez más, que sólo la adhesión del Rey de Nápoles al Rey de Francia, adhesión que se halla á disposición del Rey, puede garantizar la realización de las miras del príncipe Talleyrand.»

Y añadía Jaucourt: «Ha vuelto varias veces á la carga. Yo le he escuchado sin responderle apenas y he concluído por emplear los lugares comunes de cortesía que mis antiguas relaciones hacían indispensables.» (*Correspondencia del conde de Jaucourt con el príncipe de Talleyrand*, páginas 86 & 97.)

Nápoles, 23 de Noviembre de 1814.

«El conde de Mier me ha comunicado el último despacho de su Gobierno (el despacho de Metternich á Mier, de Viena, día 6 de Noviembre, traído por Filangieri). No se trata en él en modo alguno de retirar algunas de sus tropas y como ejemplo de ello voy á citar una frase concebida, si no recuerdo mal, en estos términos: «DECID AL REY QUE DEBE ESTAR PERFECTAMENTE TRANQUILO POR LA PARTE DEL NORTE DE ITALIA, QUE AUSTRIA TIENE TAL CONFIANZA EN SU LEALTAD QUE EL EMPERADOR FRANCISCO NO VACILARÍA UN SOLO INSTANTE EN PEDIRLE EL SOCORRO DE SUS TROPAS SI CIRCUNSTANCIAS IMPREVISTAS LLEGASEN Á EXIGIRLE» (1).

«Según esto, me parece que el Gobierno austriaco no abriga el menor recelo acerca de mis intenciones y como es indispensable tranquilizar al mismo tiempo á su general en Italia, os autorizo á dar por escrito al Sr. Conde de Mier, para que sea comunicado al Sr. Conde de Bellegarde y á su Gobierno una nota, por medio de la cual declara mi extrañeza ante el hecho de que el Mariscal, creyendo con harta ligereza los falsos rumores de que los gacetilleros enemigos han dado cuenta en los periódicos sobre la ocupación del ducado de Urbino por mis tropas y sobre otros movimientos que hubieran realizado hacia Ancona (2), haya podido concebir alarmas y sospechas sobre la buena fe que siempre dirigió mi conducta para con el Gobierno austriaco; que deseo, ante todo, destruir por completo todas las inquietudes del Mariscal y las esperanzas de los mal intencionados, quienesquiera que

(1) Cf. *Principe de Metternich al conde de Mier*.—Viena, 6 de Noviembre de 1814. Citada más arriba, página II.

(2) Cf. *Haus, Hof und Staats-Archiv*. Neapel F. N. I. (Mier Berichte 1814.) Conde de Mier al principe de Metternich, Nápoles 21 de Noviembre de 1814. (Despacho núm. 76 en francés.) Cf. *Monitor de las Dos Sicilias*. Nápoles 28 de Noviembre de 1814. Artículo en respuesta á los periódicos de París que hablan de la concentración de las tropas napolitanas en Urbino y en Pesaro y de la marcha de la división Lechi sobre Ancona. «Nada es más falso. No hay un soldado napolitano en Urbino y menos todavía en Pesaro. El general Lechi mandaba cerca de Nápoles unas maniobras de división que acababan de terminar. Ninguna de las tropas estacionadas en provincias se ha movido de sus cantones y las de los alrededores de Nápoles realizan maniobras á la orden del Rey.»

sean, os autorizo para anunciarle que por este mismo correo recibe el general Carrascosa la orden de concertar sus movimientos con el mariscal, si algún acontecimiento inesperado le pusiese en el caso de necesitar el concurso de mis tropas.

»Después de esta declaración ni el Gobierno austriaco ni su general en jefe en Italia podrán ya alarmarse ni de la permanencia de mis tropas en la Marca de Ancona, ni en el interior de mis nuevas provincias; pues en todo caso allí se encuentran á la disposición de Austria.

«Por otra parte, ofreceréis concluir un nuevo tratado con Austria para la conservación de la tranquilidad en Italia (1).

»Voy á dirigiros ahora mismo la carta para el Emperador.»

(1) Cf. *Haus, Hof und Staats-Archiv*. Neapel, N. F. I, Mier Berichte 1814., Conde de Mier al principe de Metternich, Nápoles 22 de Noviembre de 1814. (Despacho núm. 77.)

Apéndice 6.º

Un «infundio» profético.

A mediados de Noviembre de 1808 corrió por Madrid el notición de la «Muerte arrastrada de Joaquín Murat, gran duque de Berg, en el reino de Nápoles»; notición falso, pero que alcanzó honores «de profético» cuando pocos años después, en 1815, tuvo realidad trágica, lo que había sido fantasía burlesca.

No bastó entonces, sin embargo, que oficialmente se desmintiera la noticia con la publicación del siguiente aviso:

«De orden del Sr. Juez de imprentas se avisa al público, que por una casual sorpresa se ha impreso el papel intitulado «Muerte arrastrada de Joaquín Murat, gran duque de Berg, en el reino de Nápoles», cuyo contenido en la mayor parte y muerte anunciada, son falsos, y por lo mismo se ha prohibido su venta.»

Algunos días después, el mismo diario que publicaba esa orden, insertaba este anuncio:

«Segunda parte de la muerte de Murat.

Se hallará con la primera en las librerías de Villareal y Arribas, calle de las Carretas.»

No sabemos si esta «segunda parte», que como el papel prohibido, no hemos logrado encontrar, se refería á dicho papel ó á un folleto también entonces publicado y que llevaba por título: «La Muerte de Merat, Escéna tragica ó bien sea semi-unipersonal joco serio», por D. V. M. Y. M.

A este folleto, ni muy ingenioso ni muy limpio, refiérese en sus

«Memorias» el Sr. Alcalá Galiano, al dar noticia de los innumerables papeles que hicieron «gemir las prensas» en aquella época:

«Fuese como fuese, se verá que recién salidos de Madrid los franceses, hubo de hecho como libertad de imprenta, ó á lo menos tal desahogo en dar á luz los escritos, que equivalía á la libertad el excesivo consentir de los que mandaban.

Para publicar una obra, larga ó corta, solía pedirse licencia; pero se conseguía por encomendarse el juicio de si había ó no de darse, á indulgentísimos censores.

Un día oí decir á D. Manuel Quintana, á quien más que á otro consultaba la autoridad que gobernaba á Madrid, que habiéndole presentado á fin de ver si debía dejarse imprimir ó no una composición en malísimos versos, tan mal pensada cuanto mal escrita, grosera y hasta sucia, donde estaba representado Murat en un largo soliloquio y acababa por arrojarle á un pozo de inmundicias, fué de parecer de dar pase á la publicación contra el dictamen de quienes le consultaban, porque (según se expresó) «aquel papel era propio para leído por lacayos, y con lacayos también debía contarse, excitando ó manteniendo en ellos el entusiasmo en favor de la causa común de todos».

La noticia de la supuesta «Muerte de Murat» corrió por toda España, y aun cruzó los mares, con extraña rapidez, porque en aquel mismo año se imprimió en Méjico otro papel, intitulado «Las exequias de Murat», al que acompañaba una estampa, en que tampoco lucían el arte ni la pulcritud.

Damos, no obstante, alguna copia de esos papeles, porque si aquellos tiempos, al decir de Quintana, eran propios para leídos por lacayos, y con éstos también debía contarse, propios son para que, leídos ahora, pueda formarse idea de aquella «especial literatura».

Apenas se encuentran, entre los infinitos papeles que entonces vieron la luz pública, algunos que revelen buen gusto literario y mediana cultura. La mayor parte de los que poseían esas cualidades y estaban acreditados como escritores ilustrados ó inspirados poetas, figuraban entre los «afrancesados» ó hallábanse indecisos entre los aguijoneos del patriotismo incondicional y las esperanzas de que el nuevo Gobierno pudiera favorecer el adelantamiento de España.

Escritores ramplones y copleros zafios eran generalmente los que, sin cesar y sin tino, producían, con lamentable fecundidad, el sinnúmero de engendros en que alternaban las alabanzas más ridículas y estrambóticas á Fernando y á la religión, con los dicterios más soeces y groseros contra franceses y afrancesados.

Apéndice 7.º

Gaceta de los pueblos inmediatos á Madrid.

Carabanchel, 26 de Agosto.

A solicitud del señor Corregidor de este pueblo se han juntado dos facultativos, y tratándose los medios que debían tomarse para ventilar las casas de los humores pútridos franceses, que con motivo de la grande estancia que ha habido de galápagos, ha quedado este pueblo expuesto á un contagio, y por pronta providencia se ha mandado se quemen todos los asientos y camas.

El pueblo ha recibido con gusto esta providencia, porque no quede memoria ni aún de los muebles que ocuparon tales rapiñas, aunque tengan que imitar á los turcos, interin que en las ferias de la Villa de Madrid se proveen por pronta providencia de lo necesario, pues dicen es menos malo que sea de un ético, como sea español, que de uno robusto como tenga el nombre francés.

Tal es el entusiasmo de este patriótico pueblo.

Maudes, 29 de Agosto.

Con motivo de haber tenido el campamento francés en esta inmediación, ha sido tanta la plaga de ratones franceses que han salido que no se halla medio para agotarlos, y aunque hubo Concejo para dictar una providencia seria y ejecutiva, por la que propuso el señor

Perango de que se les notificase para que en un perentorio término desalojasen sus habitaciones, no se ha podido ejecutar por haber muerto el Escribano, y se ha acordado dar un premio al que proponga el medio de extinguir esta semilla francesa tan perjudicial á nuestra nación.

Valverde, 30 de Agosto.

Hace días se ha notado que el ganado se resistía á beber agua de uno de los pozos de este pueblo, y habiendo llamado la atención, dispuso el señor Alcalde Mayor que con asistencia de toda la Señora Justicia se reconociese, y habiéndolo ejecutado se halló una concha de un galápago francés, ya mosa (sic), resultando que aun los animales, aunque perezcan de sed, quieren más acabar entre los dientes de los perros, antes que en su cuerpo entre cosa que en parte tenga algún fragmento francés; tal es la antipatía que les ha quedado de resultas del trato que han llevado en los bagajes franceses.

Boadilla del Monte, 8 de Septiembre.

Por varias noches hemos notado que en el monte andaban inquietos los lobos, dando espantosos aullidos.

Ayer un pastor halló en el sitio de las Huelgas un cadáver francés sin lesión alguna; se depositó conforme á la humanidad española.

Aun los lobos no quieren en sus mansiones tales zaques, no obstante la analogía que tienen con ellos.

Nota.—Se advirtió que le faltaban las uñas, prueba de su trabajo.

MADRID: CON LICENCIA

En la Imprenta de Vega y Cia.

1808.

(*Bib. Nac.*—Secc. de Varios.—Papel de 2 hojas.—Fernando VII. Leg.^o 137.—4.^o)



Apéndice 8.º

Gaceta del Infierno

13 de Agosto de 1808.

Advertencia.

Como los reinos y pueblos que suministran estas noticias para esta *Gaceta* están tan remotos, y por otra parte la carretera directa de algunos se halla cubierta de franceses, no deberá extrañar el retraso de las noticias, las cuales unas son de oficio y otras no, pero todas particulares y excelentísimas, de suerte, que al leerlas, rabiarán muchos, y harán mal, otros reirán y harán bien, y no faltará quien las critique; mas al redactor nada se le dará de unos ni de otros, de todos se burla y es muy regular que deje á todos se burlen de él.

Purgatorio, 23 de Marzo.

Desde que los franceses decapitaron á su soberano Luis XVI, las poquísimas almas francesas que han llegado á esta feliz región, dejando en aquella algunos parientes, lloran afligidas al considerar á éstos tan preocupados excogitando nuevos modos de pecar, y descuidados en enviarles sufragios, ó porque, como no creen que haya purgatorio, ignoran el camino de enviarles este consuelo.

Roma, 27 de Marzo.

Ha desazonado mucho á nuestro Gabinete la suma paciencia con que sufre el Papa los continuos insultos, ultrajes y persecuciones con que (de acuerdo con nosotros) le aflige la Francia.

Civitavecchia, 30 de Marzo.

Han llegado á este puerto cuatro fragatas genovesas, cargadas de varios efectos, como son: crucifijos, medallas, rosarios, escapularios, biblias, misales, pilas bautismales y confesonarios, que se recogieron en Francia y entregaron á un comisionado, cristianísimo como su Emperador, con orden de quemarlos en Tolón; los patrones de estos buques solicitaron religiosamente salvar estos testimonios del catolicismo, y no teniendo bastante dinero para pagarlos, dieron en cambio macarrones y fideos, que era el cargamento que conducían, y aceptó gustoso el francés, diciendo: más aprovecharán aquí estas vituallas que esas futesas. S. S. ha mandado dar á los patrones el importe de sus géneros y una gratificación, y que dichos sagrados efectos se depositen en el Vaticano hasta que se destinen á donde convenga.

Argel, 25 de Abril.

Han fondeado en esta bahía seis cherches holandeses con 6.000 barriles de carnes saladas de los cuartos traseros de los franceses que van muriendo en la actualidad; y aunque vienen bien acondicionados no se ha permitido su desembarco, porque nuestro excelso Profeta Mahoma nos prohíbe estrechamente en su Alcorán el uso de las carnes de puerco.

Letheo, 15 de Mayo (1)

Por un excesivo número de franceses que incesantemente vienen de España á las orillas de este río á prevenir el alojamiento para los demás franceses que quedan allá, hemos sabido la buena disposición de aquel reino en dar liberalmente pasaportes á innumerables columnas de valerosos «invulnerables» tropas galicanas; y cada día despachamos postas á nuestro soberano el Señor Luzbel con tan placenteras noticias.

Estigio, 27 de Mayo (2)

Infinitos desertores franceses llegan diariamente á estas lúgubres estancias, y el Gobierno, temeroso de una maquinación de Napoleón (como la que ha usado con la España), ha dado cuenta á nuestra Corte Infernal, sin cuya resolución no se atreve á darles pasaporte de internación.

Averno, 13 de Junio (3)

Todos los demonios subalternos que teníamos destinados á pervertir á los franceses se han retirado á esta lóbrega corte cubiertos de vergüenza y confusión al ver que todas las diabólicas sugerencias son absolutamente inútiles con unas gentes que son peores que los demonios.

(1) Pequeña población al margen del río de este mismo nombre en el infierno, de cuyas aguas beben los franceses para olvidarse de los beneficios y del castigo de su perfidia, y volver á sus crueldades.

(2) País sobre la laguna estigica donde Júpiter descubrió la conjuración de los franceses contra él, y en memoria de tan feliz suceso decretó que las aguas de dicha laguna fuesen respetadas de los cielos, de la tierra y de los infiernos.

(3) Lugar sobre el lago de este nombre en la Campania consagrada á Plutón, de donde como depósito de Galicismo salen unas emanaciones tan fétidas, que se cree sea la puerta accesoria ó trasera del infierno.

Ayer llegó en posta á esta corte un amolador francés, Embajador del gran Napoleón, pidió audiencia, se le concedió, y en una larga conferencia que tuvo con S. M. ferocísima, le manifestó los rápidos y felices progresos que en Francia hacen las sabias providencias que de tiempo en tiempo publica su soberano para que se observen invariablemente las anteriormente pronunciadas por la Asamblea Nacional, relajando á las monjas los votos de clausura y castidad, ofreciendo premios á los frailes que se casen con ellas; y permitiendo á los casados fastidiados de sus consortes, que les den libelo de repudio, y se amanceben, á ejemplo de su Emperador, con las que sean más de su gusto; y todas las demás posteriormente inventadas por el mismo Soberano, y que enviaba á ponerlo en la alta consideración del nuestro, para su inteligencia mande retirar de sus dominios á los Serenísimos Príncipes Catan, Ascarote, Asmodeo, y los destina á donde puedan ser de provecho, pues allí son totalmente inútiles por el alto grado de perfección á que se ha elevado el Machiavelismo.

Quedó S. M. Infernal tan sorprendido con tan inesperada novedad, que faltó poco para insultarle; y esta mañana, algo recobrado, ha congregado su diabólico Consejo de Estado, y habiendo expuesto el contenido de la embajada, y pintado con la mayor propiedad y viveza la internación del emisario Murat en España, y medios de que se valió para desnaturalizar á sus reyes, les pidió parecer acerca del modo con que su Imperio debe recibir unos procedimientos que (aunque favorables al exterminio del género humano) violan los juramentos que ligaban á la Francia á no emprender enredos tamaños sin acuerdo diabólico.

Todos atónitos observaban un profundo silencio que después de un gran espacio interrumpió un archidemonio de los de más edad y respeto, diciendo: «El Imperio Infernal va á recibir de su íntimo aliado el Emperador de los franceses igual premio que la España; nosotros le hemos enseñado los principios de la ciencia, de la iniquidad, y él la ha sublimado hasta el punto de ser el menor de sus súbditos solo superior á todos nosotros juntos. ¿Hubiéramos podido todos los que componemos esta respetable Sociedad envolver al mundo entero en tanto cúmulo de enredos y males como le rodean? Males, sí. ¡Y qué males! Males que han obligado á los españoles á volverse á su Dios

implorando la misericordia, y han sido oídos señores demonios, nuestro Imperio y el de Francia corren presurosos á su ruina; los Tratados de paz entre Dios y su España están concluidos y firmados; ya son irrevocables; los hechos de Napoleón se han fundado en una falsa política, y ha violado sus promesas; las actuales desgracias exigen pronto remedio; rompamos la liga con un monstruo tan soberbio que, despreciando el diabólico consejo, se conceptúa capaz de crear un nuevo infierno mejor organizado que éste y querrá subyugarnos, y obligarnos á admitir el detestable Código del suyo para trastornar el bien ordenado gobierno del nuestro. Decláresele la más sangrienta é interminable guerra, pues nos ha privado de la esperanza de conseguir victoria de los que defienden la causa de Dios.

Concluido este discurso, le amplió el proto-demonio anciano, sedudo, literato y experimentado, y añadió: que los franceses deben separarse de los demás condenados, hasta de Judas, para que no los induzcan á una insurrección, á que por naturaleza es propensa aquella soez nación, y quiera así el malvado Napoleón despojar del trono á S. M. Infernal, colocar en él alguno de su nefanda dinastía. Oyó con indecible ira y complacencia respectivamente, S. M. Diabólica estos dictámenes, que aprobó y decretó su ejecución; y dando un horrible aullido concluyó el conciliábulo y salieron todos rechinando los dientes.

Esta tarde, después de vísperas, ha llegado aquí en posta uno de los demonios que están avanzados en las orillas del Cocito (1), con la noticia de haber arribado á sus márgenes diferentes personajes de mucha distinción, desterrados por su nación de la región de los vivos por su adhesión á la nación y máximas francesas; y enterado de ello S. M. Superbísima, ha mandado traerlos y encerrarlos detrás del departamento francés, sin permitirles comunicación con los franceses porque no empeoren á éstos.

(1) Río del infierno que rodea al Tártaro y no creciendo sino con las lágrimas de los malvados; hace mucho tiempo está fuera de madre con las que han vertido los franceses y algunos españoles apóstatas.

Apéndice 9.º

Artículo de una carta escrita en el campo de San Roque por un sargento español.

.....

En efecto; llegó á la alcoba y lecho de su Pepita de calabaza, y desnudo ya del manto imperial, sin corbatín, y quitándose el chaleco, se había soltado ya uno de los suspensorios del pantalón, cuando su augusta esposa, hecha una sierpe, se presentó y, muy puesta de asas, le dijo: Mírenlo qué sereno se ha quedado mirándome el desvergonzado, el desleal, el pérfido, el indigno Emperador de los franceses, é indignísimo esposo mío, y digno galán de la tan llevada y traída manceba de Godoy; váyase á la tal y á esas tales como esa puerca española, el obscuro aborto de Ayacio, el sin calzones de Córcega, el hambón de Francia, hasta que se casó con mis riquezas engañándome, como á cuantos de él se han fiado.

Mudo y con los ojos fijos en su airada Josefina, el invicto Napoleón recibió esta primera descarga de metralla, y sin esperar segunda, prendiéndose el suelto suspensorio, salió de la alcoba más que de paso, moviendo los pies al compás de la marcha de Austerlitz, cantando un brioso, ta-ra-la, ta-ra-la. No sabemos en dónde ni en qué pasó Bonaparte el resto de la noche; pero sí que al día siguiente se hizo pública en Bayona su comi-trágica escena; y que en la noche, al salir la gente del teatro, dos personas incógnitas distribuyeron gratuitamente algunos centenares de cuartillas de papel azul, en que estaban impresos en francés cuatro versos martelianos, que, traducidos casi literalmente al español, componen las siguientes décimas:

De la Francia Emperador,
Y Señor del mundo entero,
Rey de España ser no quiero;
Pero dándole un Señor,
De Mi digno sucesor,
À París al fin me voy
Con la gloria de que soy,
(Lo apruebe el Senado ó no)
Protector de la Tudó
Y alcahuete de Godoy.

.....

Con las licencias necesarias.

m. s. g. del C.

(Bib. Nac.—Folleto de 16 páginas.—Fern. VII.—Leg.^o 137-4.^o)

Apéndice 10.º

La muerte de Murat

ESCENA TRÁGICA, Ó BIEN SEA SEMI-IMPERSONAL JOCO-SERIO

por

D. V. M. y M.

Con licencia en Madrid.

Año de 1808.

Se hallará en la librería de Bengoechea, calle de las Carretas.

EL POETA AL PÚBLICO

No pretendo indemnizarme de los innumerables yerros que resultan en esta composición; pero son dignos de indulgencia por la precipitación de ser obra de cuatro horas, que aún no es suficiente tiempo para escribirla. Mi objeto sólo fué divertirme un rato; pero enardecido corrí veloz el entusiasmo, el que enseñé á mis amigos, y sin dejarla limar, se han empeñado á darla á luz. El público disimulará prudente sus faltas, con cuya generosidad quedará recompensado mi trabajo.

CARTA DEL AUTOR Á MURAT

que sirve de prólogo, argumento, ó como quieras, lector, llamarle.

Señor Murat: Las ocurrencias del día piden de justicia que nuestras plumas no esten ociosas. Yo, que no vengo para otra cosa sino para

formar macarrónicos versos, he determinado hacer este semi-unipersonal joco-serio.

Bien sé que esta expresión semi-unipersonal joco-serio es para vmd. y algunos otros desconocida, y en verdad ridícula y extraña; pero como todas las cosas de vmd. lo son, pues huyen de los términos regulares, me ha parecido muy justo que en todo sea extraña esta composición, y por lo mismo no debe vmd. admirarse que siendo unipersonal hablen algunos en él, y tenga por representado vmd. un final tan desgraciado.

En fin, sea como fuere, yo he tirado las riendas al caballo y he dejado correr mi estéril musa por donde ha querido.

Como soy tan feliz que no he visto á vmd. los bigotes, no podré pintar al vivo sus pasiones y afectos; pero con todo, formándome allá en mi idea un conjunto de cosas, saldrá lo que saldrá, y si no es semi-unipersonal, será una quisicosa.

Esto supuesto, manos á la obra, y principiemos nuestra escena trágica por el teatro. Éste demostrará lo que vmd. quiera; ó bien un bodogón, una cocina ó lo que vmd. pareciere; vestirá vmd. su carácter como le dé la gana, ó de marmitón de cocina, de peluquero ó de mozo de mulas, cuyos trajes son á vmd. adecuados; ya vmd. me entiende, y por lo de antaño debo advertir que en el teatro se presenta una famosa Y griega para el fin que después diré á vmd.

No me parece regular se presente vmd. en la escena con la bata ó ropón verde, que dicen lleva con galones de oro por dentro de casa; porque esto es hacer un vivo recuerdo á los espectadores que aquellos galones serán descosidos de algunos frontales ó casullas que vmd. habrá robado en sus santas peregrinaciones; por lo que creo será más regular vista vmd. su papel de marmitón de cocina. Advertir cómo debe vmd. vestirlo es una necedad, porque vmd. lo sabe mejor que yo por los muchos años que ha ejercido tan honorífico ejercicio. En fin, vmd. vistalo como le dé gana, y dispóngase aprisa, porque van á tirar el telón, y los espectadores esperan con impaciencia ver la cara de mochuelo que vmd. pondrá así que el teatro se descubra.

Figurémonos, pues, que rompe la escena con una obertura triste; que el público vocea: ¡silencio, señores!, que sube el telón, y que ama-
nece vmd. con su verdadera cara de mico, sentado en una silla en

ademán de abatimiento, y que la orquesta va por sus compases caminando á un piano, hasta que quede vmd. en actitud de exclamar:

¡Miserable Murat! ¿Qué te sucede?
¡Ultrajado, mofado, escarnecido,
hecho en fin, de las gentes el oprobio!
¡De esas gentes feroces, cuyos brios
ni pudo sujetar regias proclamas,
ni anonadarlas pudo tus escritos!
No las llares ya gentes, dilas fieras,
pues jamás han temido los peligros.

Levántese vmd. y diga con majestad:

Tú, aquel duque de Berg, tan respetado;
tú, aquel grande Murat tan aplaudido;
tú, el segundo papel que en todo el orbe
tu nombre con temor ha sido oído;
hoy te miras burlado, despreciado,
insultado de grandes y de chicos,
y hasta el sexo más débil y más frágil
una cruel victoria ha conseguido.

.....

Aquí hará vmd. una breve pausa, quedará como dudando, y luego exclame:

Que se pierda ó se gane la victoria,
á mí nada me importa; á lo que aspiro
es sólo á conservar mi triste vida.
Si me atrapa la turba de esos pillos,
de esos manolos, de esos que irritados
están contra nosotros, me imagino
que han de hacer de mis carnes pepitoria;
que ni vianda sirva á los cochinos.
Pues ánimo, á escapar, y á ver si logro
con mi fuga evitar el gran peligro
en que mi cuello está, que en estos casos
la vida es lo primero, y esto es fixo.

Estos últimos versos los dirá vmd. con resolución. La orquesta dará dos ó tres golpes estrepitosos que inflamen á vmd. para demostrar el espíritu de las palabras; en el interin dé vmd. cuatro ó cinco vueltas como buscando el sitio más oportuno para escapar; dése una grande puñada en la frente, que aunque se haga saltar la tapa de los sesos ningún español lo sentirá, y los valencianos mucho menos, y acercándose como confuso hasta las lamparillas, diga con abatimiento:

¿Por dónde he de escapar, si en todas partes
miro cercado mi mortal destino?
Retírame á Madrid, es grande demencia;
tirar hacia Vizcaya, es desatino;
marchar hacia Valencia, es por mis pasos
caminar más aprisa hacia el suplicio.
¿Pues hacia donde iré, si en todas partes
me tienen ya cerrados los caminos?
Aquí de mis diabólicas ideas; (Con resolución.)
vaya una de tantas como he urdido.

Arrímese vmd. á los bastidores de la derecha; saque el pañuelo (en caso de faltar éste sopla el mandil), y en ademán de mandar y en tono majestuoso, diga:

Una columna de seis mil franceses
tiré á Vizcaya. En el momento mismo
pase á cuchillo todo el que se oponga
á las órdenes dadas; ni un mosquito
se libre del furor de vuestras manos,
invencibles franceses... ¡Yo qué he dicho!
¿Invencibles los llamo, y á moquetes
los llevan las mujeres y los niños?

Quédese vmd. un instante abatido, y diga luego:

Mas esto nada importa, si es que logro
hacer la mía en tan fatal peligro.
Ocho mil se dirijan á Valencia;
la fuerte artillería á esos impíos
destruya en un momento, y con esposas
sujétese su loco desvarío.

¡Pero qué es lo que digo! ¡Yo estoy loco!
¿Ocho mil á Valencia? ¡Es un delirio!
¿Si ocho mil se los comen por almuerzo
en un día de fiesta veinte chicos?

Pero con todo, puede que estas voces
les cause algún terror. La treta sigo.
Otra columna de ocho mil se una
también contra Valencia, pues colijo,
que con diez seis mil podrán sus fuerzas
sujetar y humillar su antiguo brío.

.....

Exclame vmd. con el mayor sentimiento:

¡Miserable Murat! Aquí acabaste;
aquí dió fin tu proceder impio.
Prevendrán tus amigos al momento
el sepulcro; y allí estará esculpido
con letras sepulcrales tu epitafio;
pero, ¡ah, qué epitafio tan inicuo!

Haga vmd. una breve pausa, y luego siga:

Si de aquella matrona se celebra
como chiste gracioso cuando dijo:
«Aquí de Bonaparte toda la historia
»acabó, pues da fin su último libro»
también de ti dirán: Aquí acabóse
del impio Murat el poderío,
el saqueo, el pillaje, las traiciones,
las maldades, los robos y artificios.

.....

Haga vmd. una gran pausa, y luego diga, como reflexionando, con
una seriedad profunda:

¿Conque yo he de morir? Primero vea
el mundo que me mato yo á mí mismo.
¿Qué dirá el orbe? Dirá que era cobarde,
y que si me maté, temí al peligro.

¿Escaparé? Peor; dirán que el miedo
hizo ausentarme. Lo mejor elijo.
Circuido de tropas tiro al Norte.
Es locura, camino al precipio,
y camino entre aquellos que quisieran
fuera despojo de mis enemigos.
¿Qué diablos haré?.... Demonios, dadme
una idea en que salga del conflicto.

Música precipitada; recuéstese vmd. donde sea; sus mudas explicaciones manifiestan la interior confusión de su espíritu. Levántese, dé un paseo como pensativo, vuelva á sentarse, demuestre un profundo abatimiento, y al punto que oiga las roncadas trompetas haga un aspaviento (no muy descompasado, pues creerán que está vmd. borracho), mire como aturdido á todas partes, sus miradas demuestren el mayor temor, y sin esperar á que aquéllas concluyan, diga temeroso:

¡Qué es lo que escucho! Cerca está mi muerte,
según esas trompetas dan indicios.
¡Qué es lo que miro! Veo que mis tropas
revueltas andan, al furor de pillos.
La gritería crece por momentos;
infinitos soldados van heridos;
otros huyen al galope del contrario,
y otros quedan tendidos en el sitio.
Una turba crecida de manolos,
con palos, lanzas, dagas y cuchillos,
destrozan á mi ejército ¡qué horrores,
desde aqueste lugar observo y miro!

Esto lo dirá vmd. con el mayor sentimiento, y no debe admitirse (pues todo es en su obsequio) de que digan:

Dentro.— Muera el vil cocinero.

Diga vmd. como pasmado:

..... Á mi dirigen
sus roncadas voces; esto va perdido.
Dentro.— Muera el cruel Murat, que tiraniza
á la España, vendiéndose su amigo.

Exclamando con los brazos abiertos y mirando á todas partes, diga:

¿Por dónde escaparé? Ya no hay remedio.
¡Infame Bonaparte, que me has traído
á ser víctima horrible de los hombres!
Bien merecido tengo este castigo.
Pero tú no te esperes mejor suerte,
pues eres el origen primitivo.

Siguen las expresiones de cariño que dicen:

Dentro.—¿Dónde está el marmitón?

Exclama vmd. ahora:

.....En este apuro,
un general siquiera no he tenido,
ni un edecán tan sólo...; tal vez puede
que no quede ninguno de ellos vivo.

(Lo más cierto será eso).

Dentro.—Á buscar á Murat, y nuestra ira
sacie su sangre ya nuestro apetito.

.....

Tírese vmd. de cabeza (ya me entiende dónde) y puede vmd. estar asegurado que no he tenido otro sitio mejor donde colocarle, que á encontrar otro más digno de sus sublimes hechos, allí le hubiera puesto; pero por ahora conténtese con esa demostración de mi cordial afecto. Procure vmd. quedar de medio arriba descubierto; garree y menee las piernas (así fuera en la horca), que el pueblo que sale precipitado buscándole, dice:

Voces.—Aquí está ya el tirano. Muere, infame.

Ahora aparecerá una turba crecida de hombres, mujeres y chicos, con palos, cuchillos; de éstos acudirán sin piedad sobre la trasera parte que vmd. encubre; y arrastrándole le sacan al medio del teatro (imáginese vmd. lo pintada que llevará la cara); figúrese que le sa-

cuden una multitud de paños entre cuyos favores y satisfacciones dirá vmd. como moribundo:

¡Ó momento fatal....! Digno castigo
á mis atroces hechos....; ya no puedo....;
aquí exhalo mi final suspiro.

Aquí debe vmd. morir (ojalá sea pronto, y que los diablos se lo lleven á vmd. con botas y espuelas). Procurará vmd. quedar espantarrado; sufra por un ratito la inmensidad de puñaladas, que esto es sólo una débil sombra del desastrado fin que ha de tener vmd. por sus sublimes virtudes; caerá el telón; el público dará mil aplausos (no á vmd. que jamás los ha merecido), y yo me acostaré, que son cerca de las cuatro de la mañana, para que, descansando, pueda en otro rato proseguir con mis obsequios, pues puede vmd. vivir bien asegurado que por mi parte no serán estos los últimos.

Apéndice 11.º

Las exequias de Murat.

Discurso pronunciado por M. Radamanto, en las cavernas de Plutón.

**El torpe Murat, el fiero terrorista consumado, ladrón
vil y descarado ya no existe, pasajero.**

CON LICENCIA

México: Imprenta de Arizpe. 1808.

Dedicatoria al mismo monsieur.

Mr. Murat: Luego que haya usted sufrido la palizada de los manolos, sobre el atolladero que usted no ignora, figúrese que no es tan desgraciado cuando no falta quien le haga sus dignas honras. Transpórtese usted en espíritu á la caverna que está á orillas del Ponto Euxino, y allí oirá de su apasionado Radamanto las dignas honras que acompaño y dedico á usted después de haber abjurado toda clase de exageración y lisonja.

Tu Amigo.

Vale.

.....Sunt hic etiam sua proemia laudi: sunt lacrimae rerum.

(Virg. Æneid. lib. I, v. 471).

También aquí hay acciones que premiar, y desgracias que llorar.

(Virg. et supra).

Monsieures: cuando yo me he propuesto por objeto de vuestra atención y público reconocimiento los méritos de nuestro hermano Murat, bastaría sólo que os dijese que es otro yo de Napoleón el grande. Estaría bien reducido su elogio ciertamente en este precioso monosilabo; pero sus singulares prendas exigen de mí alguna extensión: haré, pues, un breve bosquejo de nuestras antecedentes glorias y tributaremos un grano de incienso á la memoria del Gran Duque de Berg: «Sunt hic etiam sua proemia laudi: sunt lacrimae rerum.» Escuchadme.

Es bien sabida, monsieures, la época feliz en que nuestros carísimos compañeros Voltaire, Rousseau, Helvencio y otros que les sucedieron y precedieron, nos llenaron de gloria y prolongaron nuestro imperio con sus diablicas doctrinas. Todo era infierno entonces, monsieures: el espanto, la desolación y el terrorismo hacían nuestras delicias y sellaban nuestros triunfos. La disolución reinaba en medio de la anarquía más atrevida; la religión se vió ultrajada; un decreto de sangre y exterminio cayó sobre la Humanidad, y aquella caterva de diablos filosóficos andaba como pelota de un extremo á otro, encontrándose y repeliéndose como locos. Constituciones republicanas, guillotina, linterna, sangre, muerte, desolación, cosechas nuestras, monsieures, los frutos más preciosos de nuestros hermanos filosóficos. Pero ¡oh inconstancia de las cosas del mundo! ya íbamos á terminar las escenas dichas con una paz que nos hubiera aniquilado; ya la Francia volvía de su letargo á la voz de sus sabios, y todos perdíamos la esperanza de mudar allí nuestro imperio. Mas, ¡quién creyera que una criatura miserable había de ser el fundamento de nuestras nuevas fortunas!

Sí, monsieures: hubo un momento dichoso en que del seno de la miseria, y entre los fogonazos infernales de la artillería se diese á conocer un diablito corso, que desde luego dió buenas esperanzas á nuestros proyectos de sangre y desolación. Una caterva de vosotros lo tomó á su cargo para agitar su entusiasmo; vosotros penetrasteis sus talentos sanguinarios; le llevasteis á Egipto disimulando un ostracismo; le vestisteis de musulmán y le coronasteis con laureles ensangrentados en medio de la temeridad más enérgica. Él supo aprovecharse tan bellamente de vuestro auxilio, que por fin le vimos primer Cónsul

de la República francesa, y luego Emperador de las Galias, y ahí le tenéis ya Emperador y Rey, de la noche á la mañana. Su nacimiento no fué obstáculo para engrandecerse, y él os aventajó en sagacidad, cuando en tantos siglos no pasáis un palmo de vuestra esfera diabólica, y él, en menos de veinte años, pasó de artillerín á Emperador. Reconozcámosle, *monsieurs*; él se ha aventajado á nosotros admirablemente. Nosotros le pondremos sobre los Neronés, Calígulas, Alexandros, Atilas, Vespasianos y esos otros reyes y emperadores que habitan en el seno de nuestra quietud, y que son una minoría respecto de nuestro amado corceguillo.

Pero, ¿cuál será la señal más visible de vuestro reconocimiento al autor de nuestros triunfos? La ocasión está en la mano, *monsieurs*, honrémosle anticipadamente en su hermano político.

Este hombre, superior á nosotros, supuesto que es un ateaista, y que nosotros ni aún podemos serlo, á nuestro pesar, se levantó del seno de la miseria para engrandecer nuestro Imperio. Hijo de aquel aguador, y después famoso salteador de caminos, á quien en Valencia quebrantaron los huesos en la rueda. Marmitón famoso, tabernero meritísimo, peluquero sin igual, después soldado terrorista, que proclamó mártir de la igualdad al sangriento Murat apropiándose el nombre; luego confidente fiel de nuestro hermano Napoleón, quien le dió el Virreinato de la República Liguriana, porque no se mataran él y Luciano cuando mantenía aquél el incestuoso contubernio con su hermana; luego gobernador de París sobre el asesinato d'Enguien; luego Mariscal del Imperio francés; luego Lugarteniente de la Corona de España, y luego..... ¡Oh, *monsieurs*! «Sunt hic lacrimae rerum»: hele aquí zambutido de patitas en una cloaca, con sus bigotes dorados sufriendo una descarga manólica entre los inciensos más dignos de su alta torpeza, «¿quis talia fando temperet á lacrimis?»

Recordad aquellos días preciosos en que, dando más pruebas incontestables de su grande alma, trajo á su partido una caterva de cómplices, comprándolos con el oro que se había consagrado á la piedad de los católicos. Recordad aquella sublime osadía con que, ultrajando los altares y sus ministros, derramó la sangre inocente, y declaró una guerra bestial á la castidad. Recordad aquel valor inexpugnable con que salía al frente de su ejército infundiendo terror á

las viejas y á los niños, con aquella gorra infernal, aquel bigote retorcido y aquellos ojos centelleantes, que se complacían ferozmente en la sangre de un pueblo desarmado. Recordad..... ¿pero qué habemos de recordar en medio de nuestras lágrimas estériles? Cubrámonos de luto, monsieures; ya cayó la máscara de nuestro incomparable Napoleón: Murat cayó en un atolladero inmundo: perecieron nuestras esperanzas.

¡Ah..... Monsieures, yo no sé por qué en este momento circula por todas mis venas un pavor extraño, al considerar el poder de los españoles ortodoxos; ellos vencen á pesar de nuestro empeño en introducir la discordia en sus corazones! Me parece que nuestro imperio va por tierra, y que la paz vuelve á reinar en el mundo abatiéndonos miserablemente: ¿Pero dónde me arrastra mi enanejada fantasía? Congratulémonos, monsieures, congratulémonos en el espíritu de Murat; este marmitón ilustre nos dará las más bellas lecciones para engañar al mundo, y el será nuestro General mientras viene el corceguillo. Bastante gente va entrando en casa. Si antes la Francia era el infierno, ahora el infierno se va volviendo Francia. Todos los héroes de Austerlitz, Jena y Eiland vienen aquí directamente por pasaportes, todos van emigrando á nuestros países, y muy en breve veremos aquí á nuestros queridísimos monsieures Josef, Jerónimo, Luis, Josefina, y toda la comparsa de nuestro hermano Napoleón. Honrad entretanto á Murat, llorad ó reid sobre él, pues es siempre digno de cualquiera alternativa extravagante. Yo no prosigo, monsieures, porque el llanto y la risa se encuentran en mi gáznate y me embargan la voz. Basta decirnos que él vivirá eternamente entre vosotros. «Sunt hic etiam proemia laudi, sunt lacrimae rerum».

Dixi

FIN

La presente Tesis fué leída el día 29 de Marzo de 1912, y calificada de «Sobresaliente».

Constituyeron el Tribunal los señores Doctores D. Eduardo de Hinojosa, Presidente; D. Eloy Bullón, D. Antonio Vives, D. Alejo García Moreno, Vocales, y don Juan Gutiérrez Garijo, Vocal-Secretario.

ÍNDICE

	Páginas
EXORDIO.....	3
CAPÍTULO I.—Biografía de Murat.....	7
— II.—Cartas de Murat, soldado.....	11
— III.—Continuación de la biografía de Murat.....	39
— IV.—Murat, Rey de Nápoles.....	41
— V.—Derrotas de Murat.....	87
— VI.—Proceso de Joaquín Murat.....	107
— VII.—Personas notables que han llevado el apellido Murat.	121
Epílogo.....	123
Obras que han facilitado datos para componer este discurso doctoral.	125

Apéndices.

Apéndice 1.º—Calendario Republicano.....	145
— 2.º—Murat y Tatareau.....	147
— 3.º—El Tesoro de Murat.....	185
— 4.º—Napoleón, escritor.....	186
— 5.º—Cartas del Rey Joaquín Murat.....	189
— 6.º—Un «Infundio» profético.....	241
— 7.º—Gaceta de los pueblos inmediatos á Madrid.....	245
— 8.º—Gaceta del Infierno..	247
— 9.º—Artículo de una carta escrita en el campo de San Roque por un sargento español.....	253
— 10.º—La muerte de Murat. Escena trágica por D. V. M. I. M.	255
— 11.º—Las exequias de Murat. Discurso de M. Radamanto..	263

